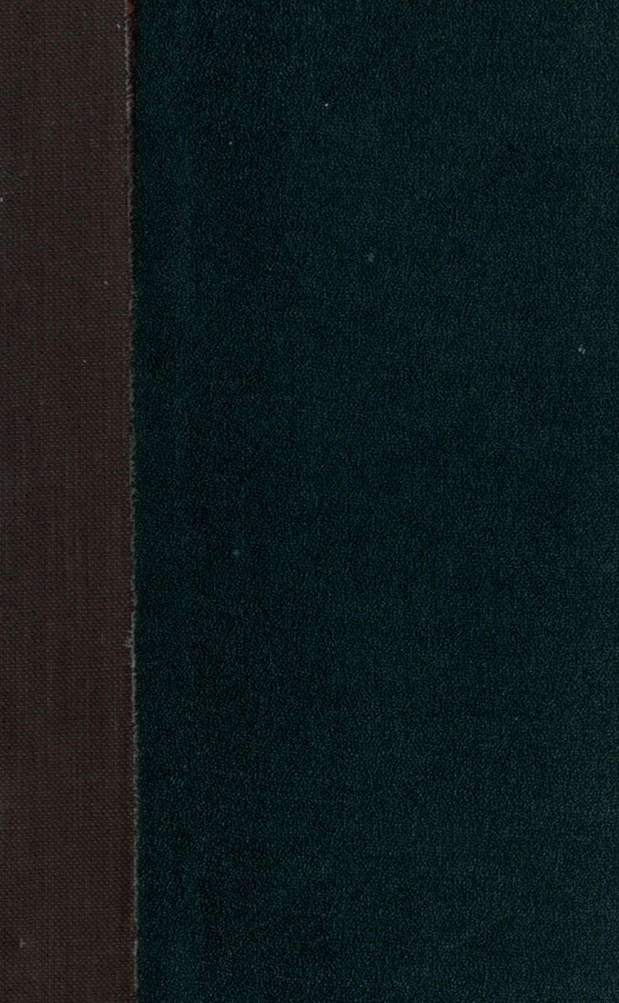
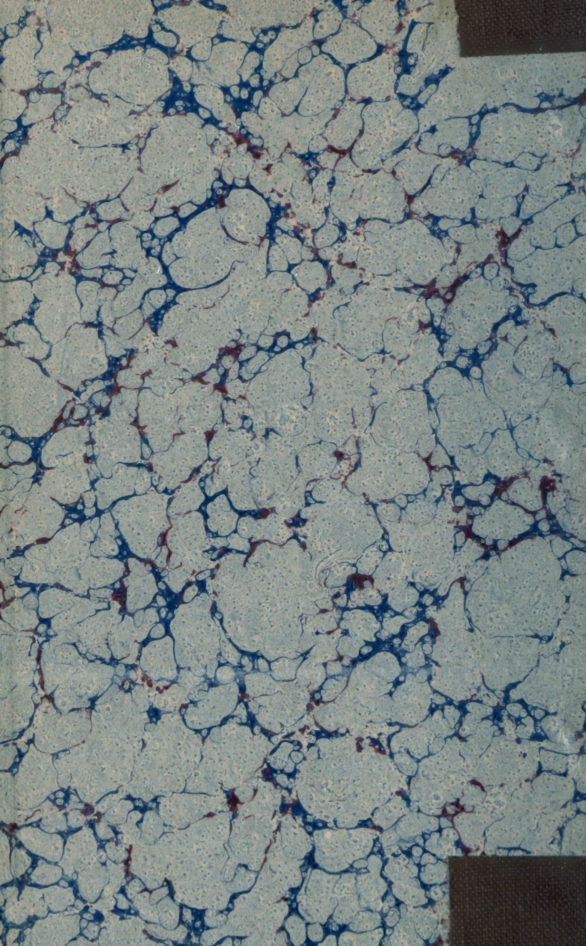
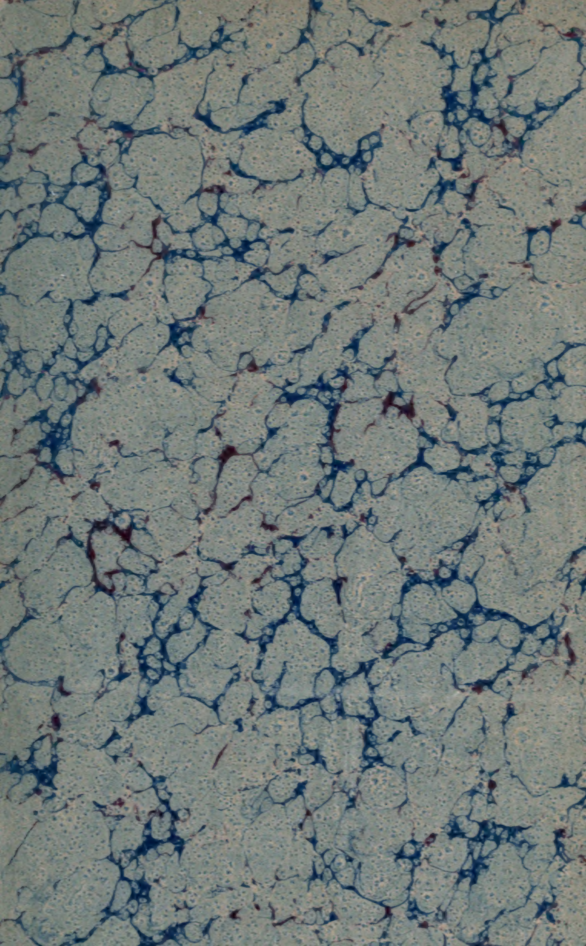






RUBÉN DARÍO

OBRAS ESCOGIDAS

RUBÉN DARÍO

OBRAS ESCOGIDAS

III

PROSA

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11.
1910

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

AZUL...

—1888—

EL REY BURGUÉS

¡Amigo!, el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre..., así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

*
* *

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras; caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío; era el Rey Burgués.

*
* *

Era muy aficionado á las artes el soberano, y favorecía con gran largueza á sus músicos, á sus hacedores de

ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba á la floresta, junto al corzo ó jabalí herido y sangriento, hacía improvisar á sus profesores de Retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un Rey-Sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos á las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

*
* *

El rey tenía un palacio soberbio, donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba á él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía á los lados leones de mármol, como los de los troncos salomónicos. Refinamiento. Á más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la ar-

monía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba á ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, ó bellos libros sobre cuestiones gramaticales, ó críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime, amante de la lija y de la ortografía.



¡Japonerías! ¡Chinerías! Por lujo y nada más.

Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto á las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles, diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¡cuántos salones!

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

***

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

— ¿Qué es eso? — preguntó.

— Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque; canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

— Dejadle aquí.

Y el poeta:

— Señor, no he comido.

Y el rey:

— Habla y comerás.

Comenzó:

***

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro

de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, ó mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido á la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, ó como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo, dando al olvido el madrigal.

He acariciado á la gran Naturaleza, y he buscado el calor del ideal, el verso que está en el astro, en el fondo del cielo, y el que está en la perla, en lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el Arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor, el Arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes! Él es augusto, tiene mantos de oro, ó de llamas, ó anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, ó *zarpazos* como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas á mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí —dijo el rey; y dirigiéndose al poeta:— Daréis vueltas á un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopes, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse á la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio; tiririrín, tiririrín..., ¡avergonzado á las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban á beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas..., ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían á la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y

los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; á los pájaros se les abrigó, y á él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de Retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el Champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de los galopes y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal..., y en que el Arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas ó de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

*
* *

¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos á tiempo! Hasta la vista.

EL SÁTIRO SORDO

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: «Goza: el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta.» El sátiro se divertía.



Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fué osado á subir el sacro monte y sorprender al dios crinado. Éste le castigó tornándole sordo como una roca. En balde de las espesuras de la selva llenas de pájaros, se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba á cantarle sobre su cabeza, enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. Él permanecía impasible ó lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como á un amo á quien se obedece.

Á su vista, para distraerle, danzaban coros de bacan-

tes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabra.

*
* *

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después, en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba á la alondra la cumbre; al asno, el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños; despertaba al roble diciéndole: «Viejo roble, despiértate.» Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en Filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aque-

llos días, el asno no tenía, como hoy, tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius, en latín; Passerat, Buffon y el gran Hugo, en francés; Posada y Valderrama, en español.

Él, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las hierbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir á los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él podría temblar de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira, había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, á quien él encantaría, donde sería tenido como un semidiós; selva toda alegría, y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruido de sistros, y donde el rey caprípede bailaba delante de sus faunos, beodo y haciendo gestos como Sileno?

***

Fué con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes; cantó la copa de Dionisio, y el tirso que hiere el aire alegre, y á Pan, emperador de las montañas, soberano de los bosques, dios-sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de una arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place á los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tímpano en el pean. Cantó los senos de nieve tibia y las copas del oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen á quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo: «Yo te amo.» Filomela había volado á posarse en la lira como la palo-

ma anacreóntica. No había más eco que la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: «¿Está aquí acaso Apolo?»

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo á éste: «¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.»

El sátiro dirigió una mirada á sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.



—Señor—dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche—, quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto á los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado á revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir á escuchar. En cuanto á mí, ¡oh señor!, si yo estu-

viese en lugar tuyo, le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazaría de un puñetazo al mismo Athos. Orfeo les amansaría, con la eficacia de su voz triunfante, á Nemea su león y á Erimanto su jabalí. De los hombres, unos han nacido para forjar los metales; otros, para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal; otros, para combatir en las sangrientas guerras, y otros, para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno, goza tu alma.



Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba á impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah! ¡La alondra había cantado, pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien: ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno volvió la cabeza de un lado á otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando á Orfeo la salida de la selva:

—¡No!...

Al vecino Olimpo llegó el eco, y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto á ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una boardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones á los mortales. Á unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros, unas espigas maravillosas que, al desgranarlas, colmaban las trojes de riqueza; á otros, unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; á quiénes, cabelleras espesas y músculos de Goliat, y masas enormes para machacar el hierro encendido, y á quiénes, talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera; al otro, el iris; al otro, el ritmo; al otro, el cielo azul.

*
* *

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero: —¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos, el oro; otros, la armonía; otros, la luz. Yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que á tus ojos arrojan el magnífico Xiton, mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

Tú golpeas, hieres y domas al mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza, siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque á medida que cincelo el bloque, me ataraza el desaliento.

*
* *

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada, y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

Y yo, ¡que podría en el estremecimiento de mi inspiración trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!...

*
* *

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son

susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia.

Entretanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

***

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel, y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis á mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

*
* *

Entonces, la reina Mab, del fondo de su carro, hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños, que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las boardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

LA CANCIÓN DEL ORO

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, á la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá, en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá

el cuadro valioso, dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand ó Bounat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hierba trémula y humilde. Y más allá...



(Muere la tarde.

Llega á las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja, y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, á un golpe de látigo, arrastra el carruaje, haciendo relampaguear las piedras. Noche.)



Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión, y llegó á la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después, la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moaré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y

blonda, y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

*
* *

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

*
* *

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos á los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece á aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales, y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, é inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos,

y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares, y va á repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos á la moda y los frescos senos de las mujeres garridas, y las genuflexiones de espinazos aduladores, y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos, á veces, es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan, detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas á los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas, y en los coturnos trágicos, y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarra; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo, tela de que Fidias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el Champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martirio, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Hermitaño,

quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo vosotros, oh poetas!

¡Unámonos á los felices, á los poderosos, á los banqueros, á los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

***

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche obscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ DE LA CHINA

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? ¿Para quién cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Suzette se llamaba la avecilla que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo — ¡capricho paternal!, ¡él no tenía la culpa de llamarse Recaredo! — se había casado hacía año y medio. — ¿Me amas? — Te amo. — ¿Y tú? — Con toda el alma.

Hermoso el día dorado, después de lo del cura. Habían ido luego al campo nuevo, á gozar libres del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes las campanillas y las violetas silvestres que olían cerca del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes,

el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fué la vuelta á la gran ciudad, al nido lleno de perfume de juventud y de calor dichoso.

¿Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

***

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronces y terracotas. Á veces, los que pasaban oían á través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martillo vibrante y metálico. Suzette, Recaredo: la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, llegar donde él trabajaba, é inundándole de cabellos la nuca, besarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su *chaise-longue*, los piececitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y á todo esto, las carcajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Suzette toca de Chopin, se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa. —¿Me quieres? —¿No lo sabes? —¿Me amas? —¡Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, ó en la frámea de un

viejo germano de bronce obscuro. Tiiiiiirit... rrrrrrtch fiii... ¡Vaya, que á veces era mal criado é insolente en su algarabía! Pero era lindo sobre la mano de Suzette, que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía á veces con una voz severa que temblaba de terneza: «¡Señor Mirlo, es usted un picarón!»

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno á otro el cabello. «Canta», decía él. Y ella cantaba lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como á una Elsa, y ella le miraba como á un Lohengrín. Porque el Amor, ¡oh jóvenes llenos de sangre y de sueños!, pone un azul de cristal ante los ojos y da las infinitas alegrías.

¡Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era, ya contenido, ya tempestuoso en su querer, á veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un teósofo que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano, como la Ayesha de Rider Haggard; la aspiraba como una flor, le sonreía como á un astro y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que, cuando estaba pensativa y quieta, era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.



Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacía brotar del mármol gallardas diosas desnudas de

ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado de un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizá inspiradas por el ocultismo. ¡Y sobre todo, la gran afición! Japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino ó japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba á Loti y á Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos de Yokoama, de Nagasaki, de Kioto, de Nankin ó Pekín : los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hípnicos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de batracios, abiertas y dentadas, y los diminutos soldados de Tartaria con faces foscas.

— ¡Oh! — le decía Suzette — ; aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba á mis caricias.

Él sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, á ver y mimar su gracioso dije vivo y oir cantar y reir al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Suzette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. ¿Era la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelotonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa

figura de los amables cuentos que empiezan : «Este era un rey...»

La despertó :

— ¡Suzette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

— Carta de Robert, Suzette. ¡El bribonazo está en China! «Hong Kong, 18 de enero...»

Suzette, un tanto amodorrada, se había sentado y le había quitado el papel. ¡Conque aquel andariego había llegado tan lejos! «Hong Kong, 18 de enero...» Era gracioso. ¡Un excelente muchacho el tal Robert, con la manía de viajar! Llegaría al fin del mundo. ¡Robert, un grande amigo! Se veían como de la familia. Había partido hacía dos años para San Francisco de California. ¡Habríase visto loco igual!

Comenzó á leer:



«Hong Kong, 18 de enero de 1888.

Mi buen Recaredo :

Vine y vi. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Di un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme

á los pies de Suzette, y conserva el obsequio en memoria de tu

Robert.»

Ni más, ni menos. Ambos soltaron la carcajada. El mirlo, á su vez, hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y de letras que decían y daban á entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinescos, otra en inglés y otra en francés: *La emperatriz de la China.* ¡La emperatriz de la China! ¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia á la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. ¡La emperatriz de la China! Suzette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana. —Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el

Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafón de su recinto sagrado.

Así lo hizo. En un extremo del taller formó un gabinete minúsculo con biombos cubiertos de arrozales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama: oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba riendo la exótica imperial. Alrededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nippón pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa cuando el artista soñador, después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente á la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, á hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokoamesa le ponía flores frescas todos los días. Tenía en momentos verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleite é inmóvil majestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. ¡Un ídolo, la famosa emperatriz! Suzette le llamaba de lejos: —Recaredo!

—¡Voy!—Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Suzette llegaba á llevárselo á rastras y á besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—¿Quién ha quitado las flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo—dijo una voz vibradora.

Era Suzette, que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

***

Allá, en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor: «¿Qué tendrá mi mujercita?» No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgia de las blandas manos de rosa y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. «¿Qué tendrá mi mujercita?» En la mesa no quería comer. Estaba seria; ¡qué seria! Le miraba á veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas obscuras, húmedas, como que querían llorar. Y ella, al responder, hablaba como los niños á quienes se ha negado un dulce. «¿Qué tendrá mi mujercita?» «¡Nada!» Aquel «nada» lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

¡Oh, señor Recaredo!, lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. ¿No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado á vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Suzette despierta á Chopín, y, lentamente, hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. ¡Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. ¡Celos! Quizá él lo comprendía,

porque una tarde dijo á la muchachita de su corazón estas palabras, frente á frente, á través del humo de una taza de café: —Eres demasiado injusta. ¿Acaso no te amo con toda mi alma; acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Suzette rompió á llorar. ¡Que la amaba! No: ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eran idos como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y á ella, á la que él veía su religión, su delicia, su sueño, su rey; á ella, á Suzette, la había dejado por la otra.

¡La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. ¿Lo diría por la rubia Eulogia, á quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movió la cabeza: — No. ¿Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿Ó por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? ¿Ó por la viudita Andrea, que al reir sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No; no era ninguna de ésas. Recaredo se quedó con gran asombro. —Mira, chiquilla, dime la verdad. ¿Quién es ella? Sabes cuánto te adoro, mi Elsa, mi Julieta, alma, amor mío...

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Suzette, con los ojos enrojecidos, secos ya de lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica.

—¿Me amas?

—¡Bien lo sabes!

—Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella ó yo: escoge. Si es cierto que me adoras, ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

—Sea—dijo Recaredo—. Y viendo irse á su avecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso en el recinto de su taller.

Fué. ¿Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Suzette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado:—Estoy vengada. ¡Ha muerto ya para ti la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo, el mirlo, en su jaula, se moría de risa.

Á UNA ESTRELLA

¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

¡Yo soy el enamorado extático que soñando mi sueño de amor, estoy de rodillas, con los ojos fijos en tu inefable claridad, estrella mía, que estás tan lejos! ¡Oh, cómo ardo en celos, cómo tiembla mi alma cuando pienso que tú, cándida hija de la Aurora, puedes fijar tus miradas en el hermoso Príncipe Sol que viene de Oriente, gallardo y bello en su carro de oro, celeste flechero triunfador, de coraza adamantina, que trae á la espalda el carcaj brillante lleno de flechas de fuego! Pero no; tú me has sonreído bajo tu palio, y tu sonrisa era dulce como la esperanza. ¡Cuántas veces mi espíritu quiso volar hacia ti y quedó desalentado! ¡Está tan lejano tu alcázar! He cantado en mis sonetos y en mis madrigales tu místico florecimiento, tus cabellos de luz, tu alba vestidura. Te he visto como una pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en tu sublime resplandor. ¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

***

Recuerdo aquella negra noche, ¡oh genio Desaliento!, en que visitaste mi cuarto de trabajo para darme tortu-

ra, para dejarme casi desolado el pobre jardín de mi ilusión, donde me segaste tantos frescos ideales en flor. Tu voz me sonó á hierro, y te escuché temblando, porque tu palabra era cortante y fría, y caía como una hacha. Me hablaste del camino de la Gloria, donde hay que andar descalzo sobre cambroneras y abrojos; y desnudo, bajo una eterna granizada; y á obscuras, cerca de hondos abismos llenos de sombra como la muerte. Me hablaste del vergel Amor, donde es casi imposible cortar una rosa sin morir, porque es rara la flor en que no anida un áspid. Y me dijiste de la terrible y muda esfinge de bronce que está á la entrada de la tumba. Y yo estaba espantado, porque la Gloria me había atraído, con su hermosa palma en la mano, y el Amor me llenaba con su embriaguez, y la vida era para mí encantadora y alegre, como la ven las flores y los pájaros. Y ya presa de mi desesperanza, esclavo tuyo, obscuro genio Desaliento, huí de mi triste lugar de labor — donde entre una corte de bardos antiguos y de poetas modernos resplandecía el dios Hugo, en la edición de Hetzel — y busqué el aire libre bajo el cielo de la noche. Entonces fué, adorable y blanca princesa, cuando tuviste compasión de aquel pobre poeta, y le miraste con tu mirada inefable, y le sonreíste; y de tu sonrisa emergía el divino verso de la esperanza. ¡Estrella mía, que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!



Quería contarte un poema sideral que tú pudieras oir; quería ser tu amante ruiseñor, y darte mi apasionado ri-

tornelo, mi etérea y rubia soñadora. Y así, desde la tierra donde caminamos sobre el limo, enviarte mi ofrenda de armonía á tu región, en que deslumbra la apoteosis y reina sin cesar el prodigio.

Tu diadema asombra á los astros, y tu luz hace cantar á los poetas, perla en el Océano infinito, flor de lis del oriflama inmenso del gran Dios.

Te he visto una noche aparecer en el horizonte sobre el mar, y el gigantesco viejo, ebrio de sal, te saludó con las salvas de sus olas sonantes y roncas. Tú caminabas con un manto tenue y dorado; tus reflejos alegraban las vastas aguas palpitantes.

Otra vez era en una selva obscura, donde poblaban el aire los grillos monótonos con las notas chillonas de sus nocturnos y rudos violines. Á través de un ramaje te contemplé en tu deleitable serenidad, y vi sobre los árboles negros trémulos hilos de luz como si hubiesen caído de la altura hebras de tu cabellera. ¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!



Te canta y vuela á ti la alondra matinal en el alba de la primavera, en que el viento lleva vibraciones de liras eólicas, y el eco de los tímpanos de plata que suenan los silfos. Desde tu región derrama las perlas armónicas y cristalinas de su buche, que caen y se juntan á la universal y grandiosa sinfonía que llena la despierta tierra.

¡Y en esa hora pienso en ti, porque es la hora de supremas citas en el profundo cielo y de ocultos y ardorosos oarystis en los tibios parajes del bosque donde florece el citiso que alegra la égloga! ¡Estrella mía, que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

A. DE GILBERT

— 1889 —

HISTORIA DE MIS «ABROJOS»

En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de *La Época*. Él bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal órgano de los monttvaristas. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas empezaba á descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras ó infamias que más de una vez llevan á los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicábamosnos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena é ingenua vanidad del que para no caer en la brega se ase á su alma y cuenta en la noche con el porvenir.

Entonces escribí mis Abrojos, de los cuales Pedro Balmaceda fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma con tantos arranques quejumbrosos ó blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como hierbas malas, que pretenden en el jardín de las Letras el mismo jarrón que los *vergissmeinnicht* y rosas espinosas de Heine ó los desfallecientes lirios y campanillas azules de Gustavo Bécquer.

Sí; mis Abrojos, «vívidos», por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las Humoradas, de Campoamor, y, sobre todo, de las Saetas, de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos he dicho ya cómo nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
ó en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquélla.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido editor, el mejor de todos los que trataron del asunto y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la Literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los Abrojos

no habrían sido conocidos. Yo no quería que viesen la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aun entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada á la vida literaria de Santiago, no era muy á propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación que, si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aun se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado; si la mano que juzgamos amistosa nos hiere ó nos enloda; si, enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente á la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano; si el hijo insulta al padre; si la madre vende á la hija; si la garra triunfa sobre el ala; si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... ¡truenos de Dios!, ahí estáis para purificarlo todo, para despertar á los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama á los ABROJOS «el libro de Job de la Adolescencia».

Hoy, por más que los desengaños han destruído muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je vois l'aube... L'aube! c'est l'esperance.

Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David.

LOS RAROS

— 1892 —

EDGAR ALLAN POE

(Fragmento de un estudio.)

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el *steamer* despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente á Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de Sanidad. El ladrante *slang* yanqui sonaba por todas partes bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos arromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo á la gran bahía, todo decía: «*All right.*» Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por la falta de sol, á la máquina fotográfica. Sobre cubierta se

agrupan los pasajeros: el comerciante de gruesa panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el *clergyman* huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero de fieltro y en la mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra de *jokey* y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica al son de un banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y que, aficionado al *box,* tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desquijarar un rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se alcanza á ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantando sobre su cabeza la antorcha simbólica, queda á un lado la gigantesca Madona de la Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma brota entonces la salutación «Á ti, prolífica, enorme, dominadora. Á ti, Nuestra Señora de la Libertad. Á ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y corazones. Á ti, que te alzas solitaria y magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi *steamer,* prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave, Good morning! Yo sé, divino icono, ¡oh, magna estatua!, que tu solo nombre, el de la excelsa beldad que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mundo, á la manera del *fiat* del Señor. Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de América, de esta tu América formidable, de ojos azules. Ave, Libertad, llena de fuerza; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pero, ¿sabes?, se te ha querido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la tierra otra que ha

usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro, New-York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada de islas menores, tiene cerca á Jersey, y agarrada á Brooklin con la uña enorme del puente, Brooklin, que tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oir la voz de New-York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud! Sobre el suelo de Manhattan parece que va á verse surgir de pronto un colosal Tío Samuel, que llama á los pueblos todos á un inaudito remate, y que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres, produciendo un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo, recuerdo la ciudad que vió en el poema bárbaro el vidente Thogorma:

Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles
de fer dont s'enroulaient des spirales des tours
et des palais cerclés d'airain sur des blocs lourds;
ruche énorme, géhenne aux lugubres entrailles
où s'engouffraient les Forts, princes des anciens jours.

. . . .

Semejantes á los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotara, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna electoral. El edificio *Produce Exchange* entre sus muros de hierro y granito reune tantas almas cuantas hacen un pueblo... He allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa: sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sand-sandwichs vestidos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega á sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero, un hormiguero de percherones gigantescos, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrión de tranvía en tranvía, y grita al pasajero: ¡*Intanrsooonwoood!*, lo que quiere decir si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios, el *Evening Telegram*, el *Sun* ó el *World*. El ruido es mareador, y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas parece á cada instante aumentarse. Temeríase á cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río, que corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más

intrincado de la muchedumbre, en lo más convulsivo y crespo de la ola de movimiento, sucede que una *lady* anciana, bajo su capota negra, ó una *miss* rubia, ó una nodriza con su bebé quiere pasar de una acera á otra. Un corpulento *policeman* alza la mano; detiénese el torrente; pasa la dama; ¡*all right!*

«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces calibanes...», escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así á estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Wáshington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia, desde su estado misterioso con Edison hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de *wishky*, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún ser de superior naturaleza que tiende las alas á la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él Sicorax, y se le destierra ó se le mata. Esto vió el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...

¿Por qué vino tu imagen á mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse á leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poe-

sía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas á través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú, como ellas, eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fué vista por la primera vez á la luz de perla de la luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado á la montaña yankee, cuyo cuervo, mas cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado,

apuñalándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan ó cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra á la cuna de la eterna Esperanza.

EL HOMBRE

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y transcendente para que su nombre y su obra no sean á la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro ó en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción á nuestra lengua hay que agradecer al Sr. Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado su propio valor,

el odioso fárrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El don mitológico parece nacer en él por lejano atavismo y vése en su poesía un claro rayo del país de sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer, alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña que es el prólogo de guerra sangrienta. Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo glorificará á su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe, ciertamente, no interesa sino á «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio», según las palabras de la noble señora Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra á todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas ó mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Wáshington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo Sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow; un osado Sir Arnoldo, que defendió á una *lady* acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre «Condesa» del tiempo de Cromwell; y pasando sobre enredos genealógicos antiguos, un general de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese ser trágico, de historia tan extraña y romancesca, dió su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dió vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dió al Arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable don de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió á Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe que después de su muerte se publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado á mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los *Cuentos extra-*

ordinarios, y el grabado por R. Loccup para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos Poe ha llegado ya á la edad madura. No es por cierto aquel gallardo jovencinto sensitivo que al conocer á Elena Stannard quedó trémulo y sin voz, como el Dante de la *Vita Nuova*... Él es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos; en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al «unhappy Master» más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa; esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron á su muerte. Los otros retratos, como el de Halpin, para la edición de Amstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella é inteligente de que habla Clarke. Nada más cierto que la observación de Gautier:

«Es raro que un poeta—dice—, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva: apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura ó una arruga.»

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza» (1).

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito» (2).

Cuando entra á West Point, hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada». Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, á mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia...» (3). Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era á ellos á los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un ne-

(1) Ingram.
(2) Miss Royster, citada por Ingram.
(3) Miss Heywod, ibíd.

gro de azabache; el iris, acero-gris, poseía una cristalina claridad y transparencia, á través de la cual la pupila, negra-azabache, se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento ó de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba á él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello. «¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!—me dijo una señora—. Me hace helar la sangre el verle darlos vueltas lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando» (1). La misma agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba á una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible y, sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo.» Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. Apolo, el crinado numen lírico, ¿no es el

(1) Mrs. Weiss, citada por Ingram.

prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del Arte, que, por amor al eterno ideal, tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano, y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El Sr. Allam — cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta — jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su «home», fuese más tarde un egregio príncipe del Arte. En Poe reina el «ensueño» desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva á Londres, la escuela del dómine Brandeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su sér extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su «ensueño» está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto á América, vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que

se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega á ser algo como un «champion» estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás á Atalanta, y aspiraba á los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este sér exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron á cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio sobre todo y detesto este animal que se llama hombre», escribía Swift á Pope. Poe, á su vez, habla «de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (*gossamer fidelity*) del mero hombre». Ya en el libro de Job, Eliphaz Themanita exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la iniquidad?» No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente, ó, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. Á lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático, para su propio espíritu.» La ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica

nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo (1). Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto á los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él, la ecuación dominaba á la creencia, y aun en lo referente á Dios y sus atributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración (2); olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intelectus noster sic se habet; ad prima entium quœ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertilionis ad solem.* No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin por sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es ser por sí mismo necesario, y á éste llamamos Dios...» (3). En la *Revelación*

(1) Tiene, no obstante, un himno á María en *Poems and Essays.*

(2) SPINOZA: *Tratado teológico-político.*

(3) SANTO TOMÁS: *Teodicea*, XLIV.

magnética, á vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk—que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo—afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema é imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada, ó sea Dios en estado de reposo, es, en lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu.» En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extraños vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

JEAN MOREAS

El retrato que el holandés Byvanck hizo de Moreas en un libro publicado no ha mucho tiempo, no es de una completa exactitud. Moreas no está contento con la imagen pintada por el Teniers filólogo, como llama Anatole France al profesor de Hilversum. Ha llegado hasta calificar á éste, en el calor de la conversación, sencillamente, de «imbécil». Palabra que no osé contradecir, aunque me pareció harto dura é injusta y de todo punto inaplicable para el excelente villonista, para el «sabio pensativo», para quien, según el mismo France, con todo y ser filólogo, se interesa por el movimiento intelectual...

Cierto es que en su libro, á vuelta de justos elogios y de una admiración que demuestra indudablemente su sinceridad, nos ha dado un Moreas caricatural, un Moreas inadmisible para los que tenemos el gusto de conocerle. Y no puede ser excusa salvadora el que las anécdotas bufas referentes al poeta estén en la narración de Byvanck puestas en los labios de antiguos amigos del hoy jefe de la escuela romana. ¡Todo lo contrario! Bien sabe el pensador de Holanda que del *cher confrère* y del *cher maître* gustan mucho los dientes literarios en todas partes del mundo... ¡Un mordisco al «querido compañero», un arañazo al «querido maestro»: no hay nada me-

jor, principalmente cuando ello va acompañado con la salsa del ridículo! Es un don especial del lobo humano. Al lobo humano parece que el Arte le pusiese en el hígado una extraña y áspera bilis. Hasta hoy no se ha visto sino muy raras veces una amistad profunda, verdadera, desinteresada y dulcemente franca entre dos hombres de letras. ¡Y los poetas, esos amables y luminosos pájaros de alas azules! Los triunfos de Moreas enconaron á muchos de sus colegas. El banquete que se dió cuando la aparición del primer *Pelerin Passionné* fué causa de bastantes rencores. No impunemente se logra una victoria.

Moreas, si es que era tal como aparece retratado en el libro de Byvanck, ha cambiado en dos años muy mucho. Cierto es que hay algo en él del espadachín idealizado en sus hermosos versos:

La main de noir gantée à la hanche campée,
avec sa toque à plume, avec sa longue epée,
il passe sous les hauts balcons indolemment.

Por lo demás, si usa siempre el «monocle», no dice «Píndaro y yo», ni se admira de tener las manos blancas y finas. La *toque à plume* es un flamante sombrero de copa; su traje es correcto, de intachable corte. Alta y serena frente; cabello de klepto, porque, como en París se sabe, Moreas es griego de Galia.

«No es un pachá: es un klepto de negra cabellera.» Cuerpo fuerte y bien erguido, manos aristocráticas, el aire un si es no es altivo y sonrientemente desdeñoso; gestos de gran señor de raza; bigotes bien cuidados. Y

entre todo esto, una nariz soberbia y orgullosa, á propósito de la cual un periodista ruiseño ha dicho que Moreas es semejante á una cacatúa.

¿Qué misteriosa razón hará que ese apéndice facial llame tanto la atención de la crítica? La nariz de Moreas es, vuelvo á repetirlo, una soberbia y orgullosa nariz, ni atrozmente aumentada con un garbanzo, como la de Cicerón, ni tan desarrollada como la de Corneille, ni fea hasta la provocación y el insulto, como la de Cyrano de Bergerac. En resumen: nuestro poeta tiene un gallardo tipo de caballero.

Con ropilla y sombrero emplumado, se podría afirmar: «Velázquez pinxit.» Como Ronsard y como Chenier, tiene en las venas sangre de Grecia. Su familia es originaria del Epiro, y su apellido es ilustre: Diamanto; precedido de la palabra Papa y seguido de la terminación «poulos», lo primero para indicar que hay entre los miembros que ilustran la casa un jerarca de la Iglesia, y lo segundo, que es en griego equivalente al *off*, al *vitch* ó al *ski* slavos. Á principios del siglo, esa familia de nombre inmenso, «Papadiamantopoulos», emigró al Peloponeso, á la Morea; y de aquí el nuevo nombre, el nombre adoptivo hoy en uso. El poeta es de raza de héroes. Su abuelo fué un gran luchador por la libertad de la Grecia. Su padre había quedado en la capital y era dignatario de la corte del rey bávaro Othon, impuesto por las potencias. «Y aquí—decía Moreas á Byvanck—, y aquí comienza la historia de mi rebelión. Mis padres habían concebido una alta idea de mi porvenir, y querían enviarme á Alemania, donde recibiría una buena educa-

ción. Hay que recordar que la influencia alemana prevalecía en la corte. Había aprendido á un tiempo griego y francés, y no separaba ambas lenguas. Quería ver la Francia; niño aún, ya tenía la nostalgia de París. Creyeron forzar mi resistencia enviándome á Alemania, y me volví dos veces. En fin, me fuí á Marsella, y de allí á París. Era que el Destino me señalaba mi ruta; pues yo era aún muy joven para darme cuenta de mis acciones. He sufrido horriblemente; pero no me he dejado abatir, y he mantenido alta la cabeza. Mi familia me reprochaba mi pereza—según sus palabras—, y hacía espejear ante mis ojos el alto empleo que hubiera podido obtener en Atenas. Pero basta. Se siente uno herido en lo más vivo cuando las personas que ama no le comprenden, y aun le hieren. Yo nunca he hablado de esto con nadie...»

Y he ahí que ha llegado en la terrible ciudad de la gloria á conquistarse un envidiado nombre. Después de brega y sufrimiento, el desconocido es ya «alguien». Anatole France, á quien siempre habrá que citar, le llama «el poeta pindárico de palabras lapidarias». Si Moreas no fuese tan descuidado de su renombre, si tuviese el don de intriga y de acomodaticia humildad de muchos de los que fueron antaño sus compañeros, su gloria habría sido sonoramente cantada por el clarín prostituído de la Fama fácil. Mas el joven «centauricida» está acorazado de orgullo, casqueado de desdén olímpico. Alrededor de ese orgullo y ese desdén, se ha formado más de una leyenda, que circula por los cafés estudiantiles y literarios del Barrio Latino.

Ya es el Moreas hinchado de pretensiones, irrespe-

tuoso con los genios, con los Santos Padres de las letras, que observa con su «monocle» á Píndaro, que blasfema de Hugo y acepta con reservas á Leconte de Lisle; ya es el Narciso que se deleita con su belleza en un espejo de cervecería; ya es el corifeo de las primeras armas que entra al café seguido de una cohorte de acólitos papanatas; ya es el rival de Verlaine que ve de reojo al fauno maldito; ya el recitador de sus propios versos que se alaba pontifical y descaradamente delante de un concurso asombrado ó burlón. Después de todo, la mala voluntad ha quedado vencida. No hay sino reconocer en el autor del *Pelerin Passionne* á un egregio poeta. «El único—dice el escritor holandés—que en todo el mundo civilizado puede hablar de su Lira y de su Musa sin caer en ridículo.» Moreas ha tomado muchos rumbos antes de seguir la senda que hoy lleva. Él apareció en el campo de las letras como revolucionario. Una nueva escuela acababa de surgir, opuesta hasta cierto punto á la corriente poderosa de Víctor Hugo y sus hijos los parnasianos, y en todo y por todo, á la invasión creciente del naturalismo, cuyo pontífice aparecía como un formidable segador de ideales. Los nuevos luchadores quisieron librar á los espíritus enamorados de lo bello de la peste Rougon y de la plaga Macquart. Artistas ante todo, eran, entusiastas y bravos, los voluntarios del Arte.

Tales fueron los decadentes, unidos en un principio, y después separados por la más extraña de las anarquías, en grupos, subgrupos, variados y curiosos cenáculos. Moreas, como queda dicho, fué uno de los primeros

combatientes; él, como un decidido y convencido adalid, tuvo que sostener el brillo de la flamante bandera contra los innumerables ataques de los contrarios. Casi toda la prensa parisiense disparaba sus baterías sobre los recién llegados. Paul Bourde se alzaba implacable en su burla desde las columnas de *Le Temps*. Llamaba á los decadentes, con tono de reproche, hijos de Baudelaire; dirigía sus más certeros proyectiles contra Mallarmé, Moreas, Laurent Tailhade, Vignier y Charles Morice; y pintaba á los odiados reformadores con colores chillones y extravagantes perfiles. Todos ellos no eran sino una muchedumbre de histéricos, un club de chiflados. Las fantasías escritas de Moreas eran, según el crítico, sentidas y vividas. ¿El joven poeta quería ser Khan de Tartaria, ó de no sé dónde, en un bello verso? Pues eso era muestra de un innegable desorden intelectual. Moreas era un sujeto sospechoso, de deseos crueles y bárbaros. Además, los decadentes eran enemigos de la salud, de la alegría, de la vida, en fin. Moreas contestó á Bourde tranquilo y bizarramente. Le dijo al escritor del más grave de los diarios que no había motivo para tanta algarada; que el distinguido Sr. Bourde se hacía eco de fútiles anécdotas inventadas por alegres desocupados; que ellos, los decadentes, gustaban del buen vino, y eran poco afectos á las caricias de la diosa Morfina; que preferían beber en vasos, como el común de los mortales, y no en el cráneo de sus abuelos; y que, por la noche, en vez de ir al sábado de los diablos y de las brujas, trabajaban. Defendió á la censurada Melancolía, de la Risa gala, su gorda y sana enemiga. «Esquilo —

dijo —, Dante, Shakespeare, Byron, Goethe, Lamartine, Hugo, los grandes poetas, no parece que hayan visto en la vida una loca kermesse de infladas alegrías.» Fué el campeón de las lágrimas. Después se ocupó de la exterioridad de la poesía decadente, y expuso sus cánones. Al poco tiempo apareció en *Le Figaro* un Manifiesto de Moreas. Fué la declaratoria de la evolución, la anunciación «oficial» del simbolismo. Los simbolistas eran para los románticos rezagados y para el naturalismo lo que el romanticismo para los pelucas de 1830. ¿Pero no eran ellos, los de la joven falange, nietos de Víctor Hugo?

Ese célebre Manifiesto, en que aparecían declarados los principios del simbolismo, el organismo de la naciente escuela, su ritual artístico, su teoría, sus intentos y sus esperanzas, fué analizado y combatido por Anatole France con la manera magistral y la superior fuerza que distinguen á ese escritor. Moreas respondióle, en unas cuantas líneas, con caballeresca cortesía, manteniendo, buen paladín, sus ideas. De esto hace ya algunos años.

Moreas desdeña hoy, mira con cierta reprochable falta de cariño sus primeras producciones. ¿Por qué? Ellas marcan el sendero que debía seguir el talento del autor, son los vuelos en que se ensayaban las alas, y para el observador ó el biógrafo, constituyen valiosísimos documentos. Nuestro poeta no habla nunca de sus trabajos en prosa. Como todo verdadero poeta, es un excelente prosador. Á pesar de sus inextricables montañas simbólicas y de las raras brumas amontonadas en el *Thé chez Miranda* ó en las *Demoiselles Goubert*, ambas obras escritas en colaboración con Paul Adam, esos dos

trabajos primigenios son ya un augurio de poder y de victoria. Hay en ellos riqueza, derroche de intelectualidad y de pasión artística. Son revuelta y amontonada pedrería, joyas regadas; lujo desbordado de la fantasía, locura de ansioso príncipe adolescente. ¿Que hay distancia de esos libros al último, *Pelerin*? Claro está.

«He crecido», dice Hugo en una célebre epístola. El antiguo camarada de Moreas, el Paul Adam de estos momentos, que corona de gemas ilustres la cabeza hierática de las princesas bizantinas, ¿no empieza á mostrar los quilates de sus oros y diamantes allá, al principio, cuando los tanteos de su pluma delineaban los contornos de un estilo prestigioso y potente?

El Moreas de *Les Syrtes* no es, en verdad, el lírico capitolino y regio de los últimos poemas; sin embargo, algunos preferirían muchos de esos primeros versos á varias de las sinfonías verbales recientemente escritas por el joven maestro. La razón de esto quizá esté en que hay en la primavera de su poesía más pasión y menos ciencia. Es innegable que la orquestación exquisita del verso libre, «la máquina del poema poliformo modernísimo», son esfuerzos que seducen; mas es irresistible aquella magia de los vuelos de palomas, de las frescas rosas, bien rimadas, de estrofas armónicas; la consonancia dulce de los labios, luciente de los ojos, ideal y celeste de las alas, y el lenguaje de la pasión y de la juventud.

Esto, volviendo á afirmar que el verso libre, tal como hoy impera en la poética francesa, es, en manos de una legión triunfante de rimadores, instrumento precioso,

teclado insigne y vasto de incomparable polifonía. Mas volvamos á los primeros versos de Moreas. *Syrtis inhospita!*, clama Ovidio. *Incerta Syrtis*, dice Séneca. Aún no ha acabado la aurora de esperezarse, y ya la barca del joven soñador ha padecido la rudeza de los escollos. ¡El poeta empieza por el recuerdo! Ya hay un tiempo ido, al cual el alma vuelve los nostálgicos ojos. Quizá no es la culpa del soñador. Él viene después del enfermo René y del triste Olimpio.

Es el invierno. Arde en la chimenea

el tuero brillador que estalla en chispas,

como dice un poeta mi amigo, á quien quiero mucho. Fuera, pasan los vientos de la fría estación. Dentro, el gato mayador se enarca y se estira lánguidamente. Algo flota sobre la ramazón bordada de los cortinajes.

Es el pasado; es el pasado, que clama lamentando las ternuras acabadas y los amores difuntos. El recuerdo vuela primero al divino país de Grecia. Allá es donde «bajo los cielos áticos, los crepúsculos radiosos tiñen de amatista los dioses esculpidos en los frisos de los pórticos; donde, en el follaje argentado de los árboles de torsos flacos, crepitan las agrias cigarras, ebrias de las copas del Estío». Es en la tierra de las olímpicas divinidades y de las musas, donde la virgen helénica, de florecientes senos, despertó el amor del adolescente, poniendo el embriagador vino del primer beso sobre sus labios secos de sed. Luego pasará la dama enigmática, encarnación del inmortal femenino. Va en una barca mágica ó en una góndola amorosa, y á su paso hacen

vibrar el aire los *pizzicatti* de las mandolinas. Es la mujer ideal del ensueño largo tiempo acariciado, la dama que se yergue como una flor, con su falda de brocatel, cual pintado por el viejo Tintoreto. Eva y Helena, hermanas fatales, reinarán siempre, bajo apariencias distintas. Si un rostro de niña rubia se asoma á la ventana, será la pálida Margarita. En un paisaje duro y vigoroso, al canto de las cascadas, brotará la forma de una catalana, de pie pequeño y ojos brilladores; y en París — seguramente en un decorado de cámara privada — ríe la serpentina parisiense, bajo su sombrero florido.

Y es en ese instante cuando el poeta, casi siempre casto, pone el oído atento á la lección del encendido sátiro. Al vagar ideal, hará sus ramilletes galantes en los parques ducales, cerca de los viejos chambelanes que madrigalizan. Nos mostrará á esa misteriosa Otilia de labios de bacante y ojos de madona, que cruza semejante á la vaga figura de un mito, en tanto que las arpas dejan escapar un trémulo acorde en el salón de las armaduras. La oda irá, como una águila, á tocar con sus alas la frente del vate, recordándole las futuras apoteosis de la Gloria. Nuestros ojos se detendrán ante un retrato de mujer, esfíngico y encantador, ó veremos al enamorado dedicar, adorador de unas blancas manos, perlas á los dedos liliales. Querrá también, tentado como Parsifal, ofrecer sacrificios á la Venus carnal y matadora; pero protegido por especial virtud, cual por un Graal Santo, volverá á flotar en el azul de la eterna idealidad. En el claro de la luna, un beso. El amor que soñará será triste y sollozante, lleno de meditaciones y furtivas cari-

cias. Canta su amargura delante de la triunfal beldad, y, á pesar de la obsesión de los deseos clandestinos y del soplo impulsivo de Mefistófeles, el alma flota en un delicado y místico ambiente. Él sueña con la bella vida del amor invencible. La canción invernal languidece en las cuerdas. La amada y el amado están cerca de las llamas de oro de la chimenea, y admiran un paisaje de desconocido pintor, donde en una fiesta de colores corre el agua de una fuente, bajo un toldo de hojas; se alza á lo lejos la montaña, y, en primer término, bajo el sol del trópico, grandes bueyes blancos—como los del robusto Pierre Dupont — elevan hacia el cielo la doble curva de los firmes cuernos. La feliz pareja sólo soñará un instante, pues pronto llega la amarga onda á invadir los corazones. Los corazones sangran martirizados como en los versos de Heine; el invierno será tan sólo nuncio de penas y de desilusiones; los besos han partido como pájaros en fuga; las rosas están marchitas, y los brazos deseosos, los brazos viudos, en vano buscarán la mística figura. Es un cuento de amor, un cuento otoñal, escuchado cuando el viento de la tarde pasa haciendo temblar las ramas de los árboles deshojados. Todo muy confuso — diréis —, muy wagneriano. Muy bello.

De cuando en cuando convierte el triste los ojos á una visión que presto desaparece. Son las negras cabelleras, los talles, las caderas armoniosas, las pupilas húmedas, de miradas profundas. ¡Y las manos! Esta deliciosa parte de la escultura femenil, atrae especialmente á Moreas. ¡Qué preciosos retratos nos haría este encantador, de Diana encombando un arco, ó de Ana de

Austria deshojando una rosa, ó vertiendo en una copa de plata un poco de sangre moscatel!

Carmencita, la española, desfila, mas no como era de esperarse, en un paso de cachucha ó en un giro de fandango; á esa hechicera meridional, canta el poeta un lied del Norte.

Amores, intenciones de amor, ya en la basílica, al brillo aurisolar de la custodia, ó en el aposento tapizado de rosa y aromado de lilas; y como divino pájaro de un alba inextinguible, se ve al ave azul que resucita las esperanzas; pero la cual buscará en vano el náufrago, pues volará hacia esas sirtes en que el propio piloto ha buscado el naufragio. Hasta el final de este primer libro se siente el influjo del desencanto. Mas aún la sombra de Baudelaire sugiere á ese joven ágil y pletórico, que aprendió á amar y á cantar en Atenas, vagas ideas obscuras, relámpagos de satanismo. Él se pregunta :

Quel succube au pied bot m'a t-il donc envouté?

Sin saberse en qué momentos, han empezado á vegetar en el jardín del soñador las plantas que producen las flores del mal. Y sobre el suelo en que crecen esas plantas, bien pueden ya percibirse á la luz del claro sol las huellas del pie hendido de Verlaine. Por allí ha pasado Pan, ó el demonio. La pobre alma quiere librarse de las llamas libertinas de las larvas negras, de las salamandras invasoras. Lamenta la pérdida de la alegría de su corazón, la sequedad de su rosal espiritual, sobre el que ha agitado las alas un mal vampiro. Él tenderá sus brazos á la Naturaleza y al Oriente divino. Pero todas

sus quejas serán vanas, y aun más, incomprensibles. Ya Mallarmé se oye sonar; sus trompetas cabalísticas auguran una desconocida irrupción de rarezas, bellas, muy bellas y luminosas, pero caóticas, como una puesta de sol en nuestros cielos americanos, en que la confusión es el mayor de los encantos.

La adolescencia es ida, y los años de las dulces cosas juveniles, cuando Julieta nos canta con su dulce voz, vencedora de la de la alondra: «¡No te vayas todavía!» *Las Cantinelas* encierran el nuevo período. El traje del caballero es de un tono más obscuro. La espada siempre pende al cinto; se nota el triunfo de los terciopelos sobre los encajes. Ha sufrido el joven caballero griego. No son por cierto notas alegres las que primero escuchamos. Los sonetos, que vienen como heraldos, traen vestiduras de duelo. La pena del placer perdido hace demandar las voces arrulladoras y los aromas embriagantes; el jardín de Fletcher, decorado por la musa sonámbula de Poe, solloza en sus fuentes; hay una atmósfera de duelo, de llanto, casi de histerismo, y una luz espectral sirve de sol, ó mejor dicho, de luna.

Que je cueille la grappe, et la feuille de myrte
qui tombe, et que je sois à l'abri de la syrte
où j'ai fait si souvent naufrage près du port.

Así canta el malherido de desesperanzas.

Su voz se dirige á las hadas propicias, pero ellas no llegan todavía. Él va cerca de la mar, de la mar femenina y maternal, á dejar en sus riberas lo que queda de sus ensueños y hasta el último hilo de la púrpura de su

orgullo. Su alma está triste hasta la muerte. En el interludio parece que quisiera entregarse á la felicidad de una alegría ficticia. Así el gaitero de Gijón de nuestro admirado y querido Campoamor toca la gaita y rige las danzas con el alma apuñalada de pena. Gestos, expresiones, impresiones fugaces, paisajes nocturnos en una calle parisiense; y en las estrofas una mezcla de vaguedad germánica y de color meridional.

El *never more* fatídico del cuervo de Poe, es escuchado por el cantor nostálgico á la luz del gas de París.

Preséntasenos también una legendaria escena nocturna que ya habíamos visto, lector, acompañada por blanda música, gracias al inmenso cordaje de la lira de Leconte de Lisle. Los Elfos del Norte cantan coronados de hojas perfumadas y frescas, cuando el caballero de la balada viene en su caballo negro haciendo espejear su casco argentino á la luz de la luna. Es osado, y sus armas no han conocido nunca la vergüenza de las derrotas. Su corcel va como si fuese alado, á las punzadas de las espuelas de oro. El caballero muere vencido en las *Odas bárbaras*.

El personaje de Moreas, cuya figura no se alcanza á ver y cuyo caballo apenas se oye galopar, no es aprisionado por el encanto. En el instante del nacimiento de la aurora, lo que alcanza á divisarse en la selva es la silueta del emperador Barbarroja, que medita, apoyada la frente en las manos.

Pero he aquí que nos ilumina el sol de Florencia. Después de tanta niebla, halaga una visión de claros ríos y de puentes pintorescos.

El cielo es azul, y entre dos rimas y dos acordes musicales desfilan una marquesa enamorada y un envuelto capuchino. Moreas es un exquisito grabador de viñetas. Riega los madrigales y miniaturas, decora y viste sus personajes sin que una falta de tocado turbe la exactitud de ese conocedor de todos los refinamientos.

Las Asonancias son bosquejos de leyendas; pocas, pero admirables; cortas, pero conmovedoras. El klepto siente volver á su memoria las narraciones de la infancia: Maryó tejiendo su lana, vencedora de su felicidad; y, tal como se sabe en las narraciones de la isla de Candia, la mala madre que oye hablar al corazón desde el plato, y que después sufre el castigo de sus crímenes. En esta sección nos deleita el errante perfume de la fábula, las ingenuas repeticiones de versos y de palabras de los poemas primitivos, los metros apropiados á la música de las danzas; y nuestro asonante español, aplicado en estrofas cortas y en argumentos donde aparece algún héroe de gesta ó alguna princesa de tradición, en sangrientos sucesos de antiguos adulterios y de incestos inmemoriales. Poesía de leyenda y de romancero; damas del tiempo de Amadís; armaduras que se entrechocan en la sombra medioeval.

En cuanto el poeta dirige las riendas de Pegaso á la región de los conceptos puros, nos sentimos envueltos en una sombra absolutamente alemana. Su metafísica adormece. Subimos á las alturas inaccesibles, rodeadas de obscuridad. Felizmente pronto entramos al reino encantado de las ficciones portentosas. Raimodin corre á nuestra vista en su cabalgadura, y la celeste claridad le

envuelve en su sutil polvo de plata. Los castillos del tenebroso encantamiento se deshacen, y la Entelequia, desnuda, resplandece al amor de la luz del día. No es sino en una fuga crepuscular donde se esfuma la vieja de Berkeley, el enano Figodolain, «que, ni muy loco ni muy vulgar, sabía cantar baladas», y la Muerte, la Thanatos cabalgante, que exige para el contorno de su esqueleto el lápiz visionario de Alberto Durero.

Refiriéndose á la concepción que de la dignidad de su arte han tenido dos ilustres prerrafaelitas ingleses—casi huelga nombrarlos: Rossetti y Burne Jones—, dice un escritor británico que la desventaja única de la elevación aristocrática de su ideal es la de ser incomprensible, excepto para unos pocos. Algo semejante puede afirmarse de la obra de Moreas. Tal como los ritos musicales de Bayreuth, Meca de los wagneristas, ó como las excelencias delicadas del arte pictórico de los primitivos, las poesías del autor de *Pelerin Passionné* necesitan, para ser apreciadas en su verdadero valor, de cierto esfuerzo de intelecto y de cierta iniciación estética. *Autant en emporte le vent* fué escrito en 1886 á 1887. Es en ese librito donde se encuentran las que se podrían llamar primeras manifestaciones cuatrocentistas de Moreas: Madeleine, Agnes, Enone, son encantadoras figuras del siglo décimoquinto; sus facciones exigen la humana sencillez, y al propio tiempo la milagrosa expresión de un Botticelli. La Edad Media es para nuestro poeta, como para Dante Gabriel Rossetti, familiar y amada, y los sujetos que ella le sugiere, son plausiblemente idealizados, sin una tacha anacrónica, sin una

falta ó debilidad en la idea íntima ni en la ornamentación exterior. El espíritu vuela á los tiempos de la caballería. Leyendo los poemas medioevales de Moreas, se comprende el valor del conocido verso de Verlaine:

... le Moyen âge énorme et délicat...

El poeta vive la vida de los príncipes enamorados, de los guerreros galantes. Los lugares que se presentan á nuestra vista son los viejos castillos tradicionales y poéticos; ó alguna decoración que aparece como por virtud de un ensalmo, ó del movimiento de la mano de una hada. Las parejas, llenas de amor, cortan flores en fantásticos parques. Tras un rosal se alcanza á ver de cuando en cuando, ya la joroba de un bufón, ya la cola irisada de un pavo real. *Agnes* es una deliciosa y extraña sinfonía. Las estrofas están construídas de mano maestra, y el alma atenta del artista se siente acariciada por la repetición de un suave *leit-motive.*

La poética de Moreas está definida en estas cortas palabras del maestro Mallarmé:

Une euphonie fragmentée, selon l'assentiment du lecteur intuitif, avec une ingénue et precieuse justesse...

En resumen, Moreas posee un alma abierta á la belleza, como la primavera al sol. Su musa se adorna con galas de todos los tiempos, divina cosmopolita é incomparable políglota. La India y sus mitos le atraen, Grecia y su teogonía y su cielo de luz y de mármol, y sobre todo la edad más poética, la edad de los santos, de los misterios, de las justas, de los hechos sobrenaturales, la edad terrible y teológica; la edad de los pontífices omni-

potentes y de los reyes de corona de hierro; la edad de Merlín y de Viviana, de Arturo y sus caballeros; la edad de la lira de Dante, la Edad Media. El nombre del *Pelerin Passionné* está tomado de Shakespeare. La colección de versos amorosos de Moreas no tiene con la del poeta inglés ningún punto de contacto, como no sea el pertenecer al mismo género, al erótico, y el empleo de variedad de metros y de caprichos rítmicos. Shakespeare usa desde el verso que equivale en inglés á nuestro endecasílabo español :

When my love swears that she is made of truth,

hasta los «trenos», imitados de los himnos latinos cristianos :

Beauty, truth and varity
grace in an simplicity
here enclosed in cinders lie.

Y Moreas, siguiendo las huellas de La Fontaine, ya aumentando ó cortando á la moderna el número de sílabas, ha logrado hacer de sus poemas, con una técnica delicada y fina, maravillas de armonía, que, por supuesto, no han dejado de producir escándalo en la crítica oficial.

La aparición de *Pelerin* fué saludada con un gran banquete, que presidió Mallarmé, y que fué un resonante triunfo. Fué la exaltación de la obra del joven luchador, que en aquellos instantes representaba el más bello de los sacerdocios: el del Arte. Eran ya conocidas esas creaciones y amables resurrecciones que atraviesan

por la senda del peregrino. Enone, la del claro rostro, que arrastra en el poema un rico manto constelado de rimas como piedras preciosas, en una gradería de estrofas de pórfido y del más blanco pentélico; el caballero Joë, meditabundo, que en revista mental mira el coro de beldades que guarda en su memoria, entre las cuales, madame Emelos, la castellana de Hiverdum, que se llamaba Bertranda, y Sancha, que engañó al amante con tres capitanes. Doulce, á su vez, es una princesa de cuento azul.

En el *Pelerin* es donde florece de orgullo el laurel heleno-galo. Sin temor á la edad contemporánea, se proclama Moreas tal como se juzga. Alaba el arte que inventa. Mantenedor del renombre griego, de la tradición latina, no vacila en llevar consigo, junto á la lira de Píndaro, la lanza de Aquiles; y no hay sino inclinarse ante el orgullo de sus carteles y el esplendor de sus trofeos. Sus alegorías pastorales son un escogido ramillete eglógico, con más de una perla que no sería indigna del joyero de la Antología. Y para concluir: si escuchamos un clamor de trompas y percibimos una bandera agitada por un fuerte brazo, es que la campaña romanista ha sido empezada. ¡Á otros las nieblas hiperbóreas y los dioses de los bárbaros! El jefe que llega es nuestro bravo caballero; la diosa de azules ojos que le cubre con su égida es Minerva; la misma que protegerá al editor Vanier — según sus editados — y le hará ganar tanto dinero como Lemerre; y el abanderado, que viene cerca del jefe, henchido de entusiasmo, es el caballero Mauricio Du Plessis, lugarteniente de la falange, y

cuyo *Primer libro pastoral* es su mejor hoja de servicios.

Moreas confía en su completa victoria. Nuevo Ronsard, tiene por Casandra una beldad galo-greca. Y él confía en que gracias á sus ritos,

sur de nouvelles fleurs, les abeilles de Grèce
butineront un miel français.

Y con Racine exclama :

Je me suis applaudi, quand je me suis aimé...

Así vive en París, indiferente á todo, desdeñando escribir en los diarios, enemigo del reportaje; en una existencia independiente, gracias á su familia, «reconciliada ya con las rimas», como dice Mendés; ignorando que existen M. Carnot, el sistema parlamentario y el socialismo. No ha parido hembra humana un poeta más poeta...

EL CONDE DE LAUTRÉAMONT

Su nombre verdadero se ignora. El conde de Lautréamont es seudónimo. Él se dice montevideano; pero ¿quién sabe nada de la verdad de esa vida sombría, pesadilla tal vez de algún triste ángel á quien martiriza en el empíreo el recuerdo del celeste Lucifer? Vivió desventurado y murió loco. Escribió un libro que sería único si no existiesen las prosas de Rimbaud; un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso; un libro en que se oyen á un tiempo mismo los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura.

León Bloy fué el verdadero descubridor del conde de Lautréamont. El furioso San Juan de Dios hizo ver como llenas de luz las llagas del alma del Job blasfemo. Mas hoy mismo, en Francia y Bélgica, fuera de un reducidísimo grupo de iniciados, nadie conoce ese poema que se llama *Cantos de Maldoror,* en el cual está vaciada la pavorosa angustia del infeliz y sublime montevideano, cuya obra me tocó hacer conocer á América en Montevideo. No aconsejaré yo á la juventud que se abreve en esas negras aguas, por más que en ellas se refleje la maravilla de las constelaciones. No sería prudente á

los espíritus jóvenes conversar mucho con ese hombre espectral, siquiera fuese por bizarría literaria ó gusto de un manjar nuevo. Hay un juicioso consejo de la Kabala: «No hay que jugar al espectro, porque se llega á serlo.» Y si existe autor peligroso á este respecto, es el conde de Lautréamont. ¿Qué infernal cancerbero rabioso mordió á esa alma, allá en la región del misterio, antes de que viniese á encarnarse en este mundo? Los clamores del teófobo ponen espanto en quien los escucha. Si yo llevase á mi musa cerca del lugar en donde el loco está enjaulado vociferando al viento, le taparía los oídos.

Como á Job le quebrantan los sueños y le turban las visiones; como Job puede exclamar: «Mi alma es cortada en mi vida; yo soltaré mi queja sobre mí y hablaré con amargura de mi alma.» Pero Job significa «el que llora»; Job lloraba y el pobre Lautréamont no llora. Su libro es un breviario satánico, impregnado de melancolía y de tristeza. «El espíritu maligno — dice Quevedo en su *Introducción á la vida devota* — se deleita en la tristeza y melancolía por cuanto es triste y melancólico, y lo será eternamente.» Más aún: quien ha escrito los *Cantos de Maldoror*, puede muy bien haber sido un poseso. Recordaremos que ciertos casos de locura que hoy la ciencia clasifica con nombres técnicos en el catálogo de las enfermedades nerviosas, eran y son vistos por la Santa Madre Iglesia como casos de posesión para los cuales se hace preciso el exorcismo. «¡Alma en ruinas!», exclamaría Bloy con palabras húmedas de compasión.

Job. — El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de desabrimiento...

Lautréamont. — Soy hijo del hombre y de la mujer, según lo que se me ha dicho. Eso me extraña. ¡Creía ser más!

Con quien tiene puntos de contacto es con Edgar Poe. Ambos tuvieron la visión de lo extranatural; ambos fueron perseguidos por los terribles espíritus enemigos, «horlas» funestas que arrastran al alcohol, á la locura ó á la muerte; ambos experimentaron la atracción de las Matemáticas, que son, con la Teología y la Poesía, los tres lados por donde puede ascenderse á lo infinito. Mas Poe fué celeste y Lautréamont infernal.

Escuchad estos amargos fragmentos:

«Soñé que había entrado en el cuerpo de un puerco, que no me era fácil salir, y que enlodaba mis cerdas en los pantanos más fangosos. ¿Era ello como una recompensa? Objeto de mis deseos. ¡No pertenecía más á la humanidad! Así interpretaba yo, experimentando una más que profunda alegría. Sin embargo, rebuscaba activamente qué acto de virtud había realizado para merecer de parte de la Providencia este insigne favor...

»Mas ¿quién conoce sus necesidades íntimas ó la causa de sus goces pestilenciales? La metamorfosis no pareció jamás á mis ojos sino como la alta y magnífica repercusión de una felicidad perfecta que esperaba desde hacía largo tiempo. ¡Por fin había llegado el día en que yo me convirtiese en un puerco! Ensayaba mis dientes sobre la corteza de los árboles; mi hocico lo contemplaba con delicia. No quedaba en mí la menor partícula de divi-

nidad: supe elevar mi alma hasta la excesiva altura de esta voluptuosidad inefable.»

León Bloy, que en asuntos teológicos tiene la ciencia de un doctor, explica y excusa en parte la tendencia blasfematoria del lúgubre alienado, suponiendo que no fué sino un blasfemo por amor. «Después de todo, este odio rabioso para el Creador, para el Eterno, para el Todopoderoso, tal como se expresa, es demasiado vago en su objeto, puesto que no toca nunca los Símbolos», dice.

Oid la voz macabra del raro visionario. Se refiere á los perros nocturnos en este pequeño poema en prosa, que hace daño á los nervios. Los perros aúllan, «sea como un niño que grita de hambre; sea como un gato herido en el vientre, bajo un techo; sea como una mujer que pare; sea como un moribundo atacado de la peste en el hospital; sea como una joven que canta un aire sublime; contra las estrellas al Norte; contra las estrellas al Este; contra las estrellas al Sur; contra las estrellas al Oeste; contra la luna; contra las montañas, semejantes, á lo lejos, á rocas gigantes, yacentes en la obscuridad; contra el aire frío que ellos aspiran á plenos pulmones, que vuelve lo interior de sus narices rojo y quemante; contra el silencio de la noche; contra las lechuzas, cuyo vuelo oblicuo les roza los labios y las narices, y que llevan un ratón ó una rana en el pico, alimento vivo, dulce para la cría; contra las liebres, que desaparecen en un parpadear; contra el ladrón que huye, al galope de su caballo, después de haber cometido un crimen; contra las serpientes agitadoras de hierbas, que les ponen

temblor en sus pellejos y les hacen chocar los dientes; contra sus propios ladridos, que á ellos mismos dan miedo; contra los sapos, á los que revientan de un solo apretón de mandíbulas (¿para qué se alejaron del charco?); contra los árboles, cuyas hojas muellemente mecidas son otros tantos misterios que no comprenden, y quieren descubrir con sus ojos fijos inteligentes; contra las arañas suspendidas entre las largas patas, que suben á los árboles para salvarse; contra los cuervos que no han encontrado qué comer durante el día y que vuelven al nido, el ala fatigada; contra las rocas de la ribera; contra los fuegos que fingen mástiles de navíos invisibles; contra el ruido sordo de las olas; contra los grandes peces que nadan mostrando su negro lomo y se hunden en el abismo, y contra el hombre que les esclaviza...

»Un día, con ojos vidriosos, me dijo mi madre:

»—Cuando estés en tu lecho y oigas los aullidos de los perros en la campaña, ocúltate en tus sábanas, no rías de lo que ellos hacen; ellos tienen una sed insaciable de lo infinito, como yo, como el resto de los humanos, *á la figure pale et longue...*» «Yo—sigue él—, como los perros sufro la necesidad de lo infinito. ¡No puedo, no puedo llenar esa necesidad!» Es ello insensato, delirante; «mas hay algo en el fondo que á los reflexivos hace temblar.»

Se trata de un loco, ciertamente. Pero recordad que el «deus» enloquecía á las pitonisas, y que la fiebre divina de los profetas producía cosas semejantes; y que el autor «vivió» eso, y que no se trata de una obra «lite-

raria», sino del grito, del aullido de un ser sublime martirizado por Satanás.

El cómo se burla de la belleza—como de Psiquis, por odio á Dios—, lo veréis en las siguientes comparaciones, tomadas de otros pequeños poemas:

«...El gran duque de Virginia era bello, bello como una memoria sobre la curva que describe un perro que corre tras de su amo...» «El *vautour des agneaux*, bello como la ley de la detención del desarrollo del pecho en los adultos cuya propensión al crecimiento no está en relación con la cantidad de moléculas que su organismo se asimila...» El escarabajo, «bello como el temblor de las manos en el alcoholismo...»

El adolescente, «bello como la retractibilidad de las garras de las aves de rapiña», ó aun, «como la poca seguridad de los movimientos musculares en las llagas de las partes blandas de la región cervical posterior», ó todavía, «como esa trampa perpetua para ratones, *toujours retendu par l'animal pris, qui peut prendre seul des rongeurs indéfiniment, et fonctionner même caché sous la paille*», y sobre todo, bello «como el encuentro fortuito, sobre una mesa de disección, de una máquina de coser y un paraguas...»

En verdad, ¡oh espíritus serenos y felices!, que eso es de un humor hiriente y abominable.

¡Y el final del primer canto! Es un agradable cumplimiento para el lector el que Baudelaire le dedica en las *Flores del Mal*, al lado de esta despedida: *Adieu, vieillard, et pense à moi, si tu m'as lu. Toi, jeune homme, ne te désespère point; car tu as un ami dans le vampire, mal-*

gré ton opinion contraire. En comptant l'acarus sarcopte qui produit la gale, tu auras deux amis.

Él no pensó jamás en la gloria literaria. No escribió sino para sí mismo. Nació con la suprema llama genial; esa misma le consumió.

El Bajísimo le poseyó, penetrando en su ser por la tristeza. Se dejó caer. Aborreció al hombre y detestó á Dios. En las seis partes de su obra sembró una Flora enferma, leprosa, envenenada. Sus animales son aquellos que hacen pensar en las creaciones del diablo: el sapo, el buho, la víbora, la araña. La desesperación es el vino que le embriaga. La Prostitución es para él el misterioso símbolo apocalíptico, entrevisto por excepcionales espíritus en su verdadera transcendencia: «Yo he hecho un pacto con la Prostitución, á fin de sembrar el desorden en las familias... ¡Ay!, ¡ay!..., grita la bella mujer desnuda; los hombres algún día serán justos. No digo más. Déjame partir, para ir á ocultar en el fondo del mar mi tristeza infinita. No hay sino tú y los monstruos odiosos que bullen en esos negros abismos que no me desprecien.»

Y Bloy: «El signo incontestable del gran poeta es la «inconsciencia» profética, la turbadora facultad de proferir sobre los hombres y el tiempo palabras inauditas cuyo contenido ignora él mismo. Esa es la misteriosa estampilla del Espíritu Santo sobre las frentes sagradas ó profanas. Por ridículo que pueda ser hoy descubrir un gran poeta, y descubrirle en una casa de locos, debo declarar, en conciencia, que estoy cierto de haber realizado el hallazgo.»

El poema de Lautréamont se publicó hace diez y siete años en Bélgica. De la vida de su autor nada se sabe. Los «modernos» grandes artistas de la lengua francesa se hablan del libro como de un devocionario simbólico, raro, inencontrable.

PAUL VERLAINE

Y al fin vas á descansar; y al fin has dejado de arrastrar tu pierna lamentable y anquilótica, y tu existencia extraña llena de dolor y de ensueños, ¡oh pobre viejo divino! Ya no padeces el mal de la vida, complicado en ti con la maligna influencia de Saturno.

Mueres, seguramente, en uno de los hospitales que has hecho amar á tus discípulos, tus «palacios de invierno», los lugares de descanso que tuvieron tus huesos vagabundos en la hora de los implacables reumas y de las duras miserias parisienses.

Seguramente, has muerto rodeado de los tuyos, de los hijos de tu espíritu, de los jóvenes oficiantes de tu iglesia, de los alumnos de tu escuela, ¡oh lírico Sócrates de un tiempo imposible!

Pero mueres en un instante glorioso : cuando tu nombre empieza á triunfar y la simiente de tus ideas á convertirse en magníficas flores de arte, aun en países distintos del tuyo; pues es el momento de decir que hoy, en el mundo entero, tu figura, entre los escogidos de diferentes lenguas y tierras, resplandece en su nimbo supremo, así sea delante del trono del enorme Wagner.

El holandés Byvanck se representa á Verlaine como un leproso sentado á la puerta de una catedral, lasti-

moso, mendicante, despertando en los fieles que entran y salen la compasión, la caridad. Alfred Ernst le compara con Benoit Labre, viviente símbolo de enfermedad y de miseria; antes León Bloy le había llamado también el Leproso en el portentoso tríptico de su «Brelan», en donde está pintado en compañía del Niño Terrible y del Loco: Barbey d'Aurevilly y Ernesto Hello. ¡Ay, fué su vida así! Pocas veces ha nacido de vientre de mujer un ser que haya llevado sobre sus hombros igual peso de dolor. Job le diría: «¡Hermano mío!»

Yo confieso que después de hundirme en el agitado golfo de sus libros; después de penetrar en el secreto de esa existencia única; después de ver esa alma llena de cicatrices y de heridas incurables, todo el eco de celestes ó profanas músicas, siempre hondamente encantadoras; después de haber contemplado aquella figura imponente en su pena, aquel cráneo soberbio, aquellos ojos obscuros, aquella faz con algo de socrático, de pierrotesco y de infantil; después de mirar el dios caído, quizá castigado por olímpicos crímenes en otra vida anterior; después de saber la fe sublime y el amor furioso y la inmensa poesía que tenían por habitáculo aquel claudicante cuerpo infeliz, sentí nacer en mi corazón un doloroso cariño que junté á la grande admiración por el triste maestro.

A mi paso por París, en 1893, me había ofrecido Enrique Gómez Carrillo presentarme á él. Este amigo mío había publicado una apasionada impresión que figura en sus *Sensaciones de Arte*, en la cual habla de una visita al cliente del hospital de Broussais. «Y allí le encontré

siempre dispuesto á la burla terrible, en una cama estrecha de hospital. Su rostro enorme y simpático, cuya palidez extrema me hizo pensar en las figuras pintadas por Ribera, tenía un aspecto hierático. Su nariz pequeña, se dilata á cada momento para aspirar con delicia el humo del cigarro. Sus labios gruesos, que se entreabren para recitar con amor las estrofas de Villon ó para maldecir contra los poemas de Ronsard, conservan siempre su mueca original, en donde el vicio y la bondad se mezclan para formar la expresión de la sonrisa. Sólo su barba rubia de cosaco había crecido un poco y se había encanecido mucho.»

Por Carrillo penetramos en algunas interioridades de Verlaine. No era éste en ese tiempo el viejo gastado y débil que uno pudiera imaginarse, antes bien «un viejo robusto». Decíase que padecía de pesadillas espantosas y visiones en las cuales los recuerdos de la leyenda obscura y misteriosa de su vida se complicaban con la tristeza y el terror alcohólicos. Pasaba sus horas de enfermedad á veces en un penoso aislamiento, abandonado y olvidado, á pesar de las bondadosas iniciativas de los Mendés ó de los León Deschamps.

¡Dios mío! Aquel hombre nacido para las espinas, para los garfios y los azotes del mundo, se me pareció como un viviente doble símbolo de la grandeza angélica y de la miseria humana. Angélico, lo era Verlaine; tiorba alguna, salterio alguno, desde Jacopone de Todi, desde el *Stabat Mater*, ha alabado á la Virgen con la melodía filial, ardiente y humilde de *Sagesse;* lengua alguna, como no sean las lenguas de los serafines prosternados,

ha cantado mejor la carne y la sangre del Cordero; en ningunas manos han ardido mejor los sagrados carbones de la penitencia, y penitente alguno se ha flagelado los desnudos lomos con igual ardor de arrepentimiento que Verlaine cuando se ha desgarrado el alma misma, cuya sangre fresca y pura ha hecho abrirse rítmicas rosas de martirio.

Quien lo haya visto en sus *Confesiones*, en sus *Hospitales*, en sus otros libros íntimos, comprenderá bien al hombre — inseparable del poeta — y hallará que en ese mar tempestuoso primero, muerto después, hay tesoros de perlas. Verlaine fué un hijo desdichado de Adán, en el que la herencia paterna apareció con mayor fuerza que en los demás. De los tres Enemigos, quien menos mal le hizo fué el Mundo. El Demonio le atacaba; se defendía de él como podía, con el escudo de la plegaria. La Carne sí, fué invencible é implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del Sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella lo hendido del pie. Se extraña uno no ver sobre su frente los dos cuernecillos, puesto que en sus ojos podían verse aún pasar las visiones de las blancas ninfas, y en sus labios, antiguos conocidos de la flauta, solía aparecer el rictus del egipán. Como el sátiro de Hugo, hubiera dicho á la desnuda Venus en el resplandor del monte sagrado: *¡ Viens nous en...!* Y ese carnal pagano aumentaba su lujuria primitiva y natural á medida que acrecía su concepción católica de la culpa.

Mas ¿habéis leído unas bellas historias, renovadas por Anatole France, de viejas narraciones hagiográficas, en las cuales hay sátiros que adoran á Dios y creen en su cielo y en sus santos, llegando en ocasiones hasta ser santos sátiros? Tal me parece Pauvre Lelian, mitad cornudo flautista de la selva, violador de hamadríadas, mitad asceta del Señor, eremita que, extático, canta sus salmos. El cuerpo velloso sufre la tiranía de la sangre, la voluntad imperiosa de los nervios, la llama de la primavera, la afrodisia de la libre y fecunda montaña; el espíritu se consagra á la alabanza del Padre, del Hijo, del Santo Espíritu, y sobre todo de la maternal y casta Virgen; de modo que al dar la tentación su clarinada, el espíritu ciego no mira, queda como en sopor, al son de la fanfarria carnal; pero tan luego como el sátiro vuelve del boscaje y el alma recobra su imperio y mira á la altura de Dios, la pena es profunda, el salmo brota. Así, hasta que vuelve á verse pasar á través de las hojas del bosque, la cadera de Kalixto...

Cuando el Dr. Nordau publicó la obra célebre, digna del Dr. Tribulat Bonhomet, *Entartung*, la figura de Verlaine, casi desconocida para la generalidad—y en la generalidad pongo á muchos de la *élite* en otros sentidos—, surgió por la primera vez en el más curiosamente abominable de los retratos. El poeta de *Sagesse* estaba señalado como uno de los más patentes casos demostrativos de la afirmación seudocientífica de que los modos estéticos contemporáneos son formas de descomposición intelectual. Muchos fueron los atacados; se defendieron algunos. Hasta el cabalístico Mallarmé descendió

de su trípode para demostrar el escaso intelectualismo del profesor austro-alemán en su conferencia sobre la Música y la Literatura, dada en Londres. Pauvre Lelian no se defendió á sí mismo. Comentaría quizás el caso con algunos ¡dam! en el François I ó en el D'Harcourt. Varios amigos discípulos le defendieron; entre todos, con vigor y maestría, lo hizo Charles Tennib, y su hermoso y justificado ímpetu correspondió á la presentación del «caso» por Max Nordau :

«Tenemos ante nosotros la figura bien neta del jefe más famoso de los simbolistas. Vemos un espantoso degenerado, de cráneo asimétrico y rostro mongoloide; un vagabundo impulsivo, un dipsómano..., un erótico..., un soñador emotivo, débil de espíritu, que lucha dolorosamente contra sus malos instintos y encuentra á veces en su angustia conmovedores acentos de queja; un místico cuya conciencia humosa está llena de representaciones de Dios y de los santos, y un viejo chocho, etc.»

En verdad que los clamores de ese generoso De Amicis contra la ciencia que acaba de descuartizar á Leopardi después de desventrar al Tasso, son muy justos é insuficientemente iracundos.

En la vida de Verlaine hay una nebulosa leyenda que ha hecho crecer una verde pradera en que ha pastado á su placer el *pan-muflisme*. No me detendré en tales miserias. En estas líneas escritas al vuelo, y en el momento de la impresión causada por su muerte, no puedo ser tan extenso como quisiera.

De la obra de Verlaine, ¿qué decir? Él ha sido el más grande de los poetas de este siglo. Su obra está espar-

cida sobre la faz del mundo. Suele ya ser vergonzoso para los escritores ápteros oficiales no citar de cuando en cuando, siquiera sea para censurar sordamente, á Paul Verlaine. En Suecia y Noruega los jóvenes amigos de Jonas Lee propagan la influencia artística del maestro. En Inglaterra, adonde iba á dar conferencias, gracias á los escritores nuevos, como Symons y los colaboradores del *Yellow Book*, el nombre ilustre se impone; la *New Review* daba sus versos en francés. En los Estados Unidos, antes de publicarse el conocido estudio de Symons en el *Harpers's* — *The decadent movement in literature* —, la fama del poeta era conocida. En Italia, D'Annunzio reconoce en él á uno de los maestros que le ayudaran á subir á la gloria; Vittorio Pica y los jóvenes artistas de la Tavola Rotonda exponen sus doctrinas; en Holanda, la nueva generación literaria — nótese un estudio de Werwey — le saluda en su alto puesto; en España es casi desconocido y serálo por mucho tiempo : solamente el talento de Clarín creo que lo tuvo en alta estima; en lengua española no se ha escrito aún nada digno de Verlaine; apenas lo publicado por Gómez Carrillo, pues las impresiones y notas de Bonafoux y Eduardo Pardo son ligerísimas.

Vayan, pues, estas líneas como ofrenda del momento. Otra será la ocasión en que consagre al gran Verlaine el estudio que merece. Por hoy no cabe el análisis de su obra.

«Esta pata enferma me hace sufrir un poco : ¡me proporciona en cambio más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatis-

mo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno, no lo admiten á uno en el hospital.»

Esas palabras pintan al hermano trágico de Villon.

No era mala, estaba enferma su *animula, blandula, vagula*... ¡Dios la haya acogido en el cielo como en un hospital!

EL CONDE MATÍAS AUGUSTO DE VILLIERS DE L'ISLE ADAM

¡Va oultre!

(Divisa de los Villiers de l'Isle Adam.)

«Este era un rey...» Así, como en los cuentos azules, hubiera debido empezar la historia del monarca *rate*, pero prodigioso poeta, que fué en esta vida el conde Matías Felipe Augusto de Villiers de l'Isle Adam. Puédese construir este fragmento de historia ideal: «Por aquel tiempo—fué á mediados del indecoroso siglo XIX—el país de Grecia vió renacer su esplendor. Un príncipe, semejante á los príncipes antiguos, se coronó en Atenas, y brilló como un astro real. Era descendiente de los caballeros de Malta; había en él algo del príncipe Hamlet y mucho del rey Apolo; hacía anunciar su paso con trompetas de plata; recorría los campos en carrozas heroicas, tiradas por cuadrillas de caballos blancos; echó de su reino á todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América; pensionó magníficamente á pintores, escultores y rimadores, de modo que las abejas áticas se despertaban á un sonido de cinceles y de liras; pobló de estatuas los bosques; hizo volver á los ojos de los pastores la visión de las ninfas y de las diosas; recibió

la visita de un soberano soñador que se llamaba Luis de Baviera, señor hermoso como Lohengrín, y á quien amaba Loreley y vivía junto á un lago azul nevado de cisnes; llevó á Wagner á la armoniosa tierra de Olimpo, de modo que el bello sol griego puso su aureola de oro en la divina frente de Euforión; envió embajadas á los países de Oriente y cerró las puertas del reino á los bárbaros occidentales; volvió, gracias á él, la gloria de las musas, y cuando murió no se supo si fué un águila ó un unicornio quien llevó su cuerpo á un lugar misterioso.»

Pero la suerte, ¡oh sire, oh excelso poeta!, no quiso que se realizase ese adorable sueño en este tiempo, que ha podido envolver en la más alta apoteosis la abominable figura de un Franklin.

Villiers de l'Isle Adam es un ser raro entre los raros. Todos los que le conocieron conservan de él la impresión de un personaje extraordinario.

Á los ojos del hermético y fastuoso Mallarmé es un tipo de ilusión, un solitario — como las más bellas piedras y las más santas almas — ; además, en todo y por todo un rey; un rey absurdo si queréis, poético, fantástico, pero un rey. Luego un genio. «El joven más magníficamente dotado de su generación», escribe Henry Laujol. Mendés exclama á propósito de Villiers en 1884:

«¡Desgraciados los semidioses! Están demasiado lejos de nosotros para que les amemos como hermanos, y demasiado cerca para que les adoremos como á maestros.» El tipo del semigenio, descripto por el poeta de *Panteleia*, es verdadero. Más de una vez habréis pensa-

do en ciertos espíritus que hubieran podido ser, como una chispa más del fuego celeste con que Dios forma los genios, genios completos, genios totales; pero que, águilas de cortas alas, ni pueden llegar á la suprema altura, como los condores, ni revolar en el bosque, como los ruiseñores.

Van más allá del talento los semigenios; pero no tienen voz para decir, como en la página de Hugo, á las puertas de lo infinito : «Abrid, yo soy el Dante.» Por lo tanto, flotan aislados sin poder subir á las fortalezas titánicas de Shakespeare, ni acogerse á los kioscos floridos de Gautier. Y son desgraciados.

Hoy, ya publicada toda la obra de Villiers de l'Isle Adam, no hay casi vacilación alguna en poder saludarle entre los espíritus augustos y superiores. Si genio es el que crea, y el que ahonda más en lo divino y misterioso, Villiers fué genio.

Nació para triunfar y murió sin ver su triunfo; descendiente de nobilísima familia, vivió pobre, casi miserable; aristócrata por sangre, arte y gustos, tuvo que frecuentar medios impropios de su delicadeza y realeza. Bien hizo Verlaine en incluirle entre sus poetas malditos. Aquel orgulloso del más justo orgullo, aquel artista que escribía : «¿Qué nos importa la justicia? Quien al nacer no trae en su pecho su propia gloria, no conocerá nunca la significación real de esa palabra», hizo su peregrinación por la tierra acompañado del sufrimiento, y fué un maldito.

Según Verlaine, y sobre todo según su biógrafo y primo R. du Pontavice de Heussey, comenzó por escri-

bir versos. Despertó á la poesía en la campaña bretona, donde, como Poe, tuvo un amor desgraciado, una ilusión dulce y pura que se llevó la muerte. Es de notarse que casi todos los grandes poetas han sufrido el mismo dolor : de aquí esa bella constelación de divinas difuntas que brillan milagrosamente en el cielo del Arte, y que se llaman Beatrice, Lady Rowena de Tremain, y la dama sublime que hizo vibrar con melodiosa tristeza el laúd de Dante Gabriel Rossetti. Villiers á los diez y siete años cantaba ya :

Oh! vous souvenez vous, forêt délicieuse,
de la jolie enfant qui passait gracieuse,
souriant simplement au ciel, à l'avenir,
se perdant avec moi dant ces vertes allées?
Eh bien! parmi les lis de vos sombres vallées
vous ne la verrez plus venir.

Villiers no volvió á amar con el fuego de sus primeros años; esa casi infantil pasión fué la más grande de su vida.

Advierte Gautier, al hablar en sus *Grotesques* de Chapelain, cómo la familia de éste, contrariando el natural horror que los padres tienen por la carrera literaria, se propuso dedicarle á la poesía. El resultado fué dotar á las letras francesas de un excelente mal poeta. No fué así, por cierto, el caso de Villiers. Sus padres le alentaron en sus luchas de artista desde los primeros años; por ley atávica existía en toda esa familia el sentimiento de las grandezas y la confianza en todas las victorias. Jamás dejaron de tener esperanza los buenos viejos —

principalmente ese soberbio marqués, buscador de tesoros — en que la cabeza de su Matías estaba destinada para la corona, ya fuese la de los reyes, ó la verde y fresca de laurel. Si apenas logró entrever ésta en los últimos días de su existencia—á punto de que Verlaine le llamase *très glorieux*—, la de crucificado del Arte llevó siempre clavada el infeliz soñador.

Cuando Villiers llegó á París era el tiempo en que surgía el alba del Parnaso. Entre todos aquellos brillantes luchadores, su llegada causó asombro. Coppée, Dierx, Heredia, Verlaine, le saludaron como á un triunfante capitán. Mallarmé dice: «¡Un genio!» Así lo comprendimos nosotros. El genio se reveló desde las primeras poesías, publicadas en un volumen dedicado al conde Alfred de Vigny. Luego, en la *Revue Fantaisiste,* que dirigía Catulle Mendés, dió vida al personaje más sorprendente que haya animado la literatura de este siglo: el Dr. Tribulat Bonhomet. Solamente un soplo de Shakespeare hubiera podido hacer vivir, respirar, obrar de ese modo al tipo estupendo que encarna nuestro incomparable tiempo.

El Dr. Tribulat Bonhomet es una especie de Don Quijote trágico y maligno, perseguidor de la Dulcinea del utilitarismo, y cuya figura está pintada de tal manera que hace temblar. La influencia misteriosa y honda de Poe ha prevalecido, es innegable, en la creación del personaje.

Oigamos á Huyssmans; habla de Des Esseintes: «Entonces se dirigía á Villiers de l'Isle Adam, en cuya obra esparcida notaba observaciones aún sediciosas, vibracio-

nes aún espasmódicas, pero que ya no dardeaban—á excepción de su Claire Lenoir, al menos—, un horror tan espantable...»

La historia de *discrète et scientifique personne, dame veuve Claire Lenoir*, que es la misma en que aparece el Dr. Bonhomet, tiene páginas en que se cree ver un punto más allá de lo desconocido.

Shakespeare y Poe han producido semejantes relámpagos, que medio iluminan, siquiera sea por un instante, las tinieblas de la muerte, el obscuro reino de lo sobrenatural. Este impulso hacia lo arcano de la vida persiste en obras posteriores, como los *Cuentos crueles,* los *Nuevos cuentos crueles, Isis* y una de las novelas más originales y fuertes que se hayan escrito: *La Eva futura.* Espiritualista convencido, el autor, apoyado en Hegel y en Kant, volaba por el orbe de las posibilidades, teniendo á su servicio la razón práctica, mientras tomaba fuerza para ascender y asir de su túnica impalpable á Psiquis. *Tullia Fabriana,* primera parte de *Isis,* acusa en Villiers, á los ojos de la crítica exigente, exageración romántica.

Á esto no habría que decir sino que *Tullia Fabriana* fué el *Han de Islandia* de Villiers de l'Isle Adam.

Su vida es otra novela, otro cuento, otro poema. De ella veamos, por ejemplo, la leyenda del rey de Grecia, apoyados en las narraciones de Laujol, Verlaine y R. Pontavice de Heussey. Dice el último: «En el año de gracia de 1863, en la época en que el Gobierno imperial irradiaba con su más fulgurante brillo, faltaba un rey al pueblo de los helenos. Las grandes potencias que protegían á la heroica y pequeña nación á que Byron sacrificó su

vida, Francia, Rusia, Inglaterra, se pusieron á buscar un joven tirano constitucional para darlo á su protegida. Napoleón III tenía en esta época voz preponderante en los Congresos, y se preguntaban con ansiedad si él presentaría un candidato y si éste sería francés. En fin, los diarios aparecían llenos de decires y comentarios sobre ese asunto palpitante: la cuestión griega estaba á la orden del día. Los noticieros podían sin temor dar rienda suelta á la imaginación, pues mientras que las otras naciones parecían haber definitivamente escogido al hijo del rey de Dinamarca—el Emperador, tan justamente llamado «el príncipe taciturno» por su amigo de días sombríos, Carlos Dickens—, el Emperador, digo, continuaba callado y haciendo guardar su decisión. Así estaban las cosas, cuando una mañana de principios de marzo, el gran marqués (habla del padre de Villiers) entra como huracán en el triste salón de la calle Saint-Honoré blandiendo un diario sobre su cabeza, y en un indescriptible estado de exaltación, que pronto compartió toda la familia. He aquí, en efecto, la extraña noticia que publicaban esa mañana muchas hojas parisienses: «Sabemos de fuente autorizada que una nueva candidatura al trono de Grecia acaba de brotar. El candidato esta vez es un gran señor francés, muy conocido de todo París: el conde Matías Augusto de Villiers de l'Isle Adam, último descendiente de la augusta línea que ha producido al heroico defensor de Rodas y al primer gran maestre de Malta. En la última recepción íntima del Emperador, habiéndole á éste preguntado uno de sus familiares sobre el éxito que pudiera tener esta candidatura, Su Majestad

ha sonreído de una manera enigmática. Todos nuestros votos al nuevo aspirante á rey.» Los que me han seguido hasta aquí se figurarán seguramente el efecto que debió producir en imaginaciones como las de la familia de Villiers semejante lectura, etc., etc.» Hasta aquí Pontavice. Sea, pase que haya habido en la noticia antes copiada engaño ó broma de algún mixtificador; pero es el caso que en las Tullerías se le concedió una audiencia al flamante pretendiente para tratar del asunto en cuestión. He allí que bien trajeado—¡no, ah, con el manto ni la ropilla, ó la armadura de sus abuelos!—fué recibido el conde en el palacio real por el duque de Bassano. Villiers vivía en el mundo de sus ensueños, y cualquier monarca moderno hubiera sido un buen burgués delante de él, á excepción de Luis de Baviera el Loco. Matías I, el poeta, desconcertó con sus rarezas al chambelán imperial; creyó ser víctima de ocultos enemigos, pensó una tragedia shakespeariana en pocos minutos; no quiso hablar sino con el Emperador. *Il vous faudra donc prendre la peine de venir une autre foi, monsieur le Comte, dit le Duc en se levant; Sa Majesté était occupé et m'avait chargé de vous recevoir* (1). Así concluyó la pretensión al trono de Grecia, y los griegos perdieron la oportunidad de ver resucitar los tiempos de Píndaro bajo el poder de un rey lírico que hubiera tenido un verdadero cetro, una verdadera corona, un verdadero manto, y que desterrando las abominaciones occidentales—paraguas, sombrero de pelo, periódicos, constituciones, etc.—, la Civilización y

(1) V. Pontavice.

el Progreso, con mayúsculas, haría florecer los viejos bosques fabulosos y celebrar el triunfo de Homero en templos de mármol bajo los vuelos de las palomas y de las abejas, y al mágico son de las ilustres cigarras.

Hay otras páginas admirables en la vida de este magnífico desgraciado. Los comienzos de su vida literaria los han descripto afectuosamente y elogiosamente Coppée, Mendés, Verlaine, Mallarmé, Laujol; los últimos momentos de su vida nadie los ha pintado como el admirable Huyssmans. El asunto del proceso con motivo de *Perrinet Lecrerc*, drama histórico de Lockroy y Anicet Bourgeois, dió cierto relieve al nombre de Villiers; pues únicamente una alma como la suya hubiera intentado, con todo el fuego de su entusiasmo, salir á la defensa de un tan antiguo antepasado como el mariscal Jean de l'Isle Adam, difamado en la pieza dramática antes nombrada. Después el duelo con el otro Villiers militar, que, desdeñándole antes, al llegar el momento del combate, le abraza y reconoce su nobleza.

Algunas anécdotas y algunas palabras de Coppée:

Se refiere á la llegada de Villiers al cenáculo parnasiano: «Súbitamente, en la asamblea de poetas, un grito jovial fué lanzado por todos: «¡Villiers! ¡Es Villiers!» Y de repente, un joven de ojos azul pálido, piernas vacilantes, mordiendo un cigarro, moviendo con gesto capital su cabellera desordenada y retorciendo su corto bigote rubio, entra con aire turbado, distribuye apretones de mano distraídos, ve el piano abierto, se sienta y, crispados sus dedos sobre el teclado, canta con voz que tiembla, pero cuyo acento mágico y profundo jamás olvidará

ninguno de nosotros, una melodía que acaba de improvisar en la calle, una vaga y misteriosa melopea que acompañaba duplicando la impresión turbadora, el bello soneto de Baudelaire:

Nous aurons des lits pleins d'odeurs légers,
des divans profonds comme de tombeaux, etc.

Después, cuando todo el mundo está encantado, el cantor, mascullando las últimas notas de su melodía, se interrumpe bruscamente, se levanta, se aleja del piano, va como á ocultarse á un rincón del cuarto, y enrollando otro cigarrillo, lanza á su auditorio estupefacto un vistazo desconfiado y circular, una mirada de Hamlet á los pies de Ofelia, en la representación del asesinato de Gonzaga. Tal se nos apareció, hace diez y ocho años, en las amistosas reuniones de la rue de Douai, en casa de Catulle Mendés, el conde Auguste Villiers de l'Isle Adam.»

El año de 1875 se promovió un concurso en París para premiar con una fuerte suma y una medalla «al autor dramático francés que en una obra de cuatro ó cinco actos recordara más poderosamente el episodio de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos, cuyo centésimo aniversario caía en 4 de julio de 1876». El tema habría regocijado al Dr. Tribulat Bonhomet. Villiers se decidió á optar al premio y á la medalla.

El Jurado estaba compuesto de críticos de los diarios, de Augier, Feuillet, Legouvé, Grenville, Murray, del *Herald* de New York, Perrin y, como presidente de honor, Víctor Hugo. El conde Matías creó una obra ideal en un terreno prosaico y difícil.

No lo hubiera hecho de distinto modo el autor de los *Cuentos extraordinarios*. En resumen, y, naturalmente, no se ganó el premio.

Furioso, fulminante, se dirigió nada menos que á casa del dios Hugo, que en aquellos días estaba en la época más resplandeciente y autocrática de su imperio. Entró y lanzó sus protestas á la faz del César literario, á quien llegó á acusar de deslealtad, y á cuya chochez aludió.

Un señor había allí entre los príncipes de la corte que se encaró con Villiers y le arrojó esta frase: «¡La probidad no tiene edad, señor!»

Villiers le midió con una vaga mirada, y muy dulcemente respondió al viejo: «Y la tontería tampoco, señor.» (1)

Cuando Drumont hizo estallar su primer torpedo antisemita con la publicación de la *France juive*, los poderosos israelitas de París buscaron un escritor que pudiese contestar victoriosamente la obra formidable del panfletista. Alguien indicó á Villiers, cuya pobreza era conocida; y se creyó comprar su limpia conciencia y su pluma. Enviáronle con este objeto un comisionado, sujeto de verbo y elegancia, comerciante y hombre de mundo. Éste penetró á la humilde habitación del poeta insigne, le babeó sus adulaciones mejor hiladas, le puso sobre el techo de la sinagoga, le expuso las injusticias persistentes é implacables del rabioso Drumont, y por último suplicó al descendiente del defensor de Rodas dijese cuál era el precio de sus escritos, pues éste sería

(1) PONTAVICE: *Vida de Villiers.*

pagado en buenos luises de oro inmediatamente. Quizá no habría comido Villiers ese día en que dió esta incomparable respuesta: «¿Mi precio, señor? No ha cambiado desde Nuestro Señor Jesucristo: ¡treinta dineros!»

Á Anatole France, cuando llegó un día á pedirle datos sobre sus antepasados:

«—¡Cómo! ¡Queréis que os hable del ilustre gran maestre y del célebre mariscal, mis antepasados, así no más, en pleno sol y á las diez de la mañana!»

En la mesa del pretendido delfín de Francia, Naundorff, con motivo de un rasgo de soberbia y de desprecio que tuvo aquél para con un buen servidor, el conde de F..., y en momentos en que este pobre anciano se retiraba llorando avergonzado:

«—Sire, bebo por Vuestra Majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. ¡Tenéis la ingratitud de un rey!»

En sus últimos días, á un amigo:

«—¡Mi carne está ya madura para la tumba!»

Y como éstas, innumerables frases, arranques, originalidades que llenarían un volumen.

Su obra genial forma un hermoso zodíaco, impenetrable para la mayoría, resplandeciente y lleno de los prestigios de la iniciación para los que pueden colocarse bajo su círculo de maravillosa luz. En los *Cuentos crueles*, libro que con justicia Mendés califica de «libro extraordinario», Poe y Swift aplauden.

El dolor misterioso y profundo se os muestra, ya con una indescriptible, falsa y penosa sonrisa, ya al húmedo brillo de las lágrimas. Pocos han reído tan amargamente

como Villiers. *Le Nouveau Monde,* ese drama confuso en el cual cruza como una creación fantástica la protagonista — obra ante la cual Maeterlink debe inclinarse, pues si hay hoy drama simbolista, quien dió la nota inicial fué Villiers —, *Le Nouveau Monde,* digo, aunque difícilmente representable, queda como una de las manifestaciones más poderosas de la moderna dramática. El esfuerzo estético principal consiste, á mi modo de ver, en la presentación de un personaje como mistress Andrews — en el medio norteamericano, de suyo refractario á la verdadera poesía —, tipo rodeado de una bruma legendaria, hasta convertirse en una figura vaporosa, encantada y poética. Á Edilh Evandale sonríen cariñosa y fraternalmente las heroínas de las baladas sajonas. *La Eva futura* no tiene precedente ninguno: es obra cósmica y única; obra de sabio y de poeta; obra de la cual no puede hablarse en pocas palabras. Sea suficiente decir que pudieran en su frontispicio grabarse, como un símbolo, la Esfinge y la Quimera; que la androide creada por Villiers no admite comparación alguna, á no ser que sea con la Eva del Eterno Padre; y que al acabar de leer la última página, os sentís conmovidos, pues creéis escuchar algo de lo que murmura la Boca de Sombra. Cuando Edison estuvo en París en 1889, alguien le hizo conocer esa novela en que el Brujo es el principal protagonista. El inventor del fonógrafo quedó sorprendido. «He aquí —dijo—un hombre que me supera: ¡yo invento; él crea!» *Ellen* y *Morgane,* dramas. La fantasía despliega sus juegos de colores, sus irisados abanicos. *Akedysseril,* la India con sus prestigios y visiones; coros de guerreras y gue-

rreros, el himno de Iadnour-Veda y la palabra de la felicidad; evocaciones de antiguos cultos y de liturgias suntuosas y bárbaras; sacrificios y plegarias; un poema de Oriente en el cual la reina Akedysseril aparece, hierática y suprema, vencedora en su esplendorosa majestad.

No cabría en los límites de este artículo una completa reseña de las obras de Villiers; pero es imposible dejar de recordar á *Axel,* el drama que acaba de representarse en París, gracias á los esfuerzos de una noble y valiente escritora: madame Tola Dorián.

Axel es la victoria del deseo sobre el hecho; del amor ideal sobre la posesión. Llégase hasta renegar — según la frase de Janus — de la Naturaleza, para realizar la ascensión hacia el espíritu absoluto. Axel, como Lohengrín, es casto; fin de esa pasión ardorosa y pura, no puede tener más desenlace que la muerte.

Ese poema dramático, escrito en un luminoso, diamantino lenguaje, representado por excelentes artistas y aplaudido por una muchedumbre de admiradores, de poetas, de oyentes escogidos—sin que dejase de haber, según las crónicas, gentes *malfilatres*, como diría el inmortal maestro—, hubiera sido para él conquista soberana en vida. Mas quien fué tan desventurado, no tuvo ni esa realización de uno de sus más fervientes deseos, en tiempos en que se ponía los pantalones de su primo y tomaba por todo alimento diario una taza de caldo.

En 1889, en el establecimiento de los hermanos de San Juan de Dios, de París, el conde Matías Augusto de Villiers de l'Isle Adam, descendiente de los señores de Villiers de l'Isle Adam, de Chailly, originarios de la Isla

de Francia, quien tuvo entre sus antepasados á Pedro, gran mariscal y portaoriflama de Francia; á Felipe, gran maestre de la Orden de Malta y defensor de la isla de Rodas en el sitio impuesto por la isla de Solimán, y á Francisco, marqués, *gran louvetier de France* en 1550, se unía en matrimonio, en el lecho de muerte, á una pobre muchacha inculta, con la cual había tenido un hijo. El reverendo padre Silvestre, que había ayudado á bien morir á Barbey d'Aurevilly, casó al conde con su humilde y antigua querida, la cual le había amado y servido con adoración en sus horas amargas de enfermo y de pobre; y el mismo fraile preparóle para el eterno viaje. Luego, después de recibir los sacramentos, rodeado de unos pocos amigos, entre los cuales Huyssmans, Mallarmé y Dierx, entregó su alma á Dios el excelso poeta, el raro artista, el rey, el soñador. Fué el 20 de agosto de 1889. Sire, *¡ Va oultre!*

ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

— 1901 —

CASTELAR

Mayo 30 de 1899.

No hace mucho tiempo he hablado de mi entrevista con Castelar. Debía ser la última. Ya reposa en San Isidro, junto á los huesos de su hermana. Su caída, ¡buen roble!, conmovió al mundo. Cuando le vi, cuando le hablé por la postrera vez, ya estaba señalado por la Intrusa, pálido, enflaquecido, viejo, él que todo fué juventud y vida. Partió al imperio silencioso de lo no sabido, después de haber clarineado su verbo de poeta de las multitudes hacia los cuatro vientos del espíritu. Y España queda hoy sin su representativo emersoniano, sin el hombre noble que fué en su siglo lengua y gesto de su raza, como Italia sin Garibaldi, Inglaterra sin Gladstone, Alemania sin Bismarck y Francia sin Hugo. En su tierra ardiente y sonora fué el crisostómico parlante y el caballero de su ideal. Ahí queda la inmensa Mancha democrática por donde cabalgó en su pegaso-

rocinante; ahí los molinos de viento, ahí las armas de su lírica grandilocuencia, que nadie moverá; ahí Dulcinea, sin más enamorado verdadero que el frío y analizador Pi y Margall. Español de España, español netísimo, con toda España en el corazón y en el cerebro, era la concreción del orbe cervantino; en el generoso combate de su ilusión no se ocultaba Don Quijote; como Sancho mismo no dejaba de comparecer en su célebre buen apetito. Cuéntase que Taine en una ocasión, al verle en la redacción del *Journal des Débats*, preguntó desdeñoso: «¿Es ése el famoso canario español?» Cierto, un alma de pájaro de Floreal, como el ruiseñor Lamartine, pero á quien no faltaba la fuerza para la realización de obras enormes, así la libertad de los negros de las Antillas. Quedará en los siglos el recuerdo de esta singular figura, en el décimonono la más alta de España entre las más altas de la tierra; y aparecerá, á medida que el tiempo vuelque su urna, rodeado del resplandor que tan solamente ofrece á los preferidos suyos la divina Poesía. Fué uno de los más potentes órganos de la Humanidad. Por su boca habló el espíritu de su patria, y, siempre en obra de bien, si algunas veces no le prestó su apoyo la Verdad, jamás dejó de escucharle con sus alas mágicas la Belleza. Sus mismos errores caían vestidos de púrpura. Era el apolonida de la democracia, el decorador de sus ambiguos y confusos laberintos. Hermosa llama latina, de esas llamas guías de pueblos que el sol de Dios enciende en las naciones para que señalen los saludables rumbos, ó para que á su rededor se junten los hombres y realicen hechos grandes. Aquella alma venía

de Cádiz; venía de Atenas, después de haberse impregnado de Oriente; de este modo explico la pompa asiática de su discurso y el amor á las bellas líneas, la pasión pitagórica de los celestes números y el imperio de la música, bajo el cual hacía galopar sus cuadrigas de ideas y sus tropas de palabras. En su huerto, junto á las flores andaluzas, se alzaba un esbelto y reverdecido plátano, rama un tiempo del que movieran las brisas de Academo, mientras fluía, como el agua de la fuente de mármol, la doctrina platónica. La obra, que fatiga en su masa, es como un inmenso museo, que hay que admirar por fragmentos: ya un fresco vasto, ya una estatua del más blanco pentélico, ya un bajorrelieve, en que las frases van como ordenadas teorías de graciosas jóvenes ó danzantes efebos. Fué un gran cultivador del entusiasmo. Y si ya en los postreros años de su existencia tuvo alguna vez que padecer tristezas y decaimientos, para morir, viejo gladiador, supo esculpir su última actitud en el discurso que cierra la diluvial serie comenzada en 1854 en el teatro de Oriente, discurso en que volvió á surgir su elocuencia empachada y sonora, para mostrar el camino que hay que seguir, según su entender, á los partidarios de la República. Su elocuencia cautivó á las generaciones que escucharon el decir de sus labios de oro. Se recuerdan sus discursos como hermosas manifestaciones de la Naturaleza, inusitados iris ó boreales auroras: «Yo le oí tal año.» «Yo tal otro.» En el tiempo de su aparición, el principio democrático era lo más avanzado, lo más atrayente para los espíritus libres, la fórmula del progreso. Él se consagró por tal

manera y con pasión tanta, que al saber su muerte los españoles demócratas no han podido menos de exclamar: «¡La democracia ha muerto!» Á aquel inconmovible individualista no pudieron ganarle los mirajes aurorales del movimiento social de estos últimos años; y discurso suyo hay en que, combatiendo al socialismo, maravilla su esfuerzo de soñador, al resonar delante del muro de la verdad la suntuosa orquestación de sus líricos argumentos. Porque, ante todo, fué el orador, el hombre que convence encantando, ó que, aunque no convence, canta y encanta. Parecía que, como en lo antiguo, un flautista maestro acompañase sus oraciones; tal era la melodiosa geometría, el hilo armónico, la sucesión de ondas verbales regidas por un compás, en la musicalidad de los giros; y él propio se escuchaba, como deben hacerlo las aves de más fino canto y los poetas orgullosos de haber visto cuanto es crespa y dorada la crin del dios de arco de plata. No olvidaré una noche, en una recepción dada por D.ª Emilia Pardo Bazán á los delegados americanos á las fiestas colombinas, el año 1892. Castelar había concurrido, y como en todas partes en donde Castelar estaba presente, un corrillo se formó alrededor suyo en uno de los salones. Nadie hablaba, fuera de Castelar, porque es sabido que en su presencia el primer deber era la atención. El tema de sus palabras se relacionaba con la oratoria, y vino él á recordar á este propósito á los distintos oradores que había oído en su vida. Y como su excepcional memoria estaba siempre lista, ilustraba sus recuerdos con citas y fragmentos de discursos. Así nos pintaba á Gambetta

de tal guisa, que le veíamos encarnado delante de nosotros, y luego decía una parte de un discurso de Gambetta; á Víctor Hugo, y luego decía un trozo de discurso de Víctor Hugo, y así de varios oradores extranjeros. Después llegó á los españoles, y comenzando con Ríos Rosas, recorrió buena parte de la lista de bravos oradores con que cuenta este país de varones verbosos, explicando sus maneras y facultades hasta llegar á él mismo, y entonces se nos transfiguró momentáneamente, se nos presentó con sus atavíos reales. Y á pedido de un amigo circunstante, trajo á su memoria una parte de su célebre discurso del 12 de abril de 1869, pronunciado en ocasión famosa, y que hizo pensar á su propio contrincante, el cardenal Manterola, si no tendría ante sus ojos un nuevo Saulo. Aun veo los ojos iluminados y la mano como guiando el período: «Grande es el Dios de Sinaí: el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y sin embargo diciendo: «Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que hacen.» Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pediros que escribáis en vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, liber-

tad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.» Se recordarán sus discursos célebres en lo futuro, como hoy las históricas arengas de Demóstenes; desde el primero, en que se presentó como aeda y paladín de su amada democracia, hasta el último, en que, ya para morir, apóstol consecuente, dejó su disposición testamentaria de política, fiel á su credo republicano; señalada la larga carrera por las innumerables brillantes estaciones, entre los que más resplandecen el discurso en favor de la libertad religiosa, el de la redención de los esclavos de Cuba, al cual se refería cuando oí de su boca la frase con que finalizara una de mis cartas anteriores: «Yo he libertado á doscientos mil negros con un discurso»; el del sufragio universal, de ágil y elástica dialéctica; el de la entrada á la Real Academia de la Lengua, lección colosal de un lirismo cósmico; el de París, en la Sorbona, cuando los estudiantes le recibieron con el aplauso clásico, como á un nuevo Lulio.

Lejos la oratoria amartillada de los hombres del Norte, en la suya reventaba como una rosa de color perenne el sol meridional; suya era la profusión y la riqueza latinas, y nunca se escuchó en lo inmenso de los siglos más rítmico y sonante torrente en cátedra ó tribuna. Los franceses, tan parcos en lo extranjero, le admiraron y celebraron, en su francés claudicante, ó en el español de bronce y plata que no comprendían al oirle. ¿Qué importa que dijese, como en una ocasión: *La France, cette «belle sœur» de l'Espagne?* Tras la sonrisa del oyente venía la tempestad de la ovación, pues el orador soberano triunfaba contra el mal políglota.

Hugo le tenía en su alto valer, y sabida es la anécdota en que el César de los poetas le ofreció al sentarse á su mesa una silla imperial: «Os he señalado esta silla, en que se sienta siempre D. Pedro del Brasil.» «¡Pues no me siento!», respondió Castelar, fiel hasta en esto á su idealizada Aldonza Lorenzo. Nuestro compañero Ladevese cuenta las acogidas respetuosas y afectuosas, en casa de madame Adam, de Cernuschi, de la Rattazzi, las intimidades con políticos como Thiers y Gambetta y Julio Simón. Francia, como el mundo, veía en Castelar la encarnación de España; de la España caballeresca é idealista, hidalga y pintoresca. Oxford quiso escucharle, invitó á su «doctor» honorario para que fuese á dar conferencias, y él declinó la honra. Á América pensó ir en varias ocasiones, pero, por desgracia, se cumplió lo que os decía en 1892: «Castelar no irá nunca á América.» Y en América, quizás más que en parte alguna, su palabra resonaba como una campana de gloria. Los yankees le avaluaban abiertamente: si la Libertad de Bartholdi tiene la antorcha, Castelar «tenía la palabra». Sus discursos niagarescos fueron más de una vez por el cable; los *magazines* no le quitaban la mira y los dólars venían sin regateo. En nuestra América de lengua castellana no habrá pueblo ó villorrio donde no haya llegado su fama. Creo, sin equivocarme, que en la República Argentina hay una colonia ó villa que lleva su nombre. Y él amaba á la América nuestra, agradecido. Es el momento de manifestar cómo fué para ese continente gran parte de su producción, ya en tiempos de destierro penoso, ya en el apogeo de su existencia, tan solamen-

te interrumpido su trabajo cuando se excusara con la dirección de los diarios de que era corresponsal, por verse obligado á suspender la labor «á causa de tener que ocupar la Presidencia de la República española»; y cómo tenía en el recuerdo de su gratitud á *La Nación*, de Buenos Aires, y al *Monitor Republicano*, de Méjico, entre todas las publicaciones que fueron honradas con su colaboración. Y América toda fué con él siempre simpática, á pesar de aquel resentimiento memorable, cuando el político lírico quisiera ser político práctico y pronunciara la transcendente frase: «Antes que republicano, soy español.» Pues fué siempre el levita fanático, inspirado ante el fatal resplandor del ídolo Patria; y á la suya salvara, como se observa justamente después de la reciente catástrofe, en ocasión en que, ejerciendo la Presidencia de la República, estuvo en un cabello que no se rompieran las relaciones entre España y los Estados Unidos, por la cuestión del *Virginius;* Jovellar estaba en Cuba, y se resistía á la entrega del apresado barco norteamericano, después de los fusilamientos de cubanos y yankees que tripulaban la nave revolucionaria, y entonces fué la palabra de Castelar, Jefe del Estado, haciendo entender al general «que en España nadie comprende que ni en pensamiento se resistan á cumplir un compromiso internacional del Gobierno, y no comprende que quiera ser Cuba más española que España. Una guerra con los Estados Unidos sería hoy una demencia verdadera, y aunque fuera popularísima la guerra, para esto están los Gobiernos, para impedir la locura de los pueblos. Recuerde V. E. lo que hizo Thiers cuando los

franceses gritaban: ¡Á Berlín! Demostrarles que la guerra sería un desastre. Y ahí se ha capturado un buque en alta mar, se ha fusilado españoles y extranjeros, sin esperar á conocer el espíritu del Gobierno central, que preveía grandes catástrofes, y ahora se quiere cometer la última demencia desobedeciendo al Gobierno nacional. Todos los argumentos de los Estados Unidos consisten en decir que España no manda en Cuba, y van ahora á confirmar ese argumento. No se puede discutir un acto del Gobierno. Hay que obedecerle. Inflúyase en la opinión; tomándose las debidas precauciones, entréguese el *Virginius* y la tripulación superviviente de la manera que menos pueda herir el sentimiento público, pero entréguese sin dilación ni excusa. El mayor servicio que puede prestarse á la Patria, es obedecerla ciegamente. No mencione V. E. la dimisión mientras no estén cumplidas las órdenes del Gobierno. Cúmplalas con rigorismo militar. Y no se vuelva á hablar de Bayona: allí hubo reyes traidores que vendieron la Patria al extranjero; aquí hay patriotas que quieren salvarla de las locuras de ahí, avivadas por una incomprensible debilidad». Esto fué en 1873. Cuán distinto veinticinco años después el criterio de un Gobierno de hombres *útiles* que llevó al país á la derrota, al vencimiento y á la mutilación, del criterio de aquel «poeta» que libró á España de un peligro seguro y supo ser en sus obras y en sus sueños el primer patriota, el primer español de su tiempo, el más español de los españoles. Porque desde su Patmos, desde su Guernesey, desde su nube, desde su trípode, sabía ser certero en su vistazo aqui-

lino. No era tan iluso cuando dió su flecha tantas veces en el blanco, cuando llegó bizarramente á la primera magistratura del Estado, y cuando ya en su vejez, al ver con desilusión que su República cuasi platónica no correspondía á su himno incesante, se retiró de la lucha, no sin antes declarar su invariable fe en el ideal por toda su existencia perseguido, y su ningún contacto con la monarquía. Jamás habló á la Reina regente. Cuando murió su hermana, á quien él amaba tanto, la Reina le envió su pésame. En San Sebastián un día se encontró frente á frente Su Genio con Su Majestad. Su Genio se quitó el sombrero y saludó. Hubo demócratas que murmuraron. ¿Quiénes fueron esos hidalgos que por tan mal lado tomaban la democracia? Aquel caballero creía en la caballerosidad. Creía en la Patria. Creía en Dios.

En el liberal, en el hombre de «la fórmula del progreso» había un creyente. Jesucristo aparecía á sus ojos á través de sentimientos-*vitraux*, en que estaban representados su España, portadora de la cruz, y su infancia doméstica : la buena madre, quien á la continua es nombrada por él como origen de sus creencias religiosas. Cuando habla de asuntos de religión, su órgano se desborda en los más augustos *magnificat* ó en los más profundos misereres. Sus conferencias sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, su *Redención del Esclavo,* muchos de sus discursos, son la glorificación cristiana expresada por incesantes fervientes ondas de vocablos, de frases, saturados de un cálido misticismo, de un misticismo español. Casto como era,

se pensó alguna ocasión en que, cuando cansado de las fatigas de la vida civil quisiera recogerse en el reposo de su espíritu, se ordenaría sacramentalmente. Y aun él mismo, al admirar un día cierta antigua casulla de la catedral de Ávila, dió á entender con un decir que no andaban muy en error los que tenían ese pensamiento. Un poeta de América publicó una vez un futuro sermón de Castelar en San Pedro de Roma, que al orador hizo amablemente sonreir. No hace mucho tiempo su entrevista con el Sumo Pontífice avivó la general curiosidad, y él propio confesó ser la conversación con el Papa de hondo interés, pero que no estaba autorizado para publicar nada de ella hasta después de la muerte de León XIII. Y él ha muerto antes, besando un crucifijo. El papa blanco ha podido todavía autorizar que se hiciesen, á pesar de la liturgia, honras fúnebres á su interlocutor ilustre en San Francisco el Grande, con todo y ser las honras el día de San Fernando.

En la religiosidad de Castelar hay algo de profano, como en la religiosidad de Murillo. Sus pinturas de las gracias divinas son como las pinturas de aquel pintor, coloreadas de cierto sensualismo, que en este caso se agrava con la castidad sabida del imaginativo artífice de la palabra. Al pintar una virgen se nota en su verba cierta complacencia humana, y sus ángeles imaginados en la gloria ó juzgados en los cuadros de los museos, semejantes á esos ángeles voluptuosos que animara Goya en sus frescos de San Antonio de la Florida, nos parecen mujeres hechiceras, tan carnales como espirituales. La castidad de Castelar, bien sabida y explotada

por los bufones de copla y lápiz en las enemistades de la política, fué uno de esos casos de absorción cerebral en que todas las facultades humanas se condensan en la obra del pensamiento; casos como el de Juan el del Apocalipsis, que Hugo ha rememorado en página que no perece. ¿Qué unión, qué matrimonio no habría podido efectuar este dueño de la fama? Célibe y casto vivió, célibe y casto murió. Y aquí es de recordar al paso al hombre privado. Supo pasar buenos años hermosamente, como debe vivir antes que nadie todo artista aristocrático. Se le tacharon alguna vez sus lujos y grandezas, sin saber que aquel hombre vivió siempre de su trabajo, apenas ayudado por la fraternal simpatía de señalados amigos, y que si se regalaba con ciertos lujos, no cabía en ello vanidad ninguna, sino la comprensión de la estética de la existencia, la cual tiene obligación de procurar quien como él poseía, como adorador y sacerdote de la belleza, el don incomparable del gusto. Los que fuimos favorecidos con la invitación á su mesa, sabemos lo que Luculo comía en casa de Castelar. Tenía en esto, como en otras cosas, una cualidad eclesiástica. Comía con el gusto de un *monsignor* y con el apetito de un abad. Tenía la amable costumbre que Quincey nos revela de Kant; siempre había invitados á su mesa, y, siguiendo la regla de lord Chesterfield, el número de los que se sentaban, él comprendido, no era nunca inferior al de las Gracias ni superior al de las Musas. Y el mejor condimento era su charla monopolizadora del tiempo, á la cual ayudaba su memoria única con el más copioso anecdotario que sea posible imaginar. Después en su

salón, al conversar, según fueren los asuntos, se dejaba llevar de su fuga tribunicia, y sus palabras se convertían en párrafos de verdaderos discursos, y su vibración era contagiosa, y él se trasladaba en un salto invisible fuera del momento. Cuéntase que un día acontecíale encontrarse en molestos apuros de dinero. Era en invierno y la chimenea estaba encendida, como su conversación, sobre un asunto político, delante de varios íntimos. Llega una carta de América, con una letra por mil duros. Grata sorpresa que interrumpe un instante su hablar. Pero continúa, con carta y letra en la mano, el discurso; á poco se precipita, y con una frase rotunda y un gesto supremo, carta y letra hechos nerviosamente una pelota, ya están ardiendo en la chimenea. Otra vez hizo aguardar largas horas á un personaje político, cuya presencia en la antesala se le anunciaba repetidas veces, porque le tenía asidos lengua y pensamiento una disertación sobre Botticelli y los primitivos. Y de la casa en que aquel obrero tenía el obrador mental puesto para servicio de tantos diarios y revistas del globo, salía mucho bien, mucho favor personal, mucho consuelo á los pequeños, apoyo intelectual á quien lo necesitaba, consejo ó aplauso, y la ayuda eficaz al pobre que le pedía, pues entre los humildes como entre los grandes, entre las palmas y lauros sobre las cuales sobresalía su calva cabeza pensadora, resplandecía la virtud moral de aquel hombre sencillo, de aquel corazón bueno.

Por eso su muerte ha causado un doloroso estremecimiento en España entera, paralelo al estremecimiento simpático del mundo. Había ido Castelar á buscar vigor

á la orilla del Mediterráneo — el mar tantas veces cantado en sus hímnicas prosas—; había ido después de su último esfuerzo en la arena política, cuando los republicanos le rodeaban como al hombre fuerte de las pasadas campañas, creyendo ver en él la salud de la patria, hoy tan maltrecha y extenuada. Pero así estaba el tribuno, el que sufrió tanto con el gran desastre, y que sintiendo llegar su última hora comunicó en una carta á una amiga extranjera : «Muero con la agonía de España.» Una tarde, á la orilla del mar, ve á unos pescadores y se acerca á ellos. Los peces, que se asfixiaban saltando sobre la tierra, fueron para él triste impresión : «¡Si iré á morir como estos peces, faltos de oxígeno!» Y así murió. Al día siguiente de la noticia, mientras el pueblo de Madrid comentaba ya la actitud de un ministro incorrecto y falto de seso, cerca de la Puerta del Sol tuve una sensación que jamás se borrará de mi memoria. Un ciego, de esos que aquí andan por las calles pidiendo limosna, improvisando coplas de actualidad al son de sus lamentables guitarras, cantaba en tono doloroso delante de un círculo de transeuntes que aumentaba á cada paso. Por curiosidad me detuve, al oir en el canto el nombre de Castelar. El pobre coplero del arroyo, en versos muy malos, decía cosas sentidas y húmedas de llanto sincero, y aun no sé qué arte singular hacía coincidir su pena con el decir ingenuo, el acompañar de las cuerdas afónicas de aquel instrumento imposible. Cuando volví la vista, las mujeres lloraban; los obreros tenían las caras serias y tristes. Y la maligna política apareció con el instinto popular que sabe soltar su avispa certera para

que pique en donde se debe, con estrofas como ésta que recuerdo:

Don Emilio Castelar,
que toda Europa conoce,
quiso Dios que se muriera
antes que abrieran las Cortes...

En la Puerta del Sol, en los cafés, en las calles todas, el rumor se acentuaba contra el Gobierno, y en especial contra el ministro de la Guerra, general Polavieja. Se acababa de publicar un decreto absurdo en que se leía: «Resultando que D. Emilio Castelar ha muerto en honrada pobreza.—Artículo 1.° Los gastos que ocasione su enterramiento y honras fúnebres, serán de cuenta del Estado.» Así, frío como un compromiso, duro como una limosna. ¡Y esto en el país de las prosopopeyas y fórmulas, en la tierra de «Beso á usted la mano», y donde para nombrar á un ministro con sus títulos se llena un medio pliego! El pueblo, irritado, no contenía sus censuras. ¡En aquellos momentos las Cámaras italiana y portuguesa enviaban su pésame á ese mismo Gobierno mezquino; el Senado de la República Argentina se ponía de pie; el autocrático Gobierno ruso manifestaba su pesar; el Instituto de Francia lamentaba á su ilustre miembro; la prensa de la tierra se enlutaba; el pensamiento universal estaba de duelo! Después se supo que Castelar no tendría honores militares; que se había prohibido á los artilleros reunirse para tributar homenajes al organizador del Cuerpo de Artillería, al antiguo presidente que tanto hizo por el ejército; después, que se autori-

zaba á los generales que quisiesen concurrir para que lo hiciesen con traje de diario y con banda. La prensa cumplió con su deber. Se habló claro; se dijeron verdades al rojo blanco. Entretanto, el cadáver de Castelar llega á Madrid en doloroso triunfo, y se deposita en el palacio del Congreso. Allí desfiló el pueblo, en homenaje último al gran pastor de multitudes; por allí pasó, entre tantas gentes, el ciego que yo oí cantar y de cuya visita al cadáver habló *El Liberal.* Pues le preguntaron al verle con su guitarra bajo el brazo, con sus ojos sin sol: «¿Para qué vienes si no has de verle?» Y él contestó: «¡Por mí le verá mi lazarillo!» ¿Y el obrero humildísimo que llegó con su hijita, de luto, la cual llevaba un pequeño ramo de flores, y pidió permiso para ponerlo sobre el féretro, entre tanta monumental corona?

Y llegó el entierro. Fluía en el ambiente de la tarde la dulzura de un cielo de acuarela. Madrid se desbordaba como un hirviente vaso. Suspendida la circulación por las calles que debía recorrer el fúnebre cortejo, la concurrencia se aglomeraba, los balcones se tupían. La calle de Alcalá, la Puerta del Sol, la calle Mayor estaban inundadas por el río humano. Desde temprano se esperó por largas horas. Por fin apareció á lo lejos el pelotón azul de la Guardia civil de á caballo. Se abre calle entre el espeso gentío, y comienza el desfile. Van precediendo las profusas coronas; se destaca la de *El Liberal,* enorme y negra, sobre un fondo de seda blanco; van los recogidos del Hospicio y del Asilo de San Bernardino; los grupos de varias Asociaciones; los comerciantes, numerosos; la Academia de la Historia, el Ate-

neo, el Círculo de Bellas Artes; ahí distingo á Núñez de Arce, pálido y como nervioso; ahí va la barbilla canosa de Zapata, junto al músico Bretón; allí Echegaray, con su aire enfermizo y gastado. Ahí el todo Madrid de la celebridad : periodistas, artistas, sabios, académicos. Y el clero, de sobrepelliz, anunciado por la manga de la parroquia, embudo negro y oro. Y ahí va Castelar muerto, en su carroza severa. Todo el mundo se descubre, todo el mundo le da su último saludo. Sobre el féretro no se ve más que un aislado ramito de flores..., ¡es el ramito de la niña del obrero! La guardia de honor sigue á los soldados de la Guardia civil. De pronto se oye entre la muchedumbre: «¡Bravo! ¡Bien!» Son los militares que vienen, á pesar de la mezquindad ministerial. ¡Bravo! ¡Bien! Es el penacho blanco de Martínez Campos, el último gran guerrero, que asiste de toda gala; es Weyler, que viene sin penacho, pero acorazado el pecho de condecoraciones y medallas; Weyler, de fama terrible, pero que hoy se conquista por un momento las simpatías, pequeño, acerado, ceñudo, apretada y reveladora la saliente mandíbula. ¡Bien! ¡Bravo! Son los penachos, son los entorchados, son los uniformes de otros tantos generales, de innumerables jefes y oficiales que honran á Castelar á pesar de todo; es la Comisión del Cuerpo de artilleros, que lleva su ofrenda. ¡Bien! ¡Bravo! Es España la antigua, que aplaude á las espadas que no han echado en olvido la hidalguía. ¡Viva España!

Y pasan más Comisiones, y los diplomáticos, llenos de oro, entre los cuales resaltan el nuncio y el embajador de China, vestido de seda, con su botón de cristal y su

pluma de pavón. Y luego la Presidencia del Consejo de Ministros, y la Guardia civil, que cierra la procesión, y detrás aún más gente, y más gente. Y el murmullo general se acentúa contra quienes no han sabido honrar la memoria del más grande de los españoles de su época; á quien sus mismos enemigos tienen una palma que ofrecer cuando va camino de la eternidad; á quien no ha habido una sola lengua española que no haya consagrado una palabra de admiración, como al hijo que mejor supo, sobre la faz del Universo, honrar á su madre la patria. Y quienes han herido á esa amada patria con rencores inauditos ante el cadáver de aquel que supo combatirles frente á frente en su vida gloriosa y nobilísima, son los mismos que han contribuído á la desgracia nacional por degenerados ó débiles, ó ciegos instrumentos de errores y desidias; son los que han vuelto de la derrota con pasmosa frescura y á quienes una voz harto elocuente en el Senado condenó á ser ahorcados con los fajines de sus uniformes... *Militaribus curis et severitate morum*... ¿No era Castelar tan gran admirador de Tácito?

Siendo la Oratoria casi un arte teatral y basado de manera principal en dotes físicas que el tiempo va aminorando poco á poco, el Castelar de los últimos años no era sino el reflejo del de las pasadas victorias. Decía él mismo en un discurso, no hace mucho tiempo: «Por esto los oradores se acaban; por la misma razón que se acaban, cuando no hay guerra, los héroes. Por esto nuestra imaginación se amortigua, nuestro entendimiento se atrofia, las en otros tiempos armoniosas cuerdas

vocales marran, el estro lírico plega sus alas, el acento conmovedor concluye; pues, implacables, la sociedad y la Naturaleza destrozan en sus inmensas y complicadas máquinas á todos aquellos seres que ya no les sirven para cosa ninguna, y que no han de cumplir fin alguno en el plan histórico de la Providencia.» Pero desde los umbrales de la ciudad obscura podía él volverse y contemplar la obra que queda fuera de aquella que tenía la vida de un eco, basada de manera exclusiva en lo sonoro de su perorar, en lo arrebatador de sus actitudes ó en la cascada de sus alientos; es una serie de edificios de maravillosas arquitecturas construídos en su república sobre sólidos terrenos ó sobre montones de arena movediza, ó apoyados apenas en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía, ó paisajes, frescos cíclicos de las luchas de pueblos y gobiernos, de ideas y de hombres en el continente europeo, en América, en Asia, en África, ó cinceladas alhambras, kioscos de capricho ó preciosas *loggias* que improvisaba por deleite de arte, ó la novela que le resulta vasto poema en prosa, ó la Historia que le resulta himno multiplicado, ó la semblanza de personaje ó boceto de idea que le resulta oda fascinante, ó el gran poema en estrofas de prosa, á ondas ó á bloques, métrica ciclópea, ó la villa de mármol y de riquezas antiguas que labra con sus recuerdos de Italia, ó el monumento, de mármol también, á Byron, y cien estatuas, y mil bustos, y un millón de camafeos, todos al amor de un jardín singular, en donde mueve el viento armoniosos laureles griegos y robustas encinas romanas. Y aquel idealista, aquel

optimista, no ha partido contemplando sobre el mundo nubes de color de rosa que presagien un día de dicha y de tranquilidad, antes bien muy negros, muy amenazadores nubarrones, mientras se reunen y deliberan los congregados de la paz en La Haya. Su último artículo que ha publicado *Le Temps* hace ver á Francia poco favorable á un olvido de sus rencores con Alemania; á Alemania, más militarizada cada día, sin permitir el menor menoscabo en su preponderancia; á Inglaterra y á los Estados Unidos, en un acuerdo tácito para imponer en el globo la hegemonía de los países de lengua inglesa. Y concluye: «El descontento del Gobierno italiano, producido recientemente á consecuencia de sus fracasos diplomáticos en la cuestión de China; las dificultades suscitadas entre Francia é Inglaterra por el Sudán y el Nilo; el aumento de la escuadra inglesa, que ha necesitado una suspensión de la amortización y un déficit de importancia; el cambio de América, que ha modificado su temperamento industrial y trabajador para marchar á la guerra y á la conquista; el reparto de la China, deseado por universales ambiciones; los progresos del ferrocarril ruso en la Mongolia; los conflictos del Transvaal entre la presidencia de Krüger y la dictadura del desequilibrado Napoleón del Cabo; las amenazas contra Portugal y sus colonias; los temores y los espantos, tan fundados como legítimos, de nuestra desgraciada España; la rivalidad de Turquía y de Grecia, de Francia y de Prusia, de Rusia é Inglaterra; los motines en Austria; el movimiento interior que reclama y pide una Alemania más considerable y numerosa

que la Alemania actual; los gérmenes de desacuerdo entre las primeras potencias por consecuencia de las extensiones territoriales de sus colonias. Todas estas cosas dicen que, después de la Exposición de 1900, no tendremos una hora de paz, y elementos de guerra estarán diseminados y extendidos por todas partes.» Y al finalizar bendice, á pesar de todo, el Congreso de la Paz.

En la única, en la eterna, en la que todo entra, en la infinita, ha penetrado el prodigioso príncipe de la elocuencia castellana, el estupendo artista de la idea escrita, el predicador de la libertad. El «canario» de Taine ha volado como un águila. ¿En qué roca celeste se detendrá para que su alma diamantina y pura en la libertad de la muerte tome un rumbo nuevo bajo el viento de Dios? España le levantará un monumento de mármol y de bronce; su nombre irá resonante por el tiempo como un orbe de oro. Un tiempo quizá llegue en que su espíritu se regocije desde la sombra de su misterio al ver florecido en una inesperada primavera su ideal. Figuraos una ciudad, Walhalla ó Jerusalén, de las almas soberanas que giraron por la tierra actualmente cumpliendo con su misión semidivina, ciudad de héroes, de artistas, de santos, de sabios y de poetas, los genios de la fuerza, los genios de la belleza, los genios del carácter y del corazón, los genios de la voluntad. En un aire de luz cruzarán las ondas de los pensamientos como en una electricidad suprema. La personalidad que subsiste no obstará á una comunidad de gloria ambiente. Pues bien : yo me imagino á nuestro bueno y grande Caste-

lar en el coro magno de esos inmortales sintiendo en un instante del futuro como una voz que le da al oirla un nuevo esplendor, una inesperada voz de la tierra que llega á conmoverle á lo infinito. Será cuando España haya vuelto á alzar la cabeza como en días antiguos, poseída del orgullo de su fuerza nueva, de las palpitaciones de su nueva sangre. Junto á los boscajes de ensueño de esa sublime ciudad, Jerusalén ó Walhalla, los pensadores y los soñadores siguen en progresiva ascensión, construyendo las fábricas de sus cálculos, los palacios de sus fantasías. Me imagino en esa hora del Señor que el lírico tribuno sonríe al escuchar en lo eterno, del lado de la tierra, del lado de las columnas de Hércules, algo semejante á una salutación y á un trueno, un rugido:

PLATÓN. — ¿Qué es eso?

CASTELAR. — ¡Es mi León!

UN PASEO CON NÚÑEZ DE ARCE

13 de octubre de 1899.

Comienza en la Carrera de San Jerónimo el ir y venir de las gentes á la hora del paseo de la tarde. La Carrera de San Jerónimo es la calle de Florida de Madrid. Mucha vitrina elegante, mucho carruaje que va y viene; y por la noche mucha luz y alegría de ciudad moderna.

En la librería de Fe, poco antes del crepúsculo, encontré hace algunos días al poeta Núñez de Arce con su amigo Vicente Colorado, también poeta. Hacía algún tiempo que no veía al maestro, y le hallé, aunque quejoso de su salud, bastante mejor que como le viera la reciente vez. Tras hablar unas cuantas cosas del obligado asunto de América, se le ocurrió: «¿Si diéramos un paseo?» Acepté con gusto, y salimos los tres hacia el Prado.

Despacio, pues D. Gaspar no puede fatigarse. El tiempo estaba fresco, el aire era grato; el cielo lucía afable; pero el poeta, desde que comenzó á conversar con nosotros, parecía verlo todo gris. Como yo le preguntase si tenía algún trabajo en obra, si escribía algo,

—No, nada—me contestó—, fuera de las cartas que escribo á un diario de Buenos Aires.

Y con un aire de vago desencanto:

—¡Ah, amigo Darío, mi tiempo ha pasado! Soy ya viejo, y las Musas, como hermosas hembras que son, no gustan de los viejos. El campo es ahora de quien se llama...

—Maestro—le interrumpí—, eso quien menos lo puede decir es usted. El amor y el gozo de la vida tienen á Anacreonte y Hugo...

—Lo que de Hugo vale verdaderamente fué escrito en su juventud.

No quise contradecirle.

Pero el hábil Colorado, cuyo ingenio es mucho, apoyado en su antiguo cariño y en su amistad íntima, le increpó con amable irrespeto: «Es que usted se está poniendo insoportable de pesimismo.» Y le manifestó que era cosa de los años, que en la juventud todo lo vemos lleno de una luz de rosa. (Lo cual no es cierto en nuestro tiempo, decía yo en mi interior.)

Núñez de Arce prosiguió entonces en un largo parlar, todo ornado de bellas frases de decepción. No cree ni en la misma vida. ¿Acaso sabemos algo de lo que hay tras el impenetrable velo de la eterna Isis? ¡La ciencia! Pues la ciencia no ha conquistado sino un pequeñísimo reino: el reino de lo experimental. La *débâcle* á que se ha hecho tanto ruido no hace mucho tiempo, no puede ser más cierta. ¿El Arte? Campo para las ilusiones; total, nada, puesto que las ilusiones no son más que humo vago que deshace el menor viento de la vida. El fracaso

impera en todo. La sociedad, después de tantos siglos, no ha logrado aún resolver el problema de su misma organización. Véanse las rojas flores que brotan en tal terreno: se llama socialismo, anarquismo, nihilismo. ¡La nacionalidad española!, un sueño. Al primer cañonazo que se oiga en la Península, ya verán cómo se deshace la nacionalidad española. Yo volví á tocar el tema del Arte y de la Literatura. «¡Ah, el Arte, la Literatura: todo está en plena decadencia! Francia es el más patente ejemplo. Los ideales se levantan, se ven como bellos mirajes, y luego no se logran nunca. Es el inmenso camino cuyo fin no se encuentra ni se encontrará jamás, á pesar del vuelo continuo de las humanas aspiraciones.» Y así seguía con su voz pectoral, un tanto apagada, y en sus ojos vivaces había una chispa fugitiva, y en sus labios se marcaba una sonrisa que podía decir resignación y convencimiento.

Entretanto yo me decía — siempre para mí sobre todo —: «Gaspar Núñez de Arce,

... DON *of course,*
a true Hidalgo, free from every stain
of Moor or Hebrew blood; he traced his source
through the most Gothic gentlemen of Spain...»

Don Gaspar Núñez de Arce, sin duda alguna el primer poeta de la España de hoy, parecería por sus negros mirares y sus desconsoladores decires un espíritu extranjero, un alma septentrional, rara, bajo su cielo de alegría, si no se supiese que en el fondo del alma española crece siempre una obscura rosa. Puede tener un

rocío de creencia ó no tenerlo. Este fuerte poeta es un Carlos V sin fe que se encierra en su Escorial interior y celebra los funerales de su propia poesía, de sus propios ensueños, de su propia gloria. Y no es nuevo en él este modo de pensar y de ver los cuatro puntos cardinales de la existencia. Allá, ya lejos en el siglo, se oyen aún sus *Gritos del combate,* y ya había resonado en sus oídos el fracaso producido por la risa de Voltaire, á quien en nombre de sus sueños agonizantes ó muertos maldecía en el último endecasílabo de un soneto célebre; decía á los poetas que colgaran, en un desconsuelo bíblico, sus arpas de los llorosos sauces. Gracias á que la férrea contextura de su estro daba animación para la lucha, no se caía en el anonadamiento voluntario. Por esos tiempos, ó poco después, miraba con cruel desdén al pobre Bécquer, que vivía de pan de amor y vino de sueño. Sonreía el caballero vestido de su pesada armadura, de los que él llamaba «suspirillos germánicos»; le disgustaba el poco de azul que fué á traer en un ramillete de *vergissmeinnichts* de Alemania, para suavizar el escarlata de sus claveles, el artista triste de las *Rimas,* que después de todo era esta cosa formidable: un corazón.

En el Prado reían los niños; la tarde desfallecía risueña; en el Poniente se fundía una montaña de oro de sol. Don Gaspar proseguía en sus doctrinas. La muerte es lo único que nos interesa verdaderamente, pues da la clave del enigma. Isis aparece entonces sin velo. El hombre no mata nada: todo *se muere.* El hombre cree inventar algo: todo está ya inventado; todo ha sido. De pronto, en un yacimiento de tiempo, descúbrese alguna cosa;

eso es todo. Pero nada de lo que se cree nuevo es nuevo. La palabra de la Escritura dice una inconmovible verdad cuando dice: *Nihil novi sub sole.* El hombre vive en lucha perpetua con la vida y consigo mismo porque, pasada la divina estación de la juventud, quiere ver, quiere saber, quiere conseguir la posesión de un fantasma, descubrir lo imposible, y la realidad le hiere y le desconsuela. El hombre sólo es feliz en el instante de su primavera.

Miré en los ojos á D. Gaspar, y canté en mi memoria el recuerdo:

¡Oh recuerdos, encantos y alegrías
de los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

—Yo ya estoy viejo—repito—, y creo ver en lo que dije la verdad, ó lo que me parece la verdad, porque, ciertamente, ella no ha mostrado su faz nunca; su desnudez no ha sido profanada por nadie. «Crea usted—me dijo—que la juventud es lo único que vale la pena, y esto por su jardín de ilusiones; esto es, *por lo que existe.*»

Yo volví á clamar dentro de mí: «¡Oh poeta, oh querido amigo y maestro!, no haces obra de bien predicando el desencanto, tú que sabes la perenne renovación de las cosas, el placer del vivir, con todo y la persecución del dolor; no debes, porque hayas pasado ya mucho más del medio del camino de la vida, quedarte en tu

primera etapa y no mostrar á la juventud sedienta de ideal nada más que el infierno; tú bien debes saber que en la tercera está situada la gloria incomparable del Paraíso, así haya que pasar para penetrar en sus dominios bajo el arco de la Ilusión. La misión del poeta es cultivar la esperanza, ascender á la verdad por el ensueño y defender la nobleza y frescura de la pasajera existencia terrenal, así sea amparándose en el palacio de la divina mentira. Te ha tocado un difícil momento en la historia de tu patria; momento de vacilaciones y de derrumbes, de dudas y de miserias; pero tú no colgaste el arpa del «lloroso sauce». Antes bien, elevaste por tu sonora y acerada poesía las almas; reavivaste el amor á lo bello; de la duda hiciste hermosas esculturas de palabras en que vió la joven generación cómo se esculpía el castellano en potentes estrofas; con el *Idilio* tornaste á la inagotable viña de amor, cuyo jugo dará sangre á la Poesía y al Arte por los siglos de los siglos. No, no intentes destruir una sola ilusión. En verdad te digo que retoñará en mil partes. La obligación de la vejez sabia es decir á los que vienen coronados de flores, en su estación de encantos, en palabras de luz, lo que dice la Boca de Sombra. Hay un caballero cantando en tus poemas que podía servirte de admirable ejemplo. Es aquel maravilloso Raimundo, amoroso de amor, padre de enigmas, profesor de ilusiones, capitán de ensueños; aquel Raimundo que encontró oculto el símbolo del dolor eterno entre los pechos de la mujer amada é imposible. Pues bien: Raimundo Lulio no se fué por el camino de la desesperanza, sino que, como entró en el templo montado

en su caballo, ascendió á las estrellas, cabalgante en su Pegaso, en seguimiento siempre del ideal. Aquel inmenso poeta, aquel príncipe del símbolo, aquel sabio te señala una buena pauta que seguir. No pasa el tiempo para los poetas que tienen el alma firme y libre; para los que no reconocen fronteras, preocupaciones, limitaciones: las Musas son, como dices, muchachas fragantes y frescas; pero no tienen inconveniente en ir á dormir con Booz ó acostarse en el lecho del viejo David.

Y no sé en qué libro de antiguo he leído que Abisag, después de sus nupcias con el anciano rey del arpa, quedó encinta y dió á luz una estrella.

SEMANA SANTA

Marzo 31 de 1899.

Sevilla rebosa de forasteros; Toledo, lo propio; á Murcia van los trenes llenos de viajantes. No faltan en las estaciones los indispensables ingleses provistos de sus minúsculas *detective*. Es en las provincias en donde la santa semana atrae á los turistas. Madrid es religiosamente incoloro, y lo que hace notar que se pasa por estos días de fiestas cristianas, es que desde ayer, por decreto del alcalde — un descendiente del ilustre Jacques de Liniers —, no circulan durante el día vehículos por la capital. Las campanas no suenan, reemplazadas litúrgicamente por las matracas, y jueves y viernes, estas mujeres, amorosas en la devoción, recorren las calles cubiertas con sus famosas mantillas. En medio de la multitud, algo he advertido de una vaga y dolorosa tristeza. Se escucha que viene á lo lejos una suave música llena de melancolía; despacio, despacio. Luego se va acercando y se oye una canción, seis voces, dos femeninas, dos de hombre, dos infantiles. El coro pasa, se diría que se desliza ante vuestros ojos y á vuestros oídos. Son ciegos que van cantando canciones, pidiendo limosna.

Se acompañan con violines, guitarras y bandolinas. Con sus ojos sin día miran hacia el cielo, en busca de lo que preguntaba Baudelaire. Lo que cantan es uno de esos motivos brotados del corazón popular, que dicen, en su corta y sencilla notación, cosas que nos pasan sobre el alma como misteriosas brisas que hemos sentido no sabemos en qué momento de una vida anterior. Se diría que esos ciegos han aprendido su música en monasterios, pues traen sus voces algo como piadosa resonancia claustral. La concurrencia que va al paseo no para mientes. Por los balcones asoman unas cuantas caras curiosas. De lo más alto de una casa, de una pobre boardilla, cae para los ciegos una moneda de cobre.

En las iglesias se ostentan las pompas sagradas. Los caballeros de las diversas Órdenes asisten á las ceremonias. La indumentaria resucita por instantes épocas enterradas. Mas ayer se cumplió con una antigua usanza en la mansión real, que, con toda verdad, más que ninguna otra manifestación, ha podido llevar los espíritus hacia atrás, en lo dilatado del tiempo. Me refiero al acto de lavar los pies á los pobres y reunirles á la mesa la reina de España. Esta costumbre arranca de siglos; instituyóla Fernando III de Castilla en 1242.

Desde muy temprano el patio de palacio se fué llenando de gente. Visto desde lo alto, era una aglomeración oleante de mantillas, sombreros de copa, oros y colores de uniformes. Suena un son de pífanos. Es el desfile pintoresco de las alabardas. Mediodía. Compases de un himno por una banda de Palacio, y la familia real se presenta en marcha hacia la capilla. Por un momento

desaparece el rumor de la vida actual. Esa aparición nos hace pensar en un mundo distinto, en apariencias encantadoras que á las alturas de esta época ruda para la poesía de la existencia, tan solamente surgen á nuestra contemplación en el teatro ó en el libro. He aquí que esta buena archiduquesa que sostiene hoy la diadema de Su Majestad Católica, brota de un cuadro, sale de una página de vieja historia, se desprende de un cuento: toda blanca, real, tristemente majestuosa, pues no alcanza á ocultar que su alma no es un lago tranquilo. De sus espaldas se extiende el gran manto; la larga cola pórtala un hidalgo, el mayordomo marqués de Villamayor. El continente impone, el gesto habla por la raza. Por corona lleva María Cristina una constelación de brillantes, y sutil como una onda de espuma, la mantilla blanca le cubre el casco de la cabellera. La princesita de Asturias, que ya viste de largo, va toda ella hecha una rosa, rociada de perlas. Hay en esa joven una distinción graciosa que seduce en medio de la corte, y que no advertís en los retratos expuestos en los escaparates de los fotógrafos, y que dan la figura un tanto picante de una modistilla. La infanta Isabel — muy simpática para todos los madrileños y absolutamente Borbón — va de un amarillo triunfante, y sobre la magnificencia de su manto heliotropo resplandecen las joyas. El altar arde en luces y oros. Los príncipes y los cortesanos parecen orar con unción y fe. Calvas ebúrneas, barbas blancas sobre estrellas de oro y de piedras preciosas, galones y entorchados, se inclinan al movimiento de los oficios. Serenamente armoniosa, la música de la capilla despierta

á Mozart. Como un incienso, se esparce por los ámbitos, envuelve todos los espíritus, así entre tantos se erijan los incrédulos, la *Primera Sinfonía.*

*
* *

En el Salón de las Columnas el gran crucifijo central está envuelto en un lienzo violeta, en el altar, que se destaca sobre un tapiz de asunto religioso. En las tribunas, con los ministros, entre el Cuerpo diplomático y los Grandes de España, están la infanta Isabel, la duquesa de Calabria y la princesa de Asturias.

En los lados del salón, sentados en bancos negros, hay doce mujeres pobres y trece hombres pobres. No sé qué vaga luz brota de esas humildes almas en las miradas.

Suenan las dos palmadas de costumbre; es que se acerca la reina con su séquito. La reina viene á paso augusto, entre el obispo y el nuncio. Precédela un grupo de religiosos y cantores y una cruz alta. *Ante diem festum Paschæ...* resuena la voz del subdiácono; la música, el canto vuela sobre el recinto. De pronto, María Cristina está ya ciñéndose una toalla, mientras las duquesas, llenas de diamantes, las condesas, fastuosas, descalzan á los convidados miserables. La reina, con una esponja y una toalla enjuga los lamentables pies de esas gentes, que en un halo de inexplicable asombro deben sufrir extraña angustia. El representante del Papa vierte el agua de un ánfora. Os aseguro que por todo pecho presente pasa una conmoción. Y en ese mismo instante,

dos voces hablaban al oído del observador meditabundo. La una era la del demonio de la calle, el demonio de la murmuración, que se cuela por los misterios de las casas y se propaga en la frase afilada por la inevitable malignidad humana. Esa voz hablaba á la oreja izquierda y decía: «Es hermoso, es de un simbolismo grandioso y conmovedor ese acto de humildad que recuerda á las Isabeles de Hungría, que nos aleja del ambiente contemporáneo, asfixiante de egoísmo, quemante de odio y de mentira; pero... ¿y la miseria? ¿Y los innumerables mendigos que andan por la corte y por toda España crujiendo de hambre? ¿Y los martirios de Monjuich? ¿Y el anarquismo, flor de los parias? ¿Y la prostitución infantil, instalada á los ojos de la capital de Su Majestad Católica?» Y continuaba: «Por ahí se dice que la «austriaca» es avara; que manda arreglar el calzado y los vestidos usados de las infantitas; que hace pagar su «pupilaje» en Palacio á la infanta Isabel; que su caridad no se demuestra espléndida en demasía; que en Londres está acaparando millones; que la duquesa de Cánovas, á quien ella antes llamara «la reina de la Guindalera», la gratifica justamente con el apodo de «la institutriz...» Mas la voz que hablaba á la oreja derecha decía: «No, no hay que proclamar la injusticia ó la mala visión como una ley de verdad. Esa noble señora está en una altura que hay que apreciar de lejos; y poco harán en su contra las murmuraciones áulicas, los despechos palaciegos. Su misión maternal es admirable, y las tempestades que han pasado por la corona de torres de la patria la han visto siempre digna y ejemplar, soste-

niendo la infancia endeble de su hijo, dolorida por las penas nacionales, triste en su viudez, hasta hoy libre de calumnia. Ciertamente, no es una Isabel II por ninguna clase de generosidad. No derrocha; pero sostiene asilos, da justas y silenciosas limosnas. Es una reina buena.»

Y hela allí, en el salón de armas, sirviendo á los mismos pobres á la mesa. Le ayudan varios señores en su tarea. Esos *garçons* de semejante comedor se llaman el marqués de Ayerbe, el duque de Sotomayor, el duque de Granada de Ega, el conde de Revillagigedo, el marqués de Comillas, el conde de Atarés, el marqués de Santa Cristina, el marqués de Velayos. Todos pudieran entrar en un parlamento huguesco; todos se cubren ante el rey; todos tienen á la cintura la llave de oro. Así, las damas que descalzaron á los miserables eran una condesa de Sástago, una duquesa de Medina Sidonia, una marquesa de Molíns, una de Sanfelices. Desde lo alto, en el soberbio techo—*Giaquinto pinxit*—, todo un revuelto Olimpo, de un paganismo rococó, se debatía, en vibrantes fugas de colores, sobre las magnificencias católicas.

Esta ha sido para mí, más que la procesión mediocre ó las celebraciones eclesiásticas en los templos, la verdadera nota principal de la Semana Santa en la corte española. Pues si hoy la reina, en el ceremonial del Viernes Santo en la Capilla Real, ha hecho cambiar por cintas blancas las cintas negras de los procesos, al indultar á los reos de muerte, después de besar el *lignum crucis*, ayer ha estado, en un acto antiguo, más cerca de Jesucristo.

¿España es verdaderamente religiosa? Creo que en el fondo no. Cuenta Georges Lainé que preguntó á un sacerdote gaditano: «¿Hay una corriente de opinión republicana muy marcada en el bajo pueblo de Cádiz?» El sacerdote le contestó: «Todos los obreros de Cádiz son republicanos, anticatólicos y, un gran número, anarquistas.» Puede también asegurarse que la mayoría de los obreros en toda España es poco religiosa, influída por corrientes liberales primero y luego por la cuestión social. En Barcelona, principalmente, el viento nuevo ha desarraigado mucho árbol viejo. En Andalucía, en Castilla, buena parte del clero ha contribuído con su poco cuidado de los asuntos espirituales á debilitar las creencias. El alto clero español cuenta con cabezas eminentes, con sabios y con varones virtuosos; pero en las regiones inferiores no es un mirlo blanco el sacerdote de sotana alegre, amigo de juergas, de guitarras y mostos. La navaja no es tampoco, en ciertos ejemplares, desconocida. El sacerdote sanguinario y cruel no ha sido escaso en las guerras carlistas. En cuanto á moralidad, es éste el país en donde «el ama del cura» y las «sobrinas del cura» son tipos de comedia y cantar. Ello no quiere decir que, como en toda viña humana y en la del Señor, no haya casos de corrección y de virtud evangélica. El cura de aldea de aquel honesto Pérez Escrich no abunda, pero se puede encontrar en la campaña española. La enseñanza religiosa en la España interior se queda en lo primitivo, en la plática pastoral que precede á la idolatría católica de figuras también primitivas: en las procesiones originalísimas. En la España negra de

Verhaeren y Regoyos podéis observar curiosos croquis. En San Juan de Tolosa, por ejemplo, en Guipúzcoa, donde existen esas esculturas bárbaras que hacen decir al escritor: «El rezar cara á cara con estos Nazarenos y santos debe hacer reir ó alucinar.» En efecto, son figuras *bons hommes* como labrados á hacha, con asimetrías deformes y aires de idiotismo ó de malignidad; Cristos de rostros funestos, ó como dibujados por James Ensor, Cristos *que dan miedo*, bajo sus cabelleras de difuntos, entre los nichos obscuros de los altares. La Semana Santa en Guipúzcoa, los Pasos de Azpeitia con sus siniestras estatuas, son otra cosa que la Semana Santa de Sevilla, con sus esculturas artísticas, con palios lujosos, sus Pasos con imágenes de arte, sus Vírgenes vestidas como emperatrices bizantinas: todo oro, terciopelo, hierro y más oro; y las saetas, esos cantos que brotan en su aguda tristeza, quejidos del pueblo, dolorosas y sonoras alondras de una raza. Ó la Semana Santa de Toledo, entre la antigüedad gris y seca de esa petrificación de tiempo. En las fiestas de San Juan Degollado, en la isla de Gaztelugache, cerca del cabo Machichaco, puede verse aún la Edad Media, con la devoción idolátrica y temerosa, los romeros y penitentes, que suben una cuesta de rodillas, despedazándose sobre la piedra. Los niños van vestidos de negro y violeta. Y los disciplinantes de Rioja, en San Vicente de la Sonsierra, hombres que se destruyen las espaldas con azotes á la vista del público, y luego, cuando el lomo está todo amoratado de golpes ó hinchado de disciplinazos, se les raya con bolas de cera llenas de vidrios filosos. Regoyos nos

cuenta de otros martirios, como el ir tocando una gran campana por las calles ó pasar con los pies descalzos sobre pedruscos y chinas. Allí la sangre humana se vierte en realidad cada Jueves Santo.

Pero junto á todas esas manifestaciones de religiosidad nefasta y milenaria, encontraréis siempre la guitarra, el vino, la hembra. El torero tiene una imagen á la que reza antes de ir á la corrida, á la fiesta de la sangre. Los antiguos peregrinos que iban á Santiago de Compostela con el bordón y la calabaza eran excelentes pillos y bandoleros que hubo que perseguir. En ciertas procesiones andaluzas hay pleitos por si una santa Virgen vale más que otra, y al elogiar á la propia imagen se injuria con epítetos de la hampa á la santa imagen contraria. Se forman partidos por este ó aquel Cristo, por este ó aquel santo milagroso. En Galicia pasa lo propio. Un escritor gallego me cuenta que un tío suyo muy devoto, después de sufrir un gran dolor moral, se encerró en su gabinete y con una filosa faca se puso á dar de puñaladas á un crucifijo familiar. No es raro que al ir á dejar á la iglesia en los pueblos á una imagen, los conductores se detengan un rato en la taberna. En 1820 los madrileños saquearon el palacio de la Inquisición; degüello de frailes ha habido que quedará por siempre famoso. España es el país católico por excelencia; pero Rothschild ha sido el amo por intermedio del judío Baüer, y se ha transigido, por razones humanas, con la fundación de templos protestantes.

El fanatismo español, según Buckle, se explicaría por las luchas con las invasiones arábigas; pero Ives Guyot

hace notar con justicia que antes había habido los grandes choques con los visigodos arrianos. La conversión de Recaredo señala un buen punto de partida. De lo más remoto parte la veta religiosa, desde la venida de los primeros cristianos. No hay lugar importante de España que no guarde el recuerdo tradicional ó histórico de un santo ó de un apóstol cristiano. San Pablo desembarcó en las costas levantinas, y Tarragona pretende que fué el fundador de su iglesia. En Bética fué la conversión del prefecto Filoteo, del magnate Probo y su hija Xantipa. El mismo apóstol estuvo en Andalucía, en Écija y en otros puntos de la Península. Écija tuvo á San Rufo, obispo nombrado por San Pablo Narbonense; Santiago estuvo en Braga, en donde fué primer obispo. El viaje de la cabeza de Santiago con los Siete Discípulos en la *parva navis*, es una hermosa perla de tradición narrada en el latín del Cerratense. La cabeza de Santiago destruyó el último templo de Baco: *Liberum novum;* pero ¡ya quedaba el vino! San Pedro envió á otros discípulos. Geroncio quedó en Italia. Pamplona recuerda á Saturnino y Honesto; Marmolejo, á Máximo; Guadix, á Torcuato; Granada, á San Cecilio; Ávila, á San Segundo; Tarifa, á San Esicio; Andújar, á San Eufrasio; Cabra, á San Texifonte; Almería, á San Indalecio. Zaragoza pretende tener la primera iglesia fundada en España: allí triunfan los mártires y la Pilarica. Toledo tuvo á San Eugenio, en tiempo del papa Clemente. Gerona cuenta con San Narciso. Por todas partes retoña, si regáis un poco, la raíz cristiana por tantos motivos; pero la savia pagana de la tierra no está destruída. La

latina se explica. Se gusta en las procesiones de la pompa, de los oros lujosos, de la decoración de las imágenes, y con el pretexto de la devoción se da suelta á los nervios y á la sangre, floreciendo de rojo la España negra. No se abandonan los asuntos de este mundo por los del otro; y la Inquisición misma, en sus orígenes, tuvo más causas políticas que religiosas. El quemadero, después, agregó ese halago terrible al divertimiento popular: auto de fe ó corrida de toros viene á dar lo mismo. En ciertos templos andaluces el catolicismo deja ver á través de sus adornos y símbolos las líneas y arabescos moriscos; en las almas pasa algo semejante. Cierto es que Mahoma sonríe más que Jesucristo en los ojos sevillanos de bautizadas odaliscas.

País de Carlos V, de Felipe II, de Carlos II el Hechizado; país de la expulsión de los judíos y de los moros, su fe no llega muy á lo profundo. Creedme: la brava España llevó la Cruz al Nuevo Mundo nuestro, á lejanas tierras, la impuso por la fuerza, de manera koránica; pórtala sobre el oro de la Corona, sobre la cúpula del Palacio Real; pero España es como la espada: tiene la cruz unida á la filosa lámina de acero.

¡TOROS!

Abril 6 de 1899.

Los durazneros alegres se animan de rosa; el Retiro está todo verde, y con la primavera llegaron los toros. Se han vuelto á ver en profusión los sombreros cordobeses, los pantalones ajustados en absurda ostentación calipigia, las faces glabras de las gentes de redondel y chuleo. El día de la inauguración de las corridas fué un gran día de fiesta. Pude saludar varias veces por la calle de Alcalá al espíritu de Gautier. Era el mismo ambiente de los tiempos de Juan Pastor y Antonio Rodríguez: las calesas estacionadas á lo largo de la vía, las mulas empomponadas, los carruajes que pasan llenos de aficionados y las mantillas que decoran tantas encantadoras cabezas. Parece que en el aire fuese la oleada de entusiasmo; todo el mundo no piensa sino en el próximo espectáculo, no se habla de otra cosa; las corbatas de colores detonan sobre las pecheras; las chaquetas parece que se multiplicasen; los cascabeles suenan al paso de los vehículos; en los carteles chillones se destaca la la figura petulante del *Guerra*. *¡El Guerra!...*

Su nombre es como un toque de clarín ó como una

bandera. Su cabeza se eleva sobre las de Castelar, Núñez de Arce ó Silvela; es hoy el que triunfa, el amo del fascinado pueblo. *¡El Guerra!,* andaluzamente. Salvador Rueda, no hallando otra cosa mejor que decirme de su torero, me clava: «¡Es Mallarmé!» Vamos, pues, á los toros.

«Se ha dicho y repetido por todas partes que el gusto por las corridas de toros se iba perdiendo en España, y que la civilización las haría pronto desaparecer; si la civilización hace eso, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los más bellos espectáculos que el hombre pueda imaginar.» ¿Quién ha escrito eso? El gran Theo, el magnífico Gautier, que vino «tras los montes» á ver las fiestas del sol y de la sangre; Barrés, después, hallaría la sangre, la voluptuosidad y la muerte. Es explicable la impresión que en aquel hombre que «sabía ver» harían las crueles pompas circenses. No es posible negar que el espectáculo es suntuoso; que tanto color, oros y púrpuras bajo los oros y púrpuras del cielo, es de un singular atractivo, y que del vasto circo en que operan esos juglares de la muerte resplandecientes de sedas y metales, se desprenden un aliento romano y una gracia bizantina. Artísticamente, pues, los que habéis leído descripciones de una corrida ó habéis presenciado ésta, no podéis negar que se trata de algo cuya belleza se impone. La congregación de un pueblo solar á esas celebraciones en que se halaga su instinto y su visión, se justifica, y de ahí el endiosamiento del torero.

Nodier raconte qu'en Espagne... Fácil es imaginarse el entusiasmo de Gautier por esta España que aparecía en

el período romántico como una península de cuento; la España de los *châteaux*, la España de Hernani y otra España más fantástica si gustáis, y la cual, aun cuando no existiese, era preciso inventar. Ésa venía en la fantasía de Gautier, y los toros vistos por él correspondieron á la mágica inventiva. En la calle de Alcalá le arrastró, le envolvió el torbellino pintoresco: los calesines, las mulas adornadas, los bizarros jinetes, las tintas violentas calentadas de sol de la tarde, los característicos tipos nacionales. El Arte le ase á cada momento, y si un tronco de mulas le trae á la memoria un cuadro de Van der Meulen, un episodio torero le recordará más tarde un grabado de Goya. Aquí encuentra la famosa manola que ha de hacerle escribir una no menos famosa canción cuyos *¡alza!*, *¡hola!* se repetirán en lo porvenir á la luz de los *café-concerts*. El detalle le atrae; documenta y hace sonreir la sinceridad con que corrige á sus compatriotas buscadores de «color local»: se debe decir *torero*, no *toreador;* se debe decir *espada*, no *matador*. Ya enmendará luego la plana á Delavigne, diciéndole que la espada del Cid se llama tizona y no *tizonade*, para resultar con que hay una estocada en la corrida que se llama *á vuela pies*. ¡Oh!, el español de los franceses daría asunto para curiosas citas, desde Rabelais hasta Maurice Barrés, pasando por Víctor Hugo y Verlaine. Los toros atrajeron le atención del poeta de los *Esmaltes y Camafeos*. Cuando iba á sentarse en su sitio, en la plaza, «experimenté — dice — un deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz inundaban el circo, pues el sol es una araña superior que tiene la ventaja de no regar aceite, y el gas mismo no lo

vencerá largo tiempo. Un inmenso rumor flotaba como una bruma de ruido sobre la arena. Del lado del sol palpitaban y centelleaban miles de abanicos y sombrillas.» «Os aseguro que es ya un admirable *espectáculo* doce mil espectadores en un teatro tan vasto cuyo plafón sólo Dios puede pintar con el azul espléndido que extrae de la urna de la eternidad.» Después serán las peripecias de los juegos, la magnificencia de los trajes y capas; los mismos sangrientos incidentes, caballos desventrados, toros heridos, y el público tempestuoso, un público de excepción cuyo igual no sería posible encontrar sino retrocediendo á los circos de Roma; todo con sol y música y clamor de clarines y banderillas de fuego. Él hace su resumen: «La corrida había sido buena: ocho toros, catorce caballos muertos, un chulo herido ligeramente; no podía desearse nada mejor.» Que por razones de imaginación y de sensibilidad artística hombres como Gautier se contagien del gusto por los toros que hay en España, pase; pero es el caso que ese contagio invade á los extranjeros de todo cariz intelectual, y no es raro ver en el tendido á un rubio *commis-voyageur* dando muestras flagrantes del más desbordado contentamiento.

Lo que es en España será imposible que llegue un tiempo en que se desarraigue del pueblo esta violenta afición. Antes y después de Jovellanos ha habido protestantes de la lidia que han roto sus mejores flechas contra el bronce secular de la más inconmovible de las costumbres. En las provincias pasa lo propio que en la capital. Sevilla parece que regase sus matas de claveles con la sangre de esas feroces *soavetaurilias;* allí las fies-

tas de toros son inseparables del fuego solar, de las mujeres cálidamente amorosas, de la manzanilla, de la alegría furiosa de la tierra; la corrida es una voluptuosidad más, y la opinión de Bloy sobre la parte sensual del espectáculo, encontraría su mejor pilar en el goce verdaderamente sádico de ciertas mujeres que presencian la sangrienta función. La Sevilla de las estocadas de Mañara, de la molicie morisca, de las hembras por que se desleía Gutierre de Cetina, de las sangres de Zurbarán, de las carnes femeninas de Murillo, de las gitanillas, de los bandidos generosos, tiene que ser la Sevilla del clásico toreo. Bajo Fernando III ya los mozos de la nobleza tenían su plaza especial para el ejercicio del *sport* preferido. Partos reales ó la toma de Zamora se celebraban con toros. El cardenal-arzobispo D. Rodrigo de Castro prohibió durante un jubileo las corridas. La ciudad luchó con Su Ilustrísima, y venció apoyada por Felipe II. La corrida se da, y en ella

veinte lacayos robustos
con ellos delante salen;
morado y verde el vestido,
espadas doradas traen;
de ser don Nuño y Medina
dan muestra y claras señales,
que aunque vienen embozados
no pueden disimularse.

En tiempos de Felipe IV «toreó á caballo D. Juan de Cárdenas, un truhán del Duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una

muy buena lanzada. Mató Su Majestad tres toros con arcabuz», dice un revistero de la época. Felipe V quiso substituir la corrida por «juegos de cabezas»; pero lo francés fué derrotado por lo español. ¡Ayer, como hoy, los toros *for ever!* No ha habido aquí poeta ni millonario que haya sido tan afortunado en favores femeninos como Pepe Hillo. Cierto es que en París, y en nuestro tiempo, Mazzantini y Ángel Pastor no han podido quejarse de las damas. En Zaragoza la afición se pretende que viene de los romanos. Don Juan de Austria fué obsequiado allí con toros. Á Felipe V le hicieron ver los aragoneses una corrida, de noche, en Cariñena. Los navarros, entre un son de violín de Sarasate y un *do* pectoral de Gayarre, toros; y ello viene de antaño. Soria, con sus fiestas de las Calderas, pues toros. Valencia, florida y armoniosa de colores y cantos, tenía ya toreros en tiempo de don Alfonso el Sabio. Y entre sus célebres aficionados cuenta á un conde de Peralada y Albatera, D. Guillén de Rocafull. Y hasta en la España del Norte, en la España gris, aun cuando la Naturaleza proteste, la afición procura su triunfo, y bajo el cielo empañado, en la tierra donostiarra, toros. Salamanca, toros. Toledo, Valladolid, toros. Solamente entre los catalanes no han vencido sino á medias los cuernos.

No obstante, hay apasionados de la lidia que lamentan la decadencia torera. Dicen que hoy no existe el «amor al arte», que los espadas son simples negociantes, y los ganaderos, así sean descendientes de Colón, dan, como dice Pascual Millán, notable taurógrafo, «toros raquíticos, sin sangre, ni bravura, ni trapío». Los días pa-

sados, en Aranjuez, conocí á un hombre atento y afable que á través de su conversación con coleta deja ver cierta cultura y buen afecto á América. Me habló del Río de la Plata, de Chile y de su amigo D. Agustín Edwards. Es el célebre Ángel Pastor. Sufre grandemente. En lo mejor de su carrera, todavía fuerte y joven, ha tenido la desgracia de romperse un brazo. Ya no podrá *trabajar;* la mala suerte le ha salido al paso peor que un toro bravo, y le ha cogido. Y habla también Pastor de lo malo que hoy anda el toreo, de la decadencia del arte, de lo *clásico* y de lo *moderno,* como hablaría un profesor de Literatura ó de Pintura. Pero no le falta el brillante gordo en el dedo y la consideración de todo el mundo. El hotel mejor de Aranjuez es el suyo. Y la tradicional gentileza y obsequiosidad, suyas son también.

Decadentes ó no decadentes, los toros seguirán en España. No hay rey ni Gobierno que se atreva á suprimirlos. Carlos III tuvo esa mala ocurrencia, y luego se vieron sus efectos. Jovellanos, en su carta á Vargas Ponce, no tuvo empacho en sostener que la diversión no es propiamente nacional, porque Galicia, León y Asturias han sido muy poco toreras. «¿Qué gloria nos resulta de ella?—exclamaba—. ¿Cuál es, pues, la opinión de Europa en este punto? Con razón ó sin ella, ¿no nos llaman bárbaros porque conservamos y sostenemos las fiestas de toros?» Negó el valor á los toreros y proclamó su general estupidez fuera de las cosas de la lidia. Sostuvo el daño que ésta producía á la agricultura, pues cuesta más la crianza de un buen toro para la plaza que cincuenta reses útiles para el arado; y á la industria,

pues los pueblos que ven toros no son por cierto los más laboriosos. En cuanto á las costumbres, el párrafo que dedica á la influencia de los toros en ellas quedaría perfecto al injertarse en un capítulo del *Cristophe Colomb devant les taureaux*, de León Bloy. Hay una muy bien meditada página del cubano Enrique José Varona sobre la psicología del toreo, en que encuentra la base humana del gusto por esas crueles diversiones en el sedimento de animalidad persistente á través de la evolución de la cultura social. La teoría no es flamante, y antes que sostenida por argumentos científicos, estaba ya incrustada en la sabiduría de las naciones.

Pero si no hay duda de que colectivamente el español es la más clara muestra de regresión á la fiereza primitiva, no hay tampoco duda de que en cada hombre hay algo de español en ese sentido, junto con el de la perversidad, de que nos habla Poe. Y la prueba es el contagio, individual ó colectivo; el contagio de un viajero que va á la corrida llevado por la curiosidad en España, ó el contagio de un público entero, ó de gran parte de ese público, como el de París ó Buenos Aires, en donde la diversión se ha importado, corriéndose el riesgo de que, si la curiosidad es atraída primero por el exotismo, venga después la afición con todas sus consecuencias.

En América, no creo que en Buenos Aires, á pesar de lo numeroso de la colonia española y de la sangre española que aun prevalece en parte del elemento nacional, el espectáculo pudiese sustentarse por largo tiempo; pero pasada la cordillera, y en países menos sajonizados que

Chile, el caso es distinto. Desde Lima á Guatemala y Méjico, queda aún bastante savia peninsular para dar vida á la afición circense.

«En cualquier pueblo—dice Varona—sería funesto para la cultura pública espectáculo semejante; entre los españoles y sus descendientes, infinitamente más. Las propensiones todas de su carácter, producto de su raza y de su historia, los inclinan del lado de las pasiones violentas y homicidas.» Por lo que á mí toca, diré que el espectáculo me domina y me repugna al propio tiempo; no he podido aún degollar mi cochinillo sentimental.

Puesto que las muchedumbres tienen que divertirse, que manifestar sus alegrías, serían más de mi agrado pueblos congregados en sus días de fiesta en un doble y noble placer mental y físico, escuchando, á la griega, una declamación, bajo el palio del cielo, desde las gradas de un teatro al aire libre, ó la procesión de gentes, hombres, mujeres y niños, que fuesen, en armoniosa libertad, á cantar canciones á las montañas ó á las orillas del mar. Pero puesto que no hay eso, y nuestras costumbres tienden cada día á alejarse de la eterna poesía de las cosas y de las almas, que haya siquiera toros, que haya siquiera esas plazas enormes como los circos antiguos, y llenas de mujeres hermosas, de chispas, de reflejos, de voces, de gestos.

Créame el nunca bien ponderado Dr. Albarracín, que mis simpatías están de parte de los animales, y que entre el torero y el caballo, mi sensibilidad está de parte del caballo, y entre el toro y el torero, mis aplausos son para el toro.

El valor tiene poca parte en ese juego que se estudia y que lo que más requiere es vista y agilidad. No sería yo quien celebrase el establecimiento de una plaza de toros entre nosotros; pero tampoco batiría palmas el día que España abandonase esos hermosos ejercicios que son una manifestación de su carácter nacional.

No olvidaré la impresión que ha hecho en mí una salida de los toros; fué en la corrida última.

El oleaje de la muchedumbre se desbordaba por la calle de Alcalá; cerca de la Cibeles pasaba el incesante desfile de los carruajes; la tarde concluía, y el globo de oro del Banco de España reflejaba la gloria del Poniente, en donde el sol, como la cola de un pavo real incandescente, ó mejor, como el varillaje de un gigantesco abanico español, rojo y amarillo, tendía la simétrica multiplicidad de sus rayos, unidos en un diamante focal. Los ojos radiosos de las mujeres chispeaban tempestuosamente bajo las gracias de las mantillas; vendedoras jóvenes y primaverales pregonaban nardos y rosas; flotaba en el ambiente un polvo dorado, y en cada cuerpo cantaban la sangre y el deseo el himno de la nueva estación. Los toreros pasaban en sus carruajes, brillando al fugaz fuego vespertino; una música lejana se oía, y en el Prado estallaban las risas de los niños.

Y comprendí el alma de la España que no perece, la España reina de vida, emperatriz del amor, de la alegría y de la crueldad; la España que ha de tener siempre conquistadores y poetas, pintores y toreros.

«¡Castillos en España!», dicen los franceses. Cierto: castillos en la tierra y en el aire, llenos de leyenda, de

historia, de música, de perfume, de bizarría, de color, de oro, de sangre, de hierro, para que Hugo venga y encuentre en ellos todo lo que le haga falta para labrar una montaña de poesía; castillos en que vive Carmen y se hospeda Esmeralda, y en donde los Gautier, los Musset y los artistas todos de la tierra puedan abrevarse de los más embriagadores vinos de arte. Y en cuanto á vos, don Alonso Quijano el Bueno, ya sabéis que siempre estaré de vuestro lado.

PEREGRINACIONES

—1901—

(DIARIO DE ITALIA)

TURÍN

11 de septiembre de 1900.

Del hervor de la Exposición de París, bajo aquel cielo tan triste que sirve de palio á tanta alegría, paso á esta jira en la tierra de gloria que sonríe bajo el domo azul del más puro y complaciente cielo. Estoy en Italia, y mis labios murmuran una oración semejante en fervor á la que formulara la mente serena y libre del armonioso Renán ante el Acrópolis. Una oración semejante en fervor. Pues Italia ha sido para mi espíritu una innata adoración; así en su mismo nombre hay tanto de luz y de melodía, que, eufónica y platónicamente, paréceme que si la lira no se llamase lira, podría llamarse Italia. Bien se reconoce aquí la antigua huella apolónica. Bien vinieron siempre aquí los peregrinos de la belleza, de los cuatro puntos cardinales. Aquí encontraron la dulce paz espiritual que trae consigo el contacto de las cosas con-

sagradas por la divinidad del entendimiento, la visión de suaves paisajes, de incomparables firmamentos, de mágicas auroras y ponientes prestigiosos en que se revela una amorosa y rica naturaleza; la hospitalidad de una raza vivaz, de gentes que aman los cantos y las danzas que heredaron de seres primitivos y poéticos que comunicaban con los númenes, y la contemplación de mármoles divinos de hermosura, de bronces orgullosos de eternidad, de cuadros, de obras en que la perfección ha acariciado el esfuerzo humano, conservadoras de figuras legendarias, de signos de grandeza, de simulacros que traen al artista desterrado en el hoy fragancias pretéritas, memorias de ayer, alfas que inician el alfabeto misterioso en que se pierden las omegas de lo porvenir. Bendita es para el poeta esta fecunda y fecundadora tierra en que Títiro hizo danzar sus cabras. Aquí vuelan aún, ¡oh Petrarca!, las palomas de tus sonetos. Aquí, Horacio antiguo y dilecto, has dejado tu viña plantada; aquí, celebrantes egregios del amor latino, nacen aún, como antaño, vuestras rosas, y se repiten vuestros juegos y vuestros besos; aquí, Lamartine, ríen y lloran las Graziellas; aquí, Byron, Shelley, Keats, los laureles hablan de vosotros; aquí, viejo Ruskin, están encendidas las siete lámparas; y aquí, enorme Dante, tu figura sombría, colosal, imperiosa, de oculta fuerza demiúrgica, sobresale, se alza ya dominando la selva sonora, los seres y las cosas, con la majestad de un inmenso pino entre cuyas ramas se oye la palabra oracular de un dios.

Recorreré la divina Península rápidamente, en un

vuelo artístico, como un pájaro sobre un jardín. No esperéis largos é inquietantes solos poéticos y sentimentales. *Solos,* en el sentido criollo, ni de ruiseñor. Comenzaré diciéndoos, por ejemplo, cómo salí de París en un tren del P. L. M., una alegre noche, en compañía de un caballero argentino á quien me acababan de presentar y que llevaba el mismo itinerario mío. ¿Conocéis esos admirables *paniers* que venden en las estaciones francesas, verdaderos estuches culinarios que dicen los laúdes de la previsión humana? En esas preciosas cajas se contiene desde el pollo hasta el mondadientes, pasando por el vinillo y el agua mineral y saludando los varios fiambres y postres. Canto estas ricas cosas epicúreas. *Gaudeamus igitur.* Y entre el jamón y la manzana, mientras unos señores franceses pretenden iniciar un sueño, mi compañero criollo y yo somos los mejores amigos. Charlamos, recordamos, reímos, hacemos un poco de Buenos Aires; mas hay que descansar, y á nuestra vez cerramos los ojos al son de la música de hierro del tren. Os recomiendo que hagáis la observación si no la tenéis ya hecha. Hay en el traqueteo acompasado de los vagones, en ese ruido rudo y metálico, todas las músicas que gustéis, con tal de que pongáis un poco de buena voluntad. La sugestión luego es completa, y casi tenéis la seguridad de que una orquesta ó una banda toca, no lejos de vosotros, en algún carro vecino.

Al son, pues, de esa orquesta me duermo, ó nos dormimos. Muy buenas noches.

Al día siguiente, en Mondane, se llega al dominio italiano. Queda atrás la sierra de la dulce Francia, y se

posesiona uno de la dulcísima Italia. Los *carabinieri* pasan con sus colas de pato y sus pintorescos bicornios. El tren bordea la ciudad, á la luz de un sol nuevo y cariñoso, que nos ofrece la mejor vista de la Vanoise y la ondulación graciosa, y la vegetación y cultivo del valle del Arc. Los Alpes nos hacen recordar los Andes.

Poco después entrámos al famoso túnel de Mont-Cenis, y á su extremo nos encontramos en Bardonachia. Flores recién abiertas, azul fino de un zafiro glorioso, casitas de estampa, ojos que saben latín de Virgilio y bocas que sonríen al ofrecernos café con leche y uvas de las próximas viñas. Delicioso paisaje, deliciosas muchachas, delicioso Virgilio, deliciosa copa de leche y uvas frescas.

El tren corre sofocándose, pasa túneles y túneles. En los flancos de las montañas se ven cargadas de fruto las viñas frondosas. En todo el trayecto casi no se advierte un solo animal. Apenas allá, en un vallecito, al paso, divisamos unas cuantas cabras conducidas por su pastor. Más adelante, cuatro ó cinco vacas. Gentes de estas Europas, que vais á las lejanas pampas en busca de labor y de vida, ¡cómo se explican aquí, harto elocuentemente, los furiosos atracones de carne con cuero y de asado al asador con que os regodeáis allá, bajo el hospitalario sol de América, en la buena y grande Argentina! Entre estos hondos valles, entre estos amontonamientos ciclópeos de rocas, no turba el silencio ni un mugido, no saluda al sol con su fuerte tuba el toro.

Estaciones pequeñas y más estaciones, hasta que se abre más el ancho valle, y allá, en su altura, como un

juguete, la Superga nos anuncia que hemos llegado á Turín.

12 de septiembre.

Turín, nombre sonoro, noble ciudad. Severa, «un poco antigua», como el español Caballero de Gracia, aparece, para quien viene de enormes y bulliciosos centros, tranquila y como retrasada. Mas luego sus calles, bien ordenadas y bien limpias, sus distintos comercios, sus plazas, sus numerosos tranvías eléctricos, os demuestran la vida moderna. Después sabréis de sus ricas y florecientes industrias, si es que no habéis visto allá en la Exposición de París el triunfo de los telares turineses.

Aquí se comienza á ver que hay una Italia práctica y vigorosa de trabajo y de esfuerzo, además de la Italia de los museos y de las músicas.

Notamos en los edificios públicos banderas con lazos de luto. Es que ayer ha entregado el duque de Aosta, en nombre del rey Víctor Manuel, á la ciudad de Turín la espada, las condecoraciones, el yelmo del difunto Humberto. Pobre monarca de los grandes bigotes y de los ojos terribles, que ocultaba tras esa apariencia truculenta un bello corazón, según me dicen casi todas las personas con quienes tengo ocasión de hablar.

Turín, noble ciudad. Aquí todo es Saboya. No hay monumento, no hay vía, no hay edificio que no os hable de la ilustre casa.

He visitado la Pinacoteca. La primera sala está llena

de príncipes de esa familia, desde la entrada, en donde un admirable retrato de François Clouet perpetúa la figura de Margarita de Valois, hija de Francisco I y mujer de Emanuel Filiberto, duque de Saboya. Nada más sugerente que esta pintura en que esa princesa, que podría ser una priora, parece hablar por toda una época. Así el retrato cercano de Carlo Emanuel I, duque de Saboya, obra del Argenta, que representa al principito de diez años, exangüe, casi penoso, apoyado en la cabeza de su enano.

El Museo es grande y posee verdaderas riquezas. El catálogo oficial, *Bædeker* ú otro libro parecido, os dirá el nombre del fundador, el año de la fundación y datos semejantes. Yo os diré lo que me ha traído, detenido ó encantado en la rápida visita. Ante todo, los primitivos, que ya en la sala segunda están representados. Confieso no sentirme fascinado ante la célebre Virgen con el Niño, de Barnaba da Modena, pero Macrino d'Alba en más de uno de sus cuadros me hace sentir la impresión de su arte, así como Defendente Ferrari me cautiva con los *Esponsales de Santa Catarina*, y el *Giovenone* me para con su Madona entronizada y sus místicos acompañantes. En la sala tercera, casi toda ocupada por Gaudenzio Ferrari, hay muchas cosas bellas, pero lo que principalmente admiro, al paso, es la Madona, Santa Ana y el Niño, en que el concepto de la religiosidad unido á un ingenuo don de humanidad, forman la excelencia de la obra artística. La figura de María sola es un delicado y maternal poema.

En la sala tercera está el dos veces divino Sodoma,

pintor de nombre maldito y de incomparables creaciones de vida y de idealidad. La idealidad está en su *Sacra Familia*, con su pura y espiritual Madona y el Dios Niño que juega; la vida en carnaciones estupendas como ese seno de esa abrasante Lucrecia, que en vez de la puñalada atrae el beso. Ante este cuadro no puedo menos que recordar una reciente polémica entre los Sres. Groussac y Schiaffino. Éste, muy distinguido amigo mío, señalaba á su terrible contendiente el error de haber confundido en una ocasión una tabla con una tela. La cosa parecerá muy rara, pero al gran Vasari le sucedió lo mismo. Hablando del cuadro la *Morte di Lucrezia*, del Sodoma, dice el actual director de la Pinacoteca, Sr. Bandi di Vesme: «Vasari lo annovera fra quelli eseguiti dal Sodoma nei suoi bei tempi: «Similmene... una *tela* que fece per Assuero Reiori da San Martino, nelle quale é una Lucrezia Romana che si ferisce, mentre é tenuta dal padre é dal marito: fatta con belle attitudine e bella gracia di teste.» *L'aver il Vasari chiamato questo cuadro una tela*, mentre dipinto su legno, é una semplice inavvertenza, se pure non é per errore di stampa che la edizione del Vasari hanno *tela* per *tavola*.»

Hay también del Sodoma, en esta misma sala, una *Madonna e quattro santi* de señalado mérito.

No dejaré de nombrar un cuadro de tema semejante, de Bernardino Lanino, en que, con el encanto del suave color y del dibujo, se anima sobre todo una sensual Santa Lucía, que es una de las representaciones femeninas más atrayentes que se puedan señalar en todas las galerías del mundo.

En la sala quinta, una *Abadesa* de Giovanni Antonino Molinari. En la sexta, sobre un fondo de oro, un ángel de Frate Angelico canta toda la primitiva gracia, la ingenua virtud de la concepción y ejecución prerrafaelitas. Una deliciosa Madona del mismo, con el *bambino*. Observo que para poder rezar convenientemente delante de estas pinturas, sería preciso un libro de horas escrito en verso por Dante Gabriel Rossetti, ó un antifonario de Ruskin, ó de su vicario francés Robert de la Sizeranne. Otra Madona. ¡Descubríos! La hizo Sandro Botticelli. Es la pintura simple y al propio tiempo intensa y profunda que habéis oído celebrar por tantos aedas del arte moderno, que levantaron á su mayor gloria los prerrafaelitas ingleses y que todos los *snobs* y *prigs* del mundo se creyeron en el deber de admirar hasta el delirio.

Hay otro Botticelli, ante el cual largas horas deben haber pasado Burne-Jones y el viejo profeta de las Piedras de Venecia. Es *El viaje del hijo de Tobías*. Es el mismo expresivo amaneramiento de los gestos, la traducción del íntimo sentido por la remarca de las actitudes, el vago énfasis del estilo y la certeza de los lineamientos. Los dos arcángeles de la composición son hermanos de las figuras alegóricas de la «Primavera». Miguel precede, armado de su espada. Una Madona de Credi me disputa el tiempo con un Tobías y el arcángel Rafael, de los hermanos Benci del Pollainolo. (Con este cuadro comete también el error Vasari de confundir tela con tabla.)

Imposible observar tanta y tanta obra meritoria. Mas

en la sala séptima me inclino delante del Mantegna, con su *Madonna con il Bambino e sei Santi*, ante varios Ticianos; en la octava, Donatello llama con una Madona bajorrelieve en mármol y alegran los ojos las fiestas de color de los esmaltes de Constantín. No veo sino de un vistazo la sala nona, de pequeñas dimensiones, y que contiene algunos grabados y dibujos de distintas épocas y de diferentes escuelas. Y en la sala décima, al entrar me impide continuar más adelante por algunos minutos una *Visitación* de Van der Weyden, en que una idea naturalísima se traduce tan poéticamente. Y Memling con su tumultuosa *Pasión*. Y un desfile de maestros: Teniers, Brueghel, Jordaens, Van Dyck: *Tres gracias*, de la escuela flamenca, que recuerdan las tres comadres brutalmente encarnadas, de Rubens, en el Museo del Prado; y varios cuadros de ese artista, entre los cuales el retrato notabilísimo de un *Magistrado flamenco.*

En la sala undécima impera Van Dyck con el cuadro que para muchos es el mejor de todos los suyos, el grupo de *Los tres hijos de Carlos I de Inglaterra*. Los principitos fueron pintados con trajes lujosos, y todos tres parecen hembras. La vida les anima, y es admirable la que hay en el noble animal que les acompaña. Según está escrito, el rey no estuvo muy contento de la obra, por motivos mediocremente domésticos. El conde Cisa decía en carta al duque Víctor Amadeo I... «Le roi estoit fasché contre le peintre Vendec, pour ne lour avoir mis leur tablié, comme on accoustume, aux petits enfants...» Á este cuadro acompañan otros tantos del mismo Van Dyck y varios de Teniers, de Brueghel y otros.

En la sala duodécima hay varios holandeses y alemanes. Se impone al instante un retrato de *Desiderio Erasmo,* de Holbein, que estuvo en el Louvre durante la dominación francesa. Hoy Turín está orgullosa de su reconquista y dice: *Hic jacet Erasmus qui quondam pravus erat mus.*

Los españoles tienen representación honrosa en la sala duodécima, pero es poco y de relativo valor lo que hay de Velázquez, Murillo, Ribera y Sánchez Coello. Envío mi pensamiento á aquel soberbio tesoro de Madrid que constituye, en el Museo del Prado, la sala de Velázquez. Hay aquí del gran maestro dos retratos: uno es uno de tantos Felipes Cuartos que produjo su pincel. Del Españoleto hay un San Jerónimo. De Murillo, el retrato de un niño, una de las repetidas Concepciones y cierto expresivo busto de capuchino. Sánchez Coello ha dejado con su singular manera la imagen de la joven reina que más tarde retratara Van Dyck en su vejez: Isabel Clara Eugenia de Austria.

Y en la sala décimotercia, dos preciosos retratos de Coypel; el busto de mujer de la Vigée Le Brun, tan popularizado por las reproducciones; y en la décimocuarta, entre cien cosas, el estupendo autorretrato de Rembrandt, hecho de sombra y vida; y apenas hay un momento para el naturalismo rústico de Paul Potter; y en la décimoquinta, magistrales paisajes, entre los cuales de Ruysdael. En la décimosexta sonríe el Caravaggio con su *Sonatore di liutto,* y os llama Gentileschi con una *Anunciación;* y Vanni hace perdurar la voluptuosidad de la más tentadora Magdalena que pueda un pincel

pintar y un hombre amar. En la décimoséptima, Albani, en varios cuadros, renueva el mito de

Il bello Hermafrodito adolescente,

como dice el verso de D'Annunzio. El Domenichino y Guido Reni y Albani llenan esta sala con bellas mitologías, á que Carracci y Guercino oponen sus representaciones cristianas. En la décimoséptima se impone el grupo de Apolo y Dafne, y la figura del dios crinado, de un colorido vivo y luminoso, sobresale de manera vencedora. Del Guercino hay en la décimoctava un *San Paolo Eremita*, que recuerda una igual tela hagiográfica de Velázquez. Ambos grandes ingenios, poseídos más ó menos del fervor cristiano en la interpretación de los santos, demuestran que no les es indiferente la naturaleza muerta: las galletas de ambos cuervos solícitos, en ambos cuadros, son admirables y suculentas de verdad. En la décimonona todas las miradas y contemplaciones son para la riquísima *Danae* del Veronese, á pesar de los grandes cuadros vecinos. En la vigésima no dejéis de inclinaros ante el Veronese y Tiépolo, y en la última soportad las varias batallas de Huchtemburg, en que la mancha roja y el caballo blanco del príncipe Eugenio de Saboya aparecen irremisiblemente.

15 de septiembre.

Anoche he presenciado la llegada del duque de los Abruzzos á su buena ciudad de Turín. Turín es la villa de los Saboyas, la verdadera ciudad del *Fert.* Con gran

entusiasmo fué recibido el joven explorador, entre calles de aplausos y bajo arcos de vivas. Como yo alabase la audacia brava y el peligroso *sport* de Su Alteza, indudablemente enamorado de la gloria y de la ciencia, me dijo un distinguido caballero turinés, mientras los cocheros rojos conducían al príncipe, á los Aosta y al capitán Cagni:

— Todo está muy bien. Pero ¿qué provecho práctico trae á Italia el hecho de este joven, que se gasta una buena serie de miles de liras y pierde dos dedos en una exploración, de la que no ha sacado sino ir un poco más sobre hielo que Nansen? La empresa es insegura, fantástica y poco probable.

— Señor — contesté á mi interlocutor —, todas las grandes y geniales empresas son por lo general fantásticas, inseguras, poco probables, y vuestro compatriota el genovés Colón es una prueba de ello. Poco ha perdido el duque con perder dos dedos en donde muchos, hasta su compañero Querini, han perdido todo el cuerpo. Por otra parte, todo eso vale más que las ocupaciones generales de sus colegas: ver correr caballos flacos, fusilar pichones, agitar raquetas y disputarse pelotas, á la manera imperante de los ingleses, fomentar la cría de perros y el entretenimiento de señoritas joviales. El duque de los Abruzzos, á quien he visto en Buenos Aires muy simpático y muy gentil, en esa obra de valor y de singularidad, ha interpretado á su manera el *Sempre avanti, Saboia* de su casa. Además, le debemos que los Estados Unidos, por medio de uno de sus órganos de más páginas y mayor tiraje, se haya admirado de que un latino

haya puesto antes el pie en un lugar que no ha sido hollado por anglosajones. Lo cual debe mortificar al señor Demoulins y alegrar á mi amigo Arreguine.

El duque pasó entre las sonoras ovaciones. Buen aspecto, aunque se notan en él las durezas de la vida de la invernada. Á su lado iba Cagni, verdadero héroe del viaje. En la estación he visto á la risueña y bella novia de Cagni y al viejo general, su padre. No he podido menos que pensar en los que quedaron allá en la nieve, en la soledad, en la muerte irremisible...

Comida con el *onorevole* Gianolio y otras distinguidas personas, un *avvocato* y el decano de notarios turineses. El diputado es un excelente y filosófico caballero que entre sus barbas llenas de años deja salir las más sesudas razones, y junta á una cortesía un tanto campechana la más sincera amabilidad. No conoce bien la Argentina, pero tiene informes de sus riquezas, de su hospitalidad, del desarrollo fabuloso de Buenos Aires. Se sorprende cuando se le habla del número de italianos que hay en nuestra capital, lo cual demuestra que no todos, en el Parlamento, están aquí muy al tanto de estos asuntos. Hablamos política, estadística, un poco, muy poco de literatura, pues el elemento no es propicio, á pesar de estar á la mesa un par de ojos italianos. Mi calidad de poeta, ¡á Dios gracias!, permanece incógnita, y un madrigal comenzado se desvanecería al olor de la *fonduta*. ¡La *fonduta!* ¿No sabéis lo que es esto, el plato especial de Turín, rubio como el oro, apetitoso y perfumado de trufas blancas?

No sé cómo el señor de Amicis, que aquí reside, ha

conservado sus cualidades plañideras y sentimentales á pesar del frecuente encuentro con esta invención, que es gozo de los ojos y del paladar. La *fonduta* va custodiada de un *chianti* noble, de un *barolo* viejo que exigen respetuosas inclinaciones.

Paseo por las galerías de la ciudad, por la vía Roma, y entramos con mi compañero de viaje al Giardino Romano, teatro estival bastante desmantelado. Impera aquí también el *café-concert*. Y pensamos en el Casino de Buenos Aires cuando, después de varios números deplorables, salen los dos Colombel, que acabamos de ver en el Alcázar d'Été de París, y nos gratifican con *la romance, la romance... la romance du Muguet!*

16 de septiembre.

Los monumentos de Turín, confieso realmente, no me fascinan. Por todas partes estos políticos, estos generales, estos príncipes, me aguan la fiesta ideal que busca mi espíritu. Estos políticos son demasiado conocidos y demasiado cercanos para que interesen á quien busca en Italia sobre todo el reino de la Belleza, de la Poesía, del Arte. Por lo tanto, saludo con respeto al héroe Pietro Mica, á los hábiles y esforzados patriotas y á los Saboyas de bronce, y me detengo ante el monumento de Mont-Cenis, que, con su idea ciclópea, dice á mi alma, en su simbolismo, más cosas que las que puede decir el ilustre Mazzini y el no menos ilustre Cavour.

En el parque — porque es un parque, aunque le lla-

men jardín — del Valentino, deleitan las gracias de una acariciante naturaleza. El Po, que corre bajo los arcos de los puentes pacíficamente; los montes cercanos, feraces, cultivados, coronados por la Superga, sembrados de villas y casitas. En la tarde dulce cae con la luz una paz y una melancolía que hacen nacer luceros en el alma. Dichosa gente la que á la orilla de este viejo río vive la perpetua juventud que se revela en la hermosura de estos espectáculos.

Al ponerse el sol vuelven al club los *yachtmen*, que se ejercitan en su *rowing*. Unos pescadores recogen sus cañas.

Antes he tenido tiempo de visitar un castillo medioeval que se ha dejado para los turistas, desde que se construyó, con motivo de la Exposición de 1884. Es algo mejor que lo realizado por Robida en el viejo París. Todo, hasta los menores detalles interiores y exteriores, da la ilusión de un retroceso á la vida del siglo XV. Quisiera uno tan solamente que los herreros, que abajo trabajan con gran habilidad sus obras de un arte injustamente venido á menos, vistiesen y hablasen como en lo antiguo.

17 de septiembre.

Por el funicular que hay que tomar atravesando el Po, se va á la Superga. Es ésta, como sabréis, una iglesia construída en lo más empinado de la altura, al oriente de Turín.

Los trenes van jadeantes, en un camino que refresca

la sombra y la verdura de los árboles. El domo corona soberbiamente el monte. Ese templo para águilas es una tumba de príncipes. Allí, en la cueva fúnebre, están los huesos de muchos miembros de la casa reinante. Es lo que, artísticamente, se va á visitar con mayor interés, á causa de uno que otro hermoso mausoleo. Nada más impresionante que un simple nicho en que se guarda la corona que las lavanderas de España enviaron á la buena reina D.ª María de la Gloria, esposa de Amadeo.

Vasto y magnífico panorama desde la eminencia. Á lo lejos los Alpes, que el sol llena de luz; el Levanna, el Roche Melon, la punta de nieve del Mont-Rose. Más cerca los campos que divide el Po en su curso, en que las ciudades y pueblos se miran como cajas de juguetes de Nuremberg; las ondulaciones de las verdes colinas, los senos de los valles, el Viso erguido, y Turín allí cerca, corona de Piamonte. Comienzan á asediar los vendedores de tarjetas postales y los solicitadores de *buona mancia*. Todavía no he encontrado, ¡asombraos!, ingleses. Pero los siento. Ellos han de aparecer dentro de poco, ineludibles andadores, doctores oxfordianos en Bædeker, compradores de pisapapeles de alabastro, ó *prigs* que asedian á los primitivos.

Turín está solitario ahora, y paréceme que ha de ser triste siempre. Las gentes de pro andan en el veraneo. Las que quedan, por negocio ó por necesidad, parecen muy tranquilas y poco ruidosas. Por las calles hay escasa circulación. En la noche las galerías están sin vida, con excepción de una que otra en que se ven militares y burgueses que se pasean. Las mujeres que encuentro no

se parecen á las italianas de mi imaginación. Luego, son hasta las que se diría dedicadas á una existencia poco austera, escasamente expansivas y hasta serias. Turín, convengamos, es una ciudad muy honrada. Reconozcamos estas condiciones á Turín.

PISA

20 de septiembre.

Ahi Pisa, vituperio delle genti
del bel paese là dove il «si» suona;
poichè i vicini a te punir son lenti.

Muovanse la Capraia e la Gorgona
e facian siepe ad Arno in su la foce,
si ch'egli annieghi in te ogni persona.

Estos versos de Dante no pudieron dejar de venir á mi memoria al entrar en la vieja ciudad llena de historia y de arte. Va el Arno silencioso; casi creeríais que sus aguas semiparalizadas no tienen curso. Río turbio, río sin vida, entre las dos barreras de casas, bajo los puentes que unen los dos famosos Lungarnos. Ciudad abuela, cargada de siglos, que tiene su torre inclinada como una inmóvil rueca. El movimiento urbano es escaso. Uno que otro carruaje cargado de turistas; muchísimos sajones á pie, con, en la mano, la insignia roja del Bædeker. Por la vasta curva del Lungarno podéis ver tipos que conservan la antigua hermosura de la raza, hombres de

rasgos bellos, de elegantes talantes, muchachas que andan graciosamente, con ese especial calzado un poco á la turquesa, entre zueco y babucha, *zuccole* ó *pianelli*. Los pisanos tienen el orgullo de su villa; y si no fuese el mal servicio del hotel en que me alojo y la perversidad de un cochero que ha estrujado mi paciencia, no hallaría nada que vituperar, ni creo que tengan por qué moverse ahora la Capraia y la Gorgona.

Traigo la mente llena de Benozzo Gozzoli, de los Pisano, de Giotto. Poemas, lecciones, impresiones que he leído, inspirados en el Duomo ó en el Camposanto, cantan, reviven, se despiertan de nuevo en mi cerebro. Antes de entrar en esos santuarios artísticos, siente el alma como una sensación de primera comunión. Además, aquí, por todas partes, el mármol dice con su presencia la frecuencia de los héroes, de los príncipes y de los dioses. Esta tierra es tierra sagrada; de su seno maravilloso han brotado como en una primavera de formas, en esas estaciones del Arte en que floreal corresponde al renacimiento, un mundo de estatuas, una teoría interminable de armoniosas figuras.

Los *badauds* van á ver desde luego la casa de Galileo, con algo como la esperanza de encontrar allí al famoso sabio. Los viajeros de la especie de los dos inmortales amigos flaubertianos se dirigen inmediatamente á la torre inclinada, al Campanile: — Vamos á ver: ¿los arquitectos la construyeron así, ó esto es debido á un hundimiento del terreno? Yo, no bien me desembarazo del polvo del camino, vuelo al Camposanto. Brilla el sol, el sol glorioso italiano, caro á las ardientes mujeres, á las

dulces naranjas, á las sonoras cigarras. En la puerta del sacro cementerio una anciana mendiga agita en un plato de lata unos cuantos céntimos, demandando limosna. Me libro de la persecución de ciertos cicerones parlanchines é importunos. Entro, y tengo el inmenso placer de encontrarme solo en esos momentos, sin turistas, sin anglosajones, sin visitantes, á pesar de que en el día de hoy, 20 de septiembre, celebración nacional, la entrada es gratuita.

En lo interior cae el sol sobre las piedras, sobre las hierbas que crecen en la tierra santa. Cuentan que en tiempo de la expedición de Soria por la República de Pisa, se hicieron traer, por disposición del arzobispo Ubaldo Lanfranchi, cinco barcos cargados de tierra del monte Calvario. La carga fué recibida en Porta á Mare, con regocijo y lujosa ceremonia, por los pisanos.

Sobre deshechos huesos aparecen hoy allí flores humildes. Y fortifica el suelo y dora el recinto la «onda de sol» que deslumbró los ojos de Taine. Por los vastos muros se desenvuelven los frescos; á los lados de las galerías se ven las filas de sarcófagos, las estatuas, los fragmentos de antiguos mármoles; la luz pasa por las arcadas semicirculares, por los ventanales góticos. El techo, de madera, de una imponente sencillez primitiva, da idea de una resistencia secular. Hay en los muros inscripciones latinas, promesas de gloria ó advertencias saludables. En una de ellas: «Mira, observa, desgraciado que pasas, lo que eres. Todo hombre está contenido en esta mansión. Mortal, cualquiera que seas, detente, lee y llora. Soy lo que serás; fuí lo que eres. Por favor, ora

por mí.» Hay aquí el atractivo severo de un museo y la solemnidad de un templo, y la gracia solar, como que hace, en la suave gradación con que invade, más propicio el ambiente para altas meditaciones, más pura la atmósfera para el vuelo de las ideas. Es un lugar sacro en el mundo. *Rien de plus noble et de plus simple,* dice Taine. *Verdadero y noble museo,* había dicho la reina Cristina Alejandrina de Suecia. Yo he traído conmigo un libro moderno, rico de esenciales armonías, florecido de pensamientos celestes, el libro de un joven filósofo que maravillosamente pitagoriza, y á quien ha coronado de lauros el Imaginífico. Y leo: «¿Cuál es la idea que vive y que se manifiesta en el Camposanto de Pisa? Fuí muchas veces á contemplar el misterio de aquella divina soledad en un estado como de estupor. Pero una mañana de agosto, atravesada la selva de San Rossore en medio del coro ardiente de las cigarras, y Pisa ardiente bajo la canícula, llegué á la puerta del recinto monumental, y entré con el ánimo de quien espera una respuesta á una ansiosa interrogación. Antes de partir había abierto un libro de fragmentos de Leonardo, para encontrar un rayo de luz que guiase mi espíritu en el viaje, y había leído las siguientes palabras: *El sol ilumina todos los cuerpos celestes que por el Universo se comparten; todas las almas descienden de él, porque el calor que está en los animales vivos viene del alma, y ningún otro calor ni luz hay en el Universo.* Por toda la senda recorrida sentí repetirse en mi memoria como un ritornelo incesante aquel Laude del sol. El sol, que dominaba sobre la llanura en donde surgen el Duomo, la Torre, el Baptisterio, esta-

ba también en el Camposanto; pero ¿era el mismo sol? Afuera había un ardor de incendio, y las cosas heridas por sus rayos parecían exhalar una respiración de llama; aquí, su luz, bien que más intensa por el contraste de la sombra, parecía fría y calma como la luz de la luna.

»Ya no era el sol que fecunda los frutos de la tierra, y dora las mieses, y torna enceguecedoras las vías polvosas, y hace cintilar los vidrios de las casas en el poniente: era otro sol. Su luz, del patio desierto había penetrado en el gran espacio habitado por las figuras de Benozzo...» Y así continúa, en un suave himno á la luz, que formaba un ambiente de vida singular á las creaciones de los frescos. «... Y por breves instantes sentí verdaderamente mi corazón libre de toda angustia vana, y las cosas de que nace el tormento de la existencia palidecer y tornarse como sombras de sueño en aquella soledad, en aquel silencio y entre aquellas formas de belleza.» He de confesar que, á mi vez, me he sentido como en una duda ideal, y poco han venido á mi mente las observaciones de mis maestros de crítica. Más bien he dado curso libre á mi imaginación y á mi sentimiento. He creído ver aparecer, de un momento, por aquellos lugares solitarios, á Juan de Pisa, que consagrara tanto ardor y voluntad á la elevación de esta casa venerable y fúnebre: *Tempore Domini Federizi Archiepiscopi Pisani et Dominis Tertati potestatis, operario Orlando Sardella, Joanne magistro ædificante.* Y todos los pintores que á su manera realizaron estos poemas de la luz amable, que sobre los muros perpetúan tan varias y ricas imágenes y escenas. No quiero saber si uno de los Orcagna es un

«Dante sin talento»; antes bien, le miro como un sincero é ingenuo ilustrador del poeta, sobre la larga página de piedra.

Sobre una de las puertas que dan ingreso á la galería, una *Asunción* de Memnis inicia la obra de este consagrado hiagiógrafo del pincel que ha de mostrar después en otros frescos, y en unión de Antonio Veneziano, la vida del patrón de Pisa, San Ranieri. Primero es la juventud alegre y ruiseña del joven noble, entre las bellas damas de su tiempo, cantos y amor; luego, la nueva dirección de su espíritu hacia Cristo, y la partida al convento de San Vito, en que mora el bienaventurado Alberto Leccapecore. Antonio Veneziano continúa la vida del santo en otra serie. Ranieri se embarca para volver á Pisa, y comienza la operación de sus milagros en Mesina. Todo esto es de una sencillez primitiva, de una fe simple. Como casi todos sus contemporáneos, el pintor retrata á personajes conocidos en sus cuadros; y Antonio ha puesto á varios eminentes pisanos, como Guido de la Gherardesca. ¡El milagro en que descubre el santo la superchería del tabernero que agua el vino, es de una moralidad municipal ejemplar! ¡Es todo esto tan natural y sin malicia! Así, en otras series se narra la historia del santo hasta su muerte en escenas que necesitarían observaciones más detenidas. Spinello, discípulo de Giotto, trata de la vida de San Efesio, y su maestro ilustrísimo representa las desventuras de Job. Dice el Vasari: *Percio dunque andato Giotto a Pisa, fece nel principio de d'una facciata di quel Campo Santo sei storie grandi in fresco del pazientissimo Jobbe. E perchè giudi-*

ziosamente consideró che i marmi da quella parte della fabbrica, dove aveva a laborare erano volti verso la marina, e che tutii essendo saligni per gli scilocchi, sempre sono umidi e gettano una certa salsedini, siccome i mattoni di Pisa fanno per lo più, e che per ció acciecano e si mangiano i colori e le pitture, fece fare, perchè si conservasse quanto potesse il più l'opera sua, per tutto dove voleva lavorare in fresco, in arriciato ovvero intonaco o incrostatura che vogliane dire, con calcina, gesso e matton pesto, mescolati cosi a proposito, che le pitture, che egli poi sopra vi fece, si no in sino a questo giorno conservate, e meglio starebbono, se la trascurataggine di chi ne doveva aver cura, non l'avesse lasciate molto offendere dall'umido... La pintura, hoy mismo, se conserva bastante bien; los colores sobre todo, á través del tiempo, han luchado por mantenerse, y las bíblicas figuras dicen, si no el arte de recursos perfectos, las intenciones cumplidas, la traducción completa de la voluntad y deseo del artista. Refutando la crítica de Cavalcaselle, que en su *Storia della pittura in Italia* afirma que «el arte imperfecto de Giotto puede llamarse grande respecto á su tiempo», aquel á quien ha llamado D'Annunzio *il dottore mistico*, afirma esta verdad, que me parece innegable: «Es imperfecto el Arte cuando la *forma no se acuerda* con sus *intenciones;* pero cuando la *materia,* no más *sorda, responde* al mandato del artista, el Arte es grande, es perfecto, y la obra que crea es una obra maestra.»

En medio de mis meditaciones de arte, una banda militar me trae á la vida presente. Recuerdo que es el 20 de septiembre, día nacional italiano, y el conde de Turín ha

de presidir hoy maniobras en un campo cercano á Pisa. Volveré á ver á Benozzo y compañía.

El carruaje sale de los muros de la ciudad, después de pasar por la plaza en que las Tres Maravillas de mármol se destacan en el azul puro. El largo *stradone* lleva hacia el punto lejano, en donde la Caballería ha de hacer sus ejercicios. El camino va entre dos filas de plátanos vigorosos cuyas pobladas copas de hojas frescas menea un sutil viento. En los campos cultivados cuelgan, profusas, negras, las uvas que están ya en tiempo de vendimia. Á lo lejos se divisan las montañas, los Alpes apuanos, los montes de mármol. Á la derecha, en las praderas reales, pasan relinchando y trotando yeguas y potros de hermosa estampa.

Al final del larguísimo *stradone*, un bosque admirable de pinos obscuros; luego una llanura, y allí, palcos que se han levantado para las personas oficiales que presencian las maniobras. El público discurre cerca de las barreras. La música militar toca. Del fondo de la llanura se destaca un grupo de oficiales, á gran galope, ó media carrera.

Los jinetes son airosos, y parecen hechos á manejar con destreza sus cabalgaduras. Los saltos de obstáculos se efectúan con todo éxito. Los grupos desfilan frente al palco en que está el conde de Turín en compañía de un coronel austriaco, y hacen el saludo de ordenanza. Los ejercicios se prolongan; vuelvo al hotel, que encuentro revuelto, invadido por gentes de la milicia. Por la noche se ilumina el Lungarno; suenan músicas por las calles; una banda da un concierto, y el pueblo, vestido

de fiesta, circula, habla y ríe. Esto es en la Pisa que vive, ó parece vivir, en la vida moderna y actual; la Pisa que sabe que han existido los hombres de la unidad italiana, la levita de Cavour, la camisa de Garibaldi, el uniforme de Víctor Manuel. Allá, al otro lado, duerme la señora de la vida antigua, la ciudad de los recuerdos de gloria, la Pisa de mármol, la del Duomo, la del Baptisterio, la que tiene su campanario inclinado como una inmóvil rueca.

18 de octubre de 1900.

El Guirlanda ha colocado en los frescos que narran la historia de Ester los retratos del gran duque de Toscana, Cosme, del emperador Carlos V, del duque de Urbino y del príncipe de la Carrara. Esas gloriosas adulaciones indican el espíritu del tiempo. No estalla la presencia de esos nobles señores en una escena bíblica. Cuando Jean Béraud ha querido, en nuestra época, poner á odiosos contemporáneos en presencia de Jesucristo, rehacer el Calvario en Montmartre y convertir en Magdalena á una dama cualquiera de *chez Maxim's*, la abominación del intento ha sido igualada por lo absurdo del resultado; el estallido ha sido súbito.

La concepción del mundo, de Puccio de Orvieto, deriva de la Summa. El fresco teológico que aquí conserva la memoria del pintor está bien custodiado por las figuras de Santo Tomás y de San Agustín. En *La Creación* el sentimiento místico se une ya al influjo de la natura-

leza y se traduce en un realismo sencillo é ingenuo. La narración del Génesis está interpretada, ó mejor dicho, ilustrada, en varias escenas, en que la intención del artista se expresa en figuras de una ejecución todavía balbuciente. Nada más «al pie de la letra» que la salida de Eva del costado de Adán. El demonio, como muchas veces se nota en obras de la época y aun posteriores, tiene, en el cuerpo de serpiente, la cabeza de mujer. Caín sufre la maldición de la fealdad, y tal concepción habrá de continuar hasta que haya un artista que le rehabilite. Abel, el niño mimado, hermoso, fino y que en lo futuro ha de tener *stud* y ha de ser miembro del Jockey Club, ofrece su homenaje, y el Señor le envía á su altar el fuego del cielo, para la consumación del sacrificio. Caín, cara de pobre diablo, quemado de sol y que da á Dios lo que puede, se ve desdeñado por la divinidad parcial. Con el tiempo no será de extrañar que Abel muera dinamitado, cuando la quijada de burro ha quedado en desuso. Hay otra escena en que Caín, anciano, muere herido por una flecha de su hijo Lamech. Es de señalar la singular habilidad de estos decoradores para pintar de manera que produce ilusión de verdad la sangre.

Me detengo con Benozzo Gozzoli. Benozzo es un gran manejador de sentimientos y un diestro animador de facciones. Ya es la *Embriaguez de Noé*, con su interesante composición, su colorido aún conservado, su delicioso paisaje y sus detalles, con la célebre *Vergognosa*, que no me convence del todo; la *Torre de Babel*, en que veréis en un escenario anacrónico á personejes contem-

poráneos del artista: Lorenzo el Magnífico, Poliziano, Juliano y Juan de Médicis; Abraham y los adoradores de Belo, muy decorativo y lleno de alegorías; *Lot, Abraham Victorioso,* el *Incendio de Sodoma,* el admirable *Sacrificio de Abraham,* y muchos más frescos de pintor de tantas excelencias, os arrancan á la idea banal de una jira de turista, y gratifican vuestro entendimiento con el efluvio de una vida de pura elevación, de gozo mental, de sana humanidad.

Los Orcagnas encantan en su simplicidad. El *Triunfo de la Muerte* es un largo poema ante el cual el contemplador podría pasar días de deleite estético. Nunca se ha expresado más claro el eterno contraste que en esta página de piedra, en que el pincel relata la obra de la invencible Perseguidora.

Por un lado, la primavera de la vida, con sus amores y músicas, canciones de placer, besos y pompas. Por otro, la miseria, la áspera pobreza, en el polvo del camino, el hambre, el dolor. Y la muerte con su hoz, en medio, en los aires, que dará su golpe á quien menos piense en ella, y no oirá la llamada de los miserables, y les dejará seguir padeciendo en lo duro de la existencia. ¿Cuál figura más horrible que esta descarnada vieja de alas de murciélago y pies de largas uñas, que maneja su arma inevitable sobre la fiesta de las rosas y de los labios?

Taine es demasiado seco en su grandeza, demasiado frío en su fuerza. No puedo olvidar su juicio neto y geométrico sobre este espectáculo de arte, y su severidad profesional ante el *Infierno,* por ejemplo, de Bernardo

Orcagna. «Un mundo poético de donde la poesía se ha retirado, una tragedia sublime que se convierte en una parada de verdugos y un taller de torturas, he ahí lo que ese Dante sin talento fabrica sobre los muros.» Yo encuentro la elocuencia simple de un artista que expresa con un lenguaje comprensible de la muchedumbre las tendencias, los temores, las ideas de una época. Hallo en estos frescos el mismo espíritu y la misma expresión de los misterios, de las moralidades, de los autos. Dice Conti estas palabras, que concentran mis ideas respecto á este arte primitivo, en que miro una escuela de sinceridad : « *Vi sono in pittura scorrozioni, imperfezioni, contorcimenti che hanno vita e bellezza assai maggiori di moltissime cose condotte a compimento nei più minuti particolari e secondo la più fidele imitazione della realtá.*»

Es éste uno de los lugares de la tierra en que no debían penetrar sino los merecedores de la recompensa secreta, del oculto premio que en la meditación y en el recogimiento ofrece el misterioso numen : el encuentro, el hallazgo, en la profundidad del propio ser, de lejanas señales, de signos perdidos en la complicación de largas transmigraciones, en que se reconoce algo de la personalidad vencedora sobre el espacio y sobre el tiempo. Siento que salgo de este sagrado recinto como impregnado de benéficas claridades. ¡Sobre la tierra del Calvario en que crecen hierbas y flores, con la fecundidad luminosa del cielo azul!...

Toda aristocrática alma vacilante debe venir aquí. Los ojos se anegarán en la magnificencia severa de los frescos; los pies hollarán mármoles funerarios, entre sarcó-

fagos en que el arte antiguo pone en la misma idea de la muerte la floración inmensa de la vida. Toda noble voluntad sentirá fuerzas nuevas. Alma que te has nutrido de desconocida savia, que has encontrado aquí un refugio inesperado para el viaje de las futuras ascensiones, ¿no sientes como un íntimo anhelo, como una vivificante invasión de sangre pura y flamante? Á las puertas, con impaciencia, Pegaso piafa.

22 de septiembre.

Solo por estas calles, me encuentro, cuando menos pensaba, en la plaza de los Caballeros. Entro en la iglesia de San Esteban, y miro los estandartes antiguos que fueron ganados en las batallas contra los infieles. Al salir, en el palacio de los condes Finocchieti, un especialísimo lugar me impresiona verdaderamente. Es el punto en que, en la Torre del Hambre, Ugolino

la bocca solevò dal fiero pasto.

Una persona pretende explicarme que la puerta de hierro que se descubrió en 1884, y que se exhibe como perteneciente á la prisión, bien puede no ser tal, sino que etc., etc. Como Anatole France con sus Reyes Magos, yo permanezco en mi creencia, y nada me haría dudar de la autenticidad de lo que miro. Sí, ese viejo hierro vió la escena pavorosa, que para la inmortalidad fundió Dante en el bajorrelieve de sus sublimes tercetos de bronce. La visión del poeta cobra realidad á medida

que pasa el vuelo de los siglos. La fábula se encarna en la tradición; la tradición se alimenta y vive con la sangre misma del pueblo. Ninguna demostración histórica, ningún comento de centón, ninguna memoria de erudito, destruirán lo que certifica la creencia de sucesivas generaciones. De ahí la absoluta inutilidad de los intentos para borrar de la conciencia popular la idea del milagro y el influjo de la leyenda.

Por las calles, recuerdo la aventura de Goldoni. Cuenta el célebre comediógrafo que, encontrándose en Pisa, sin conocer á persona alguna, salió á dar una vuelta por la ciudad. De pronto vió una gran puerta abierta por donde entraba mucha gente. En el interior, un jardín, en donde gran cantidad de personas estaba sentada. Un criado de librea, á quien preguntara qué cosa significase tal reunión, le responde: «El concurso que aquí miráis, ¡oh señor!, es una colonia de los árcades de Roma, llamada colonia Alfea ó de Alfeo, río célebre de Grecia, que regaba la antigua Pisa, en Aulide.» Como veis, el portero de los árcades se expresaba como convenía. Goldoni, que era listo y abogado, pide entrada y se le concede. Allí donde se decían versos y se discutían cosas con corteses razones, desenvainó un soneto viejo que pasó por inspiración, y le captó las simpatías y los abrazos de los nobles circunstantes. Además, un puesto en la ciudad con renta regular. Los pastores apolíneos sabían entender las cosas. Yo no encuentro en mi solitaria andanza sino zapateros de viejo que remiendan en plena calle, una que otra hermosa muchacha asomada á la ventana de una casa vieja, y en un almacén en que

ciertamente no habitan ni laboran los geniales artesanos de antaño, leo: *Marble Works*. Perfectamente. *All right!*

23 de septiembre.

El Duomo, el Baptisterio, la Torre ó Campanile. Lejos de las arterias principales de la población, en que circula una escasa vida, esos monumentos perpetúan la grandeza pasada, y halagan con el marmóreo florecimiento de sus nobles construcciones. Os repetiré que delante de estas obras, desde largos siglos bañadas de religiosas contemplaciones, ó bruñidas y lustradas de ojos de turistas y de estudiosos, no he de comenzar con inoportunos datos técnicos, ni sumas de columnas, ni medidas de extensiones. Yo sólo sé que esto es bello, de una belleza serena é imponente; que sobre la solidez de la fábrica se erige la pompa de las formas; que los muros, las cúpulas, las arcadas, la labor de una arquitectura graciosa y sincera, dicen, en su cristalizada elocuencia, tanto como los libros y los cuadros, la victorias orgullosas de aquella Pisa industriosa, conquistadora y batalladora, que de todas partes traía ideas y riquezas. Busqueto plantó los cimientos de la ilustre iglesia sobre el botín de los bárbaros.

La fachada del Duomo es una página de piedra en la que la «música» del arquitecto seduce como la lectura de un armonioso poema. Las puertas son á su vez otras magníficas hojas de este libro soberbio, en que se mul-

tiplican los temas en el bronce fundido por Partigiani y Serrano, según la fantasía de Juan de Bolonia. En la lateral hay el encanto de lo arcaico. De mi visita á lo interior traigo llena la retina, del gran Cristo del mosaico del ábside; de una singular madona de Pierini del Vaga; de deliciosas figuras del Sodoma, que me exigirían una página por lo menos para cada una; del Caín rojo de Sogliani, que dice la primordial injusticia al lado de su papagayo. Y entre tantas cosas, ¿cómo olvidar el grupo de mármol del Moschino, el Adán y Eva del fondo?

El Baptisterio, tiara de piedra, relicario de mármol, joya de gracia y de majestad. La perla que atrae en esta maravillosa concha labrada por un poeta de arquitectura, es el célebre púlpito de Nicolás Pisano, sobre el cual os recomiendo volváis á nuestro Vasari.

El Campanile, ya os lo he dicho : la rueca de Pisa. El indestructible mono que hay en cada cual, y los ejercicios del sentido común ilustrado, encuentran en este deleitoso lugar, que reune tan preciadas magnificencias, tres cosas que harán producir siempre reflexiones de la más exquisita calidad : en el Duomo, la lámpara de Galileo; en el Baptisterio, el eco; en el Campanile, la inclinación.

25 de septiembre de 1900.

El tranvía á vapor pasa por una parte de la ciudad, y sale á la campaña entre sembrados y plantíos de coles y tomates, quintas modestas y rústicas habitaciones. Lue-

go, una sucesión de bellos paisajes recrea la mirada, hasta llegar al valle de Calei, donde el vehículo se detiene. De allí, para ir á la Cartuja, hay que seguir á pie, por retorcida cuesta que conduce á la altura en que se alza el antiguo edificio. Es la hora del comienzo de la tarde, y el sol hace brillar como polvo de plata el camino trillado. Los montes pisanos marcan su relieve gris sobre el azulado fondo del cielo, y en su cima, la Verruca, sobre su asiento de rocas desgreñadas, calca su silueta de castillo de cuento. Voy en la llamarada de sol y en el vaho ardiente del suelo. Un exceso de vida se desborda de los campos circunstantes, y sigo mi camino entre verdores de hojas, al estridente aserrar de las cigarras. El verde de las viñas á un lado, y las uvas negras manchan, colgadas de las guirnaldas, las ramas hojosas; el verde de los olivos al otro, y las hojas semejan manojos de láminas argentadas, y hacen un manso ruido al roce del viento. ¿Cuánto tiempo hacía que no escuchaba el bullicio de las cigarras? Era desde los años que viviera en el caliente trópico, donde los mangos sonoros se debaten al soplo de aires furiosos, y el sol violento y calcinante hace humear los pantanos y gritar los bosques. Gritan las cigarras como presas de desesperación y de locura. Aquí, más bien paréceme que ponen en su ruido un ritmo, aunque no llego á comprender los adjetivos flagrantemente aduladores que á estas borrachas de rocío prodigaba la lírica griega. Hermoso de noble hermosura, este campo en que se muestra larga y magnífica la generosidad del cielo y de la tierra. El valle cultivado y pintoresco, la Verruca deli-

neada finamente y el Poemo y el Serra, atalayando los horizontes. Sobre su altura, el edificio de la Cartuja es serio é imponente. Á la entrada, un grupo de mendigos espera. Es la hora en que se les da un plato de comida, según la antigua costumbre.

Sobre la puerta está el sabido religioso lema, escrito en grandes letras: *O beata solitudo! O sola beatitudo!* Y á los lados, dos leyendas tomadas de sendos elogios de la soledad, de Jerónimo y de Basilio: *Habitantibus hic oppidum carcer est, et solitudo paradisus. Solitaria vita cœlestis doctrinæ schola est, et divinarum artium disciplina.*

Llamé. Llevaba una carta de recomendación para D. Bruno el prior. No estaba su reverencia; pero el portero, un macizo viejo dentro de su blanco sayal decorado de una gran barba blanca, me hizo entrar. Preparaba á la sazón unas cuantas escudillas de cierto arroz dudoso, para los pobres. Un empleado me condujo á lo interior, no sin que antes hubiese yo advertido otra inscripción: *Quanto varius tanto melius.*

No hay nada que verdaderamente pueda atraer por singular valor artístico en este convento, sobre todo, á quien va á visitar los tesoros inmensos que el arte italiano guarda en sus ciudades ilustres. Es el atractivo de esta vida monacal lo que llama, el misterio y la paz que han conquistado el espíritu de un Huysmans en plenas agitaciones y vacilaciones finiseculares.

Mi guía me conduce á través de un dédalo de capillas después de hacerme ver la iglesia. Pero yo insinúo que mi objeto sería poder hablar con alguno de los re-

clusos. Mi interlocutor me gime imposibilidades. Los monjes no hablan con nadie sino en días determinados y con previo permiso del Padre Superior. Sé después que tienen un día de salida cada semana y que van á los montes cercanos á herborizar y á hacer ejercicio físico.

Penetramos á una celda vacía; celda, no; más bien un departamento amueblado, modesto, pero confortablemente. Una especie de antesalita; un cuarto comedor, con alacena y mesa; un cuarto dormitorio, con cama en que, según me afirman, no se usa otro colchón que uno hecho de paja; una puertecilla, por donde se puede hablar con el cartujo desde fuera; un oratorio. En el oratorio veo un viejo libro abierto que ha dejado allí el padre que ocupó últimamente la habitación.

Es el *Apparechio alla morte* de Liguori. La celda da á un pequeño patio, al cual descendemos. Una verde viña, á la sazón cargada de fruto, da sombra fresca; en el reducido trecho de las cuatro paredes, cuelgan de sus árboles peras doradas, manzanas y jugosísimos higos; y cerca de un pozo antiguo, tendiendo hacia el cielo sereno y fecundador, misteriosa, como temerosa, amorosa, se abre la pasiflora.

Salimos hacia el gran patio del convento, en que una fuente, serena y solitaria, vierte una agua diamantina y sabrosa. Decóranla testas de becerros y delfines, y águilas enteras por cuyos picos caen los sonantes chorros. Bajo el sol caliente que hace arder la piel, esa agua está rica y fría, como sacada de una nevera. Vamos por los largos corredores; resuenan nuestros pasos sobre las

lisas baldosas; entramos de nuevo en la nave de la iglesia. En un marco especial, cerca de un altar, está el libro de indicaciones para los monjes. Leo en una caligrafía anticuada y clara:

Die 16e sept.—Missae discendae in conventu.—Feria II pro Benefactoribus.—III de anniversaribus.—V de Beata.—Cœteris Diebus ut in Calendario.—Abstinentia erit feria II.—In hac hebdomada ocurrunt jejunia temporalia.

—Á propósito—digo á mi acompañante—: y ¿qué tal comen los reverendos?

—Cuando no ayunan, comen alimentos sencillos y sanos.

Y recordé que al pasar por el refectorio, había visto los frescos que representan á los buenos religiosos de antaño servidos por princesas piadosas, comiendo modestos platitos de sopa y huevitos pasados por agua. Pero también recordaba al portero, vigoroso y sonrosado á pesar de sus años; y las impagables ágapes á que he asistido en otras partes, invitado por mis amigos los frailes; el *embompoint des chanoines* de que habla en su *Lutrin* el excelente Boileau; el chocolate de mis primeros maestros los jesuítas, y las venganzas de la simpática gula contra las terriblezas de la Cuaresma. Místicas pinturas y la severidad del recinto borraron mis inoportunas reflexiones epicúreas. Allí, dentro de sus solitarios habitáculos, unos cuantos hombres, fatigados del siglo ó consagrados á la meditación de Dios por vocación, sirven, como dice Durtal, de pararrayos. Oran, piensan en la eternidad, saben domar la bestia, ascienden perpetuamente, en la *beata solitudo*.

Al salir, oigo un coro de alegres voces en charlas y vivas, lo cual no deja de sorprenderme. Y luego miro que las risas y las voces salen de las más frescas y rojas bocas que pueden ostentar garridas y frondosas adolescentes.

Sí, me explico. Es un colegio de niñas. El Gobierno ha dispuesto que se le ceda la parte derecha del local. ¡Dios de Dios!

Pero ¿qué está pensando el Gobierno? ¡Estos varones del Señor buscan la soledad, y se les planta junto á ellos la alegría en su más dulce forma; estos pobres ratones se aíslan y esperan la hora en que la descarnada gata se los ha de llevar, y les vienen á poner á las puertas de la cueva el queso! Pueden los fuertes religiosos luchar como Jerónimo, como Antonio, como Pacomio; pero si luego aparece un proceso famoso, echan las gentes la culpa á una comunidad de carne y hueso, en que la debilidad humana ó el imperio de la naturaleza, como gustéis, se manifiesta.

El tranvía me lleva á Pisa, y hoy mismo partiré para Roma, pasando por Livorno.

27 de septiembre.

Livorno, á la orilla del mar, comercia, se agita, vive en los afanes modernos. Uno que otro viejo edificio, uno que otro monumento recuerda á los reyes pasados. En cuanto al bravo Víctor Manuel, no ignoráis que está en todas partes.

Una buena línea de tranvía eléctrico lleva hacia Antignano. Se va bordeando el mar y se goza de vistas hermosísimas y pintorescas. Se ven los astilleros de Ansaldo, en donde unos cuantos barcos en construcción muestran sus costillares de cetáceo mondados, entre los cuales aborda un incesante martilleo. De aquí salió, como sabéis, más de un barco argentino. Ansaldo, el viejo senador que tanto hizo por este puerto, tiene su estatua de bronce en la plaza que lleva su nombre. El tranvía va, según os he dicho, á la orilla del mar. Paseos llenos de amables verdores y boscajes decoran la ribera, en la que más adelante hay establecimientos balnearios y hoteles y restaurantes de veraneo. Y al otro lado, un buen número de villas, chalets y casitas alegran y animan el lugar con sus elegancias, lujos y primores. Se ve que es el barrio de descanso de gentes ricas; se ve la consecución del esfuerzo, la certificación del engrandecimiento de una población que cada día irá aumentando su actividad y su energía.

Cuando el tren se detiene, después de pasado el parque principal, leo en una casa cercana: *Orfeo, ristoratore*. Lección simbólica de vida práctica.

28 de septiembre.

Á Ardenza se va en carruaje; así llego sobre el brasero del suelo y hostilizado por un sol implacable. Tiene razón el padre Malaspina con su pomposa manera de decir; aquí, en verdad, *il cocente ardore del sole, massime*

quando sferza dall'infiammato Leone, abbrucia come fornace le aperte spiagge, e spariscono assorbiti dal suelo arenoso minori ruscelli. Me dirijo hacia el santuario de Montenero, en donde es adorada desde pasados siglos una milagrosa Virgen que, según es fama, llegó providencialmente de la isla griega de Negroponto. Hay que pasar por Antignano, y allí se alquila una diminuta calesa para hacer la ascensión. Despacio subo el monte. En las puertas de las casas, viejas hacendosas hilan en ruecas antiguas. Otras mujeres me ofrecen vírgenes hechas de pasta azucarada, ó racimos de uvas. Me como una virgen y me refresca un negro racimo. Por fin, he ahí el santuario. Desde la cima del monte se domina un espléndido panorama. Hacia el lado del mar, en el azul flechado de plata, surgen Cerdeña y Elva, y las dos islas que incitaban á Dante á moverse contra Pisa, la Capraia y la Gorgona; y á la orilla del agua inmensa, Livorno, y más allá, la cinta del Arno y el Serchio; y en relieve, sobre el fondo celeste, los Alpes apuanos. Al otro lado se levantan los Apeninos, y más cerca, los montes de Pisa, y á sus pies, la ciudad de la inclinada torre.

Un poeta del seiscientos cuyo nombre se ignora, dejó escrita en verso la tradición de la Virgen de Montenero. Sus octavas ingenuas cuentan que siendo papa Clemente VI, y césar romano Carlos IV, cansada esta Virgen de vivir entre otomanos, que no la honraban, abandonó Negroponto y se vino al suelo toscano á traer más esplendores al cielo y aliento á los corazones fieles. Unos pastores, á la orilla del pequeño río de Ardenza, apacentaban sus ganados. Vieron en una piedra, de pronto, un

resplandor, y encontraron en el hueco de ella la santa imagen pintada en campo de oro.

Era in asse dipinta, e cossi bella
che ritrata parea da un serafino,
havea da parte destra aurata stella,
et in bracio tenea Gesu bambino,
con un incatenatta rondinella;
sedera sopra un serico cuscino
e stava quest'angelica regina
nel caro sen di quella selce alpina.

Un pastor oyó que alguien le llamaba, y no viendo á nadie, notó por fin que la voz era de la imagen María: «Pastor, alza esa pesada piedra y condúcela á Montenero.» El favorecido rústico era viejo, y para mayor pena, cojo; mas ayudado por su fe, cargó con la pesada piedra. Subió al monte, y depositó la sacra carga.

Deposto il vasso il pastorel devoto
come mai non avesse affaticatto,
perchè un prodigio tal non stesse ignoto,
e fosse al mondo tutto publicato,
al popol di Livorno lo fe noto.
Essendo á quello in un momento andato:
quindi sin fe per corsi lieto avisso
il bel porto d'Etruria un paradiso.

La historia de este santuario es larga é interesante desde su fundación hasta nuestros días, en los cuales, carcomida de ciencia más ó menos segura, la fe de los pueblos va en mengua progresiva. Esta Virgen es famosa en toda Italia y aun fuera de la Península. Los marine-

ros la han tenido siempre especial predilección, como se ve por los profusos votos que ornan el altar y una parte de la iglesia.

La madona, que logré ver, iluminada en su camarín, es de antiquísima factura. Ha habido quien la haya atribuído al evangelista San Lucas; otros opinan que es obra griega. Muchos la juzgan del aretino Margheritone, aunque hay quien arguye en contrario, porque éste no pintó nunca madonas. El estilo recuerda la escuela de Giotto, el origen cimabuesco.

Estas Vírgenes amadas y veneradas por los marinos siempre me han parecido las más maternales, las más dulces y las más potentes. Esto he pensado una vez más, delante de las pinturas votivas, de una ingenuidad que hace sonreir, en el santuario de Montenero. Y no olvido al saludar á esta noble patrona que en la cima de este monte tiene casa de mármol y oro, y cirios y frescos, y que ha sido visitada por emperadores y reyes, y poetas como Byron, á la Virgen Negra de Honfleur, que vi un día, ya lejano, allá, en las costas normandas, toda de bronce, bajo el cielo, curtida por las tempestades, de cara al mar.

ROMA

3 de octubre de 1900.

Pasada la aridez del Agro romano, llego á Roma al anochecer. La primera impresión es la de una ciudad triste, descuidada, fea; pero todo lo borra la influencia del suelo sagrado, la evidencia de la tierra gloriosa. En el viaje de la estación al hotel, á través de los vidrios del ómnibus, aparecen ante mis ojos deseosos una y otra visión monumental, que reconozco, ya las arruinadas termas, ya la columna de Marco Aurelio. Con el espíritu poblado de pensamientos y de recuerdos me duermo en un cuarto de un hotel de la Piazza Colonna, que—dejando que desear por mil causas—, quizá por un exceso de arqueología, hace que los clientes se alumbren con simples velas. Por mi parte, habría preferido cualquier vetusto candil desenterrado, ya que no un noble lampadario.

Por la mañana, un vistazo á la ciudad. El célebre corso me sorprende por su modestia, exactamente como á Pedro Froment.

Una larga calle estrecha, llena de comercio, por donde en las tardes se pasean las gentes; de cuando en cuando

la imposición de un palacio cuyo nombre es una página de historia. Os advierto desde luego: el pecado de querer convertir á Roma en una capital moderna no podría realizarse, so pena de padecer la verdadera grandeza de la capital católica; pero como Roma, dígase lo que venga en voluntad, es, á pesar de todo, la ciudad del Papa y no la ciudad del Rey, todas las disposiciones gubernativas no prevalecerán contra ella.

Es la ciudad papal. Lo que han dejado, con raíces de siglos, los sucesos religiosos, la larga dominación de los pontífices y una adoración ecuménica que converge al lugar en que Cristo dejó su Piedra, no lo pueden destruir hechos políticos de un interés parcial. Por la brecha de Porta Pía entró poco y no salió nada.

Mientras me dirijo hacia la Piazza Venecia para tomar el tranvía que ha de conducirme á San Pablo, un ejército cosmopolita pasa á mi lado, con sus insignias en el pecho y sus guías en la mano. Hablan aquí en alemán, allá en húngaro, más allá en inglés, en español, en francés, en dialectos de Italia, en todo idioma. Son miembros de distintas peregrinaciones que vienen con motivo del Año Santo. Se atropellan, se estrujan por tomar un puesto en los carros. Veo escenas penosas y ridículas. Ramilletes humanos se desgranan al partir el vehículo. Una vieja de rara papalina se ase á las faldas de un obeso cura, y ambos ruedan por el empedrado. Como los cocheros están en huelga, esta irrupción es continua, fuera de verse á cada instante carruajes de *remise* que pasan con cargas de peregrinos. Ancianos, hombres de distintas edades, niños, nodrizas con bebés, frailes de

todo plumaje, curas de toda catadura se han desprendido de los cuatro puntos del globo, para venir á visitar santuarios, besar piedras, admirar templos y, sobre todo, ver á un viejecito ebúrneo que alza apenas la diestra casi secular, y esboza bajo la inmensa basílica el ademán de una bendición.

Y todos traen, poco ó mucho, oro que queda en la Villa Santa; y para el tesoro del Vicario de Jesucristo y rey de Roma, la contribución de buena parte de la humanidad. ¡Ah!, bien saben los Saboyas que hay que conservar esa misteriosa ave blanca encerrada en su colosal jaula de mármoles y oro.

Ya en San Pablo, la basílica nueva, veo repetirse á las puertas las mismas escenas de los tranvías. Todo el mundo pugna por entrar primero, como si dentro se repartiese algo que debiera concluirse pronto. Yo también hago palanca de mis hombros, y, lleno de atención—*beware of pickpockets!*—, entro. Basílica enorme, llena de alegría fastuosa. Oro, mosaicos, columnas de majestuosa elegancia, naves anchas y claras. Alejan ciertamente la oración estas magníficas cosas, y se piensa en la orquesta que ha de atacar el primer vals ó en el *foyer* de un estupendo café-concert. Las gentes hormiguean sobre las baldosas, admirando, calculando, clavando los ojos en las ricas techumbres ó en los medallones de los papas, y desprendiéndolos, para asombrarse ante los altares, ante las labores, ante los marmóreos simulacros. Y la pregunta universal: ¿cuánto habrá costado esto? Y la unción en el bolsillo. Los sacerdotes, guías de sus distintas peregrinaciones, van conduciendo sus rebaños,

llevándolos de un punto á otro; haciéndoles rezar uno, y leyéndoles la guía, con uno que otro comentario, otros. Salgo de San Pablo con otro espíritu, ¡ya lo creo!, que de la catedral de Pisa ó de Notre-Dame. San Pablo es la iglesia fin de siglo, en donde no falta sino la nota *liberty* en arte. ¿Para cuándo la basílica *modern-style?* Es la iglesia club, la iglesia *tea-room,* la iglesia del *five o'clock.* Es la casa de la religiosidad mundana adonde se va á buscar el *flirt.* Una, dos, tres, cuatro, cinco palabras inglesas absolutamente del caso. Ya veis que el lugar impone. ¡Oh, la religiosidad serena y severa de las iglesias viejas, hechas para gentes de fe en siglos de piedad y de temor de Dios, y qué lejos está de estas Alhambras pomposas, Empires imperiales y Casinos de Nuestro Señor! Y fijaos que todo esto corresponde á las políticas de la cancillería vaticana, á los paseos de turismo á Lourdes, á las exhibiciones líricas del abate Perosi. En gran parte Zola tiene razón, y hay que venir aquí para certificarlo.

Al caer del agua de las fuentes, entre el vasto hemiciclo de columnas, voy acercándome á la basílica de las basílicas, que se alza gigantesca y pesada. Parecía muy grande; á medida que me arrimo parece mayor. Y al penetrar y tender la mirada hacia el ábside, la enormidad se presenta en toda su realidad. Es un edificio para pueblos. Las oleadas de visitantes que se aumentan á cada momento, no se advierten sino como pequeños grupos que van de un lado á otro. Allá, bajo la cúpula, cae la luz á chorros anchos y dorados. El gran baldaquino de las columnas salomónicas alza su magnificencia; la baranda que rodea la tumba de San Pedro, con las lámpa-

ras encendidas, atrae una muchedumbre de curiosos. Á un lado, el Júpiter de bronce, el San Pedro negro, con su célebre dedo gastado á besos, recibe el inacabable homenaje de los grupos que se renuevan por momentos. Las tumbas de los papas, con sus distintas capillas y sus estatuas, las telas, las magníficas decoraciones, dan la sensación de un museo. Esto se siente más cuando por todas partes se ven los visitantes provistos de anteojos, de libros de apuntes, de manuales y de guías inglesas, francesas ó italianas. Y una palabra vibra en vuestro interior: Renacimiento. Desde el San Pedro negro hasta las estatuas con camisa, los ángeles equívocos, las virtudes y figuras simbólicas que labraron artistas paganos para papas paganizantes, todo habla de ese tiempo admirable en que los dioses pretendieron hacer un pacto con Jesucristo. De allí empezó la fe á desfallecer; el alma á disminuir sus vuelos ascéticos.

Esta magnificencia me encanta, pero no me hace sentir al doctor de la Humildad—por muy otras razones que los Sres. Prudhomme y Homais aducirían contra las riquezas de la Iglesia, que juzgan innecesarias y atentatorias. Bajo el domo que llueve sol, siento á los Bramante, á los Miguel Ángel. Esta pompa es oriental, es salomónica. Verdad es que Salomón es más un visir que un sacerdote. Las figuras blancas de las virtudes incitan más á abrazos que á plegarias, y los querubines son más olímpicos que paradisíacos. Los mármoles de colores, los mármoles blancos, los ónices y las ágatas y el oro, y la plata, y el oro y el bronce y el oro, y hasta las colgaduras purpúreas, todo habla al orgullo de la tierra, á

la gloria de los sentidos, á los placeres cesáreos y á la dicha de este mundo. Allá arriba se lee: *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam.*

3 de octubre.

Al salir de un *restaurant* cercano á la redacción del *Giorno,* un grupo de señores pasa ante mi vista, y entre ellos, uno cuya fisonomía me es familiar por las fotografías y los grabados. Le forman como una *suite* los que le acompañan. Ni muy joven ni muy viejo, el aire de un Alcibíades *clubman* seguro de su efecto, pasa. Entra á la redacción del diario vecino. Tengo la tentación de abordarle. Una entrevista sería interesante, y mi admiración de poeta quedaría complacida con unos cuantos momentos de conversación. Pero un amigo romano me detiene: «Sería una imprudencia. Ni como periodista ni como poeta quedaría usted satisfecho. Es un original y un hombre demasiado esquivo y lleno de sí mismo. Ha venido á comprar un caballo, y un diario le ha cantado un nuevo ditirambo con este motivo.» — «¡Pues iré á Settignano!» — «No le recibirá á usted, como no recibe á nadie. Está con una mujer, como casi siempre.» — «¡Pero me concederá un minuto!» — «¡Ni un segundo: esa mujer es la Duse!» — «¡Después del *Fuoco! ¡Enfoncée* Sarah Bernhardt!»

4 de octubre de 1900.

¿Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma? No, ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII la que acabo de tener entre mis dedos, y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la esposa que recompensa en una irradiación de infinita esperanza la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías. ¡Bien haya la mano que me movió de París, para que la casualidad me hiciese estar en Roma en el momento de la llegada de la peregrinación argentina! Nada más misterioso y divino que la casualidad. No pensaba yo alcanzar á conocer al Papa blanco; creía que cuando llegase á la ciudad ecuménica ya se habría apagado la leve lámpara de alabastro. La lámpara se está apagando, ó parece que se apaga, aunque en veces la luz tiene brillos inusitados, como de un sobrenatural aceite, y hace creer en los milagros de la voluntad, que de todas maneras son los milagros de Dios. Es tiempo en que el Año Santo trae á Roma caravanas de creyentes de todo el mundo católico. Lo que á París lleva el placer, trae á la Villa Eterna la religión, una incesante corriente humana que se renueva á la continua, corazones fervorosos que animan sangres de diversas razas, labios que rezan en distintas lenguas, ciudadanos de la cosmópolis cristiana que con un mismo

aliento proclaman la unidad de la fe en la capital de Pedro y de Pablo. *Civis romanus sun.*

Antes de ver al Pontífice de cerca, de besar su mano, de escuchar su voz, le había visto dos veces en San Pedro, una en ceremoniales de beatificación, otra dando la bendición á miles de peregrinos. No fué la primera ocasión la que mayormente conmoviera mi ánimo, con todo y llamar más á lo imaginativo la pompa solemne de los ritos, la música singular bajo las techumbres suntuosas é imponentes de la basílica, las rojas colgaduras que empurpuran la vasta nave central en que el soberbio baldaquino retuerce sus columnas salomónicas, el concurso de altos ministros y príncipes eclesiásticos, y la asamblea de fieles que saluda al emperador de los católicos. Desde Taine, la palabra «ópera» se ha escrito muchas veces á este respecto, para que mi lealtad de respetuoso no haya sido perturbada por los inconvenientes que traen la tarea de pensar y el oficio de escribir. La segunda vez fué cuando vi mejor y sentí más hondamente al pálido Vicario de Jesucristo.

Hervían las naves de gentes diversas. Peregrinos de varias peregrinaciones lucían en los brazos ó en los pechos sus insignias. Religiosos de varios colores circulaban en el inmenso concurso; altos y rubios teutones, de caras macizas, de anchas espaldas, conversaban serios; curas y seminaristas españoles hablaban, se embromaban bulliciosos; sacerdotes franceses, con ferviente *chauvinisme,* cantaban en alta voz himnos, recomendando especialmente la Francia al Eterno Padre. Gentes de la campaña italiana, con sus vestidos pintorescos, alegra-

ban de vistosas estofas y de curiosas y brillantes orfebrerías la masa compacta, la apretada reunión de correligionarios. Aparecieron los estandartes de los peregrinos, y se oyeron largos aplausos de grupos parciales. Una bandera francesa que llegó sola tuvo un general saludo de palmas y aclamaciones.

Allá arriba, sobre el altar, sobre la tumba de Pedro el Pescador, una inscripción latina pide al Señor que prolongue la vida de León XIII. Es la petición tácita de todas esas almas reunidas con un mismo fin al abrigo del colosal monumento de Bramante; es la plegaria que en todos los climas de la tierra se eleva de millones de fieles. Las tribunas levantadas alrededor del altar en que ha de oficiar Su Santidad están negras de fracs y de mantillas. Se confunden los rostros de todas las edades. Las mantillas cubren cabelleras blancas ó decoran cabezas en que se encienden jóvenes ojos amorosos que pugnan por ser severos en la majestad del recinto. De pronto, mientras los franceses continúan con sus cantos, comienza allá por la entrada de la iglesia, por el lado que da á la Puerta de Bronce, entrada del Papa, un rumor que crece y se convierte en un claro aplauso; y éste se propaga con un ruido resonante bajo los dorados artesones basilicales. Han aparecido los guardias suizos; brillan los cascos romanos de la oficialidad; los soldados del uniforme miguelangelesco presentan las alabardas, y una cosa se divisa blanca en marco rojo, una cosa que se va acercando entre explosiones de voces y agitar de pañuelos: es el Papa en su silla. Ya está cercano el papa León, ya va á pasar frente á mis ojos. Un grupo de es-

pañoles clama sus vivas de manera detonante; un grupo de alemanes hace tronar sus *¡hoch!*, *¡hoch!*, *¡hoch!*, mientras los italianos repiten su conocido *¡E viva il papa re!* Sobre la silla escarlata, de cuando en cuando se alza, en esfuerzo visible, un dulce fantasma, un ser que no es ya terrestre, poniendo en un solo impulso seguridad de aliento, creando fuerza de la nada; el brazo se agita débil, se desgranan de la mano blanca las bendiciones, como las cuentas de un rosario invisible, como las uvas de un ramo celeste. Al pasar frente á mí, un chorro de sol cae oblicuo y vibrante sobre la misteriosa figura, y puedo ver por primera vez bien, en un baño de luz, al papa León. Cien veces pintado, mil veces descrito; no hay palabras ni colores que hayan dado la sensación de la realidad. Todos se encontraron en lo cierto cuando se sintieron impresionados de blancura. ¿Recordáis el verso: *¡Qué cosa más blanca!...?* Sumad nieves y linos, cisnes y espumas, y juntad palideces de ceras, color suave de pulpas de lirios y de rosas té, y agregad alba transparencia, como de un ámbar eucarístico, y poned la animación de una inexplicable onda vital, y he allí lo que pasó ante mis ojos, bajo la gloria solar, en ese instante. ¿Cómo alienta ese dulce ser fantasmal? ¿Cómo da luz aun la frágil lámpara alabastrina? Y cuando los cantos del ritual comenzaron y fué el Padre Santo al altar, ¿qué brazos desconocidos le sostuvieron? ¿Y que onda sonora puso en su voz la fuerza que hizo esparcir su canto por las naves inmensas, de manera tal que no se creería brotase de ese cuerpo de paloma? Cuando volvió, otra tempestad de entusiasmo se desencadenó á su

presencia. Vi á mi rededor barbas de plata y mejillas frescas, húmedas de las más puras lágrimas. El Pontífice no tenía la constelada tiara tres veces regia; no llevaba á su lado los flabeles orientales. Sencillo pasó en su roja portantina como una perla en un pétalo de rosa. Y se desvaneció á mis ojos como en un sueño. La tercera vez...

La tercera vez, agregado á la peregrinación argentina, pude estar por dos ocasiones, gracias al obispo monseñor Romero, amable de toda amabilidad, delante del Pontífice. Muy temprano, por la mañana, el peluquero me había encontrado algunas canas nuevas; yo, en cambio, ¿por qué no decirlo?, sentía en el corazón y en la cabeza mucho de lo que hubiera el día de la primera cita de amor y de la publicación del primer libro. Se despertaba en el fondo de mi ser como un perfume de primera juventud; y todas las lecturas y todas las opiniones no pudieron poner el más ligero vaho empañador en esas horas cristalinas. El viejo feo de Zola, el avaro de los decires de antecámara, el sinuoso ajesuitado ó jesuíta del todo, el contemporizador con la democracia moderna, el papa de los periódicos, desapareció, se borró por completo de mi memoria, para dar lugar al papa columbino, al viejecito sagrado que representa veinte siglos de cristianismo, al restaurador de la filosofía tomística, al pastor blanco de la suave sonrisa, al anciano paternal y al poeta.

Á las once era la cita, y, presididos por Monseñor, fuimos, demás está decirlo, puntuales. Nuestra insignia azul y blanca en el pecho, nuestras tarjetas, rojas ó moradas, en la mano, subimos las escaleras vaticanas, pasa-

mos por la Puerta de Bronce y penetramos en la Sala Clementina, guardada por suizos, en donde habíamos de recibir la personal bendición. La Sala Clementina, ¿recordáis? Es aquella que vió Pedro Froment en la novela. «Esta Sala Clementina, inmensa, parecía sin límites á esa hora, en la claridad crepuscular de las lámparas. La decoración tan rica—esculturas, pinturas, dorados—se esfumaba, no era sino una vaga aparición flava, muros de ensueño, en que dormían reflejos de joyas y pedrerías. Y, por otra parte, ni un mueble, el pavimento sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las semitinieblas... Él se contentó con mirar á su alrededor, evocando las muchedumbres que habían poblado esa Sala. Hoy aún, era la Sala accesible á todos, y que todos debían atravesar, simplemente una sala de guardias, llena siempre de un tumulto de pasos, de idas y venidas innumerables. ¡Pero qué muerte gravitante, desde que la noche la había invadido, y cómo estaba desesperada y cansada de haber visto desfilar tantas cosas y tantos seres!» No tuve la impresión de Pedro. Al contrario: invadida por la luz que entraba por las ventanas laterales, la Sala, extensísima y severa, parecía dar la bienvenida. Las figuras de los frescos en sus posiciones, en sus énfasis simbólicos, la Justicia, la Fe, las escenas de la entrada, la gloria del Santo Espíritu en el cuadro del fondo, y sobre nuestras frentes, en el vasto plafón, los brazos abiertos del Pontífice, que asciende al empíreo sostenido por el apoyo de los ángeles, decían felices augurios, daban reconfortantes pensamientos. Sí; el papa Clemente era un buen introductor ante el papa León.

Éste debía pasar dentro de poco, detenerse con nosotros, para ir luego á bendecir en la basílica á otros miles de peregrinos de distintos puntos de la tierra. Mientras un maestro de ceremonias nos coloca en el orden usual, y monseñor Romero entra á los salones interiores en compañía de otro prelado, observo. Á la entrada de la Sala dos alabarderos guardan la puerta, y al extremo opuesto una escolta de ese vistoso y arcaico Cuerpo aguarda el instante de los honores.

Circulan, pasan de un punto á otro, rojos *bussolanti*. Un franciscano joven, de rostro noble é inteligente, sale de lo interior y da algunas órdenes. Tengo la suerte de que mi nombre haya llegado á sus oídos, y me sorprende su inesperada afabilidad. Es el secretario del cardenal Vives. Los argentinos son divididos en dos grupos. Á un lado los sacerdotes, á otro los laicos. Los rostros, casi todos, revelan una indudable creencia en la extrahumanidad del varón apostólico que ha de aparecer á nuestra vista dentro de cortos instantes; algunos, ciertamente, reflejan como la preconcebida esperanza de un espectáculo de profana teatralidad. Las señoras, desde luego, todas, damas altas y modestas, todas, sin excepción, manifiestan la gracia de una fe sin reservas. Por otra parte, con sus sencillos y negros trajes y tocados, todas parecen iguales; y allí, en lo invisible y supremo, el hijo del Carpintero, que también era de la raza de David, no hace diferencia entre esos millones y aquellos pobres pesos que atravesaron el mar. Un golpe de alabarda en tierra, una voz, la guardia se forma. Es un cardenal que pasa. Conversamos en el grupo de la Prensa.

Hay, únicos y vistosos, dos fracs coloreados de condecoraciones. Un fotógrafo prepara su máquina, que ha de resultar inútil. Tras largo esperar, se oye un rumor, un ruido de pasos; la guardia se forma; presenta las armas. Cascos romanos crestados de oro, antiguas gorgueras y jubones, espadas desnudas, cardenales, obispos y una roja silla de manos, que se coloca en tierra. Entre la roja silla de manos, semejante á una joya en un estuche, está León XIII. Las guardias le forman cuadro. El besamanos comienza. Hay que detenerse tan sólo unos cuantos segundos, pues somos muchos. Monseñor Romero, al lado de la silla de manos, hace las presentaciones. Mientras me toca mi turno, puedo ver bien al Padre Santo. No, no hay ningún retrato que se le parezca, ni el reciente que acabo de ver en París, de Benjamín Constant, y que está señalado como una obra maestra. ¿Quién ha sido el *farceur* que vió en esta boca grande, de labios finos y bondadosos, la sonrisa de Voltaire? La cabeza es vivaz, de una vivacidad infantil que se juntara á la extrema vejez; la frente hermosa, bien moldeada, bajo los cabellos blanquísimos y solideo de nieve; los ojos son obscuros y brillantes, pero no los escrutadores diamantes negros de Zola, sino dos luces anunciadoras de interiores iluminaciones; las orejas grandes, transparentes, como la nariz, de dignidad gentilicia; el cuello lilial, que sostiene apenas el globo del cráneo; el cuerpo delgado, de delicadeza inverosímil. Cuando estuve frente á frente á darle el beso de respeto, vi la mano, toqué esa increíble mano papal, sobre la que brilla la enorme esmeralda de la esposa, esa mano que me parecía una madeja de

seda, ó una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma. Y la mirada de los ojos, casi extraterrestre, y la voz que se escapaba de aquel cuerpo frágil, de aquella carne de Sèvres, daban la idea de un hilo milagroso que sostuviese por virtud de prodigio el peso vital. ¿Cómo esta pasta sutil no se quiebra al menor soplo de aire, al menor estremecimiento de los nervios? ¿Cómo esa hebra, tan leve como un hilo de la Virgen, no se rompe á la más insignificante impresión, y resiste, no obstante, á la continua corriente de tantos inviernos, á la palpitación del orbe católico que tiende al blanco Pastor, á la tarea física, que cansaría á un hombre robusto, de levantar el brazo, ese pobre brazo senil, en la impartición de miles y miles de bendiciones? Una niña pasó, besó á su vez la mano; el Papa la sonrió como otro niño; quiso hacerle una caricia, y la criollita, asustada, se escapó veloz. Alzaron la silla; la escolta, los caballeros palatinos, los dignatarios áulicos se pusieron en marcha hacia San Pedro.

Un aire de veneración flotaba sobre aquel triunfo tranquilo cuando los vivas estallaron — inútiles, insólitos—. ¡Nuestro silencio estaba lleno de tantas cosas en aquel instante! De mí diré que viví por un momento en un mundo de recuerdos. Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia, en que el alma, nueva y libre, parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando á misa; la ropa dominical, sacada de los muebles de alcanfor; la ida á la catedral al claror del alba; la salida en plena luz matutina; la dulzura de la

casa pacífica; la buena abuela y sus responsorios; la imagen de la Virgen venida de Roma; el cura que iba á jugar tresillo, y el granado en flor bajo el cual los labios adolescentes supieron lo que era el primer beso de los labios de la prima rubia; porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor. Y era la Semana Santa, con sus ceremonias simbólicas, con sus procesiones alegres como fiestas nupciales, con el entierro del Viernes Santo, á que las mujeres asistían vestidas de luto, y en que los canónigos me atraían con sus largas caudas violetas; el *lignum crucis*, llevado en la noche al son de tristes trompetas que rompían la sombra en el silencio del negro firmamento. Y eran aquellos mis años primeros, en la amistad de los jesuítas, en el convento silencioso ó en la capilla florida de cirios, en que mi mente juzgaba posibles las palmas de los Gonzagas, los nimbos de los Estanislaos. Entonces se abrieron á la aurora los primeros sueños, entonces se rimaron las primeras estrofas. Y la memoria de los sentidos me despertaba ahora la sensación de las cosas pasadas, ya perdidas en lo largo del tiempo. Visión de lámparas rituales, de velas profusas, de altares decorados en que estaban en su inmovilidad de ídolos los simulacros de las vírgenes y de los santos; colores y pedrerías y oros de casullas, negras siluetas de sacerdotes que se perdían en lo obscuro de las naves ó á lo largo de los complicados corredores del convento; olor de la cera, del incienso, de las flores naturales que se colocaban delante de las imágenes; olor de los hábitos del padre confesor; olor de la cajita de rapé de aquel anciano encorvado, de aquel anciano santo que

me colmaba de consejos y de medallas, y cuyo nombre de ave inocente le venía tan bien... ¡Pobre padre Tortolini!

Cuando León XIII retornó de San Pedro, otro grupo de los peregrinos debía recibir la bendición; volví á verle otra vez. Estaba más pálido aún si cabe; parecía que hiciese con más dificultad los movimientos de la cabeza y del brazo. Me temo que el Dr. Lapponi no consienta dentro de poco la repetición de estas audiencias, de estas idas y venidas á la basílica. ¡Quién sabe si algún día de estos el milagro cesa, el prodigio tiene fin, y esa vida rara, así como un cáliz de Murano, al fino aliento del aire, cruje, se quiebra, se deshace!

Vuelvo á contemplar sus ojos, que brillan en un fuego amable; su sonrisa, un poco triste, un poco fatigada; su mano, que da todavía una última bendición.

Y se lo llevan con el mismo ceremonial de la venida. Cascos romanos crestados de oro, suizos con su uniforme rojo, negro y amarillo, alabardas, espadas desnudas, collares, gorgueras, jubones, como en los cuadros, como en las tablas. Rumor de gentes. Silencio. Pasó.

¡Ah!, la Pálida anda rondando por el palacio; la *camarde* está impaciente por entrar en el Vaticano y hacer que el martillo de plata del cardenal camarlengo toque la frente de Joaquín. Y el anciano siente sus vueltas, su revuelo, el ruido metálico de la hoz, lista como en el fresco de Orcagna. Y repetirá sus propios versos el tiarado poeta:

Quanto all'orechio mio suona soave
a te, madre Maria, ripeter Ave!

Ripeter Ave *e dirti:* ó madre pía,
e a me dolce e ineffabile armonia.
Delizia, casto amor, buona speranza,
tale tu sè, ch'ogni desire avanza.
Quanto spirto m'assal maligno e immondo,
quanto d'ambascie più m'opprime il pondo,
e l'affano del cor si fa più crudo,
tu mio conforto, mia difesa e scudo
se a me tuo figlio, apri il materno seno,
fuggi ogni nube, il ciel si fa sereno.
Ma gia morte s'appressa: deh! in quell'ora,
madre, m'aiuta: lene, lene allora
quando l'ultimo di ne disfaville,
con la man chiudi le stanche pupille;
e conquiso il demon che intorno rugge,
cupidamente, all'anima che fugge
tu pietosa, o Maria, l'ala distendi;
ratto la leva al cielo, a Dio la rendi.

Estas notas, que rememoran en lo moderno la plegaria rimada del más católico y desgraciado de los poetas, y en lo antiguo al fervoroso y armonioso Jacopone da Todi, os harán recordar que el Pastor de los corderos de Jesucristo es también árcade en las praderas de Apolo. Nada más hermoso que esos luchadores provectos de Dios ó de los pueblos; favorecidos por el numen, en los resplandores de su ocaso, en los años de las tranquilas nieves, guardan el culto de la Belleza, la pasión generosa del Arte, y conciertan sus números, cultivando las flores perennes, las rosas que no mueren, al amor siempre fecundo y sano de la lira. Me he imaginado encontrar al Padre Santo, en una mañana de las calendas

de mayo, rejuvenecido, sonriente siempre, poseído en esos instantes de su *deus* olímpico, del que le ha hecho manejar vibrantemente las cuerdas de su lírico instrumento, de manera que los pies de sus exámetros han golpeado el sagrado suelo latino al mismo son y compás con que galopan las cuadrigas magníficas de Horacio. El Pontífice me acoge, y puesto el Pegaso á pacer, le digo, poco más ó menos, mientras los lirios nos inciensan con sus incensarios y los jazmines llueven sus estrellas de nieve, y los gorriones forman conciliábulos entre las copas de los pinos: «Beatísimo Padre y querido colega, ¿os repetiré una cosa que sabéis tanto como yo, y que os diría en sabios dáctilos y flamantísimos espondeos si supiese tanto latín como vos? El cielo es azul; la primavera avanza gentil, con su cortejo florido como en la pintura de Sandro; la tierra palpita al canto del agua y al fulgor solar; alabemos al Señor. Frate Sole nos envía su saludo, nuestra hermana la rosa su mensaje, nuestra hermana la mujer su sonrisa; alabemos al Señor. Os habéis mezclado á las luchas de los hombres; cuando vuestros rebaños han empezado á topetazos, habéis intervenido con el cayado, y habéis hecho bien. Habéis enviado como águilas de paz vuestras Encíclicas á revolar sobre el mundo. Sois divino, habéis sido sacerdotal, *sacerdos magnus;* sois humano, habéis sido hábil. Para lo uno profundizasteis la Teología; para lo otro os ejercitasteis en la Diplomacia. Habéis mostrado á los pueblos que estáis con ellos, y á los reyes indicado el camino. ¿Acaso ha dicho á vuestro oído el rumor del porvenir lo que se acerca; acaso, *Lumen in cœlo*, sabéis lo que anuncian los signos de hoy,

para cuando aparezca el sol en su alba roja el día de mañana? Padre Santo, Pedro Froment no dejaba de tener razón. La palabra *de conditione opificum* ha pasado sobre la cabeza de los de abajo, que muy pocos han sentido su benéfica influencia, bajo la opresión.

»Habéis señalado más de una vez el camino probable de la verdad; habéis hecho lo posible por evitar guerras y desconciertos. Habéis tenido que ver con los cancilleres y con los embajadores, con el señor de Bismarck y con el señor de Cánovas, y con el señor de Hanotaux y con el señor de Giers. Querido colega, Maron es mejor. ¡Oh pontífice poeta! En vuestra tiara está Marbodio, á vuestra izquierda Minucio, á vuestra derecha Gregorio; y cuando decís la misa hacéis comulgar á las nueve Musas, mientras la misma infecundidad florece en blancos ramilletes de cánticos en los coros de la Sixtina. Habitáis el más maravilloso de los palacios; allí, al lado de la Fe, ha tenido su mansión el Arte. Gloria sea dada á los papas que se rodearon de pintores, de escultores, de orífices, á los que protegieron y amaron á los poetas, y á los que, como aquel Eneas Silvio Picolommini y vos mismo, juntaron á la triple corona pontificia la corona de laurel y pusieron en su vaso de oro el agua castalia. Sois filósofo, y volando sobre lo moderno habéis ascendido á la fuente de la *Summa;* sois teólogo, y en vuestras Pastorales dais la esencia de vuestro pensamiento, caldeado por las lenguas de fuego del Santo Espíritu; sois justo, y desde vuestro altísimo trono dais á cada cual lo que es suyo, aun cuando con el César no andéis en las mejores relaciones; sois poeta, y

discurriendo y cantando en exámetros latinos y en endecasílabos italianos, habéis alabado á Dios y su potencia y gracia sobre la tierra.

»Allí, en vuestro palacio, en la Stanza de la Segnatura, Rafael, á quien llaman *el Divino,* ha pintado cuatro figuras que encierran los puntos cardinales de vuestro espíritu. La Filosofía, grave, sobre las cosas de la tierra, muestra su mirada penetradora y su actitud noble; la Justicia, en la severidad de su significación, es la maestra de la armonía; la Teología, sobre su nube, está vestida de caridad, de fe y de esperanza; mas la Poesía parece como que en sí encerrase lo que une lo visible y lo invisible, la virtud del cielo y la belleza de la tierra; y así, cuando vayáis á tocar á las puertas de la eternidad, no dejará ella de acompañaros y de conduciros, en la ciudad paradisíaca, al jardín en donde suelen recrearse Cecilia y Beatriz, y adonde, de seguro, no entran los que tan solamente fueron justos.»

Y León XIII sonreía, con una sonrisa más alegre que su habitual sonrisa, y los gorriones y las abejas del jardín me daban la razón. Los chorros de agua se encorvaban en arcos diamantinos; sobre las conchas marmóreas, en las pilas sonoras, reventaban las espumas irisadas; la sacra naturaleza, en una vibración invisible, pugnaba por manifestar el misterio de su corazón profundo; y al lado de León vi como un coro hermosísimo de Horas que llevaban en las manos flautas y sistros. Y Jesucristo pasaba por los azules aires, como en un carro triunfal, no un Jesucristo de pasión, sino de transfiguración, un divino Musagetes, fuerte y soberbio como el del juicio

de Miguel Ángel, crinado de oro augusto en su magnificencia. Y volví á decir: «Beatísimo Padre: la Religión y el Arte deben ir juntos en el servicio del Eterno Padre. Ved las viñas frescas, tendiendo sus ramos al sol; las ramas de los olivos parecen, al soplo del viento, armónicos metales; bajo los ramajes ríen las niñas; la luz vivaz se esparce sobre el Tíber taciturno. Las naciones aguardan la venida de la inconmovible paz; los hombres quieren, por fin, ser redimidos del sufrimiento, y es hora ya de que Dios haga que resuenen juntos nuevos salmos y nuevas arpas.»

Y él á mí: «¡Alabemos al Señor!»

Entre Roma y Nápoles, noviembre 1900.

Rueda que rueda, con ruido de herramientas que se entrechocan y un ruesello penoso, el tren sigue: un largo infierno que anda. El Gibelino lo hubiera hecho rodar por las planicies de sombra de su infierno; así lo piensa aquella inquietante María Barskitcheff en sus cartas. Si Capua no estuviera esta vez al fin del viaje abriendo su maravilloso semicírculo de colinas con cruzamientos de villas al borde del mar pensativo... Capua es por ahora Nápoles, con los primeros azules y rosas delicados de los inviernos meridionales.

Los últimos recuerdos de Roma que insisten, con la insinuación ya discreta y melancólica de la distancia y de lo recientemente pasado, son los de la capilla Sixtina. Es preciso ver la capilla Sixtina; pero es un desacato

verla sin los propios ojos, sin los personales ojos del artista, que ponen una mirada más en los colores de las telas y en las alburas de los mármoles, fatigados del secular mariposeo de tantas pupilas. Porque en esos *sancta-sanctorum* del Arte se ven dos cosas: la *chef-d'œuvre* y los ojos que la han visto; las miradas que han dejado en ellas algo de su esencia diáfana y misteriosa. La capilla Sixtina está llena de esas miradas, satisfechas ó escépticas, ó irónicas, ó extáticas ó incoloras. Desde luego la vieja mirada de los maestros que, realizada la obra, hallaron que era buena; y las miradas de los papas, de los papas gentiles ó ascetas; y la escrutadora mirada de los amigos del artista; y después, cuando la muerte hubo serenado todos los juicios, pulido todas las asperezas, humanizado todas las controversias, uniformado todos los cultos y consagrado todos los sufragios, las miradas de los intelectuales que pasan. Todavía se disciernen en el delirante misticismo de la transfiguración, por ejemplo, las miradas llenas de espíritu tranquilo de Taine, tan distintas de las miradas de los espectadores de ayer, ayunas de razonamientos y de distinciones morales, poco ó nada introspectivas, simplificadas de nuevo, al son del Renacimiento, por la majestad sencilla de la línea antigua... Porque los ojos han hecho un inmenso y triste camino de complicación y de complexidad desde el Renacimiento hasta estos días de estetismo y de connotaciones múltiples. Ya no hay un cerebro bastante puro y amplio que vea con la mirada de un Leonardo. Han desaparecido en el juicio las perspectivas vastas, los lineamientos tranquilos; nuestros ojos están tristes, y

nuestras miradas están enfermas; y aun parece que los inmortales cuadros y los mármoles eternos sienten que ya no sabemos mirarlos. ¡Quién sabe! ¿Por qué no ha de haber en el alma inefable de un *capolavoro* el melancólico despecho de no ser bien mirado? ¿Por qué el espíritu nobilísimo de las cosas bellas no ha de encogerse de angustia ante el enfermizo reflejo de las miradas de hoy? ¿Quién se atrevería á negar que esta tristeza no modifica al aspecto mismo, la fisonomía, la expresión de la obra de arte? ¿Quién podría afirmar que el Moisés de Miguel Ángel es hoy el mismo que hace doscientos años, que antes aún, cuando el maestro que esculpía las tablas de la ley soñando en el haz de rayos de Zeus, golpeaba con su martillo el mármol vital, ordenándole el movimiento y la acción?

Y el tren rueda aún con su desesperante machacar de herramientas, y mis reminiscencias le siguen jadeantes por el camino. Vuelvo á escuchar las ambiguas voces de los castrados, complemento extraño de todo lo visto y sentido en el milagroso santuario. Paréceme como que todos los frescos, todos los zócalos, las bíblicas figuras de los muros laterales que cuentan las peregrinaciones mosaicas y los más tremendos episodios bíblicos; las grandes figuras sedentes del profeta y de la sibila; los nueve grandes cuadros que reproducen en la bóveda la creación del mundo; Dios, las pitonisas, los profetas, los santos de la nueva ley; todo eso cantaba en la voz blanca y singular, que ésta era su propia voz, su

lengua propia, el verbo misterioso que los papas habíanles dado para que se manifestasen á la emoción de los pueblos que van en romerías á contemplarlos. ¡*Miguel Ángel y su Juicio!*... Todo heroísmo de arte lleva á una hipersensibilidad atormentadora. Acaso el Arte no es una gran tranquilidad, sino una gran angustia. Toda la literatura está ahí para comprobarlo: el infierno sale al paso á los grandes espíritus, llámense Homero, Virgilio, Dante, Milton ó Swedenborg; llámense Buonaroti ó Rops...

Sandro Botticelli; he ahí la heredad del exquisito y raro, y no se divaga por cierto el ánima de ese estremecimiento de angustia íntima que trae consigo el deletrear todas las aristocracias de ese pincel. Porque Botticelli no es de los que serenan; es quizá de aquellos cinco (que en Taine son cuatro: Dante, Shakespeare, Beethoven y Miguel Ángel) que parecen de una raza aparte. Tiene un supremo privilegio, el que Víctor Hugo halló siglos después en Baudelaire; ha creado un estremecimiento nuevo, con una noción nueva de la expresión, que antes de él no está condensada en parte alguna, sino difundida en las legiones de maestros prerrafaelitas, expresión de belleza convencional ó de fealdad resuelta para algunos, pero de real belleza y armonía innegables para muchos que llevan en el larario de sus emociones ese *coin maladif* de que hablaba Goncourt. Como ellos, este hombre tiene una fisonomía y un sello de poderoso individualismo; es solitario como ellos; tiene como ellos la obra sin analogías, sin más que las lógicas analogías que ensartan en un mismo hilo resplandeciente todas las

demostraciones de un mismo arte á través de las épocas. ¡Cómo ansío llegar á Florencia para apacentar mis admiraciones en el foco principal de las obras de Sandro! Porque él tiene ahí, en la ciudad dantesca, su reino, con el seráfico Fra Angélico, ¡aprisionador de éxtasis! Sin embargo, para hablar de la Sixtina es preciso hablar de Botticelli, á condición de haber rezado antes á Miguel Ángel, esa alma de dios caído ante la que rezó Taine. El Juicio Final: sí, aquello no convierte mis apostasías ni enfervorece mi fe; el protestante del cuento vuelto ortodoxo por obra y gracia del *Juicio Final* es de una conmovedora ingenuidad; por el camino de ese cuadro se va mejor á Atenas que á Jerusalén; esas dos ó trescientas figuras que ensayan actitudes, no sugieren el *miserere mei,* sino el himno á Phoibos Apollon; se está más cerca del nevado Olimpo que del trágico Josafat; más cerca de la gloria del músculo que del aleteo medroso de la plegaria. Es un gran escultor el que pinta, esculturalmente (¿no hay acaso muchos pintores que esculpen cuadros? Para no citar más que un talento moderno, ahí está Leonardo Bistolfi con sus monumentales bajorrelieves fúnebres y su *Dolor confortado por la memoria*). Ha buscado Miguel Ángel el agrupamiento de las figuras curándose poco de las radiaciones sobrenaturales del cielo de los justos y de las rojas bocanadas de hornaza del infierno de los réprobos; quiere ante todo, quiere grandiosamente la expresión inmortal del cuerpo humano, la nobleza clásica del gesto; está cerca de Jove y ha visto el fruncimiento de sus cejas y los hinchados músculos de su diestra que blande la centella... Los

tiernos colores, los dulces ó imperiosos matices, las perspectivas que ayudan al vuelo de la imaginación moderna, el azul en que está sentado el Padre, el rosa de las auras de la resurrección, las policromías de los pinceles en las manos que han mezclado colores, pero que no han labrado granitos...; eso no está aquí, no lo busquéis aquí; aquí está el relieve poderoso, aquí está su plástica; el color que queréis está ahí enfrente; mirad... El tren acrece su estruendo bajo los cristales de una estación; el mar y los vergeles se besan: ¡Nápoles! Hemos llegado á Nápoles. La Sixtina se pierde en un desvanecimiento de ensueño.

Nápoles.

¡Nápoles! El Vesubio es todavía una pira digna de los funerales de Patroclo. ¿Estamos por ventura en la Era cristiana?

Se necesitaría embridar la imaginación aventurera con dura brida para creerlo. La mañana arde mansamente en un impecable azul. He subido á las alturas que corona el puente de San Telmo, punto clásico para las perspectivas, á fin de *ver* y *vencer* antes de abismarme en ese mundo ruidoso que gira y ríe á mis pies. Y en verdad os digo que estamos bajo el imperio de los Augustos. Nada recuerda aquí el madero del Nazareno, nada su religión de angustia; este sol que en pleno otoño tuesta las rosas de Pœstum, las cuales dos veces florecen en el año, es el mismo sol jovial que doraba la

frente de Séneca. La bahía de Nápoles, suavemente encorvada y palpitante como una seda azul sobre un inmenso regazo, canta aún el *cum placidum ventis staret mare,* en su perpetuo idilio con los islotes de Sirenusa, coros de las rubias oceánidas. El azul del cielo, el histórico azul de ese cielo inmortal, se burla con su flamante brillo de los veinte siglos que han pasado desde que en la dulzura piadosa del Pausílipo se acostaba para dormir su sueño eterno el dulce mantuano gorjeador de églogas. Á su derecha, la isla de Capri da á las ondas reflejos de aventurina estriada de oro vivo, y se aduerme en la misma ociosidad que le valió el mote de Augusto.

Á la izquierda, desde *Capo del monte* hasta el cono poblado de mitos del Vesubio, las montañas de voluptuosas ó ásperas ondulaciones engastan sus moles en el zafiro inconmensurable. Enfrente, Castellamare y Sorrento; ¡Sorrento!, cuya sangre divina no corre ya por las venas del mundo para letificarlo, como corre ahora ese

Insípido brebaje de cebada,

anatematizado por Menéndez y Pelayo; Sorrento, cuyo vino luminoso inspira la *Jerusalén libertada.*

Y un poeta me dijo:

«Una peregrinación se impone aún, después del beso placentero que la mirada envía á todo ese paisaje pintado por los afables dioses: vamos á rezar un exámetro á la tumba de Virgilio, situada sobre la vertiente de la gruta del Pausílipo, y después á seguir respirando paganismo en la hirviente ciudad; paganismo desde luego en

el *Museo Borbónico*, que encierra toda la resurrección pompeyana: vasos, ánforas, lacrimatorios, tinteros, estiletes, lámparas, candelabros, buclíneos, *speculums* en cuya agua muerta parecen aún flotar, como extraños lotos, los rostros de las patricias que en ella se contemplaron; paganismo en las vías resonantes de una muchedumbre que parece hiperestesiada por la vida, que la absorbe á enormes tragos, que tiene á Dionisio en los labios y á San Jenaro en el corazón, invirtiendo frecuentemente los nombres. He aquí á la bien amada de Lúculo, de Mario, de Pompeyo y de Plinio, que la reconocerían en su tocado y en su risa... He aquí á la reina de las divinas galeras, atareada como para recibir los marfiles de Cartago. He aquí á la novia de César, coronada de mirtos. Jove Capitolino extiende aún hasta este refugio de delicias la piedad de su sombra; los dioses resucitan diariamente al surgir como una discreta apoteosis la aurora sobre la mansedumbre especular del golfo. Se comprende aquí la resistencia al Cristianismo, la taimada protesta del meridional epicúreo y jovial á una ley de tristeza y mortificación. Un dios nuevo, *à quoi bon?* si los viejos no han dejado de ser buenos. ¿Vale este doliente hombre coronado de espinas por aquellos radiantes silenos coronados de parra? ¿Qué papel puede desempeñar la Providencia cristiana en un pueblo que mendiga el azar? ¿Á qué pensar en las delicias de una gloria cuyo precio es la oblación y el martirio, cuando llegan hasta nosotros los alientos aromatizados de Misena, de Cumas, de Baya, caras á Nerón, de Prócida y de Ischia? ¿Por ventura ese cielo que promete el Crucifi-

cado será más azul que el cielo del Mediodía? ¿Las delicias de ese empíreo nuevo igualarán al beso que al incendiarse las púrpuras de la tarde pone el pescador en la boca de la pálida pescadora? ¿Los ángeles tienen acaso los inmensos ojos luminosos de estas mujeres doctoras del amor? ¡La tortura, el martirio! ¿Para qué, si la vida está llena de sol, si huelen tan bien las flores de los naranjos y el obscuro vino tiene aún el secreto de las risas de los dioses? Y Cristo tendió mucho tiempo sus brazos hacia esta otra Jerusalén del placer, y quiso ampararla bajo sus alas como la gallina á sus polluelos; pero la Jerusalén del placer era esquiva y levantisca. Vanamente se extendieron esos brazos mucho tiempo, y al fin la bacante cayó en ellos. Pero siguió su danza loca y su loca risa; cambió sólo la letra de la tarantela; se juraba por Cristo, pero se seguía jurando *per Baco*, y la superstición reemplazaba á las pitonisas, y la sangre hirviente de San Jenaro á la hirviente espuma de la Sibila de Cumas.

Esto que pasaba en el reinado de Constantino el Grande, lo propio que en el reinado de Nerón, pasa aún bajo el poder de Víctor Manuel III. La impenitente grita y ríe en mi rededor como en las saturnales; nada ha cambiado; la Cruz abre estérilmente sus brazos sobre la perenne apostasía de las vidas; Cephas no ha podido asentar sus sillares al borde del golfo que vió las sirenas, y los Olímpicos llamean y detonan como dueños absolutos sobre la conflagración perpetua del Vesubio.

Nápoles está por Zeus contra el Cristo.

LA CARAVANA PASA

—1903—

Desde el aparecer de la primavera he vuelto á ver cantores ambulantes. Al dar vuelta á una calle, un corro de oyentes, un *camelot* lírico, una mujer ó un hombre que vende las canciones impresas. Siempre hay quienes compran esos saludos á la fragante estación con música nueva ó con un aire conocido. El negocio, así considerado, no es malo para los troveros del arroyo. ¿Qué dicen? En poco estimables versos el renuevo de las plantas, la alegría de los pájaros, el cariño del sol, los besos de los labios amantes. Eso se oye en todos los barrios; y es un curioso contraste el de que podáis oir por la tarde la claudicante melodía de un aeda vagabundo en el mismo lugar en que de noche podéis estar expuesto al garrote ó al puñal de un *terror* de Montmartre, ó de un *apache* de Belleville. Mas es grato sentir estas callejeras músicas y ver que hay muchas gentes que se detienen á escucharlas, hombres, mujeres, ancianos, niños. La afónica guitarra casi ya no puede; los pulmones y las gargantas no le van en zaga, pero los ciudadanos sentimentales se deleitan con la romanza. Se

repite el triunfo del Canto. Las caras bestiales se animan; las máscaras facinerosas se suavizan; Luisa sonríe, Luisón se enciende. El mal está contenido por unos instantes; el *voyou* ratero no piensa en extraer el portamonedas á su vecino, pues la fascinación de las notas lo ha dominado. Los cobres salen después de los bolsillos, con provecho de los improvisados hijos de Orfeo—ó de Orfeón—. El cantante sigue su camino, para recomenzar más allá la misma estrofa. La canción en la calle.

El dicho de que en Francia todo acaba en canciones es de la más perfecta verdad. La canción es una expresión nacional, y Beranger no es tan mal poeta como dicen por ahí. La canción que sale á la calle vive en el *cabaret,* va al campo, ocupa su puesto en el periódico; hace filosofía, gracia, dice duelo, fisga, ó simplemente comenta un hecho de gacetilla. Ya la talentosa ladrona señora Humbert anda en canciones, junto con la catástrofe de la Martinica, y la vuelta de Rusia de M. Loubet. En Buenos Aires hay poetas populares que dicen en versos los crímenes célebres ó los hechos sonoros, como en Madrid los cantan los ciegos. En Londres se venden también canciones que dicen el pensar del pueblo, lleno de cosas hondas y verdaderas, á «tres peniques los cinco metros» de rimas. Ese embotellamiento castalioperiodístico es útil á la economía de las musas.

Dos cancionistas acaban de irse á hacer una jira alrededor del mundo. Conozco á uno de ellos, á Bouyer, excelente muchacho que hace versos lindos. Ese viaje

alrededor del mundo es con el objeto de hacer dinero. La empresa es loable, aunque un poco difícil. Esas cigarras corren el peligro de abandonar la lira en el camino á pesar de la *réclame* de *Le Figaro*, de la protección de las colonias y del talento de los viajeros. La canción y el cancionista parisienses, fuera de París, no resultan. Siempre consideré la bella y generosa idea del Dr. Cané, en uno de sus artículos, el establecimiento de un *cabaret* artístico en Buenos Aires, como irrealizable. La canción de aquí necesita primero su idioma, sus oficiantes melenudos, su ambiente singular, la cultura de un auditorio ático. Ya me imagino en un café criollo, una especie de *Quatz'arts*, la figura de Yon Lug, por ejemplo, cantando, con su melena y sus pantalones. ¡Pobre melena, pobres pantalones y pobre Yon Lug! Louise France no saldría dos veces. Y en cuanto á los *hyspas* que quisiesen ridiculizar á tales ó cuales personajes mundanos ó políticos, no quiero pensar en los percances que les sucederían.

La calle y el aire libre dan su nota especial á todo lo que en ellos pasa, cortejo, personas, música ó palabra. El mismo ensueño brota en veces de la calle. ¿Quién no se ha sentido vagamente sentimental, en la tristeza de una tarde, al oir cómo brota en fatigadas ondas de melancolía la música soñadora de un organillo limosnero? ¿No ha escrito un altísimo poeta un maravilloso poema en prosa con ese motivo?

La canción anda por las calles y callejuelas de París desde hace tiempo. Los *trioles* de Saint-Amand nos dicen algo de las que se oían por aquí, por mi vecindad,

en el Pont Neuf. «Se las oye entre ocho y nueve, las raras canciones del Pont Neuf. Su papel es menos blanco que un huevo, pero mi lacayo las encuentra bellas. Las canciones del Pont Neuf se unen á los raros libelos.» El espíritu popular ha florecido siempre en las canciones, en blancos amorosos, en rosados alegres, ó en los rojos furiosos de las locas carmañolas. Charles Arzano nos renueva la historia de la canción callejera desde su aparición en ese Pont Neuf y sus alrededores;

... rendez-vous des charlatans,
des chanteurs de chansons nouvelles.

Los cancionistas eran un poco bohemios, un poco prestidigitadores, ó maestros de animales sabios, perros ó monos. Y sus cantos eran solos ó acompañados de lamentables violas ó violines. Un pobre diablo de poeta del tiempo de Saint-Amand se llamaba el Perigourdin, andaba hecho una lástima, vendiendo sus composiciones ó haciendo que las vendía. Luego hay otros, como el loco Guillaume, que divertía á Enrique IV y á Luis XIII. Las mazarinadas aparecieron. Scarron afilaba sus tijeras. La sátira de todos se encarnaba en volantes estrofas.

Un vent de fronde
a souflé ce matin;
je crois qu'il gronde
contre le Mazarin.

Las mujeres no faltan. Ya es la Mathurine, compañera de Guillaume el bufón, ya la terrible verdulera «dame Anne», que andaba en el mercado y fuera de él espar-

ciendo invectivas contra su regia tocaya de las bellas manos, Ana de Austria. Desfilan en la curiosa lista de la canción flotante Philipot el ciego, que

> *... à gueule ouverte et torse,*
> *à voix hautaine et de toute sa force,*
> *se gorgiase à dire des chansons;*

el cojo Guillaume de Limoges, el Apolo de la Grève, Mondor y Tabarin, su criado; Bruscambille, Duchemin y el gran charlatán Barón de Grattelard. Bajo Luis XV, Minart y Leclerc, Valsiano y esa hermosa Fauchon, cantora atrevida, pródiga de su cuerpo, que llevaba encajes de Chantilly en su delantal. «Verdadera cancionista de las calles, á la Watteau, ningún *souper fin* digno de ese nombre se podía dar sin la presencia de la bella Fauchon, á quien se festejaba y se llamaba por todas partes.»

Bajo la Revolución no surge más figura que la de Ángel Pitou, tan famoso en el mundo gracias á Dumas. Pero la canción callejera entonces va en coro, en grandes coros trágicos. Lleva el gorro frigio, rojo como la sangre, y en las puntas de las picas, cabezas. Después la canción ha degenerado. No aparecen figuras concretas y notables. Los caricaturistas, como Daumier y Gavarni, se ocupan de ella como una página de miseria al servicio de la filosofía de su lápiz.

Hoy los cantores ambulantes, como he dicho, son siempre camelots que venden canciones con ocasión de un suceso cualquiera, así como venden juguetes, grabados, tarjetas, postales ó abanicos. Y cantan ellos del mismo modo que pronuncian discursos ó *boniments*. La prima-

vera es un pretexto, Víctor Hugo otro, Boulanger otro, el 14 de julio otro, y la venta aumenta con un hecho criminal de resonancia como el asesinato de Corancez:

Écoutez le terrible drame
qu'à tous ici je vais chanter;
vous en s'rez tous épouvantés,
et pleurerez à chaudes larmes.
¡Faudrait qu'vous n'ayez rien dans l'âme
si vous réfusez de me l'acheter!
Un père, un inmonde assasin
dont le cœur n'était pas humain
et qui n'est point digne d'estime,
commit les plus horribles crimes.
La colère, guidant sa main,
il assomma tout's ses victimes.

La canción, editada generalmente en el Faubourg Saint-Denis ó en la calle du Croissant, lleva su ilustración, su grabado espeluznante, ó amoroso, ó patriótico. Así, la canción en la calle va presentada por la pintura, por la música y por la poesía. No podrá quejarse el aficionado. Los temas cambian como la actualidad, y de este modo la profesión no tiene tiempo perdido, y la ganancia es segura. Vale más que asaltar, robar, ó hacer el oficio de los célebres, por ahora, Leca y Manda, dueños que fueron de la innominable *Casque d'or*.

Eugenie Buffet logró gran fama, hace algunos años, saliendo á cantar para los pobres; y en las calles de París recogió muy buenas cantidades, ayudada por su agra-

dable figura, su buena voz y su buen talento. La vi en tiempo de la Exposición, en el París viejo, en el *Cabaret de la Pomme de Pin*. Y la he vuelto á ver en otro *cabaret* que ha hecho ruido al fundarse en Montmartre, pues no se podía conseguir el permiso para su fundación: *La Purée*. En esos *cabarets* montmartreses y en algunos del Barrio Latino se refugia la canción que guarda las tradiciones y las preeminencias de antaño, aunque muy venida á menos. Los poetas cancionistas de esos lugares son casi todos comerciantes al por menor de talentos sin salida ó sin colocación. Esos artistas que tanto han dicho y dicen de la burguesía, son servidores de ella, histriones de ella. El renombrado Fursy tiene como clientela la flor mundana y *demi*-mundana. Los poetas de su *boîte* divierten á las cortesanas y á las gentes de dinero, diciendo sátiras más ó menos graciosas contra personalidades conocidas, y formando, por así decir, una gaceta lírica con todos los sucesos que llaman la atención pública. El *cabaret* de Fursy es caro como un teatro de primer orden, y se va á él después de comer en casa de Paillard... Esa no es la canción en la calle. Es la canción del tiempo en que vivimos.

¡Ah!; las ilusiones de tantos jóvenes americanos cuyas cartas recibo, en que me hablan como de un soñado paraíso intelectual de esos centros en que ellos juzgan triunfantes á la bella Poesía y al Arte adorado.

Hay en esos centros unos cuantos hombres de bastante talento, aquí donde *todo el mundo tiene talento*, que le saben sacar su provecho al oficio de rimar, y unos cuantos pobres diablos que cantan por unos pocos fran-

cos la romanza sentimental ó la canción de *faits divers.* Y entre los concurrentes, gentes de todo pelaje, mujercitas fáciles, *botticellis* que se dicen eterómanas, poetastros, viejos *ratés* ó muchachos con fortuna que van á pasar el rato con su amiga. Por una hermosa poesía, muchas mediocres, escatológicas ó tontamente obscenas. Por una manifestación de arte ó de sentimiento, un sinnúmero de bufonadas sin sal ni gracia. No faltan exóticos y rastacueros que aparentan gozar con todo lo que allí se ve y oye, dando por un hecho que, para ser parisiense, hay que gustar de ello.

La época actual ha bastardeado las cosas del espíritu y del entendimiento y corazón. El utilitarismo y la poca fe han mermado el soñar y el sentir. La vieja lira se ha vuelto un instrumento que hay que poseer á escondidas, *en catimini,* como dicen por acá.

Las rimas en Francia están de baja. Á pesar de ser Hugo divinizado, los libros de versos no tienen salida en las librerías, ni los poetas nuevos logran romper el hielo general. No debe ser esto signo de progreso, porque en Inglaterra y en los Estados Unidos no hay familia que no tenga su poeta favorito junto á la biblioteca del hogar.

Los poetas oficiales son como M. Rostand ó como M. Sully Prudhomme... Ni unos ni otros llenan el vacío ideal. Los otros se van cada cual por su camino, mientras las sombras de Verlaine y Mallarmé desaparecen entre los cipreses obscuros de una hermosa leyenda. La canción se echa á la calle...

Prefiero oir el organillo, el «orgue de Barbarie»...



Andrianamanitra mby an-trano, en correcto malgacho, quiere decir: «El buen Dios está en la casa», lo cual se aplica, allí en Tananarive, cuando la luz del sol invade las habitaciones. Es una manera de expresarse poética, sencilla, religiosa, como conviene á gentes salvajes, negras, desprovistas de toda civilización.

En París, capital de la cultura, cuando llega oficialmente *cornacqueada* la pobre reina Ranavalo, se la llama *la negrita de la rue Pauquet,* se la aloja en un *garni* de segundo orden, se la pinta como una mona en los periódicos; lo cual no obsta para que en la estación, al llegar Su Majestad hova, se haya gritado, á falta de algo mejor: *¡Vive la reine!*

La reinita morena—*nigra sum, sed formosa*—es bastante agradable y simpática; no es, ni mucho menos, una salvaje, puesto que pedalea y lee novelas francesas. Si la pensión que se la pasa no fuese tan limitada, se entregaría quizás al automovilismo. Prisionera, después de ser destronada de un modo completamente progresista, ha vivido en una villa que la sirve de jaula en Argel. Es algo en cambio de su palacio de plata, en la capital de su reino, en donde, soberana, gozaba de su libertad poderosa y de sus caprichos. La tierra de su nacimiento es de singular hermosura, y al llegar á París no ha dejado de recordarla.

Ese país, hoy bajo la fuerza francesa, es descripto así por Pierre Mille: «Allí—dice—las tempestades mismas

no obscurecen la claridad del cielo. Las estrellas no son las mismas que en Europa, y la luna es tan bella y majestuosa que los niños la llaman *abuela,* queriendo significar así su respeto y su afecto por ese astro. La tierra en ese país es roja y casi sin árboles.

»Los ríos, detenidos por diques frecuentes, se extienden en los valles y favorecen así el cultivo del arroz, que rinde ciento por uno. Eñ fin, los habitantes, siendo de origen polinesio, tienen más inocencia que virtud. Aman el amor, los niños, los cantos fáciles y, sobre todo, la luz.»

Como veis, son absolutamente bárbaros; y se ha procurado y se procura infundirles ideas nuevas é importarles diferentes artefactos, así como iniciarles en los refinados adelantos de nuestro ilustre Occidente. Como Ranavalo lee los periódicos, se ha encontrado á su llegada con el asunto de la secuestrada de Poitiers, una señorita encerrada por su distinguida madre y su ex suprefecto hermano durante un período de veinticinco años, y encontrada medio podrida en un infecto cuarto; varios procesos de delitos contra natura; un obispo estafador; un tal príncipe de Vitenval, pontificio, preso por idénticos motivos; descubrimiento de torturas y castigos vergonzosos en el Ejército; la cuestión dudosa del *Figaro,* y los odios antisemitas y nacionalistas. Y al enterarse, habrá exclamado: *Andrianamanitra mby an-trano!,* lo que, como ya sabéis, quiere decir en lengua de Madagascar: *¡El buen Dios está en la casa!*

Á la reina se la dan—hay que ser justos—25.000 francos al año; lo cual representa el *revenu* de cualquiera

buena burguesa retirada de sus negocitos. En cambio, el militarismo nacional impuso á la honesta República la conquista de un país ya unido á Francia por lazos morales y políticos, desde el tiempo de Luis XIV. El dulce Mercier fué el alma de esta campaña heroica que costó á los franceses siete mil soldados muertos de disentería y fiebres tropicales. La toma de Tananarive no costó un solo cañonazo: la reina y los príncipes se entregaron á la generosidad de los invasores. Francia asumió el protectorado directo de la isla. Las cosas andaban muy bien, y ya empezaba á reinar el bienestar en el país, cuando con pretextos más ó menos fútiles, el general Galieni secuestró violentamente á Ranavalo, le despojó de toda autoridad é hizo fusilar en la plaza pública á los parientes y ministros de la pobre soberana esclava.

Por eso cuando ahora la preguntan á ésta si ha tenido noticias de *là-bas* se pone casi á temblar y olvida el francés que ha aprendido. *Des nouvelles? Non, non. Jamais des nouvelles. Rasanjy? Sais pas. Philippe Razafimandimby? Sais pas!* No; no quiere saber nada. Se imaginará que la van á fusilar.

Y la sobrinita María Luisa, que se llama en malgacho Zatú, tiene ya nociones de lo que es la civilización europea. Y cuando la preguntan «¿Qué quieres ser tú cuando seas grande?», contesta: «¡General!»

El año pasado, en la Exposición, tuve oportunidad de conocer á una señora francesa que había habitado por largo tiempo en Madagascar. Llevaba consigo á una morenita hova, como de siete años, vestida con su traje nacional, de lanas y sedas rojas y blancas. El pequeño

bronce vivaz tenía los más lindos ojos negros y una graciosa sonrisa que enseñaba la finura de sus preciosos dientes. Hablaba la malgachita con toda facilidad el francés y el inglés, y sus gestos y movimientos denunciaban selección de raza y origen principal. La señora contaba la historia de su bello hallazgo exótico, y es singular. Era la niña hija de un alto dignatario. Cuando los pacificadores de Galieni quisieron sofocar una pretendida rebelión, cuya causa mayor eran exacciones de colonos aventureros, no encontraron mejor medio que imponer el terror, y así fusilaron á gran parte de personajes influyentes cuyo concurso habría sido justamente indispensable para calmar cualquier movimiento sedicioso ó de protesta. Refugiados los sobrevivientes en lo intrincado de las selvas, vivieron allí meses de hambre y angustia. Los que se atravían á salir sirvían de blanco á los soldados. Por otra parte, no era un *sport* nuevo. Los ingleses lo conocen.

Un día, después de una matanza de indígenas, encontraron abandonada á esa chicuela en un estado de lamentable extenuación. La buena señora la recogió, y después de muchos cuidados, logró salvarla. La niña contaba que por largo tiempo había vivido alimentándose de raíces. La misma señora no cesaba de alabar la inteligencia de su protegida. «La raza hova —decía— es de las más nobles y fáciles de gobernar. Es verdaderamente una inmensa injusticia la que se ha cometido imponiendo el régimen militar con su séquito de excesos y sus crueldades. Actualmente, todavía se impone allá la ley marcial. Fusiles y espadas dominan.»

Y la niña como que quería agregar: *Andrianamanitra mby an-trano!...*

El redactor de un periódico, recién llegada la reina Ranavalo, recibió una carta en estos términos: «Señor, quedaré muy agradecido si me explicáis por qué la reina Ranavalo ha sido recibida de otra manera que el presidente Krüger. El caso es idéntico. Ambos, víctimas de la violencia, han tenido que abandonar su patria, invadida por el extranjero. La única diferencia está en que la reina ha sido despojada por hombres que usan guerreras obscuras y pantalones rojos, y el presidente por soldados que tienen guerreras rojas y pantalones obscuros. Esta diferencia es muy poco importante para que la suerte de la una sea menos interesante que la suerte del otro y despierte menos simpatías. Por lo tanto, me pregunto: ¿Á qué causa atribuir la actitud tan contradictoria de la población parisiense?»

La respuesta es sumamente sencilla, y el periodista ha contestado en consecuencia. El inglés encuentra muy legítima su acción en el Transvaal y condena la del francés en Madagascar; el francés considera que tenía derecho á tomarse Madagascar, pero que el inglés, al conquistar el Transvaal, se ha portado como un salteador. «Resulta—decía una notable carta publicada en *La Nación*, de Buenos Aires—que cuando la mueve su pasión, su interés ó su conveniencia, la civilización europea es más bárbara que los bárbaros.»

Ciertamente, entre Krüger y Ranavalo hay considera-

ble diferencia. El viejo boer está libre, y la reina no; Krüger tiene salva toda su fortuna — quince millones, por lo menos, de pesos oro —, y la reina no dispone sino de lo que el Gobierno de Francia la quiere dar en pupilaje; Krüger lee la Biblia, y á Ranavalo se le ha contaminado de Ohnet, Mary y compañía. Y para colmo de desventuras de la infeliz, cuando ha adoptado las modas europeas, comprado bicicleta, aprendido un poco de piano y venido á París con licencia, se la recibe como á una macaca, se la llama negra y fea á cada paso, y poco falta para que se la proponga una contrata en un circo, para bailar la bámbula al lado de Chocolat.

Entretanto, ella recibe su pensioncita, que la viene á ser como el coronelato de Namuncurá.

Y el mariscal Waldersee vuelve ya de la China, en donde los soldados de la civilización desventraron chinitas tan monas como María Luisa Zatú. En el sur de Marruecos *se pacifica*. En Cuba la enmienda Platt protege á la isla ex española. Tacna y Arica no saben á qué atenerse. En el Transvaal, Cecil Rhodes hospeda á Jameson, el del raid, en su mansión, que tiene un jardín, según nos cuenta Jean Carrère, como no lo tuvieron Césares romanos, lleno de flores raras y de leones enormes prisioneros.

Decididamente: *Andrianamanitra mby an-trano!*

***

Por fin, Enrique Heine tendrá su estatua en París, verdadera patria suya. Sabido es que su patria original,

la tierra de su nacimiento, Alemania, no ha consentido en que se levante el menor monumento.

Razones ha tenido Alemania para no tratar con excesivo cariño al portalira de la sardónica musa, que le dijo y cantó tantas verdades. Amor con amor se paga. Mas lo cierto es que los profetas y las patrias no han hecho nunca buenas migas. Un profeta molesta mucho al vecindario, perturba al cura, inquieta al alcalde; vale más que vaya á otra parte á hacer sus profecías. Si no se va, se le crucifica, se le apalea ó se le desdeña. Pero entonces, sí, inmediatamente que muere, se le dedica una calle ó se le inaugura un simulacro de mármol ó de bronce. Heine amó grandemente á Francia; amó, sobre todo, á París, respiró este ambiente, sufrió aquí la terrible enfermedad que tanto le hizo padecer, y reposa en un rincón del cementerio de Montmartre. Allí están los reposos de aquel que dijo: «Yo soy un ruiseñor alemán que vino á hacer su nido en la peluca de Voltaire.»

Un ruiseñor alemán... Cantó divinamente aquel ruiseñor. Cantó divina y dolorosamente; así Dios, según dicen, saca los ojos á sus pájaros de poesía para que canten mejor.

Muchas gracias. Valdrá más entonces no cantar ni bien ni mal. ¿Por qué la desventura ha de ser condición del genio y, sobre todo, de los maestros de la armonía desde Homero, rey de los ciegos y de los cisnes?

Heine, dulce y áspero, risueño y sollozante á veces, padeció muchísimo, espiritual y corporalmente. Por eso se construyó su fina armadura de ironía, su escudo de desdén, su espada de amargura. Y de esa manera, ale-

jado de los olimpos de un Gœthe ó de la serena meditación de un Novalis, rompe con todos los dioses y desconfía de todos los hombres. Apenas algo antecesor en esto de Nietzsche, dedica una parte de su admiración á los grandes conquistadores, á los acaparadores de la gloria que, como el emperador francés, dominan en los siglos. Francia le atrajo con el irresistible encanto de sus seducciones. Alemania, gran madre, sin embargo, *Germania máter*, no ha llenado los sueños y aspiraciones de más de uno de sus ilustres hijos. Fuera de sus cazadores de absoluto, Fichte, Schelling, Hegel, están los que protestan y se erizan. «Previendo mi muerte—dice Schopenhauer—, declaro: que desprecio la patria alemana, á causa de su estupidez, y que me avergüenzo de pertenecer á ella.» Y Heine: «El pueblo prusiano es siempre el mismo pueblo de muñecos pedantes; siempre el mismo ángulo recto á cada movimiento, y en el rostro la misma suficiencia helada y estereotipada. Se apretaban, siempre tan tiesos, tan estirados, tan estrechos como antes y derechos como una I. Diríase que se han tragado la vara de cabo con que antes les zurraban.» «Es el país chato de Europa»—escribe de su Alemania el flagelante Nietzsche: *Das Flachland Europas*.

Pero la verdad es que aquel judío melodioso ha entrado á la eterna Walhalla de la gloria, si no á la consideración oficial del imperio de Guillermo II. Si en su *Alemania*, si en su *Atta Troll*, si en muchas partes de su obra admirable zahiere la patria que no le fué maternal ni simpática, extrajo de ella misma una inmensa riqueza poética. En la luz de sus claros de luna cristalizó más de

un collar de perlas del más mágico oriente; hay versos suyos eternamente húmedos de rocío de sus florestas y campos; el ensueño alemán flota, con su legendaria bruma, en el canto musical y entristecido del prusiano-rhenano.

De su permanencia en París, Gautier nos ha dejado algunas páginas muy bellas. Cuando sufría el ruiseñor alemán, ya herido por su dolencia, no en la peluca de M. de Voltaire, sino en la silla de enfermo, de la que no podía levantarse, le pinta un escritor, habitando rue de la Chataigneraie, en Montmorency: «Vivía solo, pobre, orgulloso, cuidado por su mujer, que era muy bella, un poco vulgar. La amaba mucho, y le toleraba, sin embargo, un compañero bastante desagradable: un loro hablador. Era una gran condescendencia de su parte, pues el menor ruido le irritaba. No podía ni resistir el tic-tac de un reloj en el bolsillo de un visitante; su sensibilidad exarcerbada transformó la mitad de su existencia en áspera agonía. Pasó sus días como un desollado vivo.»

Suplicio prometeano, suplicio dantesco. Hay en él entonces algo de un Job irónico. No cabe en su delicadeza de imaginativo y de sensitivo la dura blasfemia, el desahogo brutal. Las abejas de su jardín zumban melancólicamente y extraen su miel heráclea de los más amargos ajenjos y gencianas.

Es interesante, vivamente interesante, el culto, el cariño admirativo de la pobre y trágica emperatriz de Austria, Isabel la mártir, por la memoria y la obra del lírico alemán.

La tontería ultrapatriótica rechazó á éste de Berlín; la torpeza antisemita le negó la ciudadanía de Viena. No quisieron en la capital austriaca su estatua porque era israelita. No querían el azor ni los ejemplos buenos por nacer en *vil nío* y *por los decir judío,* como reza el verso de Rabbi Sem Tob. La princesa atrida, entonces, en su villa de Corfú, le levantó su monumento. Muerta la emperatriz y puesto á la venta el Achilleion, un millonario italiano ha querido ser generoso también con el poeta, y ha dado la estatua para que sea colocada en la tumba del cementerio de Montmartre. No ha de faltar el día de la inauguración el cumplido homenaje de París. El primero de los satíricos modernos, según el sentir de Menéndez y Pelayo, pero, sobre todo, el poeta, el melodioso y triste poeta, tendrá flores en su sepulcro y se celebrará su gloria como en lugar propio.[1]

Si Heine el volteriano es ciudadano de París, Heine el admirador de Napoleón tiene ganada su carta de ciudadanía francesa.

¿Recordáis la balada?: «Dos granaderos prisioneros en Rusia volvían á Francia. Y al entrar en país alemán, inclinaron la frente. Allí escucharon ambos esta triste noticia: la Francia perdida, el gran ejército vencido y mutilado, y el emperador, el emperador prisionero. Entonces los dos granaderos se pusieron á llorar juntos al saber tan tristes nuevas. El uno dijo: ¡Cuánto dolor siento! ¡Cómo me arde mi vieja herida! El otro dijo: La canción ha concluído; yo también quisiera morir; tengo, sin embargo, mujer é hijo en la casa, que sin mí perecerían. ¿Qué me importa mi mujer, que me importa el hijo?

Tengo más alto un deseo mejor. Que mendiguen cuando tengan hambre. ¡Mi emperador, mi emperador prisionero!

»Hermano, concédeme lo que te ruego: si muriere ahora, lleva mi cadáver á Francia, entiérrame en la tierra de Francia. La cruz de honor con la cinta roja me la colocarás sobre el pecho, me pondrás el fusil en la mano y me ceñirás mi espada.

»Quedaré acostado así, el oído atento, como un centinela en la tumba, hasta que escuche al fin los aullidos del cañón y el sonar de cascos de los caballos relinchantes.

»Mi emperador, entonces, tal vez pasará sobre mi tumba, mil espadas se chocarán y brillarán. Así, saldré todo armado de la tumba para proteger al emperador, ¡al emperador!...»

Pocas liras francesas han celebrado con más bello sonar la grandeza del Cabito, del *Petit Caporal*.

M. George d'Esparbes debe hacerse presente en la fiesta de Heine, su antecesor en el culto de la leyenda del Águila.

Tanto peor para las patrias que desconocen á sus hijos ilustres; tanto peor para las patrias cuando los hijos gloriosos las dicen con justicia: «No tendrás mis huesos.» Alemania hará construir cien monumentos más á sus mariscales, políticos y Césares.

Heine descansa contento en París.

Tiempo después de escritas las anteriores líneas he asistido á la inauguración del monumento, un modestí-

simo monumento. No hubo, pues, regalo de millonario. Tanto mejor.

*
* *

Tres horas de mar, y heme aquí en Londres. La inmensa ciudad está lluviosa, lodosa, y una tempestad ha hecho chasquear sobre ella rayo tras rayo. De Victoria Station al hotel me lleva el *cab*, y al *cab* lo lleva empujando el viento. Al paso desfilan las casas obscuras rayadas de lluvia. Lluvia que ya arrecia, ya persiste cernida, y que me ha de aguar la visita por varios días. Mas como no tengo tiempo que perder, encontrado un amable amigo que me espera, nos lanzamos á la calle. Enorme, bulle el profuso amontonamiento de hombres, cinco millones casi, en su fabuloso inmóvil océano de sombrías construcciones partido por el glauco Támesis, sobre el que flotan brumas y pesadillas. ¡Capital potente y misteriosa! Cuantas veces la visitéis, siempre os dominará bajo el influjo de su severa fuerza. (¿En dónde estás, dulce sonrisa femenina de París?) Viril orgullo en las cosas mismas, aspecto de humana dignidad en las manifestaciones monumentales, serena majestad en la Naturaleza. Es explicable en estas gentes confiadas en sí mismas el ímpetu á la dominación, la necesidad leonina, porque no es el leopardo, sino el león del escudo el que, sobre la isla, vuelve la mirada á los cuatro puntos del horizonte.

Esta gente va, va. ¿Adónde va? Adelante, más adelante. Lo dicen en sus divisas, en sus proloquios, cortos,

porque no son verbosos como nosotros los latinos, raza de retores. Y lo hacen. País de rapiña, se dice; tanto peor para los que no puedan resistirle y caigan bajo su zarpa... Esta gente va, va.

Gallia causidicos docuit facunda britannos;

pero no son pródigos en sus palabras ni de gestos, como el vecino de enfrente; van á lo que consideran indicado por su deber; su deber les dice ser vigorosos, crecer, engrandecerse más y más; y es el caso que desde ese navío anclado se tiene en jaque al mundo. Sin entrar á las pedagogías de M. Demoulins, no es difícil explicarse que ese vigor colectivo viene del ejercicio de la energía individual. Ser hombres, ese es el oficio de los ingleses. *This was a man:* es elogio shakespeareano. En ninguna parte se amacizan por igual cuerpo y espíritu como en la Gran Bretaña. La conciencia propia y particular ha creado la conciencia nacional y común. El orgullo norteamericano tiene aquí su origen, y las recientes fanfarronadas del millonario Carnegie, metido á periodista, debían haber comenzado por esa profesión. Pero el yanqui, como buen advenedizo — advenedizo colosal, es cierto — es rastacuero y exhibicionista. El inglés es silencioso y guarda su íntimo conocimiento y convencimiento. Su *respectability* forma parte de su coraza. La raíz celta y la raíz anglosajóna nutrieron de savia concentrada el tronco nativo; y desde la heptarquía hasta la dominación danesa y la conquista normanda, se fué desarrollando el árbol de Guillermo, que fué el árbol de Isabel, que fué el árbol de Victoria. No sabemos que

exista aún acero para hacer un hacha que pudiera cortarle.

El inglés, generalmente es fuerte y grande, bien musculado, de movimientos ágiles y seguros; pero no se crea que todo el mundo es en Londres coloso. Fuera de los *policemen* y de magníficos ejemplares de la raza anglosajona que sobresalen, el tipo medio es de un equilibrado desarrollo. Mas una cosa he de advertir: la inglesa fea de las caricaturas y la elegancia que siguen los anglómanos del extranjero, también un poco y hasta un mucho caricatural, son para la exportación. Sí, he visto en mis viajes de Italia, de España, de Francia, las caravanas de la agencia Cook con muestras de la más exquisita fealdad; pero en Londres no he dado un paso sin encontrarme con deliciosas figuras de mujer, de un particular atractivo y dignas de ser *incontinenti* madrigalizadas y amadas. En cuanto á la *fashion*, en lo que he advertido, se sigue á la letra por los verdaderos *gentlemen* el principio aristocrático de Brummel: «La elegancia suprema consiste en no hacerse notar.»

El sentimiento de la dignidad personal y el respeto de sí mismo son innatos en todo inglés. Esto obliga á la reserva. Cada inglés es isla. En su unidad y solidaridad moral nada tiene el país soberbio que envidiar al mundo. Es dueño de Shakespeare y del Océano. Impera el oro en la tierra; los norteamericanos hablan de sus millonarios... Bastará nombrar á este imperial Beit, jefe de la casa Vernher, Beit and Co., propietario de la mitad de las minas del África del Sur y sobre todo las de Kimberley...

Algunos agudos espíritus han creído ver en el coloso los síntomas de una decadencia. Es el efecto de la resistencia tenaz de las Repúblicas africanas. W. H. Darvey, en el *Mercure de France*, y Andrew Carnegie, en la *Nineteenth Century*, han presentado razones y datos que traerían por consecuencia la disminución del antiguo poderío, la constancia de un desmoronamiento en la base del secular edificio. La Marina, que antes se creía invencible, estaría hoy, según datos técnicos y estadísticos, en condiciones que dejan mucho que desear; el comercio, en merma; el poder militar, impotente para decidir de una vez la cuestión boer. Durante las guerras de Napoleón, dice el almirante Selmour, con un gran genio como Nelson á la cabeza de nuestra Marina, sabéis qué dificultades no tuvo para descubrir aun las idas y venidas de su enemigo; sabéis que á despecho de su infatigable vigilancia, Napoleón logró escaparse de Egipto después de la destrucción de su Marina en el combate del Nilo; recordáis las luchas desesperadas de Nelson en el Gobierno, á propósito de la falta de barcos y de hombres; y todo eso con el mayor genio conocido para el mando. ¿Creeréis que nuestra Marina en esa época era igual y aun un poco superior á la del resto de la Europa reunida? ¿Y á qué iguala nuestra Marina actualmente? ¡Apenas á las de Francia y Rusia combinadas! ¿Y dónde está el Nelson, en estas condiciones mucho más difíciles? Es un estado de cosas que debe hacer reflexionar. Y los calculadores, alarmados de la oposición, claman á los imperialistas tenaces el peligro económico. El comienzo de la época victoriana no fué copioso á este

respecto. El tesoro inglés padecía las consecuencias de las guerras que turbaron los albores de la pasada centuria. Mientras en las altas regiones se verificaban los apuros, descendían sobre el pueblo los aumentos de impuestos, que eran recibidos con las protestas consiguientes. Así la situación al advenimiento de la difunta reina. Por muchos esfuerzos logrados no se mejoró ese difícil estado de cosas hasta el año 45 más ó menos. Se realizaron economías, y la Deuda pública fué suavizada en los últimos años.

Mucho tiempo—casi todo el reinado de Victoria—la cordura vigiló la Hacienda, con escasos intervalos, hasta el año 97, en que empezaron nuevos y extraordinarios gastos. Calculad con algunos datos sobre lo que se ha aumentado nada más que en el ramo de Guerra y Marina. El año de la coronación de la reina Victoria, 1837, los gastos de Guerra y Marina eran algo más de 300.000.000 de francos. Cincuenta años después han subido ya á 762.500.000 francos. Hay que advertir, naturalmente, que las fuentes de entradas crecieron en igual relación, ó algo más. Diez años después se ve aumentado el mismo presupuesto á más de mil millones. Después, en este último tiempo, ha llegado á 1.575.000.000.

Así, los impuestos se han multiplicado. Hace menos de diez años eran de 1.875.000.000 de francos, y este año han subido á 3.050.000.000. Sin contar los gastos de guerra, esa suma apenas basta para llenar el presupuesto ordinario del país. Los prudentes se miran con temor, pensando en que las tendencias, tanto en el Parlamento

como fuera de él, van á mayores empresas. El imperialismo pide sangre y oro. ¡Pero son tan fuertes estos hombres!

Entretanto, Chamberlain cuida sus orquídeas. Roberts es colocado en el sentimiento popular entre Marlborough y Wellington, y al nuevo *Iron Duke* se le regala un buen porqué de libras esterlinas, juntando á la gloria el sentido práctico. Declara Kitchener fuera de la ley á los boers aún resistentes. El *hard man* demuestra que es el *steet lord* y que merece serlo. Y el rey Eduardo, que parece decir como su antecesor, Enrique IV, en el drama tan bellamente vertido por Cané:

I have long dream'd of such a kind of man
so surfeit swelld', so old, and so profane;
but being awake, loide despise my dream,

se prepara medioevalmente para su coronación del año entrante, lo que no le impide seguir siendo rey de la moda y partidario del automovilismo.

Encuentro por las calles de Londres soldados vestidos de *kaki,* con la flamante medalla que acaba de colocarles en el pecho el rey Eduardo. Parece que Su Majestad cuida de llevar bien la corona, como el «ocho reflejos». Así sea.

Interesante monarca, el rey Eduardo. Se creía, antes de morir la reina Victoria, que al pueblo británico no sería simpático el reinado del célebre príncipe de Gales. Una vez éste en el trono—*When thou dost appear I am as I have been...*—, se ha visto que todo ha continuado de la misma manera. El rey aclamado y querido

ha enterrado al ruidoso calavera de antaño. Él ha entrado en su papel, y puede decirse que es un digno soberano de su nación. Cada rey tiene el reino que merece. Guillermo II es estudiante y vive casi siempre en ópera wagneriana; Alfonsito XIII acaba de presentarse por primera vez en el coso madrileño, y ha sido aclamado por la tauromaquia nacional; Inglaterra, «país tradicionalista y práctico en que la decoración de la vida social yuxtapone armoniosamente vestigios de arte gótico á construcciones de usina», está muy satisfecha con un rey que viste púrpura, armiño y oro, se coloca en la cabeza la corona de los viejos monarcas ante su Parlamento animado de fórmulas y ceremoniales, y luego, con un habano en la boca, se va en su automóvil, en menos de una hora, de Londres á Windsor; visita el yate que ha de disputar la copa á los yanquis, ó se interesa por sus caballos *Diamond Jubilee, Ambusch* ó *Persimmon.* Ese rey *sportman* es grato á su país de *sportmen,* es amable para los ciudadanos que gustan del tiro al blanco en Bisley, del remo en Henley, de las carreras en Ascot ó en Epsom. El *corpóre sano* de los universitarios es una de las causas de la robustez, de la salud de la nación. Como algunos de nuestros repúblicos americanos, como algunos de nuestros directores de pueblos, el rey se interesa por las razas caballares, gusta de los ejercicios físicos, pero sabe su Shakespeare admirablemente, entiende de arte á maravilla y puede consultar su Homero en griego y su Horacio en latín, como os lo certificarán sus compañeros de Oxford y de Cambridge.

No es Eduardo un príncipe guerrero. Llega ya tarde

al trono, y mal sentarían aires marciales y feroces al *arbiter elegantiarum* de los reyes y al rey de los *gentlemen*. El gran país de presa es odiado en la tierra toda; y ese odio se ha agriado más por los recientes sucesos africanos; mas es casi cierto que si el Rey de la Gran Bretaña se presenta en esa misma Francia recelosa, será, como en Italia, acogido con la misma simpatía que la poderosa anciana imperial que pasaba con sus indús y su burrito. La reina Alejandra, por su parte, es digna del cariño de sus súbditos y del respeto de los extraños. ¿No es acaso la princesita que cosía modestamente en compañía de su hermana, una zarina futura, en días de escasa fortuna, en Copenhague? ¿No es la culta doctora en música de la Universidad de Irlanda? Y, sobre todo, ¿no posee un carácter sencillo y amable desde la altura en que acompaña á su marido y no sabe adornar de suave majestad la gracia encantadora de su belleza? En Sandringhan, como en Marlborough Palace, ha sabido ser una ejemplar señora, y en la corte de su suegra una ejemplar princesa.

***

Un distinguido asesino inglés, ó al menos apellidado Smith, ha intentado con mal éxito degollar á una vieja cortesana retirada, ya sin cotización en plaza, pero que tiene automóvil. Las señoritas de Pougy y otras Oteros se han estremecido ante sus diamantes. En Maxim's la noticia del suceso hizo palidecer muchas caras bonitas. El hecho del día ha sido la preocupación de *esas damas*,

que por mucho tiempo tendrán que pensar en los inconvenientes de su lucrativa carrera. Han parado mientes en que, en Babilonia y en el mundo *où l'on s'amuse,* bajo una buena levita, se oculta un buen estrangulador, y en que Smith es uno más en la lista de los Pranzinis, Prados y compañía.

¡Ah!, estas graciosas desplumadoras de pichones y gallos viejos encuentran de repente la garra de la bestia bruta, que por quitarlas el collar les quiebra el lindo cuello, ó les pega una puñalada, ó les ahoga, ó emplea las armas principio de siglo del héroe de ahora: la pelota de plomo en la cáscara de la mandarina, y el anillo atado á la fina cuerda. Y no será quien las mate el hambriento desesperado de los suburbios ó el *marlou* de gorra y blusa. Será uno de esos deshechos humanos, uno de esos intrusos de todas partes, caballeros de industria, «rastas» empobrecidos y sin oficio, rondadores de mesas de juego, componedores de amor ajeno á tanto la pieza, parásitos de hetairas y candidatos á la momentánea ó larga celebridad que ofrece el aparato de M. Deibler.

En los cafés de mujeres elegantes y venales habéis visto esos extraños tipos, de nacionalidades dudosas, valacos, griegos, levantinos, americanos del Norte y también del Sur, rubios ú obscuros, elegantemente vestidos, con prendedores hirientes, bigotes tziganos, conocidos de muchos, sin que ninguno sepa á punto fijo quiénes son, amigos confianzudos de las más señaladas Emilianas y Margaritas, y que levantan á su paso vagas interrogaciones: «¿De qué vive éste? ¿Cómo gasta, cómo derro-

cha?» Vive casi siempre de los calaveras que le prestan y de las mujeres que le dan. Pero de repente, una noticia circula al son de los valses húngaros, por las mesas envanecidas de champaña: «¡Sabes! Fulano, preso. Una estafa. Ó un robo.» Cuando el aventurero es de hígados negros, la campanada anuncia un asesinato. ¡Cuántos de esos van por el bosque, haciendo el rico, en equipajes ajenos! ¡Cuántos se sientan á jugar en los casinos al lado de títulos y personajes, hasta que un día se les agarra en la engañifa, se les echa á puntapiés ó se les desenmascara!

Mas es cerca de «esas damas» donde ellos aprovechan con más frecuencia, pseudoprotectores, «señores de compañía», como el grotesco tipo que acaba de presentar Coolus, secretarios ó perros de presa. Por ese camino se llega á todo. El dinero á que están acostumbrados les hace falta de pronto, y hay que buscarlo de cualquier manera. Tienen muchas amigas de las carreras, del aperitivo, de la cena, del teatro; conocen sus joyeros, sus habitaciones, sus hábitos. Y así, de cuando en cuando, una pobre pecadora muere de sangrienta y trágica muerte.

Esas damas...

Preciosas estatuas de carne, pulidas y lustradas como dijes, como joyas, flores, ó animales encantadores, estuches de placer, maestras de caricias, dignas de una corona de emperatriz, ducales, angelicales, ¡y tan brutas, tan ignorantes, tan plebeyas en su mayoría!

Cuando más os deleitan, un gesto atávico, un modal hereditario, os revelan la antigua granja, el gallinero, el lavadero ó la cocina maternales. Todas las aguas de Lubín, todas las invenciones de Lenteric, no bastarán á quitar la original mancha nativa; todos los roces con Gales, con Borbón ó con Sagán no las suavizarán la aspereza de generaciones de servidumbre y vulgaridad, y cuando el carácter exalta ó se agria, brotan de los más bellos labios palabras y hacen los más blancos brazos gestos que piden la portería ó el mercado.

Ésta nació en un pueblecito de provincia; vino á París no se sabe cómo; quiso trabajar y no pudo; le cayó del cielo de un lecho casual una liga medianamente favorable. Abandonada, fué *soubrette,* y de criada de señora alegre fué arrebatada por tal viejo vicioso que la lanzó: es el término. Tuvo suerte, y hoy posee una mediana educación, un hotelito, caballos, y su nombre figura en las crónicas del *Gil Blas.*

Esa otra es gallega. Sirvió en Madrid en una casa de huéspedes. Todos los estudiantes supieron en su pensión de á dos pesetas lo que era el amor de la sirvientita, cuya cara primaveral era un plantío de sonrisas, y cuya generosidad no tuvo límites. ¿Quién le enseñó á bailar el vito y el fandango? ¿Quién la levantó de tan bajo como había caído? ¿Qué ángel le mostró el camino de París, y quién la hizo descaderarse ante un concurso de periodistas? Es el hecho que triunfó en un instante, y sus castañuelas hicieron llover luises. Los jóvenes vivos y los viejos bobos la llenaron de diamantes. ¡Qué de diamantes! Sus diamantes fueron tan célebres como sus

conquistas. Torpe como un pato, tiene en su época la celebridad de una Aspasía. Tiene hotel, casas que alquila, todavía más diamantes, y mil trompetas que anuncian al mundo el reinado de su belleza.

Aquélla tuvo por cuna un montón de coles, se corrompió casi en la niñez, circuló por los barrios parisienses, en noches de frío, en busca del paseante trasnochador. La casualidad la hizo hallar su suerte buena en un desconocido. Ascendió. Ganó. Acaparó. Juega á los caballos. Su llegada á Niza y Monte-Carlo causa siempre sensación.

Aquella otra, ¿se acordará del pobre pintor que fué su amor primero en un cuartucho del barrio Latino? ¿Se acordará de las noches danzantes de Bullier? ¿De la escasa cena á la madrugada en los mercados? Quizá, porque se la suele ver en ocasiones pasear sus trajes de Doucet por cafetines del Boul' Mich y saludar á sus antiguos conocimientos.

Las obreritas miran con envidia á estas desdichadas con fortuna, cuyas faldas, cuyos sombreros valen un año de trabajo en un taller matador. El lujo las fascina, ese lujo gritón y exhibicionista; y el ver á las ilustres pelanduscas en compañía del lord, del conde y del millonario. Y no sospechan los lados duros y trágicos de esos aparatos de placeres, á quienes el placer mismo martiriza.

Algunas empiezan ya á guardar dinero, á poner en el Banco economías, y suelen ser menos frecuentes los fines de fiesta á lo Cora Pearl. Pero la riqueza no es segura, y un crecido tanto por ciento va siempre á los hospitales y á la miseria degradada cuando un ímpetu salvador

no lleva la vieja carne inútil al Sena. Las que logran asegurar los años últimos, ya se sabe en lo que paran. Como el diablo viejo, en fraile; la diablesa gastada en devota.

Hay sus raros ejemplos de afición á la literatura, y sobre todo á las tablas. Lo primero no deja de ser una especie de *réclame,* como en el caso de Mlle. de Pougy; y lo otro no es más que el *affiche* viviente, la muestra plástica, el escaparate del «restaurador» que pone á la vista lo que atrae á los amantes de la *bonne chère,* ó si queréis, *bonne chair...*

¿Habéis estado alguna vez, pasada la media noche, en casa de Maxim? Cito este lugar por ser uno de los que más ha estado de moda en este último tiempo. Una muchedumbre de beldades caras se instala en las mesas, que no tardáis en ver coronadas del indispensable *cordon-rouge* ó *extradry*. Caballeros de todos portes invaden el recinto y entablan la partida amorosa de la cena, mientras los tziganos, que casi siempre son españoles, italianos y franceses, martirizan los violines en un suplicio orfeico que no cesa. Jovencitos adinerados y más que maduros *marcheurs* se disputan la primacía del halago á las mujeres, radiantes de joyas, maravillosamente vestidas, irresistibles de vicio. Hay sonrisas, charlas, risas, y no son raros los insultos. Allí están las varias Guerreros, estranguladas de perlas, repartiendo sus tentaciones españolas; allí varias yanquis, soberbias y duras, con las manos pesadas de brillantes, y las innumerables Fulanas de Tal Cosa, Perengana de Tal Otra,

francesas con su falso apelativo nobiliario, graciosas, atrayentes, pálidas de noches blancas, á pesar de los afeites. Y se come y se bebe; y cuando llega la madrugada, ya las mesas se han apartado y el baile se inicia, y dale *Valse bleue* y demás músicas en boga. Por el lado del bar pasan los equívocos *chasseurs* que llevan mensajes; por otro circulan los mozos serviles, renovando la champañada. Y la *quête* de los músicos completa los indispensables desembolsos. (¿Qué diríais al saber que los violineros del *Cafe de París* se han ganado en un año de propinas setenta y tantos mil francos?) Y las mozas se alegran más y más. Cada cual cuenta con su presa. Y el inadvertido mozalbete no consulta su cartera; y el animado *gagá* no halla qué hacer con su emperatriz de á tantos luises. Y hay entre ellas celos y recelos. La ninfa no esconde á veces á la verdulera, y la marquesita Watteau no oculta que sabe el vocabulario de su papá el cochero.

El triunfo está á la salida, cuando cada víctima se lleva á su compañera del brazo. No se cambiaría un caballero de éstos, en ese instante, por el mismo ex príncipe de Gales.

Allí he visto auténticos potentados asiáticos é inconfundibles majestades yanquis, conocidos lores y, ¡qué honor para el continente!, gran variedad de afortunados hispanoamericanos.

Allí he visto—y ya comprenderéis que no he asistido como uno de tantos, pues no tengo inconveniente en manifestaros que no me llamo Vanderbildt y que la buena mensualidad que me paga *La Nación* no me

alcanzaría para dos noches—; allí he visto con cierto pesar á ricos argentinos desparramar los billetes azules, esfumar los oros con prodigalidades que no dejaban mal puesta la bandera... Pero os juro que más de una vez he tenido la tentación de decir á uno de esos notables gozadores de la vida: «Señor, es una bella pasión la pasión de la belleza, y la grata compañía de estas princesas, envidiable desde todo punto de vista, de oído, de olfato, de tacto. Tenéis un capital que no palidece ante el de algunos de estos nababs cosmopolitas. No sería yo quien os aconsejara tomar la vida por su lado obscuro, cuando las estancias producen tanto y no gastáis sino los intereses de vuestro haber total. Pero permitidme que os haga esta pequeña observación. Con lo que gastáis en una semana de superfluos derroches, podría seguir por mucho tiempo sus estudios un joven pintor, músico, escultor, escritor, de los muchos que en vuestro país son pobres, y podrían más tarde dar honra y brillo á la patria. Con lo que gastáis en dos semanas podríais obsequiar al Museo Nacional de Bellas Artes una hermosa obra que acrecentaría el naciente emporio artístico; con lo que gastáis en un año—y hablo de gastos absolutamente sin razón—, ¡calculad lo que podríais hacer!»

Pero, casi siempre, cuando voy á hablar de esto, suenan los violines, se esparce la *Valse bleue,* se interponen los *chasseurs,* hace cuatro reverencias el *sommelier*...

¡Y esas damas!...

TIERRAS SOLARES

— 1904 —

MÁLAGA

I

Escribo á la orilla del mar, sobre una terraza adonde llega el ruido de la espuma. Á pesar de la estación, está alegre y claro el día, y el cielo limpio, de limpidez mineral, y el aire acariciador. Esta es la dulce Málaga, llamada la Bella, de donde son las hermosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración. Es justamente una parte de la «tierra de María Santísima», con dos partes de la tierra de Mahoma. Mas el color local se va perdiendo á medida que avanza la universal civilización destructora de poesía y hacedora de negocios. Hay, en verdad, mucho de lo típico en los barrios singulares, como el Perchel, la Trinidad y la escalonada Alcazaba; mas la ciudad no os ofrecerá mucho que satisfaga á vuestra imaginación, sobre todo si imagináis á la francesa y no buscáis sino pandereta, navaja, mantón y calañés. Hay, sí, la reja cantada en los versos, y los ojos espléndidos de las mujeres, y la molicie, y el am-

biente de amor. Hay las callejuelas estrechas y antiguas, y las ventanas adornadas con los tiestos de albahacas y claveles, como en los cromos; hay bastante morisco y no poco medioeval. Mas del lado del mar surge una Málaga cosmopolita y nueva, y más que cosmopolita, inglesa, durante la *season*, pues demás está decir que desde que un M. Richard Ford escribió en su *Hand-Bock for travellers in Spain* que el clima de Málaga es «superior á todos los de Italia y España para enfermedades del pecho» y que «aquí el invierno es desconocido», la invasión británica estuvo decretada. Los ingleses no han llegado á Andalucía tan solamente por bien de sus pulmones y bronquios. Y así, como lo hace observar José Nogales, que es autoridad y que es andaluz, «en las zonas andaluzas donde se extiende la influencia inglesa—exclusivamente inglesa—la vida interior reacciona de un modo maravilloso. Parece otra gente. Por Málaga, por el campo de Gibraltar y por Huelva van entrando los ingleses en mansa y tranquila invasión de intereses que de día en día ensanchan y afirman. Y el fenómeno por mí observado consiste en lo bien y rápidamente que se entienden y hermanan el andaluz y el inglés. Á los dos días de llegar, el inglés es *don Guillermo*, ó *don Roberto*, ó *don Jorge*. Unos y otros se acomodan bien á sus maneras, y hay, andando el tiempo, deseos del entruque rara vez desperdiciados. De ahí va saliendo el núcleo de una raza nueva y vigorosa». El extranjero ha traído á Andalucía el impulso del trabajo, ha implantado fábricas, ha dado gran aumento á la exportación de frutas y de vinos. ¿Quién se acuerda ya

del inglés «aborrecido»? El nombre de uno está grabado en un monumento público, el inglés Robert Boyd, que fué fusilado por la causa de la libertad junto con Torrijos. Estas villas floridas, estos *chalets* llenos de morenas meridionales y rubias anglo-sajonas al lado de la Caleta y el Polo, hacen recordar que por aquí pasó Byron y afirman que esto es encantador. Sobre todo, no hay ese bullir lujoso de las ciudades balnearias revueltas por la moda y emponzoñadas por el casino. Aquí no hay casino, ni moda, ni viene Liane de Pougy, ni Monsieur de Phocas. Aquí hay luz, montes apacibles, el Mediterráneo, barcas pescadoras. «Larios y boquerones» corrige un andaluz que lee las últimas palabras que he escrito.

¿Larios? En efecto, en la ciudad todo es Larios. La propiedad, la influencia política, están en poder de ese apellido. Vais por un paseo y encontráis una estatua: del marqués de Larios. La calle principal de la ciudad es la calle de Larios; las casas todas que forman esa calle pertenecen á los Larios; de los Larios son también otras cuantas regadas en la población. Hay dos grandes fábricas de hilados, con unos ocho mil trabajadores, y demás está deciros que esa fábrica es de los Larios. Hay diez fábricas y refinerías de azúcar, y pertenecen igualmente á la famosa familia.—¿Y ese gran asilo?—De Larios. Desde Gibraltar hasta Almería—me dicen—todo es de ellos. Málaga es la ciudad de los Larios. — ¿Y la catedral, también será de ellos? — La catedral, no; pero el reloj de la catedral, sí. Estas son andaluzadas en serio.

«Les damos por armas la forma de la misma ciudad y fortaleza de Gibralfaro, con el corral de los cautivos en un campo colorado, y por reverencia y en cada una de sus torres, las imágenes de los patronos de Málaga, San Ciriaco y Santa Paula, y por honra del puerto, las ondas del mar, y por orladura de las dichas armas, el yugo y las flechas.» Así se expresa la real cédula en que los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel concedieron á Málaga el blasón que queda dicho. Gibralfaro es una ruina, como todo lo que queda recordando el poderío árabe. He visto la bella puerta de las Atarazanas sirviendo de entrada á un mercado, en el mismo lugar en que se levantaba una magnífica mezquita en tiempos no de tanta miseria para el pueblo malagueño. Es la obra de los cristianos y civilizados vencedores. La labrada piedra contesta: *Le galib ille Alah:* El vencedor sólo es Dios...

Y la herencia arábiga se encuentra por todas partes, en la faz de las mujeres, en las figuras del pueblo, en las rejas de las casas, en los guturales gritos de los vendedores ambulantes.

Cuando he recorrido la ciudadela de la antigua Alcazaba, he creído ver revivir ante mis ojos la pasada existencia. Habitan gentes en las mismas viejas construcciones, casas estrechas y escalonadas en la altura, desde donde se domina el ancho puerto.

En algún punto veis sobre una columna corintia del tiempo de la dominación romana el arco en herradura que vió pasar los albornoces blancos y los estandartes verdes. He conocido al poeta y novelista Arturo Reyes,

el primero de los portaliras malagueños y bien amado de sus conterráneos; jamás he visto moro de pintura ó de verdad que le supere en aspecto. ¡Qué modelo para Benjamín Constant! He visto, vestida á la moda de París y en un elegante carruaje, á Zulema; y, con una flor en la cabeza, comprando pescado, cerca del seco Guadalmedina, á Zoraida.

Entrando á la realidad de la vida, halláis un pueblo pobre, falto de sangre y de trabajo. El exceso de población apenas halla salida escasa en los inmigrantes que atraviesan el Océano. Y la indolencia nacional... Iba yo recorriendo la ciudad en un tranvía tirado por flojos caballos. Allá, en un lugar llamado Puerta Nueva, se encontró un carro en la vía, en el carro unos cuantos sacos, y el carrero cosiendo uno de ellos. El hombre vió venir el tranvía con una mirada indiferente, y siguió cosiendo su saco. ¿Pasaríamos? ¿No pasaríamos?... El conductor descendió á hablar con el carrero; oí vagas palabras, vi pocos gestos. El hombre seguía cosiendo su saco... Á los cuatro minutos, el tranvía pudo pasar, *et pour cause*... El hombre había acabado de coser su saco...

En un lugar de la larga hondonada que forma el lecho del sediento Guadalmedina he visto una especie de lamentable mercado al aire libre, peces y frutas, cestas de pulpos como en Nápoles, y naranjas doradas. Lo pintoresco no quita la sensación de miseria entre calles y callejuelas llenas de malos olores, de charcos pestilen-

ciales, de focos de enfermedad. Me explico la abundancia de pálidos rostros, de colores marchitos en las más hermosas facciones.

Hoy veo en un diario que el número de reses vacunas sacrificadas es de veinte; y Málaga tiene más de ciento treinta mil habitantes... ¡Y la carne paga una peseta el kilo de derechos de consumo! Un muy discreto y activo periodista, á quien he tenido el placer de tratar, el Sr. Fernández y García, me da los más penosos detalles: «La carestía de los artículos alimenticios—dice—equivale á un grave motivo de alarma. La carne, para los pobres, resulta un artículo de lujo. Muchos enfermos tienen que prescindir de ese alimento necesario para reponer las fuerzas, porque su precio excesivo no lo pone al alcance más que de las personas bien acomodadas. La leche es mala y cara. ¿De qué nos sirve nuestra vecindad con Marruecos, si rara vez disfrutamos la ventaja de recibir, en cantidad suficiente, huevos y aves á precios económicos, importados de los terrenos inmediatos á nuestras posesiones de África? El pescado mismo, con excepción de los días de pesca abundante y extraordinaria, sufre carestía. ¿El bacalao? Si el Gobierno no toma el buen acuerdo de pedir á las Cortes la supresión de los derechos arancelarios, se venderá tan caro que, como sucede con la carne, no estará al alcance de los pobres. Sólo faltaba el aumento en los precios de los alquileres, y ya es tan difícil encontrar albergue higiénico y barato como un avaro con alma. De modo que el malestar se acentúa para todas esas clases de la sociedad á quienes la lucha por la existencia resulta

penosísima, y que van dejándose la piel en las zarzas de estos infortunios. Con decir que el remedio no se vislumbra, se expresa que la desgracia que nos afluye parece mayor porque se vive sin esperanzas.» Hay, pues, necesidad en las clases pobres, hambre en el pueblo.

La antigua religiosidad ha mermado mucho, y, en sus sufrimientos, ya no se vuelven los necesitados á la Divinidad, ya no se ruega á Dios... Se siente una invasión de protestas anárquicas, que va de la ciudad á la campiña, á pesar de las congregaciones religiosas que luchan por conservar su influencia, á pesar de las vírgenes que podéis ver en algunos sitios, á la entrada de algunas casas, adornadas de flores artificiales, y ante las cuales arde una pálida lamparilla de devoción tradicional.

Hoy, 11 de diciembre, aniversario del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, he ido á ver el monumento levantado en memoria del espantoso sacrificio... No vi coronas profusas, flores de recuerdo. Por calles sucias, entre baches y pedregales, llegué, por el barrio del Perchel, á la iglesia del Carmen, donde estaba el antiguo convento. Por el camino, un compañero me recuerda la página sangrienta que inmortalizó artísticamente un célebre pincel. Encontrábanse en Gibraltar unos cincuenta desterrados á causa de sus ideas liberales, y fueron llamados secretamente por el gobernador de Málaga, Moreno, proponiéndoles pronunciarse con ellos en favor de las libertades de la Constitución, como se decía entonces. Salieron de Gibraltar cincuenta y un hombres.

En camino, pasaron la noche en el cortijo de la Alquería, y allí fueron copados por las tropas que mandó con ese objeto el mismo gobernador de Málaga. Lograron escapar dos ingleses de tres que venían en la expedición. Llegaron los presos por la mañana del 10 de diciembre, y al día siguiente, á pesar de ser día domingo, con el permiso episcopal, fueron fusilados. La capilla la pasaron en una iglesia del entonces convento carmelita. La ejecución empezó á las siete de la mañana y duró media hora. El último que mataron fué el inglés Boyd. «Mi abuelo — me dice la persona que me acompaña — oyó los tiros desde el vecino matadero de reses. Calcula que se tirarían mil tiros... De lo que no hay que asombrarse, teniendo en cuenta que entonces se usaban fusiles de chispa, que estaba lloviendo y que se mojaba la pólvora de las cazoletas, por lo que fallaban muchos tiros. Los quejidos de las víctimas y el estado nervioso de los mismos soldados de la ejecución aumentaban el horror de tal manera, que el fraile que confesó y ayudó á bien morir á las víctimas se volvió loco...»

Al llegar á la iglesia, un chicuelo zarrapastroso me sale al paso.

—¿Qué quiere usted?

—Visitar la iglesia.

—Venga.

—Dime: ¿en dónde estuvieron encerrados Torrijos y sus compañeros?

El chico me mira asombrado. No halla qué contestar. Le explicó más. Se trata de unos que mataron hace tiempo... Por fin cae en la cuenta.

—Venga usted. Ya sé. Aquí está el confesonario en donde los confesaron.

En efecto: en una capilla que está al lado derecho del altar mayor, y cuya entrada aun conserva la gruesa reja que sirvió de cárcel de una noche á los sacrificados, logré ver entre la obscuridad, aislado, un confesonario viejo y polvoroso. Luego salgo con mi amigo acompañante á buscar el lugar en que fueron ultimados. Lo encontramos, preguntando, en una callejuela inmunda. Hay una base gastada, de mármol, sobre la que reposa una tosca cruz de hierro. Hay una inscripción borrada, ilegible. Ni una flor. Hay comadres conversando en las puertas de las casuchas vecinas, y muchachos mugrientos jugando á pleno cielo, y un perro soñoliento hacia el lado por donde se va al mar azul...

Esta es Málaga la Bella, de donde son las famosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración.

II

Por la mañana he ido á ver «sacar el copo» á los pescadores, á un lado del esbelto y blanco faro. Las gentes están ya de fiesta como la mar y el sol. Miro animación por la calle, sobre todo cerca de la Plaza de la Constitución, donde un puñado de barracas atrae á los transeuntes y forasteros. La calle de lujo, la calle Larios, ofrece sus vitrinas llenas de dulces, de pintura *criarde* y de artículos de París. Allá, en la playa, hay ropas más

vistosas que de costumbre, mantones blancos y azules, pañuelos y corbatas policromas, entre las gentes que van á presenciar la sacada de la red. Tirada por unos cuantos hombres y muchachos, sostenida en las aguas por odres infladas, va saliendo poco á poco ante la inmensidad del Mediterráneo azul y del cielo azul. Cuando llega á la arena y la recogen rápidamente los pescadores — después de larga fatiga — se ve la carga de boquerones semejantes á vivas rebanaduras de plomo, los opalinos y flácidos calamares, la pescadilla como una lanza, la sardina plateada y profusa. De allí los recoge el vendedor callejero, que va después gritando su calidad y llevando, como la balanza los platillos, dos cestos laterales colgantes del palo que sostiene sobre sus hombros.

Por las calles va la gente atareada en busca de los preparativos de las cenas caseras. Los paveros, «de su banda de pavos en compañía», como canta la sonora guitarra del poeta Rueda, van, en efecto, conduciendo, con una vara larga como de alcalde y un ancho sombrero, á los suculentos animales que son de costumbre y ley en noche de Navidad. Se compran en las dulcerías y confiterías las sabrosas cosas miliunanochescas ó monjiles, hechas de harinas y mieles, y cuya nomenclatura regocijaría á pantagruélicos abates: turrones y mazapanes, pestiños, roscas, tortas de aceite y manteca, y entre cien otros, los polvorones de Estepa y Laujar, los alfajores exquisitos y golosinas de almendras y azúcar que se deshacen inefablemente en el paladar. Apenas me referiré á la *charcuterie* nacional, con sus salchichones de Vich, sus chorizos de Candelario y la Rioja y Extre-

madura, sus incomparables morcillas y salazones, y la egregia butifarra catalana. Las frutas tienen admirable representación en los puestos que se establecen á la entrada de la calle Nueva, con una variedad y lozanía que sorprenden. Junto á la uva deliciosa del país, cuya fama es universal, y junto á las doradas naranjas dulcísimas, se ve la americana chirimoya y la misma caña de azúcar y la banana, que han brotado en este suelo al amor de un clima casi tropical. El mercado de frutas en plena calle es á la manera de un zoco árabe, por su bullicio y movimiento, lo pintoresco de las gentes, los borriquillos cargados, los tipos mismos populares y la invisible y perdurable influencia que los antiguos habitantes africanos dejaron en el ambiente de esta ciudad indolente, poética y llena de cálida gracia.

Y he de celebrar siempre, ante todo y después de todo, el hechizo de la mujer malagueña, indudablemente la primera en hermosura en todo el reino de belleza que es la tierra de España. Hay que ver Málaga en un día como este, con sus calles y paseos, su Caleta y el Palo, su Alameda y su nuevo Parque, animados de maravillosas rosas vivientes, que van y vienen, sin coqueterías de países más parisienizados, pero todas carne floral y colores de vida, de salud y amor. Lo mismo las malagueñas de la aristocracia, que saben bien los usos y modas de París y Londres, que las de la clase media y las del pueblo, llevan en sus rostros un poema de encanto natural y una atávica chispa encendedora de corazones que hacen revivir en las más prosaicas almas de este tiempo práctico un enamorado son de guzla ó una decla-

mación que valga por una kásida. La malagueña es sultana ú odalisca. Ó impera con la mirada, ó halaga con la sonrisa. Hay cuerpos que van rítmicamente andando con manera tal, que el *incessu patuit dea* os sale de los labios. Hay ojos malagueños que son inmensos, y en su inmensidad está todo el cielo y todo el mar y todo el amor, junto con la inmensa voluptuosidad. Este es don particular de la hembra de aquí, como saturada del perfume de la ilusión moruna del mahometano paraíso. Son las anticipadas huríes. Y como á sus abuelas les impuso el catolicismo la devoción, hay en ellas una inquietante mezcla de ángeles católicos y zoraidas sarracenas. Tienen el más provocador de los pudores. Las cabelleras son copiosas y doradas ó renegridas. He visto pasar dos hermanitas de las más opuestas cabelleras: la una, nocturna, de noche tempestuosa; la otra, auroral. Llevaban el pelo caído por la espalda, y no se podía menos de pensar, ya en Margarita, ya en Mignon. ¿Y Esmeralda? Á Esmeralda la veis á cada paso. Y si vais al suburbio. en el medio gitano veis aparecer, aun en horribles tugurios, sus dos ojos negros llenos de pasión y maleficio.

La goletera, la heroína de Arturo Reyes, sale multiplicada de su barrio, seguida del novio y de los varios Pipirigañas que andan alrededor suyo. Como no soy muy ducho en distinguir las de la Goleta entre las del Perchel y de la Trinidad, se me antoja una Trini cada moza de las que llaman barbianas, con bellos ojos y caras y cuerpos de celeste pecado mortal. En el paseo, por la tarde, á orilla del mar quieto y amoroso en su dulce infinito, se juntan todas esas Trinis en grupos familiares,

cerca de pequeñas hogueras en que en sartas se asan las ricas sardinas recién salidas del copo, y que se comen calientes, regadas después con el chispeante Montilla, que pone luz solar en la cabeza y suelta estas ágiles lenguas, estas ágiles manos y estos ágiles pies, pues siempre se toca la guitarra, siempre se jalea, se acompaña al tocador con las palmas, siempre se cantan las gimientes malagueñas ó los rítmicos tangos, y á veces se ve á una brava muchacha iniciar un paso en que luce el garbo heredado de las antiguas danzarinas andaluzas. Las percheleras y las trinitarias son famosas por su gracia y su habilidad para el canto y baile. Así las he admirado al pasar, mientras un sol cariñoso teñía ya de oro de violeta, de púrpura, el inmenso cristal mediterráneo.

Los hombres pasan con sus trajes nuevos, las americanas ceñidas á la torera, los sombreros grises cordobeses, los zapatos de charol con la inevitable caña de color claro. Y con ciertos andares y ademanes que hacen ver que el compadrito bonaerense ha heredado algo de por acá. Y las mujeres andan como que se deslizan, con los mantones de lana, blancos, rojos, azules, como las corbatas de los novios y amigos, y llevan las cabezas hermosísimas, adornadas con flores, profusamente, rosas fresquísimas y rosadas, claveles ultraviolentos y unas especies de crisantemas pajizas que llaman goyetinas, y que completan la decoración floral. Quién va á la casa á preparar la cena de la noche, quién va á las barracas á comprar juguetes con los niños, juguetes que tienen todo el carácter local: guitarritas, castañuelas, panderetas y figuras de nacimiento, que se venden al lado del pin-

pan-pun, divertimiento grotesco en que la brutalidad y el instinto de agresión humanos encuentran contentamiento, lo mismo en la feria de Neuilly que en la diminuta fiesta pascual malacitana. Las borracheras populares comienzan á hacer ruido por la noche. Se oyen pasar las sonoras «parrandas», reuniones de muchachos y muchachas del pueblo, que van cantando coplas por las calles, coplas que recuerdan la celebración del día, la Virgen en el pesebre, José, el niño Jesús, el buey y la mula. Y de paso va entremezclada la copla amorosa ó satírica al son de las zambombas, al grito de los pitos, al chocar de las almireces y de las castañuelas, al rasgueo de la inseparable guitarra. Hay quien se acuerda todavía de por qué se celebra esa noche; hay quien piensa, por la tradición, en la estrella de los reyes magos, en la aldea de Belén, en el Dios de los cristianos que nació pobremente, que murió hace muchos siglos, y por el cual se pasan ratos muy agradables y regocijados.

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

¡Carrasclás, qué gordo está el pavo;
carrasclás, qué gordito está;
carrasclás, qué enjundia que tiene;
carrasclás, carrasclás, carrasclás!

¿Quién se acuerda en París, al engullir el *boudin* blanco, ni de Cristo ni de la muerte?...

Luego se va aquí á la misa del gallo. Las gentes invaden la iglesia, iluminada como para la alegre fiesta. El órgano lanza sus chorros armoniosos. Los villancicos resuenan como las coplas de una celeste juerga. Los registros de la voz humana, del bombardón, de la chirimía, derraman sus sonidos como en un trueno de música. Hay verdadero gozo en el ambiente, aunque la devoción no sea muy grande. Las campanas han anunciado el nacimiento del Buen Pastor, celebrado por los pastores y adorado por los reyes. Todo eso está muy bien; y así ha llegado la hora de ir á los ágapes copiosos en que hay tanta golosina, tanto vino encendedor de sangre y el animal de ritual:

¡Carrasclás, qué gordo está el pavo;
carrasclás, qué gordito está;
carrasclás, qué enjundia que tiene;
carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Luego será la danza, los cantos; airosas sevillanas, donairosos panaderos, saltantes y garbosas jotas. Y el buen pueblo continuará en la zambra; saldrá por la población caminando al compás de sus instrumentos, echando al aire, bajo las estrellas, estrofa y estrofa; la parranda llenará con sus ecos todos los barrios; el vino irá dejando vencidos, y la última canción se escuchará hasta después de que haya salido el sol.

*
* *

Sol andaluz, que vieron los primeros celtas, que sedujo á los antiguos cartagineses, que deslumbró á los navegantes fenicios, que atrajo á los brumosos vándalos, que admiró á los romanos, pero que, sobre todo, fué la delicia de los africanos de ojos y sangre solares; él es más que todo el donador de gracia y amor en esta tierra. Málaga es predilecta del divino Helios. «En otros días — dice D. Juan Valera —, cuando teníamos en España un pronunciamiento cada seis meses, Málaga se jactaba de ser la primera en el peligro de la libertad. Ahora que felizmente la libertad no peligra, Málaga, con su región, bien puede jactarse, si no de ser la primera, de ir muy adelante y de descollar mucho en el cultivo de las letras humanas y de la palabra hablada y escrita. Es singularísimo que los hijos de esa región se distingan hablando y escribiendo, por dos cualidades extremas en las que se cifra todo el poder de la palabra humana. El discurso hablado del malagueño es torrente impetuoso que arrebata y conmueve: acusaciones serias, chistes, burlas, sistemas políticos y económicos, y hasta filosofías de la Historia, inventado todo de repente y convertido en masa de proyectiles para derribar á los contrarios y meterlos debajo de los bancos: tal es la elocuencia torrencial de la región malagueña: algo semejante á una venida del Guadalmedina.» Esas son cualidades solares. El sol da su brillo á la imaginación malagueña, su fuerza á

la fecundidad malagueña, su singular encanto á la hembra malagueña; Castelar no era de Málaga, era de Cádiz, hermana solar también; pero Cánovas era malagueño. La paleta del egregio maestro Moreno Carbonero concentra mucho de esta luz poderosa y dominante. Los poetas malagueños Díaz de Escovar, que hace cantares oyendo el latir del corazón de su pueblo; Reyes, que lleva la primacía, ardoroso moro, y más que andaluz, supermalagueño; Rueda, maestro en gay saber andaluz; Urbano, delicado; Sánchez Rodríguez, triste y melodioso; González Anaya, enamorado melancólico de su tierra; Fernández de los Reyes, que labra el verso sincero y vibrador; todos los portaliras malagueños son dignos de su raza solar. Son almas que sufren lejanos atavismos, de los cuales brota el canto como la rosa del rosal.

Hay una estatua que levantar en Málaga: la de Hamehet-el-Zegrí.

Y así concluyo estas líneas sobre la Nochebuena, en pleno sol.

III

Los extranjeros que llegamos en la hora actual á España sufrimos ciertamente desengaños. Hemos llegado tarde; *les lauriers sont coupés*. El progreso es el enemigo de lo pintoresco, y su nivelación no va dejando carácter local ni originalidad en ninguna parte. Hay andaluces de la hora presente que protestan contra la Andalucía de figuras de pandereta y caja-de-pasas, que tanto ha dado

que escribir, cantar y pintar; la Andalucía byroniana, de Gautier, la de D'Amicis; protestan porque quieren otra Andalucía semejante á los Dorados comerciales en que piensa mi amigo Maeztu. ¡Ah! Desgraciadamente ya no encontramos la poética Andalucía sino muy venida á menos ó muy ida á más. El progreso, aquí, en Málaga, por ejemplo, ha traído los altos hornos y se ha llevado los encantos de antaño. Las particularidades andaluzas que antes daban viva lección de las gracias autóctonas y de las locales bizarrías, la indumentaria misma, todo lo que constituía tema para páginas de colorido y dibujo característicos, queda en los viejos libros. *El Solitario* es tan antiguo como Nepote. En la calle principal de Málaga hay tiendas parisienses, dos clubs. En el paseo principal hay corso como en Palermo ó en el Bois, relativamente, y la ciudad cuenta con un automóvil, ¡oh poeta Ovando Santarén!, que no podría entrar en tus octavas reales.

Los malagueños progresistas que quieren su ciudad igual á no importa qué «ciudad moderna», con las abominaciones rectangulares que odiaba el gran Yanqui, están en su derecho, como los venecianos que quieren rellenar el *Canalazzo* y echar al olvido las góndolas. Están en su derecho; pero también están en lo suyo los artistas del mundo que defienden la belleza del pasado y la razón del Arte. Nada más odioso para mí que un doctor japonés vestido de londinense, que, durante el tiempo que nos tocó estar juntos en un compartimiento de ferrocarril, me hablaba con desprecio de los pintores japoneses y de la poesía de su raza y me elogiaba la invasión del parlamentarismo y la occidentalización de

sus compatriotas de ojos circunflejos. Y nada más simpático que la idea del fuerte y noble pintor Moreno Carbonero, que inició un proyecto, según me dicen, de reconstruir la ruinosa Alcazaba morisca malagueña, para resucitar en la ciudad luminosa un rincón pintoresco y animado de la vida antigua, sin duda alguna más activa y, sobre todo, más bella que la presente. Las altas damas desdeñan ya la mantilla. No se encuentra una maja sino en cromos. Los hombres quieren, por su parte, parecer ingleses, como los elegantes de todos lugares. El pueblo bajo no tiene sino vagos restos de las tradicionales maneras. Los toreros quieren ser personajes sociales. «Don Luis» es el célebre Mazzantini, y se habla de sus modos de gran señor y de su biblioteca y de sus trufas. El otro Mazzantini, el *cadet,* se mete en los asuntos electorales de su pueblo, perora, toma parte activa en las luchas políticas. La coleta queda, por milagro, como un recuerdo y como una costumbre que acabará por caer. Los tipos bizarros de antes quedan para modelos de los pintores y *pour l'exportation.*

El mismo cante flamenco ha degenerado, ha perdido sus bríos antiguos. Vagan aún gloriosas ruinas, como Chacón, famoso por sus «jipíos», tanto como por sus buenas fortunas en aristocráticos caprichos, y Juan Breva, el «cantaor» de D. Alfonso XII, que, viejo corpulento, va hoy por ahí cantando en falsetes lamentables las eternas malagueñas de quejas é hipos ó las amorosas y harmoniosas soleares, último aeda del antes triunfante flamenquismo. Dicen de Chacón que es uno de los que han contribuído á la ruina del cante, porque ha sido el

decadente con talento de los «cantaores», y los que le han seguido y han querido hacer como él, han resultado con el fracaso de todos los serviles acólitos que sin reflexión ni fuerza imitan. Donde algo queda de las pasadas gracias nativas es en el baile, pues las danzarinas andaluzas guardan aún las mismas condiciones que las hacen aparecer en los exámetros de Juvenal. La exportación que ya señala el satírico está hoy en más auge que nunca. El baile español se ha hecho un número preciso en todo programa de *cafe-concert* ó *music-hall* que se respeta, y hay países en donde es singularmente gustado, como en Rusia y en los Estados Unidos. Carolina Otero conoce la admiración de los rublos. Y el ilustre cubano D. José Martí contó en una de sus bellas cartas á los lectores de *La Nación*, de Buenos Aires, cómo los yanquis salían de su frialdad anglosajona al mover sus estupendas piernas aquella ruidosa y preciosa Carmencita, que quedó, para regocijo de los ojos, perpetuada en la tela de Sargent, que guarda el Luxembourg.

Así, toda joven que aprende á bailar, sueña, si es bella, con la felicidad que existe en el extranjero, con las contratas en grandes ciudades en que hay gloria y amor rico, con las victorias de Carmencitas, Oteros, Guerreros y Chavitas, que van conquistando el mundo á son de sevillana, jota, vito, seguidilla ó tango. Entretanto, se van cerrando los cafés típicos de cante, aun en esta misma Andalucía de las guitarras, coplas y claveles. Aquí, en Málaga, había cinco, por ejemplo, entre ellos el famoso de Silverio, y apenas queda uno, muy mediocre y poco

atrayente. En Sevilla se cerró el sonadísimo Burrero, en la calle de las Sierpes, después de haber tenido en su tablado todas las celebridades guitarreras y coreográficas de la tierra, que, como sabéis, es «de María Santísima». Restan apenas las vistosas y decorativas casas de cante y baile que puedan satisfacer la curiosidad del viajero en ciudades de segundo orden, como Ronda, Vélez-Málaga y Antequera, lugar por donde muchos quieren que salga el sol...; ó allá en Algeciras, ó La Línea, en las cercanías de Gibraltar, en donde los ingleses de la guarnición van á dejar sus libras convertidas en castizas pesetas.

Yo he ido á ver aquí, en Málaga, el Café de España. Leí el anuncio en un diario: «Todas las noches, grandes bailes nacionales y cante, por la célebre cantadora por tangos la *Niña de Pomares* y el aplaudido cantador José Beda, *el Jerezano*. Á las siete y media. Entrada, al consumo.» El local es un largo salón, con mesitas, como cualquier café, y en el centro un tablado sin adorno alguno.

Concurrencia heteróclita; humo de cigarros; uno que otro «señorito», uno que otro militar, algunos campesinos, que allí llaman catetos. De pronto, los acordes de un piano se oyen, y aparecen en el tablado seis ú ocho mozas vestidas de semimajas, es decir, de majas que á la conocida indumentaria han agregado adornos y pompones á la francesa.

Llevan colores vistosos en las faldas cortas y acampanadas, en los corpiños; y en las cabezas, rizadas y de peinados bajos, portan moños de cintas y flores de tin-

tes violentos, flores naturales ó artificiales. Bailan primero las boleras, que son las que llevan esas faldas cortas, y se acompañan con las castañuelas; bailan el ole, que tiene el rimo de un vals; los panaderos, más despaciosos, por dos parejas; las sevillanas, el jaleo, el vito, las soleares, las «seguirillas», y hasta jotas. Hay cierta gracia, pero deslucen las arrugadas medias color de carne, los trajes sin esmero, los zapatos usados, las sonrisas forzadas en las caras llenas de pintura, los horribles calzones que se exhiben al dar las ligeras vueltas ó al hacer un quiebro de cintura.

Después de las boleras bailan las flamencas sus polos, medios polos, zapateados, tangos y otros bailes. Las flamencas llevan faldas largas, no llevan castañuelas, pero hacen sonar los dedos imitándolas, y tienen un coro de jaleadores que las anima con gritos, con los tradicionales «oles» y «arzas» y que sigue el ritmo con las palmas. Todas èsas danzas se parecen; el extranjero, el no conocedor, difícilmente puede distinguir la diferencia que hay entre una y otra, la cual diferencia es de pasos y compases, con el ritmo más ó menos precipitado ó contenido.

Después que han bailado, descienden boleras y flamencas á visitar á los consumidores en las mesitas, á hacer gastar lo más que se pueda, según la consigna del dueño del café. Todas las que he visto son muy jóvenes y bonitas, afeadas tan solamente por lo sórdido de los vestidos. Hay una niña de trece á catorce años, portadora de monstruosas piernas postizas. Pregunto á un vecino qué dice la Liga contra la trata de blancas á este res-

pecto, y me contesta que estas jóvenes son, ó por lo menos dicen que son, honestas. De mesa en mesa van trasegando manzanilla y más manzanilla; de mesa en mesa donde hay extranjeros ó forasteros, porque los nativos conocen el juego y no se dejan explotar. Las caras de las muchachas, cubiertas de polvos y de afeites, exageradamente brochadas de rojo, á los resplandores de la luz eléctrica toman reflejos extraños, se ven en una verdad lamentable, con un aspecto cuasi grotesco, penoso y triste, en su fiesta, como en un cuadro de Zuloaga. Las infelices beben, beben, para volver á bailar y volver á beber. Las interpelan conocidos, de chaqueta ó americana corta y sombrero cordobés; les dicen groseras galanterías, les murmuran proposiciones, se burlan de ellas y á veces las insultan... El piano inicia de nuevo el son, y ellas, descaradas, bestiales, ingenuas, suben de nuevo á las tablas.

Toca á los cantadores la tarea. *Cantaor,* en realidad, hay uno solo de los dos hombres bien afeitados y ceñidos que se sientan en sendas sillas. Uno toca la guitarra. El otro, el *cantaor,* clava los ojos en el aire, mirando hacia arriba, y comienza á quejarse, á quejarse largamente; con un bastón pesado golpea las tablas, llevando el compás, y la queja se extiende, ondulante, gemido, grito, ay, lamento; y la boca sigue abierta, como si fuese saliendo de ella una interminable cinta de notas gemebundas, hasta que sale el verso de la copla, que se refiere á una de estas tres cosas, que desde hace mil años forman el tema de los poetas andaluces: su mamá, su novia, la muerte, ó una de tantas vírgenes de su devo

ción. Entre verso y verso hay unos ayes desgarradores, unos ayes feroces, de alguien á quien se está asesinando, y entonces del público conocedor salen unos cuantos *¡olé, ya!* aprobativos, mientras la guitarra sigue en rasgueos, ó canta ó gime también como el afeitado y berreante *cantaor*. Luego se anuncia *el Americanito*. Y sale á cantar un chico de unos diez ó doce años que bien pudieran ser catorce ó quince, y grita, y gime, y berrea también amores desesperados, habla de la Virgen y de una *puñalaíta*. Y *olé, ya*. Cuando llegó el chico á mi mesa me pidió un chocolate.

Á él no le obligan á beber montilla ni manzanilla.

—¿Por qué te llaman *el Americanito*?

—Porque zoy americano.

—¿De dónde?

—De Buenozaire.

—¿Y te acuerdas de Buenozaire?

—No zeñó.

—¿Y cuánto hace que viniste de allá?

—Doce año.

¡Como no haya venido en el vientre de su madre! Y vuelta otra vez á los bailes de las pobres muchachas pintarrajadas, á los clamores desesperados de José Beda, *el Jerezano*, y á los tangos de la *Niña de Pomares*. Sale uno fastidiado, aburrido. Gautier y D'Amicis llegaron á estas tierras en tiempos mejores. Sus almas, ciertamente, no tenían el veneno del Livor que mata á las generaciones de hoy; pero también las cosas de España eran distintas entonces. Imperaba la alegría de Fortuny. Había diligencias, contrabandistas, mendigos pintorescos...

Hoy éstos abundan de todas layas... Y la vulgaridad utilitaria de la universal civilización lleva el desencanto sobre rieles ó en automóvil á todos los ricos del planeta. ¡Si no fuesen las soberbias mujeres, el hechizo de la tierra, la dulzura del sol! Eso ayuda á la imaginación y hace que aun se levanten castillos «en España».

IV

Algunos historiadores malacitanos recuerdan cierta horrorosa tempestad que padeció este puerto el año 1567. «Aunque no ha sido el puerto de Málaga de los más combatidos por las tempestades, no obstante, registra varias tristes efemérides—dice el poeta Díaz de Escovar—que cubrieron de luto á los habitantes de la ciudad.» Uno de los temporales más terribles, que ocasionó muchos daños y no pocas víctimas, fué el acaecido el 8 de febrero de 1567. Pocas noticias detalladas encontramos sobre el mismo, y sólo Martínez de Aguilar en su *Breve descripción cronológica de la fundación de la ciudad de Málaga*, impresa en 1819, nos da algunos datos que hacen comprender la importancia del temporal. Marzo, en el tomo segundo, página 72, de la *Historia de Málaga*, escribe algunas indicaciones sobre este suceso. El puerto estaba lleno de navíos importantes que debían conducir cargamento de artillería, municiones y otros bastimentos para las plazas de África. Á bordo de estos navíos se hallaban seis mil hombres del ejército que tenían necesidad

de desembarcar en Cartagena. El mar, agitado violentamente, arrojó contra las piedras de los muelles muchos de aquellos barcos. Veinticuatro días, según Martínez de Aguilar, duró el temporal, siendo difíciles los socorros y grande el pánico de los que veían perecer tanto y tanto hombre y perdida tanta riqueza. No están conformes los historiadores de quienes estos datos tomamos respecto al número de navíos que se hicieron pedazos. Marzo asegura que fueron veintisiete, cantidad con la cual no está conforme Martínez de Aguilar, que escribe fueron veintitrés, añadiendo que sólo se salvó de aquel horrible desastre un navío vizcaíno. El mar se cubrió de víctimas, pues muchos soldados y marineros perecieron.

Esto me hace recordar otra catástrofe reciente que tanta conmoción produjo; me refiero á la pérdida del buque-escuela de la marina alemana que se despedazó contra los escollos á la vista de la población malagueña. El barco había salido fuera del puerto, á pesar de amenazar mal tiempo, á hacer algunos ejercicios. La tempestad se vino violentamente, y cuando el capitán quiso entrar á ponerse en salvo, no pudo conseguirlo, y el buque chocó contra las rocas. Todos miraban desde los murallones y desde la playa la muerte de tantos hombres, y si se logró salvar á algunos, grande fué el número de los que perecieron. Quiénes se pudieron asir á cables ó boyas, quiénes lograron ganar la costa á nado, á pesar del fragor y fuerza de las olas enormes. Fué aquel un día de luto para la escuadra alemana, para Alemania entera y su emperador. Y he podido ver en este aniversario las coronas que ornaron las tumbas de algunos de

los que perecieron en el cementerio inglés de esta ciudad. La pérdida de ese barco-escuela, como la del *Vienne* francés, es de esos golpes terribles que la ira del mar asesta sobre los países que conquistan su elemento con el poder de las escuadras, y la escuadra y la nación argentinas saben de esos duelos con recordar el solo nombre de la perdida *Rosales*.

Á veces el mar asalta á la tierra, ó temerosamente la amenaza; fuera de los formidables cataclismos cíclicos, como aquel en que se hundió la misteriosa Atlántica. Algunos sabréis del clamor que se oyó en el Callao en tiempos ya lejanos: «¡El mar se sale!» Y si mi memoria no yerra, he leído que hubo, en efecto, una invasión del mar. Pues bien, aquí, en tierra malagueña, se oyó á mediados del antepasado siglo, en el mismo mes y año en que sufrió Lisboa su histórico y terrible terremoto, se oyó el mismo espantoso clamor. «Serían las diez y media de la mañana — dice Díaz de Escovar, que sabe admirablemente los pasados y presentes secretos, leyendas é historias de su ciudad — del 27 de noviembre de 1755, cuando violentas oscilaciones que, según el autor de las *Conversaciones malagueñas*, duraron de cinco á seis minutos, conmovieron los edificios de Málaga. Á la vez se esparció entre los vecinos la pavorosa voz de que el mar se salía.» Díaz de Escovar, que es varón creyente y valiente en su fe católica, confiesa que no ha de entrar «en disertaciones sobre si la voz fué hija de una extraña realidad ó alucinación de exaltadas fantasías». No faltan historiadores cuyas dotes de veracidad son notorias que la presenten como verdadera. Barbán de Castro parece

dar á entender «que la voz no fué sobrenatural, sino que se esparció y propaló de unos en otros casi instantáneamente. Esto es más racional y más verosímil, por más que nada hay imposible si Dios lo quiere». Paréceme que Málaga, país en donde los gitanos dicen la buenaventura, lleno aún de terrores medioevales, como estaba, fué posiblemente presa de una vasta autosugestión colectiva días después de la ruina de la capital lusitana.

Ó había terremoto y maremoto, y alguien gritó: «¡El mar se sale!» Aunque ni esto último parece, pues ese mismo citado Barbán de Castro dice en su *Cronología:* «¿Quién creyera que estando el mar entonces con la mayor quietud y serenidad visible, pues era la hora más proporcionada para ello, se pudiese persuadir á todo un pueblo tan numeroso á que creyese que el mar se le tragaba? Se puede con toda verdad asegurar á nuestros venideros que apenas hubo persona de todos estados y condiciones que no creyese á un tiempo mismo que el mar, como decían, se había salido, y era menester huir aceleradamente á los montes.» Á los montes volaron las gentes, por lo que, según parece, no fué cólera del mar, sino broma neptuniana; de gente se llenaron los cerros de San Cristóbal y Gibralfaro, que están junto á la ciudad. De Escovar escribe que «el magistrado de la ciudad recorrió las alturas, costándole gran trabajo y no pocas palabras convencer á los que allí se refugiaban de que sólo existía una alarma infundada que tenía por base el miedo, pues el mar estaba tan sosegado como intranquilos los espíritus de los habitantes de Málaga. Los menos temerosos volvieron á la ciudad. Se

publicaron bandos referentes á los hechos ocurridos, en los que se anunciaba que si ocurriese novedad alguna se avisaría por medio de la campana que había sobre la Puerta de Mar, en cuyo sitio un regidor perpetuo, con centinelas avanzados, en el caso de notar algún movimiento peligroso ó extraño en el mar, dispararía algunos tiros al aire, que servirían de señales». Y si gustáis de la nota cómica, en medio de las tribulaciones he aquí lo que cuenta, entre otras cosas, un escritor que presenció los sucesos: «El Dignidad de Tesoro de nuestra iglesia, al ver correr á las gentes á buscar el campo, quiso seguirlas, y pareciéndole que en la calle de Beatas se atrasaba á otros porque el manteo y el sombrero le estorbaban, los soltó en la calle para seguir la marcha, alzándose bien la sotana. Advirtiendo después que en ella llevaba, entre el pecho, metidos los guantes, me contó él mismo que los arrojó al suelo, pareciéndole que aun aquello le servía de embarazo.» Y agrega Medina Conde: «Fueron muchas las confesiones generales que se hicieron, y reformó más este susto que muchas misiones.»

He ido á ver en día de mar agitado la playa malagueña. El agua, que tantas veces ha mostrado á mis ojos su espejo de azules profundos y pacíficos, ruge y se arquea y avanza hacia la tierra, de manera tal, que bien se explica hayan padecido el legendario susto los que gritaban: «¡El mar se sale!» Las espumas saltan sobre las macizas obras del puerto que aquel gran malagueño que se

llamó D. Antonio Cánovas del Castillo dejó á su ciudad nunca olvidada. Por el lado del faro la furia marina se manifiesta igual, y á lo largo de la vía que se extiende hacia la parte de la caleta. Hablando en poeta diría que la espuma de los briosos caballos de Neptuno ó la hirviente leche de los rebaños que «carnerean» sobre la revuelta superficie, ó bien el agitado jabón que mil colosales Nausicaas derraman de colosales artesas, llega alzándose, echando al aire saladas pulverizaciones, rompiéndose en las piedras, hasta salpicar los jardines que en floridas mansiones hay para encanto de hidalgos, ricos ó adinerados extranjeros.

He visto, á pesar de la mar brava, que los pescadores estaban sacando sus redes con gran trabajo. Me he acercado á ellos. Unos veinte hombres de cada lado tiraban, aprovechando la llegada de la ola, las cuerdas resistentes; y luego hacían esfuerzos para que la vuelta del agua no les quitara lo ganado.

Poco á poco, bajo el sol y casi desnudos, hacen su tarea. Á veces les bañan los espumarajos; á veces les hace retroceder la potencia del agua, y se entierran hasta más arriba de los tobillos, encorvados con la cuerda del hombro. Y parece que el monstruo está colérico, sin razón, como la fatalidad, contra esos pobres trabajadores del mar. Porque las cóleras del mar son así, como todas las cosas de la Naturaleza, iguales para todos. La hormiga ó el hombre, el acorazado ó la lancha del pescador, son aplastados por la misma invisible mano, sorbidos por el mismo visible elemento, unidos en la destrucción, en la universal muerte. Thalasa no

sabe si el rey loco la manda azotar, ó si están allí los pies de ese otro rey para mojarlos ó no. Ella vive en su misterio. Hace su eterna obra, cumple su destino infinito. Apenas si se comunica con los corazones que se acuerdan con la palpitación del suyo, con las mentes de los soñadores y pensadores que se hunden en lo insondable del tiempo y el espacio, con los buzos de Dios.

La ronca mar sigue en sus vaivenes y en sus clamores furiosos, y los pescadores tiran de su «copo». Un grito señala el momento de unir el empuje. Entre los que trabajan hay ancianos, hombres robustos, adolescentes dorados de sol, niños que están aprendiendo los oficios del agua y del viento. Un capataz vigila. Á lo lejos se recortan en el lejano horizonte las velas latinas que andan aguas adentro. Los colores del agua cambian. Aquí es el blanco lácteo de las espumas, en seguida un gris verdoso, en seguida verdeobscuro, luego verdepálido, luego azul. Y las voces del mar enojado son roncas, hondas, cuando se desploman los arcos de cristal y de ámbar, alborotadas como de muchedumbre al saltar los ramilletes enormes, las cascadas espumosas, y con ruido de sedas, de papeles que se rozan, de condor que se arrastra, del aire entre los ramajes de pinos de un bosque.

Gracias á Dios. Á pesar de la cólera del mar, á pesar del ímpetu de esas poderosas fuerzas, he aquí que los pescadores han sacado por fin el «copo», y más cargado de peces que otras ocasiones en que los he visto trabajar con viento propicio y Mediterráneo en calma. La red ha traído un buen porqué de calamares, sardinas, rojos

salmonetes, pequeños y saltantes boquerones, un crecido, feo y amarillento pulpo. Los pescadores están contentos. Y me alejo — pensando — asociación de ideas — en Wells, en Víctor Hugo y en Nuestro Señor Jesucristo.

LA TRISTEZA ANDALUZA

¿Habéis oído á un *cantaor*? Si lo habéis oído, os recordaré esa voz larga y gimiente, esa cara rapada y seria, esa mano que mueve el bastón para llevar el compás. Parece que el hombre se está muriendo, parece que se va á acabar, parece que se acabó. Á mí me ha conturbado tal gemido de otro mundo, tal hilo de alma, cosa de armonía enferma, copla llena de rota música que no se sabe con qué afanes va á hundirse en los abismos del espacio. El *cantaor*, aeda de estas tierras extrañas, ha recogido el alma triste de la España mora y la echa por la boca en quejidos, en largos ayes, en lamentos desesperados de pasión. Más que una pena personal, es una pena nacional la que estos hombres van gimiendo al son de las histéricas guitarras. Son cosas antiguas, son cosas melodiosas ó furiosas de palacios de árabes... He oído á Juan Breva, el *cantaor* de más renombre, el que acompañó en sus juergas al rey alegre D. Alfonso XII. Juan Breva aúlla ó se queja, lobo ó pájaro de amor, dejando entrever todo el pasado de estas regiones asoleadas, toda la morería, toda la inmensa tristeza que hay en la tierra andaluza; tristeza del suelo fatigado de las llamas solares, tristeza de las melancólicas hembras de grandes

ojos, tristeza especial de los mismos cantos, pues no se puede escuchar uno que no diga muerte, cuchillada, luto, virgen penosa ó nota crepuscular. Á la orilla del mar he oído cantar á un mozo pescador que descansaba junto á una barca; y su canción era tan triste, tan amarga, como las coplas de Juan Breva. Cantan lo mismo las muchachas frescas, rosadas de vida, que ponen claveles en las ventanas y que tienen un novio. Porque así son aquí la vida y el amor; todo lo contrario de lo que piensan los que sólo han visto una Andalucía á la francesa, de Exposición Universal ó de caja-de-pasas. En verdad os digo que este es el reino del desconsuelo y de la muerte. El amor popular es inquieto y fatal. La mujer ama con ardor y con miedo. Sabe que si engaña al novio le partirá éste el pecho y el vientre de un navajazo. «Una puñalaíta.» Hace algún tiempo, en un florido patio malagueño, se celebraba una fiesta, y cierta gallarda moza se puso á cantar. Cantaba maravillosamente. De pronto cantó una copla que dice en dos de sus versos:

¿No hay quién me pegue un tirito
en medio del corazón?

Un loco, ó un enamorado novio, estaba allí, y sacó una pistola y le pegó un tiro en medio del corazón. Estos salvajes amorosos son así. Antaño no habría sido pistola, sino gumía. Todos los poetas de estas regiones son dolorosos y excesivos, fatalistas ó violentos. Todos son amados del sol. Todos no: he aquí uno amado de la luna...

En uno de estos crepúsculos de invierno en que el Mediterráneo ensaya un aspecto gris que borrará la aurora del siguiente día, he comenzado á leer el libro de un poeta nuevo de tierra andaluza, el cual acaba de aparecer y es ya el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles. Al hojear su libro *Arias tristes,* lo juzgaríais de un poeta extranjero. Fijaos más: es un poeta completamente de su tierra, como su nombre. Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jiménez, como el Cardenal. Surge en momentos en que á su país comienzan á llegar ráfagas de afuera, sobre más de una parte derrumbada de la antigua muralla chinesca que construyó la intransigencia y macizó el exagerado y falso orgullo nacional. Quiero decir que llega á tiempo para el triunfo de su esfuerzo. Como todo joven poeta de fines del siglo XIX y comienzos del XX, ha puesto el oído atento á la siringa francesa de Verlaine. Mas, lejos del desdoro de la imitación y ajeno á la indigencia del calco, ha aprendido á ser él mismo—*être soi même*—, y dice su alma en versos sencillos como lirios y musicales como aguas de fuente. Este poeta está enfermo, vive en un sanatorio, allá en Madrid. Así, en su poesía no busquéis salud gozosa ni rosas de risa. Cuando más, á veces, una sonrisa, una sonrisa de convaleciente:

Convalescente di squisitti mali...,

pero en la cual se insinúa uno de los más grandes misterios de la vida. Cuando Camille Mauclair, el crítico meditativo del *Arte en silencio,* se complacía en escribir versos, colocó un volumen de verbales sonatinas de

otoño bajo la invocación de Schumann; Jiménez tiene como patrono de su libro musical y melancólico al melodioso Schubert. Antes de cada división de sus poemas, aparecen, á la manera de introducción, las notas de *El elogio de las lágrimas,* de la *Serenata,* de *Tú eres la paz.* Se penetra así, á la influencia de la música, á uno como parque de dulzura y de pena en donde, al amor de la luna, un alma dice, como el ruiseñor, sus arias crepusculares ó nocturnas. Nunca como ahora se ha cumplido el precepto de Pauvre Lelian: *De la musique avant toute chose...* Ya antes dijo el celeste Shakespeare:

The man that hath no music in himself,
nor is not mov'd with concord of sweet sounds,
is fit for treasons, stratagems and spoils;
the motions of his spirit are dull as night,
and his affections dark as Erebus...

Conozco de esos seres. Y veo, en cambio, á través de esta poesía de sinceridad y de reserva, á un tiempo mismo, la transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo. He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine, y que permanece no solamente español, sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía. Es de los que cantan la verdad de su existencia y claman el secreto de su ilusión, adornando su poesía con flores de su jardín interior, lejos de la especulación «literaria» y del mundo del *arrivismo* intelectual. Su cultura le universaliza, su vocabulario es el de la aristocracia artística de todas partes, pero la

expresión y el fondo son suyos, como el perfume de su tierra y el ritmo de su sangre. Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la Península un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual. Pudiendo ser obscuro y complicado, es cristalino y casi ingenuo. Se diría que tiene timideces de orfandad, como el maestro—*priez pour le pauvre Gaspard!*—, si no se viesen brillar á la luz de la luna las espuelas de oro de sus pies de príncipe, que estimulan los bríos de un Pegaso joven y ardiente cuyas crines están húmedas de rocío matinal. El poeta dice, como la Ifigenia de Moreas: «Es dulce el sol»; pero sus ansias y sus visiones están alumbradas por el *clair de lune.* Y hay allí, en esos versos admirables y exquisitos, las mismas visiones y las mismas ansias que en las coplas populares que cantan las mozas enamoradas y los sonoros, duros y aullantes *cantaores.* Allí está la irremediable obsesión de la muerte, de la podredumbre sepulcral, de los corazones partidos, de la tristeza matadora. Sólo que el artista tiene una cultura europea, y si no fuese su «acento» mental, no se le conocería el origen ni la patria, y sus arias podrían ser *lieder* germánicos ó sonatinas parisienses que acompañaría la música de Debussy. Hay un olor á violetas. Hay paisajes entrevistos como por una ventana, cielos y campos de viñeta. Hay una gran castidad *poeana,* á pesar de los gritos de la vida; hay valles que tienen un ensueño y un corazón:

El valle tiene un ensueño
y un corazón; sueña y sabe

dar con su sueño un son triste
de flautas y de cantares;

hay flautas pánicas, dulces flautas campesinas. ¡Deliciosos romances!:

Río encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos dormidos
besan los claros cristales.
Y el cielo es plácido y dulce,
un cielo bajo y flotante,
que con su bruma de plata
va acariciando los árboles.

Ese romance suena á la música del divino Góngora; y para nosotros, los americanos, á la música de un rimador de encantos y de tristezas, de un adorable orfeo cubano, ha tiempo desaparecido. Esas notas las hemos oído en las cuerdas que acariciaba la mano de Zenea. Escuchad á Jiménez:

Llora el ángelus de otoño
la campana de la iglesia,
un ángelus mustio, muerto
entre la lluvia y la niebla.

Recordad á Zenea:

Baja Arturo al occidente
bañado en púrpura regia,
y al soplar el manso alisio
las eolias arpas suenan.

En todo el libro de Jiménez hay una, diríase, sonrisa psíquica, llena de la suavidad melancólica que da el anhelo de lo imposible, antigua enfermedad de soñador. Los que hablan de un arte enfermo juzgo que se equivocan. No hay arte enfermo: hay artistas enfermos; y en las almas es como en la naturaleza. Hay maneras de expresión que da el obscuro destino. Los antiguos no andaban errados cuando hablaban de la influencia de los astros. Hay maneras de expresión que da el obscuro destino, y no exijáis á una pálida flor de lis que tenga los colores violentos de una rosa roja, ni modestia á la cola del pavo real, ni un solo de ruiseñor al papagayo. El poeta nace, sí; todas las cosas naturales nacen; lo que no nace es lo artificial. Así, no penséis en que Francis Jammes ó Juan R. Jiménez harían mejor en pensar en el porvenir político de sus respectivas naciones que en decir los sentimientos que brotan al calor apacible de sus dulces musas. No seas alegre, poeta, que naciste absolutamente amado de la tristeza, por tu tierra, por la morena y amadora y triste Andalucía, y porque tu sino te ha puesto al nacer un rayo lunático y visionario dentro del cerebro.

Hay en este libro vagas reminiscencias literarias; por ahí pasa, un momento, un enlutado misterioso semejante al de la estrofa mussetiana, el enlutado *qui me ressemble comme un frère;* suena uno que otro acorde de fiesta galante — íntima, sin decoración ni preciosismo — y se alzan, bajo la claridad lunar, los chorros de agua de Lelian, *sveltes parmi les marbres*. Y Hebe, aquí, allá, más allá, siempre:

Las noches de luna tienen
una lumbre de azucena
que inunda de paz el alma
y de ensueño la tristeza.
Yo no sé qué hay en la luna
que tanto calma y consuela,
que da unos besos tan dulces
á las almas que la besan.
Si hubiera siempre una luna,
una luna blanca y buena,
triste lágrima del cielo
temblando sobre la tierra,
los corazones que saben
por qué las flores se secan,
mirando siempre á la luna
se morirían de pena.
Mi jardín tiene una fuente,
y la fuente una quimera,
y la quimera un amante
que se muere de tristeza...

Hay de cuando en cuando, entre los sedosos romances, estrofas que hacen vibrar sus consonantes de armónica, sus acordes de ocarina. Lo preciso se junta á lo indeciso. Y el amor del astro en todos los siglos misterioso lo melancoliza todo. El poeta explicará su atracción: «Libro monótono, lleno de luna y de tristeza. Si no existiera la luna, no sé qué sería de los soñadores, pues de tal modo entra el rayo de luna en el alma triste, que, aunque la apena más, la inunda de consuelo, un consuelo lleno de lágrimas, como la luna. Los que os hayáis estremecido bajo las estrellas, oyendo venir en la

brisa la sonata de un piano, sintiendo qué pobre es la vida entre la noche y ante la muerte, dejad caer la mirada sobre estas rimas iguales, de un mismo color, sin otros matices que los que en la noche surgen confusamente de los macizos del jardín, allá donde están las flores casi ahogadas en la negrura. Y soñad conmigo con las visiones blancas de siempre y con los poetas muertos Enrique Heine, Gustavo Bécquer, Pablo Verlaine, Alfredo de Musset, y lloremos juntos por nosotros y por todos los que nunca lloran.» Mirad con simpatía esa juventud que en estos imprudentes tiempos tiene el franco valor de las lágrimas: *Lacrimabiliter*. Juzgad que ha elegido bien el patronato de Schubert. «Llave de plata de la fuente de las lágrimas», dice Shelley de la música. El poeta nuevo toca esa llave y hace caer el agua de la fuente una vez más. Así, Andalucía, entre todos tus tocadores de guitarra y pandereta, entre todos los que hacen literatura alegre con tu color y tu exuberancia, te ha nacido un sonador de viola, de arpa, que sabe cantar, noble y deliciosamente, á la sordina, la recóndita nostalgia, la melancolía que llevas en el fondo de tu pecho. En tu copioso y fuertemente perfumado jardín, lleno de claveles, ha abierto sus pétalos armoniosos una rosa de plata pálida espolvoreada de azul. Y yo tengo fe en la vida y en el porvenir. Quizá pronto, la nueva aurora pondrá un poco de su color de rosa en esa flor de poesía nostálgica. Y al ruiseñor que canta por la noche al hechizo de la luna, sucederá una alondra matutina que se embriague de sol.

OPINIONES

—1906—

EL POETA LEÓN XIII

Ma gia morte s'appressa: ¡deh! in quell'ora,
Madre, m'aiuta lene, lene allora
quando l'ultimo dì ne disfaville
con la man chiudi le stanche pupille;
e conquisto il demon che in torno rugge,
cupidamente, all'anima che fugge
tu, pietosa, o Maria, l'ala distendi:
ratto la leva al cielo, a Dio la rendi.

Cuando *La Nación*, de Buenos Aires, me envió á Italia y comuniqué la impresión que hiciera en mi ánimo el augusto Papa blanco que hoy descansa en la muerte, citaba esos versos suyos, religiosos y pálidos como cirios. Como cirios son los versos de León XIII, por la palidez y por la llama, y porque, aun cuando en veces iluminasen cosas profanas, se consumen por Dios. Admirad y alabad al teólogo tomístico, al político progresista, al evangélico sociólogo, al sesudo autor de sus encíclicas. Yo celebro al poeta; yo celebro al pastor de pueblos que

se detiene en sus paseos matinales á ver cómo crecen las flores del jardín de Horacio; al tiarado frecuentador del Dante; al viejecito transparente y delicado que se está muriendo, y dice: «Escribid lo que voy á dictar»; y lo que dicta son versos. Versos puros y clásicos, versos que brotan con son castalio de una límpida fuente latina. Celebremos, los que guardamos aún como un raro tesoro el entusiasmo, la pasión de un ideal de Belleza, la memoria del que, bajo el inmenso peso de su triple corona, conservó ligero y alado el pensamiento, y harmoniosa y dulce la palabra, en relación apacible con las inmarcesibles musas. Pues el lírico que acaba de dejar su jaula dorada del Vaticano, sabía amar la vida y celebrar sus dones, y en sus exámetros católicos oiréis un rumor de abejas paganas... Son abejas que se han posado en las rosas de Virgilio y sobre los mirtos de Flacco... ¿Qué importa? Él llevaba á la pradera en que las ninfas de rosadas carnes han sentido el frescor del rocío de la aurora, sus pasos piadosos; junto á Filomela hacía revolar la blanca paloma del Espíritu Santo, y el gran Pan veía pasar entre las verdes hierbas, paciendo, maravilloso de candidez y de luz sublime, un corderito cuyos mansos ojos reflejan el universo, y cuyo contacto purifica la negra tierra: el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

No *otium*, sino *ars cum dignitate*... Se veía que se había refrescado en el agua de Juvencia; la vida lo amaba.

El admirable Pontífice podía decir: «Entendámonos una vez por todas. Hay sentencias que aceptamos porque sí, sin razón alguna, porque han sido dichas por

personajes remotos en una lengua muerta más ó menos... Así, creemos como una verdad, porque está en griego, lo de que los amados de los dioses mueren jóvenes. No hay tal cosa. Los amados de los dioses mueren viejos... Y si, además de eso, son amados de Dios, mueren más viejos aún, como moriré yo, Arcade de Roma y obispo del mundo, León XIII. Los que mueren jóvenes son los amados de los diablos...» Y á fe que hubiera hablado con mucha razón.

Desde sus primeros versos hasta esa serena y sentida *Nocturna ingemiscentis meditatio* que, en los instantes mismos de su Extremaunción, pulía y repulía clásicamente, el favor apolíneo se revela, al propio tiempo que el apego á las formas ilustres y á la lengua sabia, que hacen del sagrado *scholar* uno de los últimos cisnes que habría el de Mantua acogido con placer en su lago sonoro.

No es de gran importancia saber si aquel canto nocturno fué el último, ó si lo fué su composición en honor de San Anselmo:

Puber Beccensi cupide se condere claustro
patricia Anselmus nobilitate parat,
sub duce Lanfranco, studiosus et acer alumnus
sub patre Herluino crescit et usque pius;
florentem ingenio juvenem ad cœlestia natum
quem nom perficiat tale magisterium?
Hinc pastor fidel divinæ, hinc munere doctor
sublimi in superis vertice conspicuus.

Es el caso que supo morir líricamente, y en belleza,

como un cisne. Después lo descuartizó la Ciencia y lo expuso la Tradición...

Se le ha comparado con un águila, con un águila blanca, con una blanca águila vieja. Chartran, que lo pintó orando; Laszio, que revela sus manos; Benjamín Constant, que quiere mostrar su pensamiento; los pintores todos, que han dejado en el lienzo la venerable figura, parece que tuviesen la obsesión del ave jupiterina, que es también pátmica. Cuéntase que en un instante de buen humor se quejó el Papa á uno de esos artistas de que hubiese insistido tanto en su nariz... En la obra de Laszio, las manos semejan garras marfileñas... Ya os he dicho cómo para mí la diestra de León XIII, al tenerla entre mis dedos, al depositar en ella, sobre la gran esmeralda de la esposa, mi beso sincero, me pareció una madeja de seda, una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó, acaso, una pequeña ave de fina pluma... Ha habido diabólicos escritores de calumnias que han dicho que con esas pálidas manos estrangulaba pajaritos que hacía cazar con redes de seda en sus jardines. En cuanto á las grandes narices, ciertamente son ellas las que patentizan la raza aquilina; y por otra parte, el Padre Santo debía haber sabido que, entre los poetas, de Ovidio á Cyrano, las grandes narices han sido acariciadas por la gloria; y entre los filósofos, Aristóteles, en el *Tratado de los Animales,* hace su elogio. No recordaré, por excesivamente profano, el de Lampridio, pero sí la afirmación de un antiguo autor italiano: *Il naso grande da argomento d'uomo da bene.*

La nariz, la faz toda, era de águila, como la de Dante, y como la de Poliziano, era de rinoceronte. Voltaire también la tenía de águila, y cuando he vuelto á ver el busto de Houdon y he renovado en mi memoria la máscara pontificia, he visto, en verdad, que César Zumeta y Hugues Le Roux tienen razón: en los labios de Pecci existía la sonrisa de Arouet... Nada quita esto á su alta potestad, á su fe celeste—*lumen in cœlo*—, á su misión sagrada de representar sobre la faz de la tierra al Divino Doctor de la Dulzura. Quiero fijarme, sobre todo, en su carácter de intelectual, y á propósito de la sonrisa, certificar que el poeta León XIII era cien veces superior, lira en mano, al admirable y detestable autor de *La Pucelle*... Pero ambos no cazaban moscas.

Poeta y rey, se ha visto mucho, desde el santo rey David hasta Oscar de Suecia y Carmen Silva. Eso es fácil y aun decoroso de ser cuando no se caza el jabalí ó el hombre. Poeta y Pontífice se ha visto menos, se ha visto rara vez, y tan solamente vienen á mi recuerdo los nombres de Gregorio el Magno, que inmortalizó el canto católico y que merece el nombre de poeta; Eneas Silvio Picolomini y León XIII, que no temían la compañía de las Piérides y ajustaban sus ideas ortodoxas á la vieja y mágica música que celebró al pío Eneas ó los encendidos labios de Cloe. Los asustadizos tienen el sedativo antecedente de la homilía de San Buenaventura, que no juzga pecaminosa la frecuentación de las liras antiguas desechadas por el severo Jerónimo. Mas ¿qué han sido sino almas artísticas los ministros de Cristo, que en lo antiguo, como en lo moderno, han creído, con justicia,

que honrar á Dios por la Belleza no es más que honrarlo con creces? Como Gregorio, Agustín amó la música; Ambrosio el milanés, la hermosura litúrgica; Gregorio el de Nasianzo, la poesía, con toda la falange de los poetas místicos latinos de la Edad Media, Marbodio el de las gemas, Paulino de Nola, Rústico, Juvenco, Lactancio, Sedulio y todos los demás que tan bellamente ha exhumado en nuestros días la noble erudición de M. de Gourmont. Así, dice el venerable Beda hablando de los viejos poetas cristianos, sus versos inspiraban el desprecio al siglo y avivaban en las almas el ansia de la vida eterna.

Hicieron suyas también las ideas de la Escritura y dieron tanto encanto á su poesía, que los más sabios doctores se complacían en escucharlos. La creación del mundo, la caída del primer hombre, el cautiverio de Israel, su salida de Egipto y su entrada en la tierra prometida, la encarnación del Verbo, todas las peripecias de su redención, su resurrección del sepulcro, su subida al cielo, la venida del Espíritu Santo, la iluminación de los Apóstoles y la maravillosa conquista del mundo por la doctrina de Jesús, eran alternativamente el objeto de sus cantos. Describían también á grandes rasgos el terror del juicio futuro, los horrores de la cárcel eterna y el dulce reposo del reino celestial; pero la pintura de la bondad de Dios y de su justicia les servía mucho más á menudo para hacer volver á los pecadores al amor del bien y á la práctica de la virtud. En parte, pueden aplicarse esas palabras á las poesías de Su Santidad difunta. Mas hay en él relampagueos que turban

de repente la tranquilidad de la poesía ungida en el Seminario. No en vano se roza uno con el enorme Alighieri. Tiene León XIII versos domésticos, consejos á la juventud, plegarias y simples recreos académicos, como su elogio á la fotografía; mas entre sus poemas italianos y latinos hallaréis de pronto la huella de la garra y la señal del aletazo. En verdad se dice: «¡Ha muerto una vieja águila blanca!»

Va, Benvenuto mio, che tu sei un valente uomo... Un Papa es quien dice esas palabras al Cellini, y juzgo que si León XIII hubiese estado en lugar de Clemente, habría dicho lo mismo. Pues era varón de altas vistas, de intelecto fuerte, y que por culpa de la política prosaica y baja de su siglo no pudo hacer brillar en San Pedro la luz de un nuevo Renacimiento. Mas ¿quién mostró un espíritu más liberal que él frente á la ciencia moderna, con todos sus tanteos é ineficacias, junto á relativas victorias, ó haciendo abrir por vez primera á la curiosidad de la historia libre los secretos de los archivos vaticanos, á punto de decir cuando se le observó que cierto célebre francés protestante revolvía y anotaba todos los registros: «¡Qué importa! ¡Decidle que no oculte nada, que lo publique todo!»; ó entrando en la peligrosa cuestión social, de manera que traía á su verdadero origen y justicia el deber del rico y del proletario? Artista de armiño y púrpuras papales, como Gregorio, se complacía en la audición de los cánticos eclesiásticos; como Julio, gustaba de la Arquitectura y de la Pintura; como Clemente,

de la Escultura y de la Orfebrería; como Alejandro, de la suntuosidad y de las magnificencias decorativas, y más artista que todos, en sí mismo, tenía el secreto del ritmo, la gracia de la expresión, el cetro del verso. Bien sentiría el ambiente de paganismo que en la basílica de las basílicas dejaron tantos antecesores suyos que alegraron la tristeza católica con la resurrección de griegos esplendores, y colocaron la concha sobre que se posaron los pies de la Anadiomena como pila de agua bendita.

De todos modos, los dioses ministraban á Jesucristo: Baco, el vino de la consagración; Ceres, la harina de la hostia; Hebe, la copa del misterio y del sacrificio. Y Pan, su siringa, convertida en los tubos del órgano basilical. Y bajo la mirada de Dios han vivido y vivirán los dioses, porque es mentira que ha muerto ninguno de ellos... Los dioses no se han ido, los dioses no se van: cambian de forma y continúan animando el Universo y aplicando su influencia sobre el hombre.

El espíritu de León se despertó á la vida artística desde que en su Carpineto natal contempló el espectáculo de una naturaleza vivaz y palpitante: las viejas casas de piedra, el valle feliz, las parlantes aguas del Fossa, las metálicas hojas de los olivos, los bosques, en donde el pintoresco pino italiano dice como en ninguna parte su poema vegetal, y las alturas rocallosas que se incrustan en el cristal azul de un cielo incomparable, el cielo donde arde el sol del Lacio.

Y luego, cuando pasados los años de fatigas estudiosas y de sucesivos triunfos llega, ya anciano, al más elevado de los tronos, no hay duda que el poeta se sintió

en él más alado y satisfecho que nunca. Tiene en la gloria de su vejez la omnipotencia moral, el esplendor de los césares y de los visires, los flabeles de Salomón, tres coronas superpuestas que irradian como constelaciones: seda, púrpura, oro, mármoles labrados por todos los semidioses del cincel, desde Fidias y Praxisteles hasta Miguel Ángel; tiene eunucos como los príncipes musulmanes, mas eunucos melodiosos que cantan como los ángeles del teológico paraíso; tiene el anillo del Pescador y la portantina que conducen los rojos servidores; es una de las dos mitades de Dios, que dijo Hugo; tiene el grato vino de Velletri y la torre Leonina; palomas, papagayos y pavos reales que decoran su jardín, cuando en sus paseos va á repetir un exámetro al son del chorro de la fuente, ó á ver representar un antiguo misterio, ó á meditar en la suerte del mundo, ó á evocar la llama del Santo Espíritu, ó del *deus*, ó del *daimón* que le inspiraba. Ardiente pompa cardenalicia, uniformes que traen al presente la grandeza y el decoro de edades más estéticas, frescos en que los más maravillosos pintores de la tierra perpetuaron los sueños de los profetas, las visiones de antiguos iluminados ó sus propios sueños ó visiones; he ahí lo que rodea al cantor que bendice. Y viviendo en un tiempo sin armonía, en una época sin fe y sin belleza, él cultiva con mayor empeño su idioma armónico, su poético verbo, y es como el Orfeo de las catacumbas, que se confunde con el divino Pastor de Galilea.

¡Duerme en paz, vieja águila cándida que te has perdido en el desconocido sueño! Asciende, alma rítmica,

que saliste como de un copo de espuma ó de un císnico plumón. El mundo sigue en su lucha incesante; la Humanidad continúa en su inacabable guerra; los sabios de buena voluntad van en la obscuridad en busca de un secreto que no encontrarán nunca; las pasiones siguen ardiendo entre los incensarios del demonio; las naciones se miran con el recelo de los individuos; los reformadores claman sus sueños al viento; tan solamente el Arte sigue en la misma altura solar, todo de luz y de intuición sagrada, mirando las obras humanas con ojos de infinito. Un día os dije: «Sois filósofo, y volando sobre lo moderno, habéis ascendido á la fuente de la *Summa;* sois teólogo, y en vuestras pastorales dais la esencia de vuestro pensamiento, caldeado por las lenguas de fuego del Santo Espíritu; sois justo, y de vuestro altísimo trono dais á cada cual lo que es suyo, aun cuando con el César no andéis en las mejores relaciones; sois poeta, y discurriendo y cantando en exámetros latinos y en endecasílabos italianos, habéis alabado á Dios y su potencia y gracia sobre la tierra.

»Allí, en vuestro palacio, en la Stanza della Segnatura, Rafael, á quien llaman *el Divino,* ha pintado cuatro figuras que encierran los puntos cardinales de vuestro espíritu. La Filosofía, grave sobre las cosas de la tierra, muestra su mirada penetradora y su actitud noble; la Justicia, en la severidad de su significación, es la maestra de la armonía; la Teología, sobre su nube, está vestida de caridad, de fe y de esperanza; mas la Poesía parece como que en sí encerrase lo que une lo visible y lo invisible, la virtud del cielo y la belleza de la tierra;

y así, cuando vayáis á tocar á las puertas de la eternidad, no dejará ella de acompañaros y de conduciros, en la ciudad paradisíaca, al jardín en donde suelen recrearse Cecilia y Beatriz, y en donde, de seguro, no entran los que tan solamente fueron justos.» Tal habrá acontecido, ¡oh Santísimo Padre y querido poeta! Y no debéis de haber encontrado muchas dificultades en la Jerusalén celeste. ¿Qué mejor guía para el Paraíso que aquel que fué guiado por Virgilio y cuya obra estupenda tuvisteis siempre en compañía de vuestro breviario?

ROSTAND, Ó LA FELICIDAD

Monsieur Edmond Rostand, el célebre autor de *Cyrano,* el Benjamín de la Academia Francesa, es, indudablemente, un hombre feliz. Sus muchas docenas de admirables camisas son las camisas del hombre feliz. Tiene millones. Tiene una linda mujer que le comprende dos veces y que se llama Rosamunda. Va á hacerse una casita de soñar y gozar en Cambo, lugar meridional y florido. Cada paso que ha dado ha sido un triunfo. París y las parisienses se han enamorado del rey Rostand. Su entrada al palacio Mazarin ha sido un acontecimiento nacional. Si viene una emperatriz, él es quien la saluda en verso. Los *reporters* publican sus menores gestos y comentan sus menores deseos. En el museo Grevin tiene su estatua de cera. La fotografía le ha popularizado en todas las posturas. En las ilustraciones se le ve kodakeado en el campo, ilustremente, al lado de su esposa, como antes á Daudet con la suya. El día de su recepción de inmortal, Sarah llevaba el compás de las frases y Coquelin le besó. Es un poeta. Y tiene lo que es para un poeta más que para nadie indispensable : tiene millones. Gusta, naturalmente, de la elegancia y del lujo, y en

ellos vive. Era enfermizo; hoy tiene hasta salud. Cada vez que escribe un verso se gana un luis, si no más:

Ce sont les cadets de Gascogne
de Carbon de Castel-Jaloux,
buveurs et menteurs sans vergogne;
ce sont les cadets de Gascogne...

Diez luises por lo menos. *L'Aiglon, La Samaritaine,* la mar de luises. Escribe cuando quiere, como quiere, en donde quiere. Su pegaso tiene una excelente caballeriza, y como cierto caballo de cierta novela de Henry de Regnier, «hace» monedas de oro. Siendo su fama parisiense, es mundial. Ha tenido el honor de que un poeta chicaguense quiera disputarle sus hallazgos. Don Quijote le ha tendido la mano á través de los Pirineos. M. de Vogüe le dice sin ironía: «En pocos días llegáis á ser rey en la escena, emperador, mesías, poeta nacional y luego poeta universal.» Ninguna exageración le sienta mal. Su gloria es gascona. Tiene la suerte de hablar en una lengua que todo el mundo entiende. Sus piezas son representadas y aplaudidas en todos los teatros de la tierra. El poeta Mendés escribe de la Francia: «La patria de Corneille, Hugo y Rostand.» Su mujer, que puede hacer tan bellos versos como él, se dedica á admirarle y á quererle, y á hacerle una musa: una esposa y una amante incomparable. Á los treinta y cuatro años es el Napoleón de la rima, el César de las tablas. La muchedumbre no le discute. La nobleza le sonríe, la sabiduría le aplaude. Él, sencillamente, habla: «He encontrado la felicidad en Cambo. Allí paseo, respiro, sueño. Voy á

hacerme construir una casa en un sitio incomparable. Tengo flores, tengo montañas, tengo el agua del gentil Nive, tengo la compañía de magníficos vascos. He ahí mi vida. ¿Para qué recargarla de cuidados superfluos? ¿Y por qué he de trabajar á la fuerza? ¿Qué es esa obligación de trabajo que se quiere imponer á todo el mundo? Si no tengo ganas de trabajar, ¿por qué he de trabajar?» Hombre feliz, Rostand, el rey Rostand, el que hace nacer á su *Cyrano* en una cuna de oro y á su *Aguilucho* en un nido de marfil. Y luego él mismo se da á entender pescador de luna en Lunel, cazador de sueños en Cambo, acaparador de dicha en todas partes. *¡Veinard!:* Rostand, ó la Felicidad.

Todo no está, en la lógica de la existencia, muy puesto en razón. Es un caso excepcional... Y, en realidad de verdad, ¿para quién debía vaciar su cornucopia la riqueza sino para el artista que tan bello uso sabe hacer de ella? Hay en el inmenso vulgo la creencia de que, al contrario, al artista le es necesaria la penuria, la miseria. Hay absurdos bimanos que saben y repiten que Cervantes no cenó cuando concluyó el *Quijote;* que Homero fué un mendigo; que muchos grandes poetas vivieron y murieron en el sufrimiento y en la escasez. Á título de poeta me decía una vez un amable hotentote: «Dios quiera que nunca le sonría á usted la fortuna», y pensaba hacerme un cumplimiento. Cumplimiento que se haría al pato y al ganso, cuyas patas se clavan para engordarles el hígado que ha de ser *paté-de-foie-*

gras, ó al pájaro armonioso cuyos ojos se sacan para que su canto sea mejor, según se asegura. No. El ruiseñor canta mejor bien mantenido y en jaula de oro. El pensamiento nace mejor sin cuidados, sin los miserables cuidados de la vida cotidiana. Horacio cantaba hermosamente en su quinta, colmado de los oros del César; Lamartine nunca tuvo más melodía que cuando fué príncipe de riqueza; la lírica ancianidad de Hugo fué fecunda y frondosa al calor de los millones. ¿Qué no hubieran hecho Laforgue con fortuna, Verlaine poderoso, Mallarmé con rentas copiosas? La gloria de D'Annunzio es pactolizada. Y el talento innegable de Rostand no se alzaría tanto si, como se sabe muy bien, no hubiese sido sostenido por la omnipotencia de los cheques. Sus dramas han sido lanzados como cocotas. ¿Cuántos talentos como el de Rostand habrán desaparecido ignorados en Francia por no tener la llave que abre todas las puertas en nuestro tiempo de negocios? Claro es que lo que Dios no da, ni Salamanca ni el Banco de Francia lo prestan.

La mediocridad, la ineptitud, no serán nunca más que ineptitud y mediocridad, á pesar de cuantas maneras de brillar ofrezca el dinero. Lo primero es ser pescador de luna; si se pesca desde un puente de plata, la dicha es mayor. Nadie como el artista sabe valorar y amar los bellos espectáculos, los exquisitos interiores, el mármol, la seda, el oro, el lujo, en cuyo medio las almas comunes no saben qué hacer, entre el gozo irrazonado y el fastidio...

¿Es injusta la suerte con M. Rostand? De ninguna manera. El mérito del portalira es evidente. Solamente

que lo que es un grato jardín, como el «Verger de Coquelin», se confunde bajo el imperio de la *réclame* con un monte olímpico. Se ha llegado á pronunciar la palabra genio. ¡No, por Dios! Talento. Se ha dicho: «El verbo de la Francia.» ¡No, por Dios! El verbo de la Francia se llama Rabelais, Pascal, Voltaire, Hugo. Monsieur Rostand, que sucede á M. de Bornier en su sillón de la Academia Francesa, es un poeta superior á M. de Bornier. Es un poeta elegante, delicado, bravo, sonoro, ágil, excelente rimador; y como teatral, como poeta de la escena, de primer orden. Nada más. ¡Y es mucho eso! No se burle de él la imbecilidad. No hay muchos como él. Pero hay otros que son más que él, y que no logran sus victorias porque no los lanzan los arregladores de fama y porque no hablan á la muchedumbre en el idioma de la muchedumbre. Axel no logra lo que Cyrano. Y entre Rostand y Villier de l'Isle Adam hay su distancia...

En todo esto hay algo de consolador. Y es el hecho de que, por más que se diga, un poeta ha sido el ídolo de París en momentos en que tan solamente logran laureles y premios los automovilistas y los reyes de la bicicleta. *Looping-the-loop;* sí, pero también el ideal, la poesía. El clown de Banville hizo también una especie de *looping-the-loop*, y entonces fué cuando dió aquel salto que le hizo romper el plafón azul del cielo y desaparecer en lo infinito. Rostand, ó la Felicidad... Sin embargo, he ahí que el unánime triunfo se ve turbado por agrias pro-

testas. Ya es un crítico que, entrando en comparaciones, encuentra en cualidades diferentes al autor del *Aiglon*, inferior á Banville, á Mendés, á Ponchon. Ya es un fogoso meridional, del puro riñón del Mediodía — no hay peor cuña que la del propio palo — Jean Carrère, que es, con el victorioso, terrible y flagelante. Y señala esa victoria resonante como exteriorización de un mal francés que trae decadencia y mengua nacionales: el histrionismo. Diríase que ha leído á M. Groussac en ciertas páginas de antaño. «¡Ah! ¡Mirad nuestra historia desde hace un cuarto de siglo! ¡Mirad nuestra vida en estos últimos años! ¿Qué amamos? ¿Qué celebramos? ¿Qué contemplamos? El teatro, los actores, los autores dramáticos. ¿Qué acontecimientos nos conmueven en nuestra vida interior? ¡Acontecimientos de teatro! Cuando se quemó la Comedia Francesa, los diarios, al unísono, hablaban de un desastre nacional; parecía que la Francia había concluído su misión. Una pobre actricilla se quemó allí: duelo nacional. Se la enterró con una pompa solemne que no conocerá nunca un libertador de la patria ó un descubridor de nuevas rutas. ¿Cuál ha sido el gran asunto de las polémicas en estos años recientes? ¡La querella de M. Claretie y sus cómicos! ¡Una mediocre *cabotina* no se puede enojar con su director sin que el ministro se mezcle y toda la prensa se revuelva! ¿Y de qué nos orgullecemos en nuestras relaciones con el vasto mundo? De nuestras piezas dramáticas, del éxito de nuestros actores, de las *tournées triomphales*, de nuestras grandes *vedettes*. Mme. Réjane no puede volver de Inglaterra sin que se la vaya á espe-

rar al desembarcadero, como si acabase de conquistar pueblos nuevos. Mme. Sarah Bernhardt nos representa en América, y M. Coquelin es nuestro supremo intérprete con reyes y emperadores.» Y luego señala las palabras de Claretie, que hablaba de la «misión civilizadora de M. Truffier», y la locura de los diarios con cualquier acontecimiento de bambalinas. El teatro es todo, dirige todo, absorbe todo, aumenta todo, aniquila todo y nos oculta nuestra propia situación. Lo más doloroso, en efecto, es que, semejantes á los actores que se embriagan con su papel, nos embriagamos con esa gloria ficticia del teatro, y creemos en una grandeza que no es sino la ilusión de la escena. Creemos que los pueblos aclaman á Francia cuando aplauden á los actores franceses, y no suponemos todo lo que hay para nosotros de desprecio real en esa exaltación ruidosa de nuestra superioridad teatral. ¡Oh, cuánta ironía sangrienta y sarcasmo, hasta hacer llorar á los que saben comprender, había en la actitud de ese emperador feudal y guerrero, soñador de imperio y de expansión mundial, que recibía como representante de la Francia, á su ilustre *valet de comédie!* Monsieur Jean Carrère, que también es poeta, exagera un poco como meridional; pero no deja de tener razón, sin que la teatralidad sea un desdoro para este país brillante y amable. Juvenal alaba ya la elocuencia de los galos, que enseñaron sus gestos y palabras á los britanos. Juana de Arco representó un papel que el buen Dios de los ejércitos escribió expresamente para ella. Y un Papa calificó al gran emperador que fué á las Pirámides y á Santa Elena de tragediante, de comediante...

Rostand defiende las tablas, la teatralidad, la vida de las máscaras. No hay sino leer su discurso de entrada á la Academia. Que aproveche de su vida, bella comedia; mientras, como para todo el mundo, llega la mano invisible que baja el telón.

HENRI DE GROUX

Los diarios de París dieron la noticia: «El pintor de Groux ha desaparecido.» Me llamó la atención que los diarios se ocupasen del pintor de Groux, desaparecido ó no... Á poco se aumentó la noticia: «El pintor de Groux, que había desaparecido, ha estado encerrado en una casa de locos en Italia; de allí se ha fugado, y no se sabe dónde está.» Luego: «El pintor de Groux ha parecido y está en Marsella. Es cierto que se ha fugado de una casa de locos.» ¡Mi pobre amigo de Groux!

Á éste es al único intelectual de por aquí que he podido llamar verdaderamente «amigo» durante un tiempo en este ambiente en donde cada día me siento más extranjero... Me lo presentaron la admiración, el arte, la pobreza. Le he tratado íntimamente en compañía del poeta Amado Nervo. Era allá en la época de la Exposición. Los tres nos juntábamos en casa de un músico iluminado, teósofo y swedemborguiano, que nos quería convertir... No duró mucho su tentativa; si no, sospecho que todos hubiéramos ido á parar á la casa de Italia que ha hospedado á de Groux, á menos que no nos metiesen aquí cerca, en Charenton.

Mas ¿ha habido verdaderamente motivo para aprisio-

nar como orate al desventurado artista? No hay duda de que su aspecto, su indumentaria, sus maneras, acusan cierta excentricidad...; ¡pero entonces habría que encerrar al ochenta por ciento de las gentes!... Además, para los que siguen al pie de la letra las teorías y los decires de los señores Lombroso, Nordau y compañía, el autor de *El Cristo de los ultrajes* no es ni puede ser una persona normal y sana... Si se le trata, el diagnóstico se confirma, y si se le oye juzgar á los hombres y especialmente á los artistas de su tiempo, se le declarará digno de la ducha y de la camisa de fuerza. Su figura es igual, según León Bloy, á la de Ernest Hello. Bloy también ha escrito en alguna parte que de Groux lleva consigo el daño y la desgracia, que es *jetattore*..., y esto, después de ponerlo á la altura del sol y de la luna como artista... «¡Buen servicio le debo», me decía *en ricanant* el pobre pintor. Alguien me ha afirmado que éste tuvo una parte de su vida en auge y ganancia; que entonces ayudó á todo el que lo solicitaba. Mas la perra suerte, la mala sombra, como dicen en España, la *guigne*, como dicen aquí, le ha perseguido toda su vida. Á tal grado, que me explico que aseguren que se halla atacado del delirio de la persecución.

No se pueden recibir tantos palos de lo desconocido; no se puede ser la cabeza de turco de lo invisible sin sentirse una natural inquietud, que acaba por desencuadernar los sesos. Y luego, en la dolorosa esclavitud de un artista selecto que tiene que padecer horribles promiscuidades y la tiranía del industrialismo, las injusticias de la crítica, que no señala al éxito sino al que la

paga; y en las durezas de la vida de necesidad de quien no quiere prostituir su talento, en el aislamiento de su orgullo, con los nervios vibrantes á cada paso, con la sangre revuelta de rabia ante las impudencias de la *réclame,* no encontrando sino sonrisas de desdén en unos, conmiseración ineficaz en otros, dificultades para trabajar, penas íntimas y la rebusca cotidiana de lo preciso..., no sé quién estoicamente pudiera resistir. Pues aquí la lucha es enormemente mayor que en ninguna parte, y las dificultades y los inconvenientes para un artista, para un hombre de pensamiento, se multiplican más que para nadie. Así son de numerosos los naufragios. Así es infinito el número de los desaparecidos en la tormenta de París. De miles no queda ni el nombre ni el recuerdo. El arrivismo ha traído después el más funesto de los males, el *crack* de la gloria y el imperio de la *gloriula.* Es el momento para los prestidigitadores de la fama. Es el momento para los amantes del instante, del éxito, del *succés.* Los espíritus aislados, los que no entran á la corriente, son señalados. Y aun de esos, hay quienes aflojan.

En verdad, si algún pecado atrae el misterioso castigo de la «fuerza enemiga» en Henri de Groux, ó es el de la carne, ó es el del orgullo. Su obra no es, ni con mucho, casta, pues en sus desnudeces más olímpicas y paganas aparece una concepción del encanto femenino completamente católica, es decir, lujuriosa. La antigua Venus, imponente y sencilla, impulsora de las fuerzas naturales,

tiene poco que ver con esas figuras ambiguas nacidas al influjo de preocupaciones teológicas y soplos demoníacos. Hay mucho de dantesco en el conjunto de sus pinturas, y mucha semilla medioeval, que ha hecho brotar á través del tiempo, en medio de las intranquilidades y exarcerbaciones de los fines del siglo pasado, una extraña vegetación de cactus y orquídeas infernales. Á pesar de las conquistas de la eternamente perfeccionable y corregible corporación de los sabios, el diablo, como el dios del famoso director de periódico, será siempre «de actualidad».

En cuanto al orgullo del artista, es enorme, ciertamente, aumentado por los injustos triunfos de la mediocridad y por el inconcebible rebajamiento del gusto general en nuestra época, tan llena de indiferencia por las altas cosas mentales. Él sustenta su categoría, abomina á los predicadores de la igualdad, cara á los pequeños, y mira sus semejantes tan solamente en otros tiempos pasados. Eso no se lo perdonan los acomodaticios fabricantes y los que aceptan la imposición de la chatura común. Él no figura en la cáfila de pagadores de biografías y autorretratos de tal diario de mostrador y pulpería; él no se echa por la calle del medio á hacer retratos mundanos; dice, dondequiera que le pongan atención, lo mal que piensa de los Carolus Durán y otros del Instituto; ríe con risa maligna; tiene la ocurrencia corrosiva, la broma ácida; agregad á esto el no ser propiamente un Adonis, antes bien, un «tipo» singular, el soñar continuamente, el fracasar en cuanta tentativa de mejorar de fortuna ha hecho y el monologar á veces por la calle...;

decidme si no es muy explicable que buenos burgueses florentinos y malintencionados compatriotas, de consuno, le hayan hecho ir á parar al manicomio... De donde, felizmente, logró escaparse, y en donde encontró tema para otro de sus poemas pictóricos extraordinarios... Él también, como el Gibelino á quien admira y ha interpretado, puede decir que vuelve del infierno.

Es de todas maneras una existencia trágica la suya, y su obra es como su existencia. El conflicto estalla por la hostilidad del medio y su ninguna voluntad de adaptación. Es un desarraigado de un lejano siglo, un extranjero en la humanidad que presencia la lucha rusojaponesa... Un día he visto en su taller algunos de los «retratos» que ha hecho: Dante, Wagner, Luis II de Baviera, León Bloy, Baudelaire, entendidos á su modo extraño, misterioso... Un libro había por allí: *Les fleurs du mal*... ¡Eso ha sacado de las malas compañías! Y si al primer llegado se le preguntase qué piensa de la carrera fatigosa y de la vida de de Groux, de seguro que os saldría con el eterno recurso de la Bohemia. De Groux, sin embargo, es cabalmente algo muy distinto del tipo tradicional del bohemio. Desde luego, y á pesar de su faz, á veces rubicunda, y sus frecuentaciones del café, es sobrio. Es casado, tiene familia. Es triste y serio, como no toque en la conversación un asunto que haga estallar su bilis en carcajadas hirientes. Como todo hombre de su intelecto, tiene una leyenda, que se yuxtapone á la realidad de su trabajado pasar. Ha sufrido días muy duros, temporadas harto amargas, que su ex amigo Bloy ha dejado ver de manera bien transparente en su *Mendiant*

Ingrant y en su reciente *Mon Journal.* Ha intentado cien veces el seguir un trabajo ordenado que le diese la realización de tanto cuadro en proyecto como tiene ideado; mas hay algo, sin duda alguna; algo que le acosa y le hace siempre desmayar en medio de la tarea: es un perseguido de la miseria. No le han faltado mecenas temporarios, cuyos apoyos no le han servido sino para reposar un tanto en su carrera de fatigas y penurias. El primero fué el rey Leopoldo, su compatriota; el último fué, según él mismo me lo contara hace como un año, la princesa de Wolkenstein-Trontzburg, esposa del embajador austriaco en París, dama que se distingue por su entusiasmo por Wagner y que ha sabido apreciar el mérito de de Groux.

En cuanto á los vendedores de cuadros y dueños de salas de exposición, han sido para el asendereado artista, según su impresión y experiencia, feroces. Los usos y gestos de ese temible grupo han sido denunciados más de una vez por escritores valientes, desgraciadamente no en la prensa diaria, que por más de una razón no aceptaría tales claridades, sino en revistas de circulación reducida. Allí han hablado los Mauclair y los Peladan. Allí se han expuesto las criminales maniobras de los lanzadores de renombre en provecho propio; de los que preparan sus *stocks* de telas para pregonar el mérito de tal ó cual impresionista vivo ó muerto; de los mantenedores de la crítica simoníaca; de los explotadores del talento; de los martirizadores del desconocido genial; de los usureros de la fama y asesinos de la necesidad.

Se han expresado sus intrigas y sus añagazas, y cómo

desuellan á los pobres artistas que llegan á sus puestos, y cómo se hacen pagar enormemente el derecho de una exposición, y cómo ellos, á su vez, lanzan (es la palabra) y ponen de actualidad tal talento averiado, tal *amateur* con fortuna ó tal olvidada mediocridad, á la que se hace el *boniment* para engañar á las gentes.

Si los turiferarios de la falsa gloria le han evitado, de Groux ha tenido en cambio la aprobación de ciertos excelentes. Remy de Gourmont, Heredia, han sido sus amigos; Mirbeau, Verhaeren, Camile Lemonnier, Ecckoud, Fontainas y el tremendo Bloy, han escrito sobre él páginas brillantes de entusiasmo. El último, en su apocalíptica fuga, ha clamoreado la grandeza del genio de de Groux á los cuatro puntos cardinales. De pocos pintores de estos tiempos y de todos los tiempos, se han dicho palabras semejantes. Hace ya años escribía el fuerte Lemonnier: «Ese joven Henri de Groux, ese espíritu impermeable y virgen sobre el cual se ha deslizado sin penetrarle la corrosiva educación de un tiempo propicio á los malignos y funesto á los instintivos, de repente se denuncia épico, afiebrado de cataclismos, torturado de imágenes sangrientas, sin parentesco con ninguna escuela, sin analogía con sus antecesores, sino es tal vez con Delacroix, hambriento de destrozos y carnicerías, todo empurpurado de sus flujos bermejos». Y Jules Destree: «Al lado de ese temperamento de colorista que le acerca á Delacroix al punto que se le pudieran aplicar muy adecuadamente los versos de Baudelaire:

Delacroix, lac de sang hanté des mauvais anges,
ombragé par un bois de sapins toujours verts,
où, sous un ciel chagrin, des fanfares étranges
passent comme un soupir étouffé de Weber.

»Al lado de esos dones prestigiosos y sutiles, su parentesco con los primitivos es muy cierto. Como ellos, tiende sobre todo á ser sugestivo. Su realismo es cuidadoso de la naturaleza y de la verdad, pero es evocador del ensueño, se lanza más lejos que la realidad, con proyecciones de más allá, en el infinito de pensamiento, de misterio y de sueño por todas partes esparcido y flotante alrededor de nosotros, realismo con brotes de alma, sobrenaturalismo que es la expresión más alta del arte verídico y grande.» «Es únicamente un artista, un filósofo», afirmaba André Fontainas. El diálogo entre el rey Leopoldo y el pintor, contado por Charles Huet, es curioso: «Monsieur de Groux—dijo el rey visitando el salón—, conocía ya la obra de vuestro padre. Es la primera obra vuestra que veo. Habéis hecho una cosa muy *extraña,* pero es una página notable. Quisiera haceros algunas preguntas.» «Tengo la certeza, sire—respondió Henri de Groux—, de haber hecho, en efecto, una cosa muy extraña y seguramente intolerable para el *philistin.* Así me siento feliz de que haya tenido la fortuna de gustaros.» «Sí; pero ¿por qué *los* habéis hecho á todos tan obstinadamente feos?» «Sire, pensé que los sentimientos que *ellos* expresaban no debían embellecerlos.» «Pero el Cristo mismo, ¿por qué es tan feo? ¿Por qué expresa el pavor, el espanto?» «La tradición le representa bello y lleno de esperanza. He pensado que el Cristo, siendo

Dios que se ha hecho hombre para asumir todos los dolores y todas las miserias humanas, no podía ser bello, al menos de la belleza vulgar, y que en esa circunstancia había debido asumir el miedo, el miedo físico, y aun la apariencia, el aspecto de la culpabilidad.» «Lo que decís es interesante, pero muy audaz.» — «Tal vez — agrega Huet—, pues Henri de Groux no es heterodoxo pintando á Jesús feo, que los primitivos han siempre representado así, según un texto de Tertuliano, del tratado *De carne Christi*, y según también la palabra del salmista: *Ego sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis.*» Y sobre ese mismo cuadro de *El Cristo de los ultrajes* declaraba William Ritter: «¡Y bien! *El Cristo de los ultrajes*, que sólo la música había osado por el genio fulgurante de Juan Sebastián Bach, Henri de Groux, en fin, nos lo ha dado tal; y nos lo ha dado tal, que el suplicio de Matho, entregado á la plebe de Cartago en Salambó, no es nada al lado de esta espantable pena.» Y Octave Mirbeau: «Bajo su aparente ingenuidad de primitivo, M. Henri de Groux es un pintor consumado; es maravillosamente hábil en el juego de los colores. Sus telas tienen el aspecto de objetos preciosos, de materia lujosa que deben, ante todo, mostrar las obras de arte. Hay en él una mezcla de tapicero persa y de imaginero gótico, con todo un golpe de acentuaciones á la Rembrandt. Su telas son meticulosamente compuestas; desde el punto de vista del color, es el color el que guía y dirige. En su aparente desorden es minuciosamente lógico, y su imaginación, que es viva, que es desbordante de verbo, no va sino hasta donde el color le indica ir.

Su *Moisés salvado de las aguas*, así como sus *Bohemios*, son puras obras maestras de colorista. La alegría de esas telas estalla en sonoridades soberbias.» Y Charles Morice: «¡La vida, la verdad de la vida! Es ella la que de Groux, en los ojos de los músicos y de los poetas y de otros héroes, y en las obras por su pincel comentadas, ve y nos muestra con el gesto imperioso de una voluntad orgullosa de no ceder bajo el peso del pensamiento.» «Artista violento, tumultuoso, conmovedor, siempre original, que llega á una intensidad de realización y de evocación, que se impone á la imaginación y fuerza á la memoria, tal se afirma», dice Charles Saulnier. «Es, ante todo, un poeta», señala Ivanoe Rambosson. Su nombre es célebre en el arte contemporáneo «de excepción», como diría Vittorio Pica. Este mismo crítico italiano ha estudiado en una de sus más bellas obras el talento y la producción de Henri de Groux. He aquí cómo describe un cuadro terrible: «*Les trainards, rêve après la bataille*» : *Rappresentava un campo dopo la battaglia: in alto della tela scorgevansi le case del vicino villagio; in primo e secondo piano v'ra una confusione raccapricciante di cadaveri e di carrogne sbudellate e sanguinolenti, di feriti in agonia, di sconquassati ordegni guerreschi e, in mezzo à tale cruenta rovina, avanzavansi, a passi cauti, cinquc o sei losche figure di depredatori di cadaveri, seguiti da carretini, tirati da grossi cani di Terranovae sovraccarricho di spoglie. Lo spettaculo era allucinante, macabro, esperttale e, ad acrescere l'orrore, contribuiva tanto la voluta mancanza anche del più piccolo lembo di firmamento quanto le deficienze di prospettiva e l'uniforme*

tinta verdastra, evocante il colore della putrefazione. Come esprimere con parole la terribilità di quei cadaveri aggroviagliati, affastellati l'uno sull'altro, chiarrati disgustosamente di sangre, con le budella serpeggianti fuori dal ventre? Come esprimere il supremo orrore di quegli occhi vitrei e spalancati, che nessuna mano pietosa aveva chiusi?»

Pues, en realidad, Henri de Groux es un artista de horror y de misterio.

Su obra, complicada y ya vasta, abarca varios ciclos: el ciclo dantesco, el wagneriano, el napoleónico, fuera de variados y alucinantes espectáculos de imaginación y enigma que se ha complacido en trasladar á la tela.

Es uno de los pocos artistas gráficos que hayan logrado evocar los extraños ambientes y percepciones de los sueños y esas cosas raras é inexplicables que supiéranse de otras existencias y que se encuentran en tales páginas de extraordinarios escritores, como Poe, Mallarmé, Quincey.

Sus páginas de sombra y espanto llegan á la angustia de ciertas pesadillas. Su visión tenebrosa hace pensar en los bajos fondos de la demonología, en tormentosos terrores milenarios, signos y conjunciones astrales, lluvias de sangre, presagios y apariciones funestas. Es un prodigioso expresador de pavores y un fatal evocador y comentador del fantasma que nos habita. En su *Morituri* surge la Muerte cabalgante sobre la desolación de la campaña llena de cadáveres; en sus *Vendanges* traduce la irrupción de las cóleras siniestras populares en el corazón de la noche; su Napoleón no es el dios, dueño del Águila como Júpiter, sino un Napoleón de desola-

ción, de meditación, de triste humanidad. Es el espectro de los espectros, ya en la vida retirada de Rusia, ya en la caída de Waterloo ó en Santa Elena; Napoleón, ojeroso, meditabundo, miserable, bajo la tempestad de Dios. De su *Cristo de los ultrajes* nadie ha hablado como el tonante Bloy: «Es el sufrimiento del Cristo, tal como lo han contado los santos visionarios en libros de diamante que sobrevivirán al juicio final de las literaturas; tal como lo han certificado los testigos que se hacían «degollar» para obedecer á la orden de ser «configurados de su muerte»; tal, en fin, como la Iglesia lo enseña en su pavorosa liturgia. Es el huracán de las torturas imaginables, sin el contrapeso de ninguna eficaz piedad para el agonizante voluntario, cuyo último suspiro extingue el sol y turba las constelaciones.»

Sus cuadros dantescos, más que ilustraciones de la *Divina Comedia*, son telas poemales que transponen la idea del poeta á la concepción del artista. Lo propio sus encarnaciones wagnerianas. Mas en lo que he de insistir es en su don milagroso de revelador, ó mejor dicho, recordador de otros planos psíquicos, de otras rememoraciones de confusas existencias, misterioso siempre: misterioso en su orientalismo insinuante de detalles y perspectivas; misterioso en sus figuras de mujeres ultraturbadoras y de un más que humano secreto; ni la Eva dormida, ó la Palas sentada, ó la carnal Jezabel, ó la acre y almizclada adolescente del frontispicio diabólico del *Pehor* de Gourmont; misterioso en sus aglomeradas muchedumbres, en la manifestación del alma baja y feroz de los populachos, de la erupción de instintos crueles y

bestiales de las heces humanas; misterioso en las actitudes y miradas de sus héroes y hasta de sus animales y larvas, sus leones, sus águilas, sus caballos, sus buhos, sobre todo sus buhos; ó ya en sus mitologías, ó en las reminiscencias de malos sueños; en su cultura macabra de las facies cadavéricas en las alusiones satánicas y relentes de ultratumba; en la traslación de la atmósfera sensible de «cuento», de leyenda, de delirio ó de locura.

Buen artista, de Groux es compasivo con los humildes de abajo, con el pueblo que sufre la tiranía de la estupidez triunfante. Mas no se mezcla con los brutales elementos. Quiere «sólo un déspota, el Genio», como dice brava y aristocráticamente ese cantor de las rojas esperanzas que tiene por nombre Alberto Ghiraldo. Tiene el horror de la burguesía ostentosa é ignara, de la nobleza decadente y rebajada, del igualitarismo, tan odioso como imposible. Baudelaire ha sido uno de sus peligrosos guías en su senda de tinieblas y de espantos. De tanto frecuentar el reino de lo desconocido, en donde no se camina sino tanteando el reino de los abismos y negros despeñaderos, y en donde no puede prestarle sus ojos nictálopes su amigo el buho, es probable que su cerebro no se encuentre completamente fácil para el diario comercio de los hombres. Es posible también que en el imperio de las tinieblas enemigas cuente con más de una animosidad. Y si, como asegura Bloy, se ha olvidado por completo de Dios, todo él está vulnerable para los puñales invisibles.

Él ha ofrecido seguir en su tarea de creador de cosas

misteriosas, y de su contacto con la locura en el manicomio italiano ha de sacar nuevas apariencias de horrores visionarios. Si de la nocturna confabulación de contrarias fuerzas sale su fatal sentencia, será una pérdida para el alto arte, un duelo para el pensamiento. Será el golpe final para quien desde la cuna fué señalado á la desgracia y al dolor como víctima de un influjo saturnino; «de una influencia maligna», diría el pobre Lelian.

Mas ojalá, robusteciéndose, si es posible, en las ásperas luchas, cobrando aliento después de las sacudidas de la hostil suerte, halle en la labor metódica un consuelo y una salvación.

Aunque ¡la pobreza es tan infame!

MISS ISADORA DUNCAN

Canta, ¡oh musa!, á Isadora, la de los pies desnudos, y sus danzas ultramodernas de puro arcaicas, y sus piernas de Diana, y las músicas antiguas que acompañan las danzas, y los veinticinco francos que hacían pagar en el teatro Sarah Bernhardt por una butaca. Pues es en realidad digna de mucho entusiasmo esa rítmica yanqui que hace poesía y arte con la gracia de su cuerpo, ninfa, sacerdotisa y musa ella misma, en un impudor primitivo y sencillo, digna de las selvas sagradas y de las paganas fiestas. París no ha correspondido á la novedad, porque la prensa estuvo seca por culpa—dicen—del empresario. Mas no faltaron los novedosos de siempre, los *snobs*, tales princesas y tales artistas, amén de la colonia, que siempre está dispuesta á apoyar todo lo que viene del país poderoso en donde, si hay gigantes Morganes y Rockefellers, surgen hadas Loïes é Isadoras.

Antes de aparecer en el teatro, miss Duncan había danzado en la intimidad, para regalo de señalados amigos, como en los salones de la princesa Polignac; y en una fiesta dada en honor de Rodin, en pleno aire, en la amable campaña, hizo la gracia de un espectáculo único,

digno de poetas y de artistas. Faltaba allí tan solamente D'Annunzio, para decir en un *laude* el retorno de los dioses, *vía* Nueva York.

Es nuevo y es bello, de encantadora belleza, ese resucitar de viejas visiones. Y natural es que sea una norteamericana la que realice el prodigio, porque si hay un país en donde el cultivo del cuerpo y de la euritmia humana hace modernos los días pindáricos, ese país es el gran país de los Estados Unidos. Debo advertir que en nuestros centros latinos y católicos las danzas de miss Isadora tienen que parecer perfectamente inmorales. «Jóvenes que estáis bailando, al infierno vais marchando»; y siendo miss Isadora una filósofa danzante que proclama como sus principales maestros—¡de baile!—á Darwin y Haeckel, predica la libertad de la naturaleza, la desnudez, como Pierre Louys, y predica con el ejemplo: su cuerpo está apenas cubierto con una especie de kiton; otras veces usa las túnicas botticellescas, y siempre la fina tela parece como si estuviese húmeda. No hay malla ninguna, y se necesita una despreocupación completamente artística, ó un esfuerzo de intelectualidad de que no son capaces todos los espectadores de un teatro, para no ver en la armoniosa anglosajona otra cosa que la Primavera de Sandro ó Ariadna perseguida por Baco.

Pero, repito, el espectáculo es bello, de un positivo deleite estético, y un estatuario como Rodin es justo que se haya sentido feliz al ver encarnadas y con movi-

miento las figuras de los bajorrelieves de las pinturas de las ánforas. ¿Habrá podido esa mujer joven, vigorosa, robusta, llena de vida, impregnada en literaturas, filosofías y artes libres; habrá podido esa pagana mantener su ideal artístico libre de contaminación en la región de las ideas, en la castidad cerebral de una vestal del ritmo, de una sacerdotisa de Terpsícore? La bailarina de los pies desnudos, que es elegantemente pedante y muy de su tierra, ha escrito páginas curiosas que desenvuelven su teoría de la danza del porvenir, y á propósito de sus brazos blancos, de sus clásicas zapatetas y de sus lindos hallazgos, ya habéis visto cómo se proclama discípula del autor del *Origen de las especies.* Podía agregar al inevitable Nietzsche, catedrático de gozo dionisíaco, que mira en el baile la mayor manifestación de la libertad de la vida, como una acción enérgica y sublime. La danza para miss Isadora no debe tener ningún artificio y debe ser nada más que una transposición ó concentración del ritmo universal en el ritmo más humano. Más que danza, la suya es mímica; es la animación de la escultura femenina, y sus ademanes y pasos son renovados de los kernóforos, ándema, kaladismos, etc., que se pueden hallar en Laborde. Ella ha pasado largas horas en los museos, y ha visto animarse los mármoles; y á la actitud fija de las figuras escultóricas ha agregado el gesto anterior y el gesto posterior, completando así el poema de la forma, por el movimiento armonioso que cambia bellamente las líneas.

La iniciadora de esta danza, que ella dice del porvenir, es, pues, una descubridora del pasado. En todo caso,

es una creadora de belleza que amaría Fidias y que halagaría Barnum... Miss Isadora no es hermosa, pero quizá de tanto contemplar las figuras de los museos se parece á ciertas estatuas y á ciertas mujeres de los pintores primitivos. El cuerpo es soberbio, y cuando se presenta triunfa de algo verdaderamente delicado: la dificultad, la rareza de encontrar un pie perfecto. La impresión helénica se siente. Para apreciar en su valer las danzas de esta mujer original hay que tener indispensables nociones de cultura clásica.

Imaginaos en un sencillo decorado una figura casi alada, en una turbadora semidesnudez femenina, pero que os evoca en seguida las creaciones de la clara y encantadora mitología de Grecia. Ya es Eurídice, ya Eco, ya Ariadna. Con el gesto, con el rostro, con el movimiento cambiante, dulcemente lento ó ágilmente vivo, se explica el dolor de Orfeo ó la expectativa al son de la flauta pánica que produce luego el gozo de la ninfa ó la fuga ante la persecución de Baco enamorado, el temor y el temblor, todo lírico, espléndido y sensual. Hay saltitos y cambios de lugar que parecerían por un instante ridículos en ese rico y frondoso cuerpo sonrosado; pero la magia de la evocación vence del momento peligroso y el *deus* que posee á la danzarina-mima se manifiesta de manera incontrastable y estupenda. Ahora, un buen señor de negocios, que va al teatro á hacer su digestión, quizá encontrará todo eso absurdo ó se fijará en cosas que no son propiamente el sutil hechizo de esta obra y de ese acto de arte. Yo de mí diré que ante la sugerente *performance* sentí venir á mis labios la lírica invocación.

«¡Oh, vosotras, que reináis sobre las ondas del Cefiso, cuyas riberas nutren generosos corceles, ¡oh Gracias!, á quienes no se canta lo bastante, diosas de la brillante Orcómenes, protectoras de la antigua raza de Minias, escuchad los votos que os dirijo! Si hay en la vida de los mortales algún encanto y adorno, lo deben á vosotras; vosotras dispensáis la cordura, la belleza, el valor. Los dioses mismos no presiden jamás ni danzas ni festines sin llamar á las augustas Gracias; son ellas las que regulan todo en el cielo, y sentadas al lado del dios que lleva un arco de oro, del vencedor de Python, adoran eternamente la gloria del dios del Olimpo. Amable Aglae, Eufrosina, que te complaces con los cantos de la lira, hijas del más potente de los dioses, escuchadme; y tú, Talía, que sonríes á nuestros himnos, lanza una mirada sobre esas danzas ligeras que celebran una feliz victoria; pues vengo en mis versos á cantar á Asópico, con el modo lidio; á Asópico, por quien la ciudad de Minias triunfa en Olimpia. Y tú, Eco, desciende á las sombrías miradas de Proserpina, y lleva á Cleódamo tan gloriosa noticia; dile que tú has visto combatir á su hijo, y que la victoria de alas de oro ha puesto sobre su joven frente la corona de las luchas gloriosas.» É Isadora ha sido para mí Aglae, Eufrosina, Talía y Eco, siendo la misma Terpsícore; y por ella he creído ver la victoria de Asópico de Orcómenes, niño vencedor de la carrera del estadio, y las danzas que lo celebran, y la divina Hélade, con su sol de miel y su aire de amor. Y he pensado en lo que gozaría mi ilustre amigo Guido Spano ante esta Gracia danzante, antigua griega de carne viva.

Lo pagano de miss Isadora viene también de los pintores del Renacimiento. Ella ha ido á Grecia, pasando por Italia. Botticelli la habría retratado, y el poeta Lorenzo el Magnífico le habría dedicado una de sus *canzone a ballo,* por ser su danza una *consolatio grossisima,* como diría el viejo Antoine Arène.

Mas, entendámonos: la palabra danza no es propiamente aplicable á la representación de la Duncan. Danzas son las de las bayaderas, y *ouled-nail* las jotas y tarantelas, el minué, la gavota, el vals y la polca, hasta el funambulesco cake-walk. Las de miss Duncan son más bien actos mimados, poemas de actitudes y de gestos, sin sujeción nada más que al ritmo personal, sin reglas propias fuera de lo que indica la Naturaleza. Así debió haber bailado más ó menos el ilustre rey coreográfico David; así Salomé, la de azules cabellos; así los elfos que canta Leconte de l'Isle, y así, en una noche de luna, coronada la cabellera de jazmines, no sé si en Lima ó en Bolivia, doña Juana Manuela Gorriti, según testimonio del poeta Ricardo Jaimes Freire. Para miss Duncan no es precisa la música, ó la música, en el sentido helénico, está en ella misma, la música silenciosa de sus gestos. La danza, según su teoría, se ritma por la música pitagórica, y el ritmo de las esferas, el ritmo de todo lo existente, se resume en su propio rítmico movimiento, al impulso musical de su espíritu. Esto, como veis, es un poco más complicado que los *entrechats* de la Cleo de Merode ó de Zambelli. Para las bailarinas comunes es verdadera la definición del barón de Massias: el canto es la palabra de la música, y la danza es el gesto del

canto. Para Isadora, no. Ella entra en filosofías y es demasiado antigua. Por otra parte, ambas cosas, filosofía y baile, se compadecen. Sócrates enseñaba á bailar á la misma Aspasia. La mima de los desnudos pies no tiene nada que ver con las Camargo, Guimard, Bernay, Mauri; su alma y sus piernas son de Tracia. Nada le enseñan Blasis y Lamaître y Noverre. Su inspiración no se encuentra en el diccionario de Compan; mas Luciano la reconocería discípula de Thea, frigia ó cretense. Hello, furiosamente bíblico, le perdonaría quizá su desnudez, y el divino Stéphane la haría perseguir en el bosque por un fauno de su siesta. Mima griega, pues, tiene en nuestra civilización un velo que sus antecesores helénicos no tenían; lo que se llama la decencia. He aquí lo que dice Compan, autoridad en la materia: «A fin de que los intermedios de las piezas de teatro fuesen agradables, los griegos buscaron cómo hacerlos interesantes. Después que se representaba un acto, los bailarines lo repetían con saltos y gestos, y eso, siguiendo una cierta música imitativa de lo que se había representado. Esos bailarines fueron llamados *mimos*. Se hace notar que esos bailarines fueron siempre muy ignorantes en el arte de imaginar una intriga, conducirla, sostener los caracteres y llegar á un buen desenlace. Con gestos indecentes hacían una mezcla monstruosa de tonterías burlescas y preceptos morales. Tenían la cabeza afeitada y los pies desnudos. Se cubrían con pieles de animales...» Ya veis que hay diferencia. Isadora supera en el tiempo la representación antigua, y hace admirar un florecimiento de este culto. Siente y piensa. A su arte se aplica la de-

finición de Hippeau: la pantomima es la figuración de ideas y sentimientos. Isadora está más cerca de Sada Yacco y de Severin que de Mariquita.

Ahora bien: la adorable yanqui ha agregado una nota que los antiguos griegos no conocieron: el ensueño. Imaginaos que realiza este prodigio: baila nocturnos de Chopin. Y no es ridículo. Os da el *clair-de-lune* con su cuerpo melodioso. Y oís cantar al ruiseñor, y hasta perdonáis los veinticinco francos de la butaca.

RÉMY DE GOURMONT

Me apresuro á escribir estas líneas porque una grave preocupación me inquieta: M. Rémy de Gourmont, autor para pocos, escritor de una *élite*, de una aristocracia mental internacional, está amenazado de la atención de todas las gentes... La prensa le solicita, el reporterismo le busca... Dentro de poco me temo que el nombre suyo sea, si no popular, vulgar, como el de Nietzsche... Vulgar en las citas, en las afirmaciones de la mediocracia escribiente: «M. de Gourmont por aquí; M. de Gourmont por allá...»; y eso es terrible... Fuera de que, como según parece, mi especialidad es la de lo «raro», mi admiración y mi afección por el autor de tanta obra excelente se basan en la intangibilidad de su vida, en su aislamiento severo, en su monasticismo intelectual. Hace como unos diez años que, con Lugones, saboreábamos sus obras extrañas y admirables, las de su campaña del idealismo, sus prosas del *Mercure*, sus *plaquettes* exquisitas, su sabio *Latin mistique;* y nos complacíamos el poeta y yo en lo enigmático y arcaico de cada edición, en lo hondo del pensar, en lo maravilloso del decir, en encontrar un erudito que fuese un poeta. Escalígero

entre los lirios. Baluce entre las esfinges. Lipsio bajo los laureles. Después nos comunicamos por asuntos literarios, y cuando llegué á París era su amigo. Pasé aquí cinco años, y no le fuí á visitar. Respetaba mucho su silenciosa y retirada labor, su misterio. Sabía que era en esta capital americanizada, por la *réclame* y por el industrialismo de la publicidad, lo que son los especiales diamantes y los especiales espíritus : un solitario.

Un día llegó en que hube de verle por fin. Calle de Saint-Pères, en su casa de libros. Una casa de libros, viejos tapices, obras de arte. Se pasa antes por un patio, en donde hay un pozo y unos árboles. Pierre de Querlon, un alma singular, describió eso en páginas sutiles y amables. Esas páginas eran hoy más bellas, porque él era joven y acaba de morir.

He visto primero á una prima y á un hermano de M. de Gourmont. Ella es la sobrina y heredera del escultor Clésinger, de quien os he hablado en otra vez. Él es un joven delicado, fino, casi esquivo, que encierra un gran talento. Monsieur Jean de Gourmont, cuyos pensares y decires sobre literatura son en el *Mercure* un buen regalo. La morada es silenciosa y triste, como conviene. Hay un ambiente de quietud y de ensueños, apenas turbado, según parece, por uno que otro demonio, entre otros, el demonio Elzevir — diría Hugo.

Yo entré con cierto temor y timidez. No he podido— y ya estoy al medio del camino de la vida—llegar á ser familiar, confianzudo con el talento superior, y sobre todo con un hombre como M. Rémy de Gourmont. París no me ha inficionado de su boulevardismo igualitario,

y en un maestro que es verdaderamente un maestro no veo yo á mi «querido colega».

M. de Gourmont es uno de los pocos maestros que aun hoy merezcan ese nombre. Yo, al estar sentado frente á él en su gabinete de estudio, al verle con su ropa monacal de labor entre libros y libros, junto á un soberbio Clésinger dorado de penumbra, apoyado en su mesa cargada de manuscritos y volúmenes, y al hundir mi mirada en la suya, y al oirle hablar poco y difícil, hondo y seguro, pasé á otra época y á otro momento. Me creí estar en casa de un Erasmo que fuese un Pascal, que fuese un Lulio. Sé bien que estos nombres no quedan bien para nuestro siglo y para nuestras costumbres; pero recordad siempre que os hablo en la sinceridad de mi conciencia, y que Pascales y Erasmos no existen muchos actualmente para la comparación. Así, pues, llegué tímido; salí encantado. Agradecido lo estaba antes, puesto que he merecido á M. de Gourmont juicios demasiado benévolos y defensas demasiado justas. Cuando por ahí se asombraban de que mis *Prosas profanas* fueran versos, el autor del *Latin mistique* me escribía del título: «*C'est une trouvaille*», para asombro de ciertas ignorancias. Encontré en él, bajo su indumentaria de fraile, una nerviosidad inquietante revelada por cierta quietud leonina; y por fin, mi hombre, mi autor admirado: un odio profundo á lo vulgar, á lo mezclado, á lo híbrido, al socialismo, al nacionalismo, al cientificismo oficial, al vulgarismo, á la moral de regla y á lo inmoral de regla, á todo dogma, á todo profesor, á todo doctor diplomado, á toda disciplina, á toda obligación. Y sobre todo, el

odio á lo estúpido; y más que á lo estúpido, á lo tonto. ¡Cuando yo decía que no es para todas la gentes! Y cuando yo os decía mi inquietud por la irrupción del Kodak y de la *interview* á su celda, á su refugio...

¿Qué importan las genealogías? *Stemmata quid faciunt?* Importan mucho, sobre todo en este caso. Pierre de Querlon dice: «Desciende de la familia de los pintores, grabadores, tipógrafos, de los siglos XV y XVI, á que perteneció aquel Gilles de Gourmont á quien se deben las primeras impresiones hechas en París en caracteres griegos y hebreos.» Además, por parte de madre, Malherbe es uno de sus antecesores. Pero yo sé de uno más que ninguno de sus biógrafos ha nombrado, y que explicaría ciertas conquistas mentales y actitudes audaces de este perfecto pensador y libre filósofo: Hernán Cortés. La combatividad ancestral se ejerce en otros planos y elementos; pero como el antepasado, como el *ancêtre,* ante el problema de la vida, una vez llegado á una convicción en el océano de las sofías, ha quemado sus naves.

El que hubiera sido en otras épocas benedictino sapiente y creyente; el que ha creado tanta figura y castillo de ideal y de ensueño, tiende cada vez más á la explicación de la existencia fuera de toda teología. Yo admiro, pero no aplaudo; dado que, después de todo, no estoy por lo de quedarse en una costa desconocida con la ceniza de los únicos bajeles. Para mi uso particular tengo á bien conservar una pequeña nave, una *navicella,*

una *parva navis,* si no completamente católica, muy cristiana. Eso sí, los remos son de marfil y las velas son de púrpura. Y ella conduce á alguna parte.

En los orígenes filosóficos, este cerebro, que se creería primero influído de un soplo platónico, se junta más, en su madurez, á la observación y al criterio aristotélico, por su investigación por el secreto humano, por su manera de encarar el enigma de nuestro ser. Solamente que se basa en lo que Aristóteles no comprendía: la libre acción del hombre en el Universo.

He ahí lo que es este buscador de infinito y analizador de lo que cae bajo la lente de su criterio: un sabio del siglo XX, que corresponde á lo que era un amante de la sabiduría en la Grecia antigua, á un profesor de la Sorbona en la Edad Media: para resumir en una comparación las faces de ese espíritu habría que buscar nombres que no son tampoco de nuestro tiempo. He nombrado á Pascal: no estaría de más nombrar á Descartes. Un Descartes que no se interesa demasiado en el pasaporte de la verdad y un Pascal sin el abismo.

Su erudición está aparte de la de los simples eruditos de biblioteca y academia. En la inmensa selva de la producción humana ha herborizado con una atención pasmosa y un gusto supremo. Estudio de religiones y estudio de lenguas, estudio de poéticas y estudio de dramáticas, estudio de razas y de costumbres, fisiología, etnología, *folk-lore.* Estudia, después de lo que hay en los libros, en las palabras, en las doctrinas, lo que hay en la Naturaleza. Se baja á ver una hormiga después que ha examinado una teoría. Escribe un capí-

tulo de experimentación científica, un escolio, una apostilla, una nota, luego un verso. Yo no sé de qué rincón de su estancia, de qué cajón de su biblioteca, saca un caballo de ébano y marfil, como el de Kamaralakmar del cuento árabe. Se monta y se va al azul. Aparece el «conquistador» de la armonía lírica, mágica. Porque habréis comprendido que ese caballo extraordinario es, complicadamente, Pegaso. ¿No es verdad, Simona? Al menos si tú no lo sabes, la nieve lo sabe, el molino lo sabe, los árboles y la tierra lo saben. Su poesía es ardientemente concentrada, amorosamente serena. Su bucólica es misteriosa, su paganismo es religioso; mas después de todo,

nunc in Aristippi furtim precepta relabor.

Más que el Gourmont de hoy—¿por qué no decirlo?—me place aquel Gourmont de antaño — ¡de ese antaño no tan lejano! — que convenía á mis mirajes de juventud. Leyendo una página de la *Física del amor,* por ejemplo, tengo nostalgia del ambiente de las *Letanías de la Rosa,* de las *Prosas morosas...* Sin embargo, cada estación de la vida tiene sus frutos, y de ese robusto árbol mental la savia siempre es la misma.

En alguna ocasión he de realizar un verdadero ensayo sobre la obra de M. de Gourmont : *Sixtine*, novela de la vida cerebral; el *Latin mistique,* que tanto alabara Huysmans, y que es la labor de concienzudo sabio al par que poeta; *Lilith,* poema dialogado de una extraordinaria concepción y de una purísima forma; *Le Fantôme,* en que está entrevisto el enigma de la mujer á través de un

extraño ceremonial de ideas y de sensaciones, en un rito á la vez carnal y cuasi religioso; *Théodat*, la pieza dramática que dió tanto que decir, cuando se representó en el Théâtre d'Art, en los floridos días del simbolismo; el admirable ensayo sobre el *Idéalisme;* las joyas verbales de *Fleurs de jadis;* la secreta hermosura del *Château singulier*, y de las *Proses moroses;* la *Histoire tragique de la princesse Phenisa*, los *Hieroglyfes* y las *Histoires magiques*, que en realidad lo son; *Phocas*, prodigiosa resurrección; y luego su obra de crítica, las decisivas y famosas *Masques*, que ilustró tan originalmente Valloton; su profunda y sólida *Esthétique de la langue française*, la *Culture des idées*, *Le problème du style*, que destruye los sueños de inmortalidad de los que juzgan que todo se hace por recetas, y ese *Chemin de Velours*, de una filosofía tan nueva y de un tan agudo interés. Y luego las novelas, como *Les Chevaux de Diomède*, en que el psicólogo seguro se une al celebrante de las glorias sensuales, ó *Le songe d'une femme*, castillos en el aire y placer animal, ensueño y abrazo. Y después sus cuentos y tal cual creación perfecta, como ese shakespeareno *Vieux Roy*, que la América latina conoce en castellano gracias á la versión de nuestro armonioso y soñador Díaz Romero.

Y por último, la obra poética, corta, pero de especial riqueza de calidad, la cual, sí, no puede ser gustada sino por entendimientos escogidos. Así, *Les Saintes du Paradise*, las *Oraisons mauvaises*, y tales cuales poemas per-

didos en las revistas. Sin contar con la vasta labor de las ediciones de ciertos autores antiguos que este biblió-filo entre los bibliófilos ha sabido dirigir con un arte y un gusto que harán regocijarse en su eternidad el alma del abuelo Gilles. Y con los incomparables *Epilogues*, reflexiones, consideraciones, concreciones filosóficas, que, reunidos á la manera de algunos libros de Nietzsche, forman un trabajo de alto valer, macizo y firme bajo su ligera apariencia.

Su último libro, la *Fisique de l'Amour*, es un admirable estudio sobre la función sexual en la naturaleza; hay un deleitable maridaje de ciencia y de arte. El pensador y el artista son en este caso—como en el de Maeterlinck—uno mismo. Y los que logran absorber el sutil vapor de ideas que se desprende de la obra de ese solitario, de ese aislado, de ese maestro meditabundo, son recompensados con la íntima voluptuosidad de comprender y admirar.

PARISIANA

— 1908 —

«JOLI» PARIS

Uno de los primeros libros que despertaron mi imaginación de niño: las *Mil y una noches*. Uno de los preferidos libros, que actualmente releo con invariable complacencia: las *Mil y una noches*. Antes leía la única versión española, aún más expurgada y traidora que la francesa de Galand; hoy me recreo con la literal de Mardrus, en su libertad de verbo y figura y su prestigio oriental tan maravillosamente traspuesto. Allí concebí primeramente la verdadera realeza, la absoluta, la esplendorosa. Allí se me aparecieron, allí — y en los «nacimientos» ó «presepios», con Melchor, Gaspar y Baltasar —, los verdaderos reyes, los reyes de los cuentos que empiezan: «Este era un rey...»

Reyes de Oriente, magos extraordinarios; reyes que tienen jardines donde vagan libres leones y panteras, y en que hay pájaros de dulce encanto en jaulas de oro... Reyes con tantas mujeres como el rey Salomón, y pie-

dras preciosas como huevos de paloma, y esclavos negros que cortan cabezas, y pipas en que humean tabacos que huelen á esencia de rosa... Reyes que se parecían al belga Leopoldo como un clavel á un cepillo de dientes, ó un pavo real á un impermeable.

El original y picante Luis Bonafoux cuenta en una de sus impagables crónicas su desilusión cuando el rey de Siam, no sé en dónde, le preguntó, apurado, por cierto lugar... *Si non e vero,* está muy bien contado. Á mí no me ha preguntado nada el *cha* de Persia, Mouzaffer-ed-Dine, pero le he visto varias veces con su levita, su gorro, sus diamantes, sus bigotes largos y grises y su cara de fastidiado, de muy fastidiado; y confieso que me ha destruído una ilusión más. No importa que se describa en los periódicos el trono suyo de Teherán, todo de oro y pedrería, y un pavo real también hecho de oro y gemas luminosas; ni la esfera de oro macizo en que los mares están representados por innumerables esmeraldas, el África por rubíes, la Persia en turquesas, Francia é Inglaterra por diamantes, y los otros países por diferentes piedras preciosas; ni saber que, cuando da una audiencia — siempre allá en Teherán — ofrece en una caja rubíes, zafiros, esmeraldas, diamantes, perlas, turquesas, como quien da un cigarrillo ó una pastilla. Cuando le he visto, se me ha parecido á todo menos á un «rey de reyes», como sus antecesores y mis ilustres tocayos los Daríos, más ó menos *ocos* ó *codomanos,* pero admirables en el prestigio de su poética gloria y en la grandeza semidivina de las leyendas. Gracias á los Dieulafoy podemos admirar en el Louvre aquella civilización

ostentosa y potente, bajo aquellos conquistadores de la India, vencedores del macedón y del tracio que no iban á tomar curas en los Contrexeville de la época.

La impresión que tengo del *cha,* es que es un señor que se aburre soberanamente, y á quien le importa un comino todo lo que no sean las «cositas» de París y las berenjenas con queso ó sin él. Á las berenjenas las adora, y en el Elisée-Palace-Hotel, donde vive, y en todo lugar oficial en donde come, hay que servírselas irremisiblemente. Y en cuanto á su manera de pensar sobre el país que hoy le acoge y le festeja, se resume en la única frase de francés que sabe, y que repite para todo: *¡Joli Paris! ¡Joli Paris!*

Á este propósito, cuenta un indiscreto la visita que acaba de hacer á Su Majestad persa el ministro de la Guerra, general André. Lo primero que dijo el *cha* al ministro, al estrecharle la mano, fué: *¡Joli Paris! ¡Joli Paris!* Luego, ya sentados, le señaló una tabaquera incrustada de las indispensables piedras que sabéis, y le dijo en su idioma: *Kerli,* lo cual quiere decir tabaco. Tradujo la palabra el intérprete imperial Freydoun Montazen Saltanek. El general tomó un cigarrillo, y el gran visir, haciéndose el pillín, como dicen en España, le ofreció fuego en un aparatito eléctrico. El general André encendió, y en ese momento el aparatito se puso á tocar el *Vals des anglais.* Y el *cha,* que esperaba la sorpresa del general, con los ojos alegres, contentísimo: *¡Joli Paris! ¡Joli Paris!*

Después se puso á hablar en persa con su ministro en París, el general Nazare-Agha. Y éste tradujo al ministro de la Guerra: Que Su Majestad estaba muy deseoso de conocer el nuevo fusil del ejército francés, «el fusil con que V. E. acaba de armar tropas».

André se quedó asombradísimo, aún más que con lo de la cajita de música: «No hay ningún fusil nuevo — dijo —. Ya he tenido el honor de mostrar en persona á Su Majestad nuestro armamento cuando nos visitó el año pasado.» El *cha*, á quien se tradujo esa respuesta, pareció no darse bien cuenta de ella; pero para no darse por vencido, se puso un poco serio, y luego, dirigiéndose al ministro, sonriéndose: *¡Joli Paris! ¡Joli Paris!* Como le invitasen á ir á las maniobras, contestó que iría con placer; pero cuando supo había doce horas de ferrocarril, manifestó que no iría, pues no le place viajar mucho en ferrocarril. No faltó el regalo. Ofreció al general André un estuche con una cigarrera — de más está decirlo — de oro y piedras preciosas, con su cifra grabada. Luego fué la despedida. Antes de partir, díjole el general el último oficial cumplimiento. El *cha* se puso á mirar las muchas condecoraciones de André. Y como viese sobre todas el cordón de la Orden del León y del Sol, su Orden, dijo, señalándola, en persa: «La Orden del León y del Sol no podría recompensar á un militar más ilustre, á un jefe más valiente, á un ministro más esclarecido.» Y luego, en francés: *¡Joli Paris! ¡Joli Paris!* Mouzaffer-ed-Dine es un estimable filósofo.

En el lugar donde ha estado últimamente *en villeggiature*, un quiromante mundano consiguió que el poten-

tado oriental le diese á estudiar su diestra. He aquí el resultado: «La línea de cabeza del soberano es casi nula; sin embargo, es fina como un cabello femenino, é indica aptitudes diplomáticas. La línea del corazón, por el contrario, se desenvuelve majestuosamente, sembrada de islotes, de meandros rojos, que indican pasiones carnales violentas y complicadas. La línea de vida es débil, pero prolongada; días largos y malestares constantes. Su Majestad es glotón — ¡aquí de las berenjenas! — y se inclina á hacer trampa en el juego. El monte de Mercurio tiene un desarrollo normal: si el *cha* no fuese un poderoso monarca, sería un comerciante de mérito.» Pero lo que está sobre todo en su real mano, es la línea de las artes. Entre las manos «conocidas», la del pintor Carolus-Duran es la que más se le parece. Si el *cha* pintase, escribiese, triunfaría. Y el *cha* no lo hace. ¡El *cha* es un señor muy cuerdo!

No creamos en las quirománticas rayas, ni dejemos de creer. El *cha* será un gran diplomático natural y, desde luego, más culto que su difunto padre, que se limpiaba los dedos, después de comer, en los ricos cortinajes de los palacios en que se hospedaba. Aunque la diplomacia y la buena educación pueden estar muy desunidas, como en el chino Li-Hung-Chang, de sonora memoria; pero lo que es el protocolo, gime por él á cada paso. El *cha* no admite programas ni disposiciones anteriores. Cada vez que se anuncia que ha de ir á alguna parte, él, en el momento de subir al coche ó al automóvil, da orden de ir á otra parte. *Il s'en fiche* de M. Crozier, de M. Mollard, de todo el personal del palacio d'Orsay, y

de M. Lépine con su policía. Como no habla más que persa, no conversa más que por medio de sus intérpretes, y allá las cosas que les dirá de cuando en cuando. Á pesar de la opinión quiromántica, no parece que el rey de reyes sea muy aficionado á las damas. Quizá será que, dueño y señor de tantas allá, en Persia, se encuentra ahito. Sin embargo, ¿cómo no ha de haber encantado su alma de primitivo, su espíritu de Oriente, esta joya humana, ese *bijou* con vida que se llama la parisiense? Yo me figuro que no es esa una de las cosas que más le atraen en esta capital de atractivos. ¡*Joli Paris!*

Taciturno, como cansado, lleva este hombre raro su vida de Camaralzamán moderno, contagiado, aunque no tanto como se quisiera, de la enfermedad occidental, de la fiebre del progreso. Trajo diez millones como dinerito de viaje. Ya se le acabaron. No importa. Pedirá otros diez. Compra todo lo que le gusta; y al bárbaro que hay en él le gusta, como al niño, lo que reluce, lo que hace ruido, lo que sorprende. Compra cajas de música, lámparas eléctricas, juguetes, espadas, bronces, muebles. Compra pájaros disecados, anillos, medallones, escopetas y automóviles, sobre todo automóviles. Tiene ya como treinta allá, en Teherán. Los compra de todas las marcas. Los regala á sus ministros y á sus amigos. Para su uso particular tiene de los mejores, de los hipogrifos que hacen una enormidad de kilómetros por hora. Se ha llevado á uno de los mejores *chauffeurs* de París. Cuando sale con él le dice: «Muy despacio.» Y el imperial «auto», que es muy cómodo y lujoso, no va más ligero que un carruaje cualquiera. El *cha* es un sabio.

Mouzaffer-ed-Dine es un sabio; daría seguramente todo lo que tiene por la camisa del hombre feliz. ¡Se aburre! He ahí su mal; no los riñones ni el estómago. El otro día decía un obrero parisiense al verle pasar: «Le hacen falta cuidados. Si tuviese algunas *molestias*, se molestaría menos.» Es la verdad. Tiene la desgracia del hombre á quien no le hace falta nada. Cuentan que el príncipe imperial, en tiempos de Napoleón III, un día que veía desde las Tullerías jugar á unos niños pobres bajo la lluvia, dijo á la emperatriz, que acababa de regalarle como presente de Noel una linda y rica colección de juguetes: «Mamá, yo te pediría otra cosa mejor.» «¿Qué?» «Déjame ir á meterme descalzo en ese *hermoso lodo* que hay allí afuera...» El *cha* no ha tenido hermosos lodos en su vida. Y ha tenido, en cambio, una existencia de honores continuos y placeres. Su soberbia, su gula, su lujuria, su cólera han estado siempre satisfechas. Es señor de vidas y haciendas. Tiene harén y verdugo. No hay cosa que haya deseado que no la haya tenido inmediatamente. Si no ha tenido la luna, es porque no ha querido. Seguramente no le ha picado nunca un mosquito, ni la pulga del cuento de Víctor Hugo. Hay mil ojos que velan sus sueños y que inspeccionan sus vigilias. El oro y las piedras preciosas no tienen ningún valor para él. El amor le ha sido negado y la voluptuosidad le ha hartado y quebrantado. Alah le ha librado hasta ahora de los babistas que asesinaron á su padre, Naser-ed-Dine, y de los anarquistas de otras tierras. Y él se fastidia, se fastidia soberanamente. Viene á París, y el pueblo le aclama, y se siente feliz, y

toma una cantidad increíble de naranja, y se deleita con la leguminosa consabida. El pueblo parisiense le ve pasar; le escribe cartas pidiendo todo lo que se puede pedir; le grita «¡Viva!», como á Krüger, como á Ranavalo, como á Cristina, como á la reina de las lavanderas y como á cualquier rey de oros, de copas, de espadas ó de bastos...

¡Joli Paris!

LA RAZA DE CHAM

Mientras en espantosas catástrofes los amarillos se imponen, en farsas sangrientas los negros se hacen notar. Parece que un mal diablo estuviese azuzando las razas unas contra otras. Así, pues, de Haití llegan á Francia malas nuevas. La macacada está furiosa; los pocos blancos que hay en la isla ven con temor la agitación de los naturales. Saben que una insurrección de color es terrible para los europeos. En el negro, danzante, tristón, jovial, pintoresco, carnavalesco, surge, con el fuego de la cólera y el movimiento de la revuelta, el antepasado antropopíteco, el caníbal de África, la fiera obscura de las selvas calientes.

Ya hay experiencia sobre ese punto. Las agitaciones haitianas coinciden con las amenazas que un doctor negro hace á la raza caucásica desde una de las principales revistas de París.

Ese doctor negro es de los negros de los Estados Unidos, los más osados, los más audaces que pueden existir sobre la superficie de la tierra. De ellos nos decía no hace mucho tiempo un atinado escritor argentino, el Dr. Damián Lan: «Y no he visto, ya que de audacias le

hablo, nada más atrevido, más decididamente atrevido que el negro americano. ¡Ah, los negros!... Son el terror de los turistas extranjeros y la sombra nefasta de sus compatriotas blancos.»

La negrada es todo un problema social en los Estados Unidos; esto todos lo sabemos. Pero estando aquí se comprende mejor cómo es posible que todo este inmenso pueblo se conmueva en masa cuando los diarios lanzan á todos los vientos la noticia de que el presidente Roosevelt ha invitado á su mesa á un negro, por ejemplo, ó que el ministro tal se ha paseado por las calles de Wáshington codeándose con un mulato. «Estos seres de color obscuro, tan buenos y humildes entre nosotros, constituyen aquí una familia de nueve millones de individuos perversos y despechados contra el blanco, que les ha tratado siempre con rigor y que por eso ha provocado en ellos un odio profundo que se va sucediendo de generación en generación como legado hereditario. El negro aquí no es el ente medroso y pusilánime que conocemos, no; demuestra al blanco el más decidido desprecio, lo mira siempre fisgándose de él, se ensaña con él cuando puede hacerlo víctima de alguna perversidad, y goza entonces con su desgracia. Sabe que sus derechos ante la ley son los mismos de la otra raza, y se afana á todo trance por poner esta igualdad de manifiesto. ¿Qué mucho, entonces, que en la práctica la ley de Lynch subsista aquí todavía?»

He reproducido esos párrafos de la correspondencia del Dr. Lan, porque ellos son un apoyo á la sabia opinión de M. Rémy de Gourmont sobre los negros y su

actitud en la América anglosajona. En las especies humanas hay diferencias casi infranqueables. «Si lo son sexualmente — dice —, no lo son socialmente. He aquí que Mr. Roosevelt pretende imponer á los blancos la supremacía, aunque local, aunque momentánea, de hombres de color, aunque distinguidos. Se trata de algún preceptor, de algún juez de paz. Eso parece nada y es enorme. Hay pastores negros, hay curas negros, los hay chinos. ¿Qué hugonote francés, cuál de nuestros paisanos católicos iría á confiarse, sin risa ó sin asco, á ese ministro verdadero, sin embargo, de su religión? La especie domina la religión. Sin duda la religión es un vínculo, y un chino cristiano ha adquirido algunas nociones que le acercan á un civilizado occidental. Pero eso es bastante flojo. Los negros de M. Roosevelt pueden ser excelentes wesleyanos, perfectos baptistas, metodistas deliciosos; el sajón, el latino ó el celta les rechazan unánimemente, y su rechazo es bello, pues está conforme con las voluntades de la Naturaleza. El patriotismo del suelo es excelente; hay que defender su casa contra los ladrones: eso es elemental. El patriotismo de la especie, ó si se prefiere la palabra literaria, el patriotismo de la raza ha llegado á ser tan necesario como el patriotismo del suelo. Veo la cuestión negra, hoy particular á los Estados Unidos, agrandarse desmesuradamente. Mañana se planteará en el mundo entero, bajo un color ú otro. Los americanos, protestando contra los sentimientos demasiado bíblicos de M. Roosevelt, sirven á la causa de la civilización, absolutamente ligada á la preeminencia de la raza blanca; pero si ellos quisieran

obedecerle y aceptar funcionarios negros, y casarse con negras, y procrear una bella raza de mestizos; si consintiesen en degenerar, en fin, harían un gran servicio á la Europa. El país del juez Lynch es demasiado vigoroso para consentir en tales humillaciones, y el noble patriotismo de la especie es demasiado potente. Vale más lynchar negros que elevar estatuas á los Schoelchers.» Claro es que el sentimentalismo cristiano se opone á esas crueldades que la ciencia enseña. El escritor negro de que he hablado—un mentado Tobías—, en su largo trabajo en pro de su raza, no puede manifestarse más altivo, alguien diría más insolente. Como tiene sus letras y sus ciencias, se alza contra los amos armado de ellas, y proclama no la igualdad, sino la superioridad intelectual y la superioridad física. «Tenemos—dice—mucha más imaginación.» Y señala como síntoma de decadencia los dientes cariados y las cabezas calvas de muchos anglosajones, ante las bien provistas mandíbulas y las tupidas pasas de los libertos de ébano.

Estamos lejos del excelente Domingo de Robinson, del famoso tío Tom, de los gratos esclavos de las familias de la colonia. Felizmente, el negro, en su especie, no tiene las condiciones de la raza amarilla, y no es fácil, al menos por ahora, que la preponderancia de las razas de color que augura el convencido Tobías se realice, para ruina y mengua de la civilización occidental, es decir, blanca.

Entre otras cosas consoladoras, acabo de leer este resumen de una sabia Memoria del Dr. Roxo, brasileño, sobre las perturbaciones mentales de los negros en

el Brasil: «Después de haber estudiado en todos sus pormenores las perturbaciones mentales en los negros, resulta que es un hecho probado que la raza negra es inferior; en la evolución natural es retardataria, y mientras el cerebro de los negros no entre en un período de actividad creciente, será una utopía la nivelación de las razas. Cada cual tiene un grillete que le retiene por los pies: es la tara hereditaria. Y ésta es pesadísima en los negros.»

El romanticismo lo hermoseó todo, hasta los negros. Hugo crea á Bug-Jargal, y Lamartine sublimiza á Toussaint-Louverture. El pobre Bezain no alcanzó ya el *vaudeville* y la revista de fin de año. En realidad, apenas el heroísmo es el que salva al pobre hijo de Cam del ridículo que trae como fatal herencia desde el materno vientre. Necesitan para brillar el resplandor de la pólvora ó la grandeza del suplicio, para poder resplandecer en la historia Falucho, Antonio Maceo. La Humanidad no ha podido aún ver el genio negro. El talento mismo es en ellos escaso, fuera de ciertas especiales disciplinas, á las cuales se adaptan su agilidad y su don de imitación. Mr. Tobías señala como un gran triunfo el éxito de una compañía de cómicos de color, Walker y Williams. Hay una cantante que se llama la Patti negra. Hay algunos violinistas y creo que algunos pintores. Según Tobías, abundan los escritores en los Estados Unidos. En la América española no han faltado. Plácido es célebre en Cuba y Candelario Obeso en Colombia. Haití cuenta con varios rimadores y cuentistas. Mas, colectivamente, todo eso, en unas partes como en otras, acaba y se resume en la

bámbula, en el *tamborito*, en el *toumblack*, en la *mozamala*, en el *candombe*. Juan Montalvo tenía siempre la preocupación del «negro malcriado». Se refería á los de su tierra. Si llega á sufrir las impertinencias osadas de los de Norte-América, rabia y relampaguea mayormente. Habituados á una secular obediencia, á una tradicional pasividad, la libertad vuelve á los negros locos de vanidad y de crueldad.

Su imaginación — tienen imaginación, dígalo el prodigioso mulato Dumas — les hace concebir una fantástica vida de jolgorios y alegrías, antes tan solamente permitida á los aborrecidos blancos... La vanidad que les es característica — no hay vanidad como la del piel-obscura — les induce á imitar los gestos y maneras del caballero blanco, del antiguo patrón. El ministrel se pavonea. Su teoría, su sueño, su meta, es la igualdad. Pero que no tenga la más simple representación, la autoridad más pequeña, el honor más mínimo, porque entonces se convierte en el peor tirano. Nada por eso más horroroso y sangriento que las represalias negras en el Norte, y que la política negra, y las insurrecciones negras, en ese todavía misterioso Haití, en donde aun impera el recuerdo de Biassan el feroz, del vampírico Dessalines y del mismo Tous-saint, que, á pesar de la poetización lamartiniana, decía á las gentes después de la comunión: *Zoté coné bon Gin; ce li mi fe zoté voer. Blan touye li; touyé blan yo toute.* Lo cual en romance quiere decir: «Ya conocéis al buen Dios. Es el que os hago ver. Los blancos le mataron. Matad vosotros á todos los blancos.» Y en seguida tenía la osadía de escribir á Napoleón: «Al

primero de los blancos, el primero de los negros»; cosa que hacía arrugar el entrecejo al duro emperador.

Hablando de las crueldades de los cristianos, dice un escritor: «Se buscaría en vano en la historia de los pueblos una manifestación igual de ferocidad. Las vísperas sicilianas y la San Bartolomé fueron juegos de niños comparadas con el *massacre* de Santo Domingo, que saludó la aurora de la República haitiana. Las tradiciones locales abundan en recuerdos espantosos. Colonos, marqueses y condes que llevaban los más hermosos nombres de Francia — Richelieu, Gallifert, Breteuil — fueron picados vivos, milímetro por milímetro, bajo el cuchillo de los negros, refinados en su salvajismo. Otros fueron decapitados, con un acompañamiento de circunstancias atroces. Los verdugos dejaban las armas de acero que cortaban bien y aserraban las carnes y tendones con fragmentos de viejos aros de barril. Y se cree que los *blanc-français* que perecieron, hombres, mujeres, niños, fueron en número como de veinticinco mil.»

Tienen razón, pues, los blancos residentes en la República semicimarrona de temer por sus vidas. Y los hijos de la civilización europea deben poner oído atento á estas palabras con que el citado Dr. E. Tobías concluyó el estudio que llamó mi atención, y del cual os he señalado algunos puntos: «El problema del siglo XX será el de las relaciones por establecer entre la raza blanca y la raza de color en el mundo. Creo que las razas de color triunfarán sobre las razas blancas. En la categoría de las razas de color coloco á los africanos, los indios, los chinos, los japoneses y los habitantes de la Oceanía. Tengo

la firme creencia de que esa victoria de las razas de color será cierta, y me baso sobre todo en el hecho de que las razas de color aumentan numéricamente, mientras que las razas blancas disminuyen. Y es el número el que dirá la última palabra.»

Ya se encargarán en el país de las bandas y de las estrellas de enseñar á Tobías cómo hablaba Zarathustra.

Mas ¿cómo hablaba Jesucristo?

EL VIAJE Á NICARAGUA

—1909—

Tras quince años de ausencia, deseaba yo volver á mi tierra natal. Había en mí algo como una nostalgia del Trópico. Del paisaje, de las gentes, de las cosas conocidas en los años de la infancia y de la primera juventud. La catedral, la casa vieja de tejas arábigas en donde despertó mi razón y aprendí á leer, la tía abuela casi centenaria que aun vive, los amigos de la niñez que ha respetado la muerte, y tal cual linda y delicada novia, hoy frondosa y prolífica mamá por la obra fecundante del tiempo. Quince años de ausencia... Buenos Aires, Madrid, París, y tantas idas y venidas continentales. Pensé un buen día: iré á Nicaruaga. Sentí en la memoria el sol tórrido, y vi los altos volcanes, los lagos de agua azul en los antiguos cráteres, así vastas tazas demetéricas como llenas de cielo líquido.

Y salí de París hacia el país centroamericano, ardiente y pintoresco, habitado por gente brava y cordial, entre bosques lujuriantes y tupidos, en ciudades donde sonríen mujeres de amor y gracia, y donde la bandera del

país es azul y blanca, como la de la República Argentina.

Me embarqué en un vapor francés, *La Provence*, en el puerto de Cherbourg, y llegué á Nueva York sin más incidente en la ruta que una enorme ola de que habló mucho la prensa. Según Luis Bonafoux, la caricia del mar iba para mí... Muchas gracias. Pasé por la metrópoli yanqui cuando estaba en pleno hervor una crisis financiera. Sentí el huracán de la Bolsa. Vi la omnipotencia del multimillonario y admiré la locura mammónica de la vasta capital del cheque.

Siempre que he pasado por esa tierra he tenido la misma impresión. La precipitación de la vida altera los nervios. Las construcciones comerciales producen el mismo efecto psíquico que las arquitecturas abrumadoras percibidas por Quincey en sus estados tebaicos. El ambiente delirio de las grandezas hace daño á la ponderación del espíritu. Siéntese algo allí de primitivo y de supertérreo, de cainitas ó de marcianos. Los ascensores *express* no son para mi temperamento, ni las vastas oleadas de muchedumbres electorales tocando pitos, ni el *manethecelphárico* renglón que al despertarme en la sombra de la noche solía aparecer bajo el teléfono en mi cuarto del Astor: *You have mail in the office.*

Pésima navegación se hace de Nueva York á Colón. Los vapores son pequeños y mal acondicionados. La comida, desolante: desde las sopas dudosas hasta las suelas de engrudo envueltas en miel de ciertos *cakes* de la culinaria anglosajona.

Ya es el Trópico. Ya las casas de Colón se destacan

entre las palmeras. Ya se desembarca del muelle colonés, entre jamaicanos, yanquis y panameños medio yanquis. Y sentís que estáis en una prolongación de los Estados Unidos. Desde vuestro banco del salón de espera podéis leer en inglés sobre dos puertas de cierto lugar indispensable: *Para señoras blancas* y *Para señoras negras*. Detalle de higiene física y moral que desde luego hay que aplaudir.

Se toma el tren para Panamá, y en el trayecto puede observarse la rica vegetación del suelo tórrido. Adviértense á un lado y otro las casas en que habitan los trabajadores del Canal.

Pasé por aquí hace ya largo tiempo, cuando el desastre de Lesseps, y dije en *La Nación*, de Buenos Aires, la desbandada de la *débâcle*. Aun recuerdo los grupos de salvajes africanos aullantes y casi desnudos, acharolados bajo el sol furioso. Hoy se han reedificado antiguas viviendas; y si aun se mira una que otra ruina de draga antigua, las yanquis funcionan con mayor vitalidad desde que fueron contempladas por los ojos de Roosevelt en memorable visita.

Panamá ha progresado con el empuje norteamericano; Panamá tiene hoy higiene, policía, más comercio y, sobre todo, dinero. Yo hice el viaje de Nueva York á Colón en el mismo vapor en que iba uno de los candidatos á la Presidencia de la República, el ministro en Wáshington Sr. J. Agustín Arango, persona de experiencia, de juicio, de influencia y de respetabilidad en el Istmo.

El Sr. Arango, que tomó parte muy activa y decisiva en el movimiento que tuvo por resultado la proclama-

ción de la nueva República, se manifestó en nuestras conversaciones muy partidario de la candidatura del Sr. Obaldía, caballero también de prestigio y habilidad. Pensaba el Sr. Arango poner para el triunfo de su amigo todo el peso de su partido y de sus influencias. Conozco al Sr. Obaldía, á quien tuve oportunidad de tratar en Río Janeiro. Era delegado por su país al Congreso panamericano. El Sr. Obaldía es un panameño de buena cepa, conocedor de su tierra, amigo del progreso y muy americano.

La Hacienda, ese ramo toral del Estado, se puso en Panamá bajo excelente dirección : la del Sr. Isidoro Hazera, persona eminente que residió por largos años en Nicaragua, adonde fué á buscarle la acertada solicitud del Gobierno para ofrecerle la cartera que desempeñó con aplauso de todos.

En Panamá, centro de negocios, de tráfico comercial, encontré un buen núcleo de espíritus jóvenes y apasionados de arte y de letras. No podré olvidar entre ellos á Andreve, á Ricardo Miró, que sostienen allí con entusiasmo y con decisión la buena campaña. ¿No es en Panamá donde nació la delicada alma de poeta que tiene por nombre Darío Herrera?

Embarquéme de nuevo con dirección á Corinto, puerto nicaragüense, en uno de los barcos ciertamente abominables de la Pacific Mail, compañía descuidada, incómoda y voluntariosa, por la ineludible razón de la falta de competencia.

En un feliz amanecer divisé las costas nicaragüenses, la cordillera volcánica, el Cosigüina, famoso en la histo-

ria de las erupciones; el volcán del Viejo, el más alto de todos, y más allá el enorme Momotombo, que fué cantado en *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo. Por fin entró el vapor en la bahía, entre el ramillete de rocas que forman la isla del Cardón y el *bouquet* de cocoteros que decora la isla de Corinto. Y aquí otra pluma comenzaría á reseñar la serie de fiestas incomparables de cordialidad, verdaderamente nacionales, que celebraron la llegada del hijo por tantos años ausente.

En verdad, se mató el mejor cordero en el retorno del poeta pródigo.

Saludé á Chinandega, famosa por sus naranjas, por su fecundidad agrícola; saludé á León, la ciudad episcopal y escolar donde transcurrieron mis primeros años. Saludé á Managua, asiento del Gobierno; á Masaya, florida y artística. ¡Viajes de palmas y flores! En mi recuerdo estarán siempre llenos de sol y de alegría. En esas horas de oro y fuego nunca pensé, como el terrible amigo pesimista, que no lejos de los Domingos de Ramos están los Viernes Santos.

Cuando llegaron las horas de las expansiones oratorias dije á mis compatriotas mis largas saudades y mis sinceras intenciones. Repetiré aquí algunas de mis palabras, pues deseo sea sabido que en aquellos instantes fuí grato al país argentino y á mis amigos de Buenos Aires. Díjeles que un español eminente, el rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno, escribiérame con motivo del retorno á mi patria original palabras hermosas que hablaban del griego Ulises y de la maravillosa Odisea. «Nada más propio—expresé—de

esta vuelta á mis lares, que la generosidad de mis compatriotas, la elevación del nivel intelectual y una simpatía palpitante y orgullosa han convertido en una apoteosis, si apenas merecida por los sufrimientos de la ausencia y por ese perfume del corazón de la tierra nuestra, que no han podido hacer desaparecer ni la distancia ni el tiempo. Podría decir con satisfacción justa que, como Ulises, he visto saltar el perro en el dintel de mi casa, y que mi Penélope es esta patria que, si teje y desteje la tela de su porvenir, es solamente en espera del instante en que pueda bordar en ella una palabra de engrandecimiento, un ensalmo que será pronunciado para que las puertas de un futuro glorioso den paso al triunfo nacional y definitivo.

»Tiene la ciudad de Bremen como divisa un decir latino que el prestigioso D'Annunzio ha repetido en uno de sus poemas armoniosos y cósmicos : *Navigare necesse est, vivere non est necesse.*

»Yo he navegado y he vivido; ha sido Talasa amable conmigo tanto como Demeter, y si la cosecha de angustias ha sido copiosa, no puedo negar que me ha sido dado contribuir al progreso de nuestra raza y á la elevación del culto del Arte en una generación dos veces continental. Benditas sean las tribulaciones antiguas si ellas han ayudado á ese resultado, y bendito sea el convencimiento que siempre me animó de que *necesario es navegar* y, aumentando el decir latino, *necesario es vivir.* Volvió Ulises cargado de experiencia; y la que traigo viene acompañada de un caudal de esperanza. Yo quiero decir ante todo á mis compatriotas que des-

pués de permanecer por largo tiempo en naciones extranjeras, y estudiar sus costumbres, y medir sus vidas, y pesar sus progresos, y apreciar sus civilizaciones, tengo la convicción segura de que no estaremos entre los últimos en el coro de naciones que mantendrá el alma latina, con sus prestigios y su alto valor, en próximas y decisivas agitaciones mundiales. Viví en Chile, combatiente y práctico, que ha sabido también afianzarse en obras de paz; viví en la República Argentina, cuyos progresos asombran al mundo, tierra que fué para mí maternal y que renovaba, por su bandera blanca y azul, una nostálgica ilusión patriótica; viví en España, la Patria madre; viví en Francia, la Patria universal; y nada era para mí ni más orgulloso ni más grato que el nombre de un compatriota repetido por la fama científica, por la autorización histórica ó por el renombre literario; y cuando alguna vez, desgraciadamente, sabía el mundo de lamentables disensiones, yo no podía evitar las palpitaciones de mi corazón ante las victorias nuestras que comentaba Europa.

»Aun siente España la desaparición de un grande hombre suyo que se llamó Ángel Ganivet, ese andaluz eminente que de boreales regiones envió tanta luz á la tierra maternal. Y cuenta ese granadino, hoy glorificado, la historia de un hombre de Matagalpa que, después de recorrer tórridas Áfricas y Asias lejanas, fué á morir en un hospital belga, y le llamó para confiarle los últimos pensamientos de su vida. No sé cómo se llamaba aquel hombre de Matagalpa; pero sé que ese ignorado compatriota, en su modestia representativa, había visto como

yo quizás, en las constelaciones que contemplaran sus ojos de viajero, las clásicas palabras: *Navigare necesse est, vivere non est necesse.*

»Si acaso el país ha quedado retardado en este vasto concierto del progreso hispanoamericano, por razones étnicas y geográficas que serán allanadas, por motivos que son explicados por nuestras condiciones especiales, nuestros antecedentes históricos y por la falta de esta transfusión inmigratoria que en otras naciones ha realizado prodigios, tenemos práctica y vitalmente demostrado que un impulso á tiempo y una aplicación de generosas y altas energías, mantenidas según las exigencias del organismo nacional, pueden, ante la revisión de valores universales, demostrar que, aparte de población ó de influjo comercial, se es alguien en el mundo.»

En seguida celebré á hombres ilustres de la República, en los cuales me ocuparé luego, y agregué: «Brillante es la impresión que tengo yo, que cortejé durante largo tiempo á la musa cosmopolita, al ver en mi tierra fuertes talentos, fuertes caracteres y encantadoras facultades artísticas.

»Quiero juntar dos impresiones que parecen completamente distintas, y que han hecho en mi espíritu dos huellas de reales proras: es la primera el haber desembarcado en Corinto, dulce puerto por siempre, de una manera europea, por su muelle y comodidades; y es la segunda mi visita á los elementos de guerra, que el jefe del Estado tuvo á bien mostrarme en una de las tardes más felices de mi vida. Vi primeramente que en las artes de la paz y en las ventajas de la civilización no que-

damos atrasados entre los pueblos nuestros, y vi que en las industrias y ciencias de la guerra ni se nos tomaría por sorpresa ni se nos ganaría por previsión.

»Quizá se esperaría de mí un discurso florido de retórica y encantado de poesía. Yo sé lo que debo á la tierra de mi infancia y á la ciudad de mi primera juventud: no creáis que en mis agitaciones de París, que en mis noches de Madrid, que en mis tardes de Roma, que en mis crepúsculos de Palma de Mallorca, no he tenido pensares como éstos: un sonar de viejas campanas de nuestra catedral; por la iniciación de flores extrañas, un renacer de aquellos días purísimos en que se formaba alfombras de pétalos y de perfumes en la espera de un señor del triunfo, que siempre venía, como en la Biblia, en su borrica amable y precedido de verdes palmas.

»Como alejado y como extraño á vuestras disensiones políticas, no me creo ni siquiera con el derecho de nombrarlas. Yo he luchado y he vivido, no por los Gobiernos, sino por la Patria; y si algún ejemplo quiero dar á la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró á ideas de arte, lo menos posiblemente positivo, y después de ser aclamado en países prácticos, volvió á su hogar entre aires triunfales; y yo, que dije una vez que no podría cantar á un presidente de República en el idioma en que cantaría á Halagaabal, me complazco en proclamar ahora la virtualidad de la obra del hombre que ha transformado la antigua Nicaragua, dándonos el orgullo de nuestra inmediata suficiencia y casi la seguridad de nuestro fuerte porvenir.

»León, con sus torres, con sus campanas, con sus tradiciones; León, ciudad noble y universitaria, ha estado siempre en mi memoria, fija y eficaz: desde el olor de las hierbas chafadas en mis paseos de muchacho; desde la visión del papayo que empolla al aire libre sus huevos de ámbar y de oro; desde los pompones del aromo que una vez en Palma de Mallorca me trajeron reminiscencias infantiles; desde los ecos de las olas que en el maravilloso Mediterráneo repetían voces del *Playón* ó rumores de *Poneloya,* siempre tuve, en tierra ó en mar, la idea de la Patria; y ya fuese en la áspera África, ó en la divina Nápoles, ó en París ilustre, se levantó siempre de mí un pensamiento ó un suspiro hacia la vieja catedral, hacia la vieja ciudad, hacia mis viejos amigos; y es un hecho que casi fisiológicamente se explicaría de cómo en el fondo de mi cerebro resonaba el son de las viejas torres y se escuchaba el acento de las antiguas palabras.

»... Deseo, al partir, decir á mis amigos de antes, á mis compañeros de ahora y de mañana, á los que me honran llamándose discípulos, y en quienes veo la facultad vital patriótica, lo siguiente: Bien va aquel que sigue una ilusión, cualquiera que sea esa ilusión; bien va el práctico que en su ilusión bancaria cree ser mañana feliz; bien va aquel á quien su ilusión política coloca en plausibles ambiciones y ensueños de puestos honrosos, y aquel que tiene, por fatal peregrinación, que buscar entre las estrellas su provecho de nefelíbata; bien va si lleva de la mano á su conciencia, y su corazón está con él.

»... En Oviedo, en Gomara, en los historiadores de Indias, supe de nuestra tierra antigua y de sus encantos

originales. Yo deseo que la juventud de mi país se compenetre de la idea fundamental de que, por pequeño que sea el pedazo de tierra en que á uno le toca nacer, él puede dar un Homero, si es en Grecia; un Tell, si es en Suiza; y que, así como las individualidades, tienen las naciones su representación y personalidad que da transcendencia á las leyes de su destino y al punto en que, por decisión de Dios, están colocadas en el plano casi inimaginable del progreso universal. Profunda complacencia tengo cuando veo á la actual generación, que representa el espíritu de nuestra tierra, brillar, tanto por cantidad como por intensidad, en el ejército internacional del Continente. Materia prima tenemos muchísima, y por algo Víctor Hugo escogió al Momotombo, entre todos los volcanes de América, para hacerle decir los maravillosos alejandrinos de su *Leyenda de los siglos.*

»... Yo he sido acogido en diferentes naciones como si fuese hijo propio de ellas. Yo guardo en mi gratitud los nombres de Chile, de Costa Rica, del Salvador, de Guatemala y de Colombia; sobre todo de esa generosa, grande y aun actualmente eficaz República Argentina, que ha sido para mí adoptiva y singular patria. Y dejadme que en estos momentos pronuncie el nombre de los Mitre, cuya gloria vasta conocéis, pero de quienes seguramente no sabéis el estímulo vital que desde hace veinte años me ha sido benéfico en América y en Europa. Al nombre de Mitre habrá que agregar en vuestra memoria y en vuestra gratitud, como ya está agregado en las mías, el nombre ilustre del general Zelaya.

»... Recientemente los Estados Unidos han enviado á

la República Argentina á hombres como el profesor Rowe, de la Universidad de Pensilvania, á observar las maneras de pensar y de obrar que en ese eminente foco latino animan las más fecundas y poderosas energías hispanoamericanas. Y los yanquis visitantes han ido á decir, asombrados, cuál es la casi mágica labor que ha hecho del Río de la Plata el hogar del mundo y un refugio de libertad y de trabajo.»

Tal hablé á los que me habían mostrado sus almas fraternales en discursos lujosos y ardorosos, en versos de noble pensar y generoso sentir.

Una vez en la capital, que encontré renovada y hermoseada en los años de mis peregrinaciones, me partí á una «hacienda» de café situada en las cercanas tierras. Y allí gocé de espectáculos tan solamente encontrables en esas tierras lujuriantes y solares, en donde, bajo la sonora libertad del viento, en las apoteosis de los amaneceres y de los ponientes, ó en las noches entoldadas de diamantes, florecen el asombro y la maravilla.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

Páginas.

AZUL...

El rey burgués.................................... 5
El sátiro sordo.................................... 13
El velo de la reina Mab.......................... 20
La canción del oro.................................. 25
La muerte de la emperatriz de la China............ 31
Á una estrella...................................... 41

A. DE GILBERT

Historia de mis *Abrojos*............................ 45

LOS RAROS

Edgar Allan Poe.................................... 49
Jean Moreas.. 65
El conde de Lautréamont............................ 85

Páginas.

Paul Verlaine........ 93
El conde Matías Augusto de Villiers de l'Isle Adam.. 101

ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Castelar........ 117
Un paseo con Núñez de Arce........ 139
Semana Santa........ 146
¡Toros!........ 157

PEREGRINACIONES

Turín........ 169
Pisa........ 186
Roma........ 211

LA CARAVANA PASA........ 241

TIERRAS SOLARES

Málaga........ 275
La tristeza andaluza........ 307

OPINIONES

El poeta León XIII........ 317
Rostand, ó la felicidad........ 328

Páginas.

Henri de Groux........................ 336
Miss Isadora Duncan.................... 350
Rémy de Gourmont....................... 358

PARISIANA

«Joli» París........................... 367
La raza de Cham........................ 375

EL VIAJE Á NICARAGUA......... 383

